

ESTUDIOS DE LA CULTURA DE AMÉRICA LATINA


NEXOS Y
DIFERENCIAS

Regionalismo ensamblado

Cultura, ecología política y extractivismos
en Latinoamérica (1930-1940)

Gianfranco Selgas

REGIONALISMO ENSAMBLADO

Cultura, ecología política y extractivismos
en Latinoamérica (1930-1940)

GIANFRANCO SELGAS



Nexos y Diferencias

Estudios de la Cultura de América Latina

84

Enfrentada a los desafíos de la globalización y a los acelerados procesos de transformación de sus sociedades, pero con una creativa capacidad de asimilación, sincretismo y mestizaje de la que sus múltiples expresiones artísticas son su mejor prueba, los estudios culturales sobre América Latina necesitan de renovadas aproximaciones críticas. Una renovación capaz de superar las tradicionales dicotomías con que se representan los paradigmas del continente: civilización-barbarie, campo-ciudad, centro-periferia y las más recientes que oponen norteamericano y el discurso hegemónico al subordinado.

La realidad cultural latinoamericana más compleja, polimorfa, integrada por identidades múltiples en constante mutación e inevitablemente abiertas a los nuevos imaginarios planetarios y a los procesos interculturales que conllevan, invita a proponer nuevos espacios de mediación crítica. Espacios de mediación que, sin olvidar los nexos que histórica y culturalmente han unido las naciones entre sí, tengan en cuenta la diversidad que las diferencian y las que existen en el propio seno de sus sociedades multiculturales y de sus originales reductos identitarios, no siempre debidamente reconocidos y protegidos.

La Colección Nexos y Diferencias se propone, a través de la publicación de estudios sobre los aspectos más polémicos y apasionantes de este ineludible debate, contribuir a la apertura de nuevas fronteras críticas en el campo de los estudios culturales latinoamericanos.

CONSEJO EDITORIAL

MARCO THOMAS BOSSHARD (Europa-Universität Flensburg)

VERENA DOLLE (Justus-Liebig-Universität Gießen)

LUIS DUNO GOTTBORG (Rice University, Houston)

OSWALDO ESTRADA (The University of North Carolina at Chapel Hill)

MARGO GLANTZ (Universidad Nacional Autónoma de México)

BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN (Rice University, Houston)

GUSTAVO GUERRERO (Université de Cergy-Pontoise)

JORGE J. LOCANE (Universitetet i Oslo)

JESÚS MARTÍN-BARBERO (Bogotá)

ANDREA PAGNI (Friedrich-Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg)

MARY LOUISE PRATT (New York University)

PATRICIA SALDARRIAGA (Middlebury College)

FRIEDHELM SCHMIDT-WELLE (Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin)

REGIONALISMO ENSAMBLADO

Cultura, ecología política
y extractivismos en Latinoamérica
(1930-1940)

GIANFRANCO SELGAS

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Para más información consulte: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Este libro es en parte el resultado de un proyecto financiado por The British Academy y The Society for Latin American Studies.



© Iberoamericana, 2025

Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22

© Vervuert, 2025

Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17

info@ibero-americana.net

www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-465-4 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-642-3 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-643-0 (PDF)

DOI: <https://doi.org/10.31819/9783968696430>

Depósito legal: M-276-2025

Diseño de cubierta: Rubén Salgueiros

Interiores: ERAI Producción Gráfica

The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO 9706

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

Impreso en España

“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.”
Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach* (1888)

“Mas deixar o Brás! Para ir aonde? Aquilo lhe dói como uma tremenda injustiça. Que importa! Se em todos os países do mundo capitalista ameaçado, há um Brás.”
Patricia Galvão, *Parque industrial* (1933)

“The struggle for life is the matter. We can find germinations and ruins in fields, those expanding spaces where social activity continuously unfolds, and archives, the very more varied containers of its readable traces and signs.”
Fernando Coronil, *Pieces for Anthrohistory: A Puzzle to Be Assembled Together* (2008)

“Me gustaría poder pensar a esa ecología política como una elaboración político-intelectual [...] que intenta con angustia responder a los tremendos desafíos que la época presenta para los pueblos de nuestro continente [...] Para hacerlo, debe echar mano de todos los recursos posibles, que pasan en gran parte por la tarea paradigmática de actualizar sus repertorios de acción y de pensamiento, al mismo tiempo que debe intentar recuperar la pluralidad de herencias populares y críticas que la precedieron.”
Héctor Alimonda, *En clave de sur* (2017)

Índice

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN. REGIONALISMO ENSAMBLADO	17
Resituando el regionalismo y la región	34
Capitalismo, crisis y ecología-mundo	42
Cultura y ecología política.....	49
Estructura	53
1. TRANCE EXTRACTIVO: EL SECRETO DE LA TIERRA PETROLERA, LOS HOMBRES-CARDÓN Y LATINOAMÉRICA TELÚRICA	57
<i>Cubagua</i> : la huella de los <i>commodities</i> en el Caribe venezolano	63
El secreto de la tierra y el devenir hombres-cardón en <i>Una ojeada al mapa de Venezuela</i> : reimaginando una Latinoamérica telúrica.....	87
2. EXTRACTIVISMO VASCULARIZADO: BANANOS, CAFÉ Y HUMANOS ENSAMBLADOS EN EL ENCLAVE DE MONOCULTIVO.....	117
<i>Bananos y hombres</i> : ensamblaje costarricense del banano y el humano	124
El regionalismo-comunista de <i>El grano de oro y el peón</i> : brecha metabólica, trabajo y capital cafetero.....	157

3. SEMIOSIS DE LA EXTRACCIÓN: TECNOLOGÍA DE LA PALABRA, GUERRA Y PATOLOGÍA EN LAS SELVAS DEL LÁTEX AMAZÓNICO.....	175
<i>Toá</i> : el espesor de la historia del látex.....	182
Patología latinoamericanista y el devenir-indígena en “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia”.....	206
 CONCLUSIÓN. LA ECOLOGÍA POLÍTICA DEL REGIONALISMO ENSAMBLADO	 229
 BIBLIOGRAFÍA	 235
 ÍNDICE ANALÍTICO.....	 263

Agradecimientos

Si bien las insinuaciones culturales, políticas y teóricas que siguen en las próximas páginas son enteramente mi responsabilidad, este libro es una forma de ensamblaje y como tal está en deuda con colegas, instituciones, amigos y familiares que me asistieron directa e indirectamente en su realización.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Kari Soriano Salkjelsvik, por las largas conversaciones y lecturas alrededor de este texto y por su apoyo incondicional en la andadura académica. A Ken Benson, Carlos J. Alonso, Jennifer L. French, Gisela Heffes, Fernando Degiovanni, Andrés Rivarola Puntigliano, Anna Forné, Christian Claesson, Hólmfríður Garðarsdóttir y Anthony Lappin por leer, comentar y evaluar con detalle el texto en distintos estadios de su desarrollo. A Friedhelm Schmidt-Welle por su apoyo durante el proceso de documentación en la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín. A Gabriel Giorgi y Jens Andermann por recibirme durante mi estadía de investigación en New York University y ofrecerme un lugar en cursos y seminarios que resultarían fundamentales para el desarrollo de este libro. A Capucine Boidan por su amable recibimiento para continuar la consulta de fuentes bibliográficas en el centro de documentación del Institut des hautes études de l'Amérique latine de la Université Sorbonne Nouvelle. A Jorge Marcone, Ernesto Semán, Manuel Silva-Ferrer, Felipe Martínez-Pinzón, Azucena Castro, Juan

Carlos Cruz Suárez, Laura Welsch, Isis Sadek y Patrícia Vieira, quienes dialogaron con las ideas, argumentos y versiones previas de los capítulos que integran el libro. A los compañeros Henrik Ernstson y Emiliano Terán Mantovani, por las enseñanzas sobre ecología política. A los amigos y colegas con los que compartí mis años de investigación doctoral en el Nordic Institute of Latin American Studies en Stockholm University y a mis colegas hoy día en University College London. Mi agradecimiento también a María Pizarro, por su confianza y atenta lectura editorial, y a los evaluadores anónimos que leyeron y comentaron con entusiasmo y rigurosidad el manuscrito.

Agradezco el apoyo institucional de Stockholm University y University College London, al igual que The British Academy y The Society for Latin American Studies, por haberme permitido completar este libro. Viajes y estancias internacionales fueron posibles gracias a las becas Alice & Knut Wallenberg stiftelse, Lydia och Emil Kinanders stiftelse, Sven och Dagmar Saléns stiftelse y Sten A. d' Aubignés stiftelse.

A familiares y amigos que hoy hacen vida en Venezuela, Argentina, Brasil, Estados Unidos, Suecia, España y Francia. En esa distribución geográfica tan desigual que nos ha tocado, las redes de apoyo, afecto y solidaridad no hacen más que fortalecerse.

À Fernanda, pela travessia além do tempo e do espaço, por compartilhar nossa tropicalidade nos hemisférios sul e norte, e porque a vida é sempre mais.

A Sofia, por las lecciones más silenciosas en paciencia y atención, por el deslumbramiento continuo sobre lo propio.

Y al trópico absoluto, que crece en un grito al fondo de mi sangre.

Prólogo

El regionalismo latinoamericano siempre ha existido bajo el signo de la alegoría. De ahí se desprende su ingente energía epistemológica y literaria, pero de ahí también el predecible agotamiento de sus propuestas. La apuesta regionalista se ha dado por muerta tantas veces que su reaparición esporádica en el discurso crítico sobre la expresión cultural latinoamericana es de por sí significativa. Diríase que en el regionalismo se conjugan elementos fundamentales y fundacionales de ese mismo discurso crítico que hay que rearticular con alguna regularidad para que pueda recertificar su autoridad interpretativa y retórica. La vinculación metafórica del regionalismo en sus diversas vertientes a la autoridad discursiva del autor o intelectual latinoamericano —su deseo de anclar su enunciación en una materialidad intrínsecamente latinoamericana— lo convierte en la escena primordial de esa situación discursiva a la cual se deberá regresar como una pulsión impostergable.

La naturaleza, la región, lo nacional, lo autóctono tuvieron así una larga vida en ese quehacer cultural. Aun cuando más recientemente esas obras fueron reinterpretadas como exponentes de la circunstancia mercantilista, neocolonial o poscolonial del continente, se las reclutó para que dieran testimonio de esa condición raigal que lo definía históricamente, manteniendo de ese modo el afán crítico alegórico y definitorio de lo latinoamericano. Las alegorías narrativas de los textos

regionalistas se tornaron así en alegorías críticas que, sin embargo, comparten con aquellas sus estructuras epistemológicas y formales.

En *Regionalismo ensamblado. Cultura, ecología política y extractivismos en Latinoamérica (1930-1940)*, Gianfranco Selgas propone una reconfiguración de la categoría del regionalismo literario que se aparte de las dicotomías que organizaron el discurso crítico que la examinó: naturaleza/cultura, tradición/modernidad, rural/urbano, local/universal, nacionalismo/cosmopolitismo, etc. En su lugar, Selgas propone una concepción del regionalismo desarrollado más ampliamente con los planteamientos ecocríticos que le permiten postular cruces y amalgamas novedosas de las categorías dicotómicas o autotéticas que organizaban al discurso regionalista y su crítica. De ahí surge el concepto de “regionalismo ensamblado” que es la formulación central que organiza al libro. Para Selgas, el concepto de ensamblaje permite reconocer y explorar vinculaciones y deslices que muestran hasta qué punto las distinciones presumidas entre las categorías del regionalismo, pero también del discurso epistemológico occidental, se disuelven para dar paso a la creación de nuevas configuraciones que acaparan simultáneamente elementos de esos campos epistemológicos y semánticos que se presumían impermeables. Para Selgas, estas distribuciones nos permiten hablar de un regionalismo creador que posibilita superar las consabidas propuestas del regionalismo tradicional.

Partiendo de este paradigma, Selgas analiza las obras literarias y ensayísticas de tres escritores hispanoamericanos que se publican en el decenio de 1930-1940: Enrique Bernardo Núñez, Carmen Lyra y César Uribe Piedrahita. Las categorías derivadas de los análisis de los tres autores: “trance extractivo”, “extractivismo vascularizado” y “semiosis de la extracción”, conforman constelaciones que, sin embargo, no constituyen una estructura fija. Se trata de una serie de intercambios insospechados que apuntan a otras maneras de concebir las relaciones entre lo humano, lo animal y lo material que sientan las bases para un devenir otro de la nacionalidad y del futuro, y que buscan una salida a la encerrona de las dicotomías que sustentaron el discurso y los proyectos del progresismo extractivista en América Latina.

El libro de Selgas dialoga con otros críticos del campo —Andermann, French, Heffes, Giorgi, Hoyos, Marcone— que coinciden con

él en una reconceptualización de lo material y de lo humano, y sus implicaciones para un entendimiento novedoso del medioambiente en el contexto latinoamericano. En ese sensible contexto crítico, la propuesta de Selgas destaca por su insistencia en que el texto (literario o no) no es un simple reflejo de ensamblajes que proponen aleaciones y amalgamas inusitadas, sino que es parte constituyente de la producción ensamblada:

En la medida en que tales procesos históricos implican la reconfiguración de lo social y lo medioambiental, la producción literaria y discursiva debe entenderse como un agente histórico que forma parte de estas transformaciones [...] Esta comprensión sobre la práctica literaria es indicativa de cómo interpreto la producción cultural en el presente libro, ya no como una clase aislada de objetos textuales, sino más bien como una modalidad de pensar, trabajar y forjar el mundo material (26).

Por tanto, la propuesta de Selgas representa una manera diferente de leer, así como también de entender las relaciones entre la producción textual y su entorno en la que ninguno de los dos campos debe o puede traducirse al otro porque son partes constitutivas de un mismo ensamblaje. Nos hallamos así —y afortunadamente— muy lejos del ejercicio alegórico de la crítica que nos propuso y nos legó una versión manida del regionalismo, y cuyas profundidades generadoras Gianfranco Selgas sondea y reivindica con una imaginación analítica envidiable. *Regionalismo ensamblado* representa una aportación importante a la discusión de esta categoría imprescindible.

Carlos J. ALONSO
Morris A. and Alma Schapiro Professor in the Humanities
Columbia University

Introducción

Regionalismo ensamblado

En una de las piezas más envolventes del arte figurativo latinoamericano, *Los cortadores de caña* (1943), del cubano Mario Carreño, se pone de relieve el referencial histórico y material que se forja en el tejido entre capitalismo agrario, medioambiente y sociedad. La pintura opera más allá del barroquismo tropical y del realismo social con el que críticos tan divergentes como José Gómez Sicre, Alfred H. Barr o Antonio Romera caracterizaron la etapa figurativa de Carreño, entre finales de la década de 1930 y principios de la de 1940. Estas apreciaciones se habían fundamentado en una valoración de orden identitario, principalmente a raíz de la exposición organizada por Gómez Sicre en el Lyceum and Lawn Tennis Club de La Habana, en 1943. En aquella exposición, *Los cortadores de caña* y las obras *Fuego en el batey* y *Danza afrocubana* se mostraron al público como una representación conjunta de la vida rural cubana. El tríptico, en efecto, pintaba tres cuadros generales del campo en la isla caribeña, resaltando la familia campesina, su actividad económica y su herencia cultural. En estas piezas, lo estético se integra a lo temático: la poliangularidad de las formas humanas y el cromatismo tropical representan al humano como reflejo de un espacio geográfico inconfundible.

Esa construcción en particular reproduce el sustrato discursivo finisecular de la naturaleza como constructo en tensión con la sociedad y sirve de base para la inscripción del mito de legitimidad del discurso autóctono latinoamericano, arraigado de manera más saliente en las distintas expresiones literarias asociadas al género regionalista de principios del siglo xx (González Echevarría, *The Voice* 41).¹ Según las lecturas tradicionales del regionalismo, la preocupación latinoamericana por afirmar su especificidad cultural constituyó la esencia de su experiencia de la modernidad,² un proyecto de cariz epistemológico donde la identidad de lo propio se convertía en una categoría a decodificar. La búsqueda de especificidad entre lo universal y lo nacional, entre lo moderno y lo autóctono que ha sido central para la interpretación crítica del regionalismo literario y de obras como *Los cortadores de caña*, estaba comprometida simultánea y paradójicamente con la afirmación de las demandas de la modernidad eurocéntrica como voluntad discursiva de poder y con el intento de contrarrestar la privación retóri-

-
- 1 El regionalismo ha servido como categoría general que contiene distintos movimientos literarios, como el naturalismo, el criollismo, el mundonovismo, el costumbrismo, el indigenismo o el realismo urbano, por nombrar algunos (Oviedo 226). La crítica tipifica el género en dos etapas: “primer regionalismo” (Oviedo 201-224) o “regionalismo literario tradicional” (Schmidt-Welle 120) para describir el movimiento que buscaba fijar una imagen de los pueblos de América con el humano como reflejo de su entorno, prestando atención al espacio geográfico que se hacía propio a través de los rasgos costumbristas, dialectales y folklóricos; y “regionalismo maduro” (Oviedo 225-249) o “regionalismo clásico” (Schmidt-Welle 120), para describir el movimiento estético que ancla temas, personajes y ámbitos determinantes en la configuración literaria de la región como una alegoría nacional (Schmidt-Welle 122-125).
 - 2 Por “modernidad” y “modernización” entiendo una serie de eventos históricos y de orden epistémico-occidental que implicaron el desarrollo capitalista y la expansión imperialista en los ámbitos político, económico y cultural (Montaldo 153-154). Por otra parte, la noción de modernidad en América Latina también implica una serie de articulaciones, desencuentros y experiencias de orden heterogéneo que la crítica ha discutido históricamente. Véanse Ramos (35-48) y los estudios del grupo colonialidad/modernidad por Coronil (*El Estado mágico*), Quijano (*Colonialidad del poder*), Mignolo (*The Darker*), entre otros.

ca con la que esta amenazaba al sujeto latinoamericano (Alonso, *The Spanish American* 24).³

Sin embargo, la experiencia de la modernidad en América Latina no queda reducida al aspecto social, sino que también implica una experiencia de la “colonialidad de la naturaleza” (Alimonda, “La naturaleza” 22), abarcadora tanto en su realidad biofísica como en su configuración territorial. Desde el período colonial, Latinoamérica es figurada en el pensamiento moderno y ante las élites dominantes de la región como un espacio subalterno que puede ser colonizado, explotado y reconfigurado según las necesidades de los regímenes de acumulación vigentes. La velocidad de ese deterioro ambiental y demográfico, como explica Pedro Cunill Grau, condujo “a la contracción irreversible de los parajes, siendo a los pocos siglos una pálida imagen de la realidad exuberante primigenia de su biodiversidad natural y calidad de vida humana” (“Hacia una geohistoria” 13). En este espacio en disputa, como observa Héctor Alimonda, se articulan políticas de la diferencia que no pueden ser clasificadas como opuestas a la modernidad eurocéntrica en sí, pues operan tanto en relación como en contestación a esta, “una aceptación antropofágica de los elementos potencialmente liberadores contenidos en el proyecto inacabado de la modernidad” (“La naturaleza” 52).

En ese sentido, no se trata apenas de una búsqueda de lo propio imbuida en la tensión discursiva y experiencial entre sociedad y natu-

3 De acuerdo con Cândido, la profusión de obras regionalistas escritas a finales del siglo XIX y principios del XX tiene que ver con el clima de euforia y afirmación nacional que intentaba compensar las deficiencias económicas de la época con la sobrevaloración de los recursos naturales: “A ideia de pátria se vinculava estreitamente à de natureza e em parte extraía dela a sua justificativa. Ambas conduziam a uma literatura que compensava o atraso material e a debilidade das instituições por meio da supervalorização dos aspectos regionais, fazendo do exotismo razão de otimismo social” (140). Desde 1930, la literatura “abandona, então, a amenidade e curiosidade, presentindo ou percebendo o que havia de mascaramento no encanto pitoresco, ou no cavalheirismo ornamental, com que antes se abordava o homem rústico. Não é falso dizer que, sob este aspecto, o romance adquiriu uma força desmistificadora que precede a tomada de consciência dos economistas e políticos” (141).

raleza o moderno y autóctono, sino del modo en el que estas categorías adquieren un espesor planetario, histórico, material y epistemológico cuando se consideran en una red más vasta de relaciones entre humanos, medioambiente e infraestructuras para su transformación económica (Arboleda 4-6; Diamanti y Szeman 139-140; Selgas, “Archivos de la mina planetaria” 110-112).

En el cuadro de Carreño, la colonialidad de la naturaleza, que describe Alimonda como “una larga historia de desarrollo desigual y combinado, una ruptura a nivel global del metabolismo sociedad-naturaleza, que penaliza crecientemente a la naturaleza latinoamericana y a los pueblos que en ella hacen su vida” (“La naturaleza” 22), es central. La estética, entendida aquí como una de las formas vehiculares contenida en la expresión cultural, no solo opera a nivel representacional, sino que, al estar imbuida en las dinámicas dialécticas del capital y la naturaleza, ofrece un punto de entrada para comprender la brecha metabólica⁴ de la práctica inexpugnable del trabajo productivo agrario. Para críticos como Gómez Sicre (Alonso Lorea, *Ducos* 5), esa representación era importante porque ponía de relieve el trabajo en los ingenios azucareros como alegoría nacional definitoria de una identidad y de una lucha social forjada en la isla caribeña. Sin embargo, aquello que queda excluido del plano representacional de *Los cortadores de caña* resulta tan fundamental como lo contenido en la pintura. Justamente, debido a su preeminencia temporal de larga data y presencia geográfica en la región, las plantaciones sacaríferas implícitas en la obra están ligadas estrechamente a otras infraestructuras

4 De acuerdo con Foster (*Marx's Ecology* 141-177), la ruptura o brecha metabólica denota la interrupción de los procesos metabólicos naturales entre la humanidad y la naturaleza bajo el capitalismo. Partiendo de las discusiones sobre metabolismo social, desarrolladas por Marx —desarrollo esto en el capítulo 2—, Foster explica cómo la producción capitalista, impulsada por el afán de lucro, conduce a la explotación y degradación de los recursos naturales, ejemplificada especialmente en la agricultura a través de prácticas como el agotamiento y la erosión del suelo. Esta brecha de la relación metabólica natural subraya que el capitalismo prioriza a las ganancias a corto plazo frente a la sostenibilidad a largo plazo. Para una lectura histórica de la brecha metabólica, véase Foster y Clark (12-34).

conectadas al procesamiento del azúcar. A partir de lo que incluye y excluye la pintura, se puede imaginar e intuir la existencia de una historia material extendida, donde los cortadores y la caña representados son el punto de partida para pensar las relaciones directas e indirectas activadas por la economía política de la producción de azúcar.

Aunque la pintura no lo muestra explícitamente, la historia del monocultivo y la elaboración de la caña de azúcar en América forman parte de lo que se representa en el cuadro. Esta historia está conectada con el surgimiento del sistema mundial de plantación y su transformación de bosques naturales en tierras productivas, granjas y pasturas a gran escala, basadas en formas de trabajo esclavo, alienado y desplazado. Pensando desde la colonialidad de la naturaleza, esta historia también atiende a una dimensión de carácter socioambiental, relacionada con el diseño de sistemas racistas de trabajo forzado, así como a la adaptabilidad biológica de la especie vegetal, su precoz carácter agroindustrial, su temprana vinculación colonial a los mercados externos y la creciente escala de producción que experimentó a lo largo de la cuenca del Caribe y otros territorios suramericanos (Funes Monzote, “Revolución azucarera” 125-126). En *Los cortadores de caña*, esta historia está inscrita de manera implícita por la estética, a través del entramado multiespecie entre cortadores y caña, disponiendo el entorno como punto de entrada para imaginar tanto lo autóctono cubano como los modos de relación que se tejen en los espacios del monocultivo sacarífero.

Esta relación que se identifica al leer la pintura al lado de la historia ambiental de la plantación no pasó desapercibida en la época en la que Carreño exhibió *Los cortadores de caña*. En 1940, tres años antes de la exposición de la pintura en La Habana y tras una década de fuerte depresión económica internacional, otro cubano, el antropólogo Fernando Ortiz, describía el ingenio azucarero en *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* como un organismo vivo, determinante para la formación y comprensión de la historia cultural y natural cubana.⁵ En palabras de Ortiz:

5 Es probable que Carreño y Ortiz estuvieran al tanto del trabajo del otro. Ortiz presidió la Institución Hispano Cubana de Cultura entre 1926-1947, de la cual



Imagen 1. Anónimo, “Cosechando caña de azúcar en Cuba”, fotografía (1940), Library of Congress, Prints & Photographs Division, Farm Security Administration/Office of War Information Black-and-White Negatives.

Gómez Sicre fue nombrado director de exposiciones. En 1943, Gómez Sicre organiza en la Institución las muestras *Una exposición de pintura y escultura modernas cubanas* y *Exposición retrospectiva de Amelia Peláez. 1929-1943*, en las que incluye obras de Carreño y otros artistas cubanos de la época, como Carlos Enríquez, Wilfredo Lam, Amelia Peláez, René Portocarrero, entre otros (Alonso Lorea, “A la memoria” 21).

El ingenio no es una simple explotación agraria, ni siquiera una planta fabril con la producción de sus materias primas al lado; hoy es todo un sistema de tierras, máquinas, transportes, técnicos, obreros, dineros y población para producir azúcar; es todo un organismo social, tan vivo y complejo como una ciudad o municipio [...] El latifundio no es sino su base territorial, su masa afincada. El ingenio está vertebrado por una económica y jurídica estructura que combina masas de tierras, masas de máquinas, masas de hombres y masas de dineros, todo proporcionado a la magnitud integral del enorme organismo sacarífero (53).

Si bien *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* se centra en el proceso transculturador de la identidad afrocubana a partir del estudio comparativo de dos productos agrarios clave para la economía nacional, su lectura del ingenio también revela, de manera tan explícita como su teoría antropológica, la convergencia material, financiera y humana en el marco de la apropiación-explotación de la lógica del capitalismo agrario. En *Los cortadores de caña* resulta obvia esta convergencia humana-vegetal entre los cortadores y la caña, poniendo de relieve lo que historiadores como Dipesh Chakrabarty (“The Climate of History”), Stefania Gallini (“La naturaleza cultural”) y Eleonora Rohland (7-10), por nombrar algunos, interpretan como el surgimiento de una historia entrelazada e indisoluble que marca el fin de la escisión entre la historia humana y natural. Esto tiene que ver con el colapso de la distinción discursiva entre ambas, principalmente a raíz del cambio de paradigma en la interpretación del ser humano como agente de cambio geológico y climático,⁶ dándole un sentido

6 Si bien no ahondaré en las diferencias conceptuales que describen esta interpretación, las nociones Antropoceno, Capitaloceno o Plantacionoceno, por nombrar las más salientes, resultan relevantes para conceptualizar el contexto histórico en el que sitúo *Regionalismo ensamblado*. A pesar de las divergencias con respecto a su definición, el Antropoceno es la denominación que se le da a la época geológica que data del comienzo del impacto humano significativo en los ecosistemas de la Tierra, incluyendo, entre otros fenómenos, el cambio climático antropogénico. Una de las críticas principales a esta noción es su generalización al no tomar en cuenta explícitamente la responsabilidad del sistema capitalista sobre la crisis climática. De acuerdo con Moore, esto debe entenderse como Capitaloceno o la

socioambiental y planetario al discurso histórico. En ese sentido, tanto en la historia que nos cuenta la pintura de Carreño como en el apunte histórico-económico que hace Ortiz, el ingenio y la plantación entendidos como organismos vivos se refractan sobre los cuerpos explotados de los campesinos, sobre los machetes empleados para trozar el vegetal y sobre los trozos de caña cargados a hombros por los cortadores, de camino a la planta de procesamiento y refinamiento para su comercialización en el circuito de alimentos internacional.

De ese modo, más que un registro exaltante de lo autóctono latinoamericano, *Los cortadores de caña* se puede interpretar también como una lección de historia entrelazada, como un registro cultural y político del tejido constitutivo entre capitalismo agrario, medioambiente y sociedad, sobreseídos por una dialéctica que ensambla los componentes regionales con las demandas de los mercados internacionales.

Este es, en esencia, el componente histórico, político y cultural que rastreo en *Regionalismo ensamblado*. En este libro propongo una reconceptualización de la noción de regionalismo cultural latinoamericano en las primeras décadas del siglo xx. En vez de partir de la

coacción forzada del trabajo humano y no humano supeditada a la acumulación ilimitada de capital que ha roto el equilibrio del ecosistema planetario. Moore argumenta que esta crisis es provocada por un sector minoritario de la población, estrechamente ligado a la explotación del medioambiente y a la profundización del capitalismo como modelo-mundo. En *Regionalismo ensamblado* me adhiero a esta interpretación histórica. Por otra parte, Tsing y Haraway acuñan la noción del Plantacionoceno, para situar el colonialismo, el capitalismo y las jerarquías raciales que establecieron las grandes plantaciones de monocultivo en la historia. Para una conceptualización del Capitaloceno como alternativa al Antropoceno, véanse Moore (*Capitalism 169-193*) y Patel y Moore (*A History*). Véase Haraway (“Anthropocene, Capitalocene”) para una comparativa entre los tres conceptos. Para una lectura crítica del Antropoceno desde las epistemologías del sur, véase Svampa (“El Antropoceno”). Para una crítica sociopolítica del discurso del Antropoceno, véase Ernstson y Swyngedouw (5-8), en concreto su concepto del Antropo-obsceno. Lo obsceno está relacionado en este caso con aquello que se oculta de manera deliberada por el discurso del Antropoceno —dinámicas de poder, desigualdades e injusticias sociales—, sacándolas de escena y haciéndolas obscenas al relegarlas fuera de la vista o la discusión política y social.

tipificación del regionalismo como uno de los géneros canónicos de la historiografía literaria y cultural latinoamericana, argumento que el regionalismo debe entenderse como una forma de ecología política. Es decir, repienso la idea de regionalismo como una reacción político-cultural divergente que pone de relieve los recursos poéticos, discursivos e históricos del lenguaje como punto de partida para conceptualizar la brecha metabólica social y natural, las convergencias materiales y las estructuras espaciales que unen geografías regionales e internacionales de producción, circulación de capital y consumo de los bienes comunes.

Sitúo esta noción de regionalismo en el contexto de la década 1930-1940, cuando la crisis financiera de 1929 y la Gran Depresión durante la década siguiente aceleraron un conjunto de transformaciones económicas, territoriales, sociales y culturales en los Estados latinoamericanos. La crisis fue un acontecimiento legible en el ámbito socioeconómico y sociopolítico, pero también tuvo un impacto importante en la brecha metabólica y la dialéctica entre sociedad y medioambiente mediada por la intensificación del extractivismo y las políticas de desarrollo económico. ¿Qué significó este proceso y cómo atendió la producción cultural de la época a las transformaciones sin precedentes que estaban teniendo lugar en la región? Propongo que la novela *Cubagua* (1931) y el ensayo geográfico-histórico *Una ojeada al mapa de Venezuela* (1939), del venezolano Enrique Bernardo Núñez; la crónica *Bananos y hombres* (1931) y el panfleto político *El grano de oro y el peón* (1933), de la costarricense Carmen Lyra; y la novela *Toá: narraciones de caucherías* (1933) y la ponencia etnográfico-médica “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia” (1940), del colombiano César Uribe Piedrahita, son ejemplos relevantes para abordar esta crisis a través del registro poético, discursivo e histórico de la acumulación extractiva del capital agrario e hidro-carbonífero como una red de ensamblajes materiales.⁷

7 A lo largo de *Regionalismo ensamblado* hablo de extractivismo en un sentido expandido. Lo entiendo como una forma de captura, explotación, mercantilización y exportación de cualquier bien común, a diferentes escalas espaciales

Argumento, además, que la mediación textual del extractivismo no solo transformó la forma, el género y el discurso literario, sino que potenció un hacer epistemológico que empleó diversos modos escriturarios para entender las distintas escalas de relación entre sociedad y medioambiente.

Las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial representaron un período de intensos debates sobre nacionalismo y modernización en el continente latinoamericano, sobre todo en los países que habían experimentado una expansión económica interna fruto de las necesidades de Europa durante los años de la guerra y la posguerra (Solimano 61-66). El período que ocupa los años 1930-1940 supuso el derrumbe del sistema financiero mundial y la contracción de la producción y el comercio, ahogando la boyante economía que había movilizado los proyectos modernizadores de la región una década antes. Aunado a esa situación, el creciente fascismo en Europa, la Segunda Guerra Mundial, la consolidación de los Estados Unidos como potencia hegemónica y la implementación de políticas como la Good Neighbor Policy en las Américas, resultaron sumativas a los conflictos mundiales y hemisféricos de los que Latinoamérica también formó parte (Halperin Donghi, *Historia contemporánea*).

Como señalan Chris Campbell y Michael Niblett (“Critical Environments”) en su estudio sobre la mediación de la literatura en las consecuencias sociales y medioambientales del capitalismo en el Gran Caribe, las producciones culturales y literarias están entrelazadas con la historia social de su tiempo y también contribuyen a la

y materiales, incluyendo monocultivos, petróleo y minerales. Baso mi interpretación en la definición de extractivismo que propone Lucrecia Wagner: “la explotación de grandes volúmenes de recursos naturales, que se exportan como *commodities* y generan economías de enclave (localizadas, como pozos petroleros o minas, o espacialmente extendidas, como el monocultivo de soja o palma). Requiere grandes inversiones de capital intensivas, generalmente de corporaciones transnacionales. Presenta una dinámica de ocupación intensiva del territorio, generando el desplazamiento de otras formas de producción (economías locales/regionales) con impactos negativos para el ambiente y las formas de vida de poblaciones locales” (513).

reproducción de regímenes ecológicos específicos. El caso particular de la década 1930-1940 no es diferente, siendo además un período en el que proliferó la producción cultural enfocada en la preponderancia de las materias primas para la historia nacional latinoamericana (Beckman 166).⁸ Con el colapso financiero internacional de 1929 y la depresión de los precios de los *commodities*, economías agrarias como la colombiana y la costarricense, y agro-petroleras, como la venezolana, experimentaron procesos de cambio político y social relacionados directamente con la explotación de los bienes comunes y la reorganización obligatoria de las clases sociales (Drinot, “Introduction”).

En la medida en que tales procesos históricos implican la reconfiguración de lo social y lo medioambiental, la producción literaria y discursiva debe entenderse como un agente histórico que forma parte de estas transformaciones. “As social abstracts of capitalist modernity”, explica Sharae Deckard, “literatures necessarily register the ecological

8 La década de 1920, de importantes renovaciones en las corrientes literarias de la vanguardia y el regionalismo, consolidó una estética que retrató la realidad de la región frente al cosmopolitismo urbano. Por otra parte, el decenio de 1940 supuso una migración definitiva del género regionalista, cada vez más desplazado por una transformación del mundo real en un mundo ficcional, hacia una reafirmación de la ficción en tanto la literatura del momento notaba un giro más allá de los realismos y los naturalismos literarios. Para un repaso histórico de estas renovaciones estéticas, véanse Brushwood (31-129, 157-179) y Rama (*Transculturación*; “Medio siglo”). La literatura de los años treinta fue crucial para la prosa latinoamericana, ya que, por un lado, distintos autores utilizaron técnicas vanguardistas desarrolladas en la década de 1920 para revelar deficiencias sociales en contextos particulares y, por el otro, la relación entre ficción y mensaje de denuncia social adquirió una relevancia determinante (Brushwood 82). Por otra parte, como señala Beckman, “the 1930s and the 1940s witnessed the rise of the ‘commodity novel’ [which] encapsulates the neocolonial predicament of Latin American countries, in which a single commodity appears to drive national history, independent of social agents” (166). El apunte de Beckman resalta una recurrencia cultural que dio como resultado la publicación de obras bajo los rubros de la novela del petróleo, los nitratos, el café, la madera o el caucho con un importante carácter social-realista y enfoque en los espacios rurales de producción.

regimes that constitute the world-ecology, mediating the structures of feeling, affects, bodily dispositions, and lived experiences that correspond to particular socioecological relations” (75). Deckard destaca la relevancia de la producción literaria y las prácticas estéticas para entender las ideologías y geoculturas que estabilizan las relaciones sociales capitalistas a lo largo de diferentes ciclos y temporalidades. Estas prácticas también desempeñan un papel crucial en la configuración y regulación de lo que puede ser percibido, dicho y hecho dentro de los ámbitos culturales y políticos. Jacques Rancière se refiere a esto como la distribución de lo sensible o el “system of self-evident facts of sense perception that simultaneously discloses the existence of something in common and the delimitations that define the respective parts and positions within it” (12). Estas distribuciones influyen en las percepciones, refuerzan y discuten ideologías, manteniendo o desestabilizando jerarquías, desigualdades y sistemas de exclusión al determinar quién participa en el discurso público, quién recibe atención y reconocimiento, y qué voces son marginalizadas o silenciadas.

Esta comprensión sobre la práctica literaria es indicativa de cómo interpreto la producción cultural en el presente libro, ya no como una clase aislada de objetos textuales, sino más bien como una modalidad de pensar, trabajar y forjar el mundo material. En palabras de Campbell y Niblett: “Aesthetic form not only represents material reality, but also, in producing it as an object of perception and understanding, contributes to the remaking of that reality. Material transformation and symbolic praxis form a contradictory unity and are both always at work in patterns of environment-making” (5).

Con el objetivo de darle densidad y espesor crítico a la reconceptualización del regionalismo que propongo aquí, lo definiré de ahora en adelante como *regionalismo ensamblado*. Así como la crítica ha entendido las expresiones literarias del regionalismo como un discurso autóctono donde la conjunción entre geografía y lenguaje dio paso a la configuración alegórica del Estado-nación (Alonso, *The Spanish American* 18-20); el *regionalismo ensamblado*, en sus diferentes expresiones textuales, permite identificar una práctica de ecología política en su dimensión cultural que postula otra legibilidad de la región.

Como dice Imre Szeman (“Dimensions of Citizenship”), lo que es inherente a toda idea de región es una contigüidad del espacio geográfico. En un mapa, por ejemplo, las regiones son zonas de conexión que se niegan a obedecer las líneas demarcadas de las fronteras estatales o de la propiedad. Toda región puede considerarse un tipo de ecología: el medioambiente, los sujetos que lo animan y las relaciones que se establecen entre ambos.

Por región y regionalismo entiendo, entonces, una configuración compleja de ensamblajes entre espacios geográficos, territoriales y sus contigüidades, entre prácticas sociales y materiales que relacionan organismos vegetales, minerales y humanos con infraestructuras extractivas, agrarias y de capital financiero, y que se construye discursivamente como una reacción político-cultural en el contexto histórico de las décadas de 1930-1940. Conectar las relaciones entre sistemas y estructuras históricas y abstractas como el capitalismo y organismos humanos y no humanos no solo pone de relieve un entrelazamiento complejo entre partes y entes a diferentes escalas, sino que también ilumina, como señalaré a lo largo de los próximos capítulos, la posibilidad de indagar en una historia entrelazada ejemplar para registrar dicho proceso.

Es por esta razón que me interesa enfatizar el adjetivo *ensamblado* aplicado al regionalismo en concreto. De acuerdo con la interpretación acuñada por Gilles Deleuze y Félix Guattari (27), un ensamblaje es la articulación de elementos heterogéneos en un intercambio relacional entre los flujos semióticos, materiales y sociales que los conforman. Para ecologistas y antropólogas como Anna Tsing, el ensamblaje es un concepto clave para entender el relacionamiento entre ecología y sociedad, pues permite describir “fixed and bound connotations of ecological community [...] Assemblages are open-ended gatherings. They allow us to ask about communal effects without assuming them. They show us potential histories in the making” (22). Para Tony Bennett y Patrick Joyce (5-6), el ensamblaje abre un espacio conceptual totalmente distinto al de los esquemas dualistas o tripartitos que establecen divisiones entre distintos niveles —por ejemplo, entre el nivel cultural y el social o el económico—. Pensar desde el ensamblaje o lo ensamblado implica traer a colación múltiples fun-

cionalidades a través de entidades y su conectividad que se extiende más allá de lo social.⁹

Con ello, *Regionalismo ensamblado* pretende un movimiento a contrapelo: en primer lugar, darle un nuevo espesor histórico a la noción de regionalismo desde un diálogo transversal con sus tipificaciones críticas tradicionales y contemporáneas, derivadas de los estudios literarios y culturales latinoamericanistas. En su mayoría, estos estudios han definido el regionalismo como un género en tensión con las vanguardias y cifrado por construcciones de lo autóctono, lo exótico y lo transcultural (Rama, *Transculturación*; González Echevarría, *The Voice*; Alonso, *The Spanish American*), pero también como cantera literaria que propuso de manera temprana visiones tanto ecocríticas (French, “A Geographical Inquiry”, *Nature*; Marcone, “Fiebre de la selva”; Hoyos, *Things with a History*; French y Heffes, “Regionalism”) como postnaturales (Andermann, *Tierras*; Arango Correa, *Un mundo*) de las relaciones entre humanidad y naturaleza gestadas en las periferias de la nación.

La lectura de las diferentes formas de mediación literaria y discursiva empleadas por Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita que propongo expande estas observaciones al traer la discusión de vuelta a la dia-

9 La noción de ensamblaje también puede leerse en los términos que propone Latour (*Reassembling*): como una red de actores y de asociaciones varias que estructuran nuevas relaciones. Para Descola, el ensamblaje también tiene que ver con una percepción más abarcadora de la vida y lo material, sin “efectuar distinciones ontológicas tajantes entre los humanos, por un lado y buen número de especies animales y vegetales, por el otro” (33). En una línea similar, desde la perspectiva del pensamiento de las culturas originarias latinoamericanas, Viveiros de Castro añade que no se concibe una separación entre especies, puesto que se considera a “la humanidad [como] el fondo común de la humanidad y la animalidad [...] todo el mundo es humano, sólo que algunos de esos humanos son menos humanos que los otros” (17). Distintos estudios culturales y literarios latinoamericanos dialogan con esta revisión ontológica, principalmente a través de ficciones literarias regionalistas próximas a las formas de ver el mundo fuera del plano dicotómico. Véanse Marcone (“Fiebre de la selva”; “Latin American”), Giorgi (*Formas comunes*), Andermann (*Tierras*), Fernández Bravo (“Presentación”), Hoyos (*Things with a History*) o French y Heffes (“Genealogies”).

léctica entre transformación material y praxis simbólica en la creación de mundos. Con ello, esta lectura le aporta mayor densidad a la historia socioambiental de la extracción petrolera en Venezuela, el monocultivo bananero y cafetero en Costa Rica y la explotación cauchera e indígena en Colombia. De hecho, la década de 1930 empezó a dar forma a una incipiente historia ambiental en la región. Como indican John Soluri, Claudia Leal y José Augusto Pádua (12-13), el trabajo de historiadores como Sérgio Buarque de Holanda y Gilberto Freyre en Brasil demostró que la historia humana de la región se podía entender con mayor claridad analizando los entornos ambientales en los que se arraiga. En *Regionalismo ensamblado* demuestro cómo distintos trabajos científicos, ensayísticos, literarios y periodísticos también contribuyeron a este esfuerzo documental e interpretativo. Mi aproximación enfatiza la relevancia de leer los discursos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita como punto de partida para conceptualizar las relaciones socioecológicas y las proyecciones del lenguaje sobre la historia, la economía y la biología. Al atender esta variedad de materiales sin hacer distinciones marcadas de genericidad literaria propongo una lectura integral, más allá de los mecanismos particulares que atañen a los textos narrativos o ensayísticos. Me interesa explorar la producción discursiva como una ecología que existe en relación directa con los regímenes capitalistas y su transformación del mundo, atendiendo a la capacidad que tienen las palabras para producir historias y para discutir la historia.¹⁰

10 Parto de la crítica cultural marxista para sustentar esta aproximación. De acuerdo con Williams, las formas y convenciones estéticas y discursivas son elementos intrínsecos de los procesos materiales sociales, capaces de articular estructuras del sentir y la experiencia social: “The idea of a structure of feeling can be specifically related to the evidence of forms and conventions —semantic figures— which in art and literature are often among the very first indications that such a new structure is forming. As a matter of cultural theory, this is a way of defining forms and conventions in art and literature as inalienable elements of a social material process: not by derivation from other social forms and pre-forms, but as social formation of a specific kind which may in turn be seen as the articulation (often the only fully available articulation) of structures of feeling which as living processes are much more widely experienced” (*Marxism* 133). Véase también

En segundo lugar, propongo repensar conceptualmente el regionalismo como una forma de ecología política que no solo expanda el campo crítico y conceptual que ha definido el concepto desde los estudios culturales y sociales —volveré sobre este punto en breve—, sino que también indague más allá de los límites fijados por el canon literario, para explorar otros ejemplos que, sin ser necesariamente paradigmáticos de la categoría literaria regionalista o marcadamente ecocríticos, permitan visualizar otras expresiones políticas y culturales gestadas desde la región. En ese sentido, *Regionalismo ensamblado* no pretende postular una categoría complementaria al género literario del regionalismo; más bien, avanzar una forma de releer la producción cultural alrededor de los regímenes de transformación social y ambiental del capitalismo en la primera mitad del siglo xx. Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita nos muestran que Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ada Pérez Guevara, Bernardo Canal Feijóo, Orestes Di Lullo, Graciliano Ramos, Rachel de Queiroz, João Guimarães Rosa y el amplio corpus regionalista de la época no son necesariamente exponentes de una narrativa alegórica de las naciones latinoamericanas, sino más bien ejemplos de una ecología más amplia y compleja de discursos que registraron, en el sentido de mediación crítica e histórica que proponen Deckard, Niblett y Shapiro (1-6), las dinámicas de transformación gestadas en las zonas extractivas y periféricas regionales.

Como ha señalado la crítica (Andermann, *Tierras*), los intelectuales y artistas latinoamericanos del siglo xx que escribieron *desde* o *sobre* las regiones del interior, y que a menudo combinaron sus vidas intelectuales con diferentes formas de especialización profesional —desde el periodismo y la historia hasta la medicina y las ciencias naturales—, desarrollaron modos de reflexionar sobre las fronteras

Jameson (79-114) y su argumento sobre el rol de las narrativas en abordar y resolver simbólicamente las contradicciones sociales, como el reflejo en la imaginación del cambio social. Los textos culturales no solo representan las estructuras sociales; estos se comprometen con las contradicciones del capitalismo y las revelan y reproducen, proporcionando un medio para comprender y navegar sus complejidades, y por lo tanto lograr una potencial concienciación y cambio.

extractivas en su continuo avance sobre el interior continental. En su intento por reflejar el impacto social y cultural de los monocultivos o la minería, estos autores también idearon un modo híbrido de escribir y pensar que anticipa una historia natural del Capitaloceno en América Latina.

Al proponer el *regionalismo ensamblado* como ecología política, este libro responde a un ejercicio de humanidades ambientales, formulando la producción cultural como forma de pensamiento y manera de hacer mundo que no se subordina a la teoría, sino que es generadora de teorías y visiones de mundo. De este modo, inspirado en la crítica ecológica marxista, busco introducir ejemplos de la producción literaria y discursiva latinoamericana de los años 1930-1940 como forma precursora de conocimiento socioecológico que interpela y forma parte de la historia, la cultura y la política, pero también de la economía y la biología. No se trata con ello de caer en anacronismos o reescribir el pasado y repensar la historiografía cultural en clave de conflicto ambiental, sino de reconocer la presencia de estas dimensiones, aunque en muchos casos no resultaran del todo explícitas, en diferentes momentos de la historia. Siguiendo el apunte de Victoria Saramago (184) en su estudio sobre ficciones ambientales latinoamericanas entre 1940-1960, al retornar sobre la producción cultural del pasado con la mirada crítico-teórica del presente, los lectores de la cultura del siglo xx hallan sitios de pesquisa o reservas de sentido compartido, como apunta Jennifer L. French (“Voices” 162), desde donde rastrear e indagar dilemas que han adquirido relevancia en el presente. En contraste con la producción literaria reciente, que da por sentado el impacto de los conflictos climático-ambientales, las mediaciones discursivas de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita generan nuevas interpretaciones y comprensiones sobre los modos en los que la brecha metabólica y la dialéctica sociedad-naturaleza inspiró ficciones y reacciones políticas.

Mientras que el presente trabajo se concentra en la relación entre producción literaria y discursiva, ecología y capitalismo, también intenta nombrar un fenómeno que se gesta tempranamente en la producción cultural latinoamericana y que lo convierte, como intuía Alimonda (“Introducción” 12; “La ecología política” 78), en

una epistemología para problematizar las relaciones entre sociedad y medioambiente. En ese sentido, sin bien el punto de partida analítico que planteo aquí son la forma y el discurso expresados a través de novelas, ensayos histórico-geográficos, crónicas, artículos de prensa, panfletos políticos e investigaciones etnográfico-médicas, es también un estudio que utiliza el lenguaje como punto de partida clave para comprender las dimensiones cambiantes de la relación entre sociedad, medioambiente y capitalismo extractivo en Latinoamérica.

Resituando el regionalismo y la región

La huella del extractivismo comienza a intuirse gradualmente en las formas de imaginar y relatar culturalmente una América basada en su potencial extractivo, siendo el entorno natural el punto de mira de estas construcciones (Gudynas 10-26). De esa manera, el discurso se convirtió en el instrumento para articular y formalizar los modos de ver América a través de metáforas conflictivas (Slater 6-9), en tanto que las formas de pensar el continente y narrar los vaivenes del centro a la periferia, la cultura y la naturaleza, han estado tipificadas por una tensión de orden dualista: América como espacio de abundancia y enfermedad tropical, como infierno verde y El Dorado, como paradigma de la tensión entre civilización y barbarie, desarrollo y subdesarrollo.

Los dualismos han sido representativos para la constitución identitaria del continente desde los discursos letrados como producciones discursivas que, en su búsqueda por describir la realidad, comunicaron un deseo fundante de orden y poder (Rama, *Transculturación* 31-41). French y Gisela Heffes (“Genealogies” 8) apuntan que la colonización de la naturaleza y la persistencia de una idea de abundancia al respecto de los recursos naturales en Latinoamérica, creó las condiciones para que se impusiera un modelo económico y de existencia basado en la explotación humana y no humana a través de la extracción de minerales, el monocultivo, la esclavitud, la construcción simbólica de la diferencia y la supresión de formas de conocimiento no alineadas con una epistemología moderna y de carácter eurocéntrico.

El imaginario discursivo sobre América Latina como región rica en materias primas no hizo más que reiterar la visión colonial del continente como espacio de infinitas posibilidades. Esa visión *eldoradista*, según la ha definido Maristella Svampa (*Las fronteras del neoextractivismo* 28-29), reafirma un lenguaje y un relato extractivista superpuesto sobre versiones no occidentales del mundo. Esta oposición se refiere a los modos en los que el colonialismo reafirmó dicotomías ontológicas en nombre de la extracción de la naturaleza y la imposición de una cosmovisión eurocéntrica, humanista y modernizadora (Patel y Moore 1-43). La figura del sujeto imperial europeo, el *all-seeing-man*, como lo caracteriza Mary Louise Pratt (*Imperial Eyes* 1-14), representa esta visión moderna que contempla, por encima de la relación horizontal entre sociedad y naturaleza, una relación vertical de observación y apropiación del mundo. Como han señalado distintos estudios desde el pensamiento decolonial (Coronil, *El Estado mágico*; Escobar, “Cultura y diferencia”; Mignolo, *The Darker*; Quijano, *Colonialidad del poder*) y la ecología política latinoamericana (Alimonda, Toro Pérez y Martín 2017a, 2017b; Leff, “La Ecología Política”; Mires, “La nueva ecología”; Porto-Gonçalves, “De la Geografía”), es importante mencionar la escisión que tuvieron las nociones de naturaleza y civilización tras la colonización europea de las Américas y el posterior establecimiento de una modernidad eurocéntrica opuesta violetamente a otras formas de existencia.

En este contexto, el regionalismo literario de la primera mitad del siglo xx, representativo en las tradiciones narrativas de la *novela de la selva*, la *novela de la tierra* y la *novela telúrica*, por nombrar los ejemplos más salientes, representó los modos de tipificación dicotómica de lo humano y lo no humano, retratándolos como entidades enigmáticas y contradictorias. El regionalismo también desempeñó un rol central en la articulación de un conservadurismo telúrico nacionalista, sostenido por las tensiones políticas y culturales entre las élites tradicionales de las provincias y las ciudades urbanizadas (French y Heffes, “Genealogies” 11). Estéticamente, las ficciones regionalistas se caracterizaron por resaltar al humano como reflejo de su medio y de un espacio geográfico inconfundible, donde el conflicto etnocéntrico del sujeto modernizador con el medio natural

no civilizado revive el dilema romántico con escenario americano, configurando estas narrativas bajo una tríada romántica, telúrica y americanista constitutiva de la novela hispanoamericana del siglo xx (Oviedo 226).¹¹

Este dilema resultó, de acuerdo con la lectura de Carlos J. Alonso (*The Spanish American* 18-20), en la construcción de un discurso autóctono donde la conjunción entre geografía y lenguaje dio paso a la configuración alegórica del Estado-nación. Para Alonso (*The Burden* 11-13), ese discurso autóctono sirvió para relacionar a las naciones latinoamericanas con el futuro en vez de hacerlo con una realidad cultural provincial que precedía la imposición del poder colonial, situándolas en un plano estético y político representativo de la modernidad. En una línea similar, Ángel Rama (*Transculturación* 110-111) observaba una característica relevante en las novelas del género regionalista, especialmente a partir de los años cuarenta: la negociación poética entre la estética de las vanguardias y las temáticas regionalistas a partir de una acción de repliegue, resistencia y embiste cultural. Esta acción se articuló como respuesta a la avanzada modernizadora de lo urbano y la metrópolis cosmopolita, dando como resultado una práctica literaria transculturada, la cual conjugó lenguaje, cosmovisión y técnica narrativa sin ceder a las dinámicas de la modernización cultural (79).

Si bien el regionalismo literario durante la primera mitad del siglo xx se fraguó como un discurso determinante para la reafirmación de la retórica nacional (Alonso, *The Spanish American*; *The Burden*), la crítica reciente también ha notado una respuesta cultural y literaria paralela a esta. Estas aproximaciones, que abordan de manera más

11 Estas narraciones sobre las periferias naturales latinoamericanas también testifican un espacio que remarca el borde liminal con lo civilizado, reactivo frente a lo humano y en oposición directa a este. Como señala I. Rodríguez (“Naturaleza/nación” 37), la naturaleza en estos textos es la frontera perenne que debe expandirse, dominarse y civilizarse para integrarla al sistema extractivo. Esto también se nota en un contexto sur-sur: “At the moment of its inception as a genre, the novel was tightly focused on resource extraction and the narratives of personal growth and autonomy that were perceived to result from such acts of plunder” (Amatya y Dawson 8).

explícita las relaciones entre sociedad y medioambiente, deben gran parte de su sustento crítico a la lectura temprana que proponía Rama con la literatura transculturada regionalista. De acuerdo con el crítico uruguayo, esta literatura se forjó como respuesta a la embestida modernizante que llegó en forma de explotación y exportación de la naturaleza en las fronteras de la región. La modernización, en tanto unidad derivada de una línea técnico-industrial conductora del poder ideológico y cultural de las metrópolis, resultó en distintas formas de repudio o contestación cultural ante las acometidas de los *booms* económicos (Rama, *Transculturación* 87). Las narrativas del regionalismo literario publicadas durante el *boom* exportador latinoamericano, entre 1870-1930, lidiaron con la expansión del capitalismo a través de un discurso pluralista y ecológico (French, *Nature* 27-31).

De acuerdo con los trabajos ecocríticos de Jorge Marcone (“Fiebre de la selva” 4) y French y Heffes (“Regionalism” 123-128), las obras del regionalismo ponen de relieve formas de pensamiento medioambiental, cuestionan el antropocentrismo y llevan implícita una reflexión sobre el modo en el que los distintos elementos que componen la región interactúan entre sí, formando un ecosistema y una comunidad bio-regional perturbadas por las actividades económicas emprendidas en nombre del desarrollo nacional.¹² Por otra parte, de acuerdo con la relectura del regionalismo propuesta por Jens Andermann (*Tierras*) y Catalina Arango Correa (*Un mundo*), también se puede observar en

12 De acuerdo con Marcone (“Fiebre de la selva”), la ecocrítica está influenciada por el pensamiento medioambiental latinoamericano de las ontologías amerindias y la ecología política. Para French y Heffes (“Genealogies”), la crítica ecocultural invita a la hibridación, desestabilización de fronteras, categorías e identidades, tanto en los materiales culturales que analiza como en el modo en el que se llevan a cabo estos análisis. Véanse al respecto de la ecocrítica latinoamericana I. Rodríguez (“Perspectivas eco-críticas”), Marcone (“De retorno”; “Fiebre de la selva”; “Latin American”), Nouzeilles (“Introducción”), Binns (“Acercamientos”), Flys Junquera, Marrero Henríquez y Barella Vigal (*Ecocrítica*), Kane (*The Natural World*), Barbas-Rhoden (*Ecological*), Forns-Broggi (*Nudos*), French (“A Geographical Inquiry”; *Nature*; “Voices”), Heffes (“Introducción”), DeVries (*A History of Ecology*), Silva-Ferrer (“Petroficciones”), Anderson y Bora (*Ecological Crisis*), Saramago (*Fictional Environments*), entre otros.

las ficciones del género la configuración de una estética “después del paisaje” (Andermann, *Tierras* 27). Esta noción se asocia al concepto de lo postnatural y a la estética de corte medioambiental que postula el colapso simbólico de constructos como ‘naturaleza’ y ‘paisaje’ para explicar las transformaciones medioambientales producto de la apropiación, explotación y alteración de los ecosistemas (Andermann, *Tierras*; “Introduction” 9-12). Apartándose de las visiones dicotómicas entre naturaleza y cultura, así como de la idea de una relación armónica entre lenguaje y geografía, la tradición estética ‘después del paisaje’ atiende otra lectura de las formas de inscripción y coagencialidad entre medioambiente y humano, donde la representación literaria de alianzas entre especies cuestiona la tipificación dicotómica de los espacios naturales (Andermann, *Tierras* 27-28).

Regionalismo ensamblado dialoga con estas revisiones del regionalismo ampliando el panorama crítico al entenderlo como una forma de ecología política, una reacción político-cultural intrínsecamente relacionada con la situación del decenio 1930-1940 y la Gran Depresión económica. Como indica Ericka Beckman (xxvi) en su estudio sobre la economía política de las ficciones latinoamericanas durante el *boom* exportador de los siglos XIX y XX, la representación de selvas, bosques y llanuras en novelas canónicas del regionalismo como *Doña Bárbara* (1929) y *Canaima* (1935), de Gallegos, o *La vorágine* (1924), de Rivera, sirvió la función de poner en el centro de la discusión literaria los regímenes de explotación y exportación de mercancías. En lugar de representar las culturas tradicionales o de fungir como contrapartida a las literaturas de la experiencia citadina producto de la veloz urbanización que experimentaban los países latinoamericanos, el sector rural-extractivo que figura de manera prominente en las ficciones del regionalismo vislumbra la cara oculta de las economías de exportación latinoamericanas. Como argumenta Beckman, estas obras ofrecen una imagen que, como ocurre en *Los cortadores de caña* de Carreño, pone de relieve de manera explícita e implícita la brecha metabólica entre humanos y naturaleza que forma parte de una historia entrelazada más compleja.

Como señalé más arriba, si bien distintos estudios han destacado los modos en los que las obras de autores regionalistas avanzan este tipo de crítica y rompen poéticamente con los paradigmas antropo-

céntricos, me interesa rastrear y explorar el modo en el que una lectura del regionalismo como ecología política permite repensar otra conceptualización de la región y las relaciones entre cultura y capitalismo. Al estudiar los textos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita desde una perspectiva que indaga en los modos en los que sus expresiones discursivas mediaron el impacto socioambiental del extractivismo y pusieron de relieve una epistemología para entender su historia, ilumino además un período histórico de importantes cambios para América Latina que apenas ha recibido atención directa en estudios similares. Resaltando la pertenencia de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita a un tiempo y a un modo escritural atento a otra construcción y operatividad discursiva sobre la región, *Regionalismo ensamblado* se centra en cómo el lenguaje y sus variantes poéticas y retóricas forjan discursivamente formas de relacionamiento material entre humanos, no humanos y distintas zonas destinadas a la extracción de perlas, oro y petróleo en Venezuela, grandes extensiones de monocultivo cafetero y bananero en Costa Rica y las caucherías amazónicas en las selvas de Colombia.

En ese sentido, el presente libro se inscribe en una crítica material y semiótica que, en el decir de Serenella Iovino y Serpil Oppermann, “examine matter both *in* texts and *as* a text, trying to shed light on the way bodily natures and discursive forces *express* their interaction whether in representations or in their concrete reality” (2; cursivas en el original). El fundamento de esta aproximación es una conjugación del materialismo histórico con los nuevos materialismos, una relación que abre teórica y metodológicamente la crítica histórica de las relaciones de poder socioeconómicas y sociopolíticas a las fuerzas que hibridan lo humano y lo no humano.¹³ Desde este punto de vista,

13 De acuerdo con Bennett (*Vibrant Matter*), Dolphijn y Van der Tuin (85) y Braiddotti y Bignall (2-5), los nuevos materialismos consideran la influencia de lo no humano en los procesos formativos de la humanidad, no en un sentido oposicional sino divergente y crítico que dé cuenta de la condición humana desde otro aparato epistemológico y donde las interacciones agenciales y éticas se dan en dinámicas de determinación e influencia recíproca. Para una comparación crítica entre los nuevos materialismos y el materialismo histórico, véase Chandler (563-568). Para una lectura crítica que cuestiona los nuevos materialismos, véase Malm (78-118).

para Iovino y Oppermann (5-6) lo que se configura alrededor de los nodos de la crisis ecológica —esto es, la contaminación, la extinción masiva de especies, la pobreza, la esclavitud de humanos y animales, entre otras— son los entrelazamientos desiguales de naturaleza y cultura que pueden desentrañarse interpretándolos como narrativas sobre el modo en el que los humanos y los no humanos se entrecruzan en la creación y destrucción de mundos. A partir de esto, Iovino y Oppermann avanzan una crítica semiótica-material o ecocrítica material, entendida como “the way material forms —bodies, things, elements, toxic substances, chemicals, organic and inorganic matter, landscapes, and biological entities— intra-act with each other and with the human dimension, producing configurations of meanings and discourses that we can interpret as stories” (7). Leer de este modo supone una metodología interpretativa que aborda lo discursivo y lo material “as circulating references, the same way that nature and culture can be *read and thought* through one another” (9; cursivas en el original).

En *Regionalismo ensamblado* tomo como punto de partida el lenguaje para conceptualizar las relaciones socioecológicas e identificar e interrogar, desde una postura crítica atenta a la dimensión histórica entre cultura, ecología y capitalismo, los momentos de articulación en los cuales lo material queda plasmado a través del lenguaje. Dicho con otras palabras, este tipo de lectura atiende a un proceso en el que la producción literaria no solo reflexiona sobre procesos culturales, ecológicos, históricos y políticos, sino que forma parte de estos. Para describir mejor esta dinámica, tomo como referencia dos aproximaciones que detallo a continuación.

Por una parte, la noción de “environing media” que desarrollan Adam Wickberg y Johan Gärdebo (“Editors’ Introduction”) para describir el modo en el que el conocimiento, la tecnología y la estética han tenido un rol fundamental en la construcción del medioambiente y en la comprensión de las relaciones socioambientales que se dan en los contactos entre el entorno natural y el entorno inducido y construido por los seres humanos. A lo largo del tiempo, distintas prácticas cotidianas —la tala, el pastoreo o la agricultura, por ejemplo— establecieron relaciones históricas entre la tierra y las personas que eran a su vez relaciones de orden social y medioambiental. Estas relaciones

configuraron el conocimiento histórico y las ideas sobre el medioambiente, con prácticas culturales como la literatura desempeñando un rol clave por su operatividad para documentar, monitorear, percibir, describir y comunicar información y sentidos sobre el medioambiente. Al estudiar cómo se recopilan los datos, cómo se actúa sobre ellos y cómo estos dan lugar a nuevas epistemologías, Wickberg y Gärdebo (3-4) argumentan que es posible comprender mejor el pasado, el presente y el futuro de la relación entre los seres humanos y el planeta.

Por otra parte, parto también de la lectura que propone Héctor Hoyos. De acuerdo con Hoyos (*Things with a History* 2-3), el extractivismo atraviesa de manera simétrica economía, naturaleza y cultura, y es en este sentido que la literatura, como plataforma para articular historias, se convierte en espacio privilegiado para revelar relaciones múltiples que en otros casos pasarían desapercibidas. La literatura no se limita a representar, sino que interroga los modos en los que se construyen las relaciones humanas y no humanas implícitas en el lenguaje. Hoyos (*Things with a History* 3-5, 42, 79-80) demuestra cómo el lenguaje literario permite estudiar el modo en que lo no humano puede revelar la naturaleza real de las relaciones sociales y sus tensiones, al tiempo que permite reflexionar sobre la misma escritura y el lenguaje como herramientas para trastocar la división entre naturaleza y cultura, afectar nuestra compenetración con las cosas y revalorar nuestro lugar en las historias humanas y naturales.

Esta interpretación más abarcadora de la práctica y el análisis discursivo y cultural guía mis análisis en *Regionalismo ensamblado*. En ese sentido, por ejemplo, en el capítulo 1 de este libro rastreo lo que interpreto como trance extractivo en la obra de Núñez. Este se revela como una forma de ensamblaje discursivo entre el inconsciente, el espacio y el tiempo del sujeto humano y la fetichización de los hidrocarburos, minerales y vegetales en el contexto de una historia de desplazamientos y rupturas fraguadas por el capitalismo hidro-carbonífero venezolano. En el caso de Lyra, capítulo 2, dirijo mi atención hacia el capitalismo agrario y los procesos de desestructuración, desarticulación y recomposición paulatina del territorio regional que estos provocan bajo el signo de lo que defino como extractivismo vascularizado. Me enfoco tanto en las mediaciones discursivas del enclave de monocultivo de

banano y café en Costa Rica como en su impacto sobre la autora para indagar, desde una perspectiva latinoamericana, lo que Marx definía como la brecha metabólica entre sociedad y naturaleza. Por último, en el caso de Uribe Piedrahita, capítulo 3, abordo una dimensión relacional entre poética y materialidad a través de lo que entiendo como semiosis de la extracción o la expresión poética y política del extractivismo. Argumento que las categorías cultura y naturaleza operan como una misma extensión, siendo el texto literario el mecanismo a través del cual se inscribe la relación intrínseca entre ambas.

En estos tres estudios de caso, la crisis económica y el capital extractivo que transforma tanto la producción autoral de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita como la historia material de Venezuela, Costa Rica y Colombia, no solo aparecen representadas en los textos como un reflejo del mundo, sino que también inciden en la mediación discursiva, infiltrándose en su forma y planteando otra legibilidad en la dialéctica entre capitalismo, crisis y sociedad.

Capitalismo, crisis y ecología-mundo

En América Latina, la crisis económica mundial de la década de 1930, una de las más profundas de la era moderna, provocó y aceleró transformaciones de orden económico, social y cultural. Durante la Gran Depresión se afianzó la idea del Estado como agente regulador de la sociedad y la economía, pero también surgieron distintas formas de actuación sociopolítica que reaccionaron a la crisis o que mermaron las ansias de cambio. La política social de aquellos años fue en gran medida una respuesta a la forma en que, para muchas élites nacionales, la recesión, a través de su efecto sobre el empleo y el bienestar social, agudizó el conflicto de clases y creó el potencial para un cambio político que atentaba con desestabilizar el *statu quo* (Drinot 7). El atractivo de los movimientos políticos radicales aumentó a raíz de que la crisis no solo impactó en la vida de los obreros en las industrias y de los campesinos en los enclaves rurales, sino que también hizo mella sobre la vida y el poder adquisitivo de los trabajadores urbanos de clase media, los cuales experimentaron una reducción en sus salarios y un

aumento acelerado en las tasas de desempleo. Ante esta coyuntura, uno de los aspectos más salientes que tomó forma durante la crisis fue la convivencia disfuncional entre políticas y programas sociales promovidos por el Estado para intentar aliviar el impacto de la crisis sobre los trabajadores y las formas de represión abierta contra la población para contener el descontento popular, proteger a las élites nacionales y socavar el atractivo de movimientos radicales, como el comunismo (Knight 304-312).

La caída de la economía productiva impulsó la búsqueda de mercados externos capaces de evitar el colapso, lo que llevó a varios productores a contrarrestar las consecuencias del derrumbe de precios aumentando la producción (Halperin Donghi 365-370). Ante esta situación, la aceleración de las prácticas de explotación de los bienes comunes en paralelo con las transformaciones del Estado y los proyectos modernizadores resultó en la necesidad de procurar un nuevo modo de inserción de Latinoamérica en el plano económico mundial. Esa necesidad, traducida en la expansión de la frontera extractiva y en el incremento de la producción para hacer frente a la desintegración de la economía nacional y mundial, agudizó distintos conflictos sociales en el continente. Impulsados por los efectos de la Gran Depresión y por la inseguridad sobre el rumbo que tomaría un mundo económicamente en ruinas, diferentes discursos y propuestas políticas penetraron el tejido social, creando nuevas audiencias (Halperin Donghi 385).¹⁴ En ese

14 De acuerdo con Halperin Donghi, el comunismo fue uno de los discursos más beneficiados por la crisis de los años treinta: “En la década de 1930, en cambio, el movimiento comunista intentará organizarse en casi todos los países hispanoamericanos, y a lo largo de ella alcanzará una presencia significativa en la vida política de Brasil, Chile y Cuba y una más reducida pero no por eso desdeñable en otros países que van de Argentina y Uruguay hasta Colombia y Venezuela [...] es sobre todo la inseguridad sobre el rumbo que tomará un mundo económicamente en ruinas la que crea para las propuestas políticas del comunismo una audiencia que va considerablemente más allá del séquito que es capaz de reclutar en las clases populares” (385). Este apunte coincide con los descontentos políticos que mediarían los textos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita: desde la postura explícitamente comunista de la costarricense, hasta las denuncias antimperialistas del venezolano y el colombiano.

sentido, la producción cultural y discursiva tuvo una participación importante en las construcciones políticas de los cambios vertiginosos que tomaron forma en Latinoamérica. La crisis económica, como señala Pratt (“Women” 57), resultó en el desarrollo de los mercados internos y la industria nacional con un enfoque importante en las prácticas de extracción, procurando el crecimiento de las clases empresariales nacionales y de sectores medios que se hicieron lo suficientemente fuertes como para desafiar los intereses oligárquicos basados en las provincias o regiones rurales. Ante los cambiantes paisajes demográficos y políticos que se experimentaron en las décadas de 1930-1940, las visiones nacionalistas y sus reveses cosmopolitas fueron formuladas tanto por quienes buscaban el cambio como por quienes se enfrentaban a este.¹⁵

Más allá del colapso económico desencadenado por la crisis, en *Regionalismo ensamblado* examino las formas en las que la depresión económica se refractó de manera disímil en las reacciones culturales y políticas expresadas por Núñez —un intelectual, diplomático y periodista preocupado por la intervención extranjera a través de la industria petrolera en Venezuela—, Lyra —una periodista, educadora y militante del Partido Comunista de Costa Rica involucrada en la lucha contra la explotación campesina en los enclaves agrarios del país— y Uribe Piedrahita —un médico e intelectual burgués que presencia la

15 Para una discusión del cosmopolitismo como revés del nacionalismo, véase Siskind (3-22). Mi lectura está atenta a la historización hecha por Rama (“La tecnificación”) y Vicario (*Hemispheric Integration*) sobre las relaciones entre modernización, industrialización y cultura en América Latina. De acuerdo con Rama, la historia de las técnicas empleadas en la narrativa moderna latinoamericana posee similitudes con la historia de la industrialización de la región en el siglo xx. Las técnicas creadas en situaciones culturales específicas fueron exportadas a regiones periféricas donde se introdujeron como si fueran neutras y estuvieran al alcance de todos. Para Vicario (2-5), enfocado en las relaciones entre arte y comercio durante 1933-1945, las conjeturas geopolíticas prefiguraron la categoría de arte latinoamericano. La cultura se entrelazó con los intercambios comerciales entre Latinoamérica y sus socios en el mundo, poniendo en marcha una dinámica relacional: el deseo de importar en las repúblicas poscoloniales tipificó un cisma entre la independencia política y una persistente dependencia económica y cultural.

erradicación de las comunidades indígenas y la historia de explotación humana y ambiental en las provincias selváticas de Colombia—. Con la crisis económica y los efectos de la Gran Depresión marcando la pauta mundial, los textos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita indagaron a nivel discursivo, estético e ideológico sobre la creciente explotación petrolera en Venezuela y las transformaciones radicales que traería en el ámbito social y ambiental, la situación de la propiedad de tierras y medios de producción en los enclaves de monocultivo en Costa Rica o la situación a la que se vieron sometidas las comunidades indígenas a raíz de la expansión capitalista y la demanda internacional del caucho en Colombia. Si la crisis enfatizó las transformaciones demográficas y las políticas sociales urbanas, el *regionalismo ensamblado* pone en cuestión la atomización de la región, aportándole una densidad estética y discursiva a la realidad extendida de la injusticia socioambiental y su intersección con estructuras de poder y sistemas económicos.

Aunque con importantes diferencias, los casos de Venezuela, Costa Rica y Colombia permiten observar los distintos grados y escalas de afectación que tuvo la crisis, así como las dinámicas de entrelazamiento socioambiental que se configuraban en los tejidos de la vida de la “ecología-mundo” (Moore, *Capitalism*; “The Capitalocene, Part I”; “The Capitalocene, Part II”). De acuerdo con Jason W. Moore, por ecología-mundo se entiende la convergencia humana y más que humana en el marco de la apropiación-explotación de la lógica del capitalismo, la cual se desarrolla a través del tejido de la vida o el flujo de existencia que coexiste en el planeta. El concepto, así como señalaba previamente con mi interpretación del regionalismo y del ensamblaje, propone una lectura dialéctica de las relaciones entre sociedad y naturaleza (Moore, *Capitalism* 35). Moore explica con más detalle cómo el capitalismo, la sociedad y el medioambiente están entrelazados en el concepto de ecología-mundo:

This alternative emphasizes the rise of capitalism as a new way of organizing nature, organizing new relations between work, reproduction and the conditions of life. That “way” is a two-way street; capitalism is co-produced by and within the web of life at every turn. Manifold extra-human natures —diseases, soils, “new” crops like maize and the

potato, draught, animals— were active participants in the new ontological formation. Markets, class struggle, states and empires are still important —*hugely important*— in this frame. [World-ecology] allows us to start looking at how every state, class and colonial project, every revolt and strike, and every movement and accumulation of money has been bundled with extra-human nature (“The Capitalocene, Part I” 607; entrecuillado y cursivas en el original).

Se interpreta de lo anterior que la ecología-mundo es la unidad dialéctica por la cual el capitalismo funciona a través de la naturaleza y la naturaleza funciona a través del capitalismo (Moore, *Capitalism* 4-9). La naturaleza se produce en su núcleo, desde adentro, en su totalidad, a medida que las fuerzas del capital reorganizan y reestructuran la materia de acuerdo con su lógica de abstracción y producción de valor (Malm 28). La naturaleza, entendida como una totalidad que incluye la organización humana y sus flujos de intercambio y relaciones con otros organismos y especies en el tejido de la vida, es organizada por el capitalismo como algo externo, controlable, reducible y rentable.¹⁶ En ese sentido, el capitalismo no es solo un sistema económico, sino una forma de organizar y poner a trabajar la naturaleza para convertirla en valor en movimiento, fijando un modo de vida social específico.

En Colombia, por ejemplo, si bien la Gran Depresión se superó con cierta holgura gracias a las exportaciones agrarias del país, la crisis

16 Si bien existe un debate importante en el seno de la crítica ecológica marxista al respecto de la tesis de Moore, me interesa rescatar su operatividad para pensar, en primer lugar, lo que Best (2-3) define como el “ensamblaje capitalista”, o el modo en el que las relaciones de producción social de la vida material y consciente implican un hacer y crear colectivo que inadvertidamente inventa un mundo y un modo específico de socialidad. Por otra parte, me interesa la operatividad del concepto ecología-mundo para indagar cómo la producción cultural registra los regímenes ecológicos que constituyen la circulación de mercancías, mediando las estructuras de sentimiento, afectos, disposiciones corporales y experiencias vividas que corresponden a relaciones socioecológicas particulares (Deckard, “Registering”; Deckard, Niblett y Shapiro, “Introduction”). Para una discusión crítica de la tesis de Moore, véanse Malm (179-185) y Foster y Clark (218-221, 228-235).

contribuyó a un importante cambio político, ya que el Partido Liberal sustituyó a los conservadores que habían estado en el poder desde principios del siglo xx (Bucheli y Sáenz, “Export Protectionism”). Este cambio político, no obstante, no se observó en el ámbito económico, donde el Estado reforzó su rol regulador de la economía y la política de proteccionismo a la exportación, introducida en décadas anteriores por los conservadores, fue continuada y reforzada por los nuevos gobiernos liberales de la década de 1930. En ese contexto, como señala Felipe Martínez-Pinzón (“La voz de los árboles” 164) en su análisis sobre el regionalismo literario colombiano, se actualizó una forma de textualización de la naturaleza tropical, promovida principalmente por imaginarios agroexportadores en los que los espacios regionales prefiguraban una geografía a la espera de ser redimida por la agricultura y el capital extranjero. Dicha mercantilización agroexportadora, canalizada por el continuismo del pensamiento económico liberal y conservador, convirtieron a las regiones de provincia colombianas en tierras opuestas a la nación —el revés de la nación (Serje 15-19) o el territorio de frontera (Wylie, *Colombia's* 1-18)—, facilitando su subyugación mercantilista a distintos modos de explotación humana, animal, vegetal y mineral.

En Costa Rica, en cambio, la Gran Depresión marcó una encrucijada en el desarrollo del país. Uno de los eventos más relevantes de la crisis fue la mudanza de operaciones de la transnacional estadounidense United Fruit Company desde la costa atlántico-caribeña hacia la costa del Pacífico central y sur y la huelga bananera de 1934. La compañía transnacional, que capitalizó el cultivo a gran escala del banano favorecido por los aportes tecnológicos de la segunda Revolución Industrial, las capacidades organizativas y financieras de la empresa y la consolidación del banano como un fruto para el consumo de masas en los Estados Unidos (Soluri, *Culturas bananeras*; Funes Monzote, “El Gran Caribe en la metamorfosis” 65), desempeñaría un papel clave en la transformación socioecológica y agroecológica de Costa Rica y otras regiones del Caribe continental. En respuesta al colapso de sus mercados internacionales y al consiguiente malestar laboral, el Estado costarricense abandonó su liberalismo económico y asumió un papel intervencionista en la gestión de la economía y de

las relaciones entre capital y trabajo. Este papel, fundamentalmente reformista, se desarrolló a lo largo de la década de 1930, con la consolidación del Partido Comunista de Costa Rica como ente organizado y movilizador de cambio, y culminó en 1943, con la aprobación de un paquete de reformas sociales de base cristiana que incluía un amplio código laboral bajo el gobierno de Rafael Calderón Guardia, entre 1940-1944. Estos eventos fortalecerían una dialéctica política de importante alcance cultural entre la ideología comunista y el conservadurismo cristiano. De acuerdo con Iván Molina (23), esta dialéctica se traduciría en la fluctuación literaria entre un discurso subversivo y uno no contestario, conjugando la denuncia del empobrecimiento social a raíz de la crisis económica, el traslado de la empresa bananera y la necesidad de educar y homogeneizar a las masas populares de las provincias, tipificadas como incultas y plebeyas.

Por otra parte, a diferencia del continuismo económico colombiano y del cambio de rumbo costarricense, el caso de Venezuela es el más peculiar y su inserción en la ecología-mundo responde a las demandas energéticas de un planeta cada vez más acelerado. La relativa estabilidad que le otorgó el crecimiento de la industria energética del petróleo, así como el control férreo ejercido por la dictadura de Juan Vicente Gómez, entre 1905-1935, hizo que el impacto de la crisis fuese menos severo en el país caribeño. No obstante, la preeminencia del petróleo, *commodity* por antonomasia de un siglo xx que comenzaba a prefigurarse bajo el signo de una modernidad global petrolera (Sze-man y Boyer, "Introduction"), implicaría serias consecuencias para el sector de exportación cafetero, bastión de la Venezuela prepetrolera y principal materia de exportación venezolana, que vería mermada sus posibilidades de existencia y competencia frente a la creciente demanda por el combustible fósil y la modernización voraz del país. De acuerdo con Doug Yarrington (160), si bien la crisis no motivaría cambios políticos y económicos directos en Venezuela, esta se haría sentir en los tiempos por venir. Tras la muerte de Gómez en 1935, su sucesor, Eleazar López Contreras, iniciaría una serie de reformas políticas y sociales moderadas. Estas pretendían llevar a Venezuela por una senda distinta a la establecida durante tres décadas de gobierno gomecista, creando un clima en el que las fuerzas políticas de izquier-

da, centro y derecha pudieron florecer. Esta apertura política pronto se traduciría en un ambiente altamente polarizado, en el que las tensiones políticas locales y los intereses internacionales en el país desempeñarían un papel clave para el establecimiento de una democracia excluyente, la cual inhibió cualquier manifestación política radical en Venezuela, como el comunismo.

En las mediaciones discursivas de Núñez, Lyra y Piedrahita que exploro en *Regionalismo ensamblado*, un elemento llamativo que relaciona las historias de la crisis en Venezuela, Costa Rica y Colombia tiene que ver con el extractivismo como componente destructivo de la vida. En ese sentido, la ecología política, entendida como disciplina y práctica epistemológica centrada en las relaciones económicas y políticas que entrelazan a la sociedad con el medioambiente (Bridge, McCarthy y Perrault 3), avanza una crítica múltiple para entender la reinterpretación que planteo sobre el regionalismo, enlazando con la ecología-mundo del capitalismo y las representaciones sobre los desfases y efectos de la colonialidad de la naturaleza y la crisis económica en las provincias latinoamericanas durante el período 1930-1940.

Cultura y ecología política

De acuerdo con Paul Robbins (xvi-xvii), la ecología política busca desentramar y comprender las fuerzas políticas relacionadas con el acceso, manejo y transformación del medioambiente, rompiendo al mismo tiempo con la idea de una separación o distinción radical entre humanos y no humanos. Joan Martínez-Alier (108-109) añade que la ecología política se ha servido de distintos campos disciplinarios —desde la geografía hasta la antropología— para estudiar los conflictos ecológicos distributivos, entendiendo por estos “los patrones sociales, espaciales y temporales de acceso a los beneficios obtenibles de los recursos naturales y a los servicios proporcionados por el ambiente como un sistema de soporte de la vida” (111). Si bien los orígenes de la ecología política como proyecto epistemológico se remontan a los movimientos ecologistas y de izquierda europea y norteamericana en los años sesenta y setenta (Bridge, McCa-

rthy y Perrault 5), en América Latina y el Caribe la ecología política ha estado estrechamente ligada a una larga tradición de denuncia poscolonial y decolonial (Coronil, “Naturaleza del poscolonialismo”) y a los campos de estudio de la historia ambiental, la crítica ecológica y el pensamiento crítico latinoamericano (Alimonda, “La naturaleza”).¹⁷

Esta conjunción, enraizada en la crítica histórica y política de los procesos de colonización de la naturaleza y la apropiación, transformación, distribución y consumo de energía y materiales en la región (Delgado Ramos 48), le da una dimensión particular a la ecología política latinoamericana. En tanto que la historia colonial de las Américas está ligada de manera indisociable a la explotación de los bienes comunes, el discurso político y cultural de apropiación y mercantilización sobre el tejido de la vida se configura como una narrativa funcional del extractivismo (Terán Mantovani, “Las nuevas fronteras” 266). En ese sentido, como indica Arturo Escobar, el componente cultural que aborda las facetas discursivas del extractivismo resulta fundamental para entender el valor crítico de la ecología política latinoamericana como herramienta para indagar en el entretejido de “las dimensiones discursivas, material, social y cultural de la relación social entre el ser humano y la naturaleza” (*Depois da Natureza* 24).

Más todavía, como señalan Gabriela Merlinsky y Paula Serafini (15-16), las prácticas artísticas han tenido un rol fundamental en la producción de subjetividades que emergen en el entrecruzamiento con los conflictos y crisis socioambientales. Estas prácticas idean modos de vida que se oponen a la naturalización de los regímenes de acumulación que expolían la vida y buscan instalar en la sociedad significaciones y sentidos que transgredan lo instituido y legitimado.

17 Véase el extenso informe sobre pensamiento ambiental latinoamericano y las contradicciones del desarrollismo en la región redactado por Sejenovich, Slutzky y Cabrera (*Rescatando la historia perdida*). En este documento, se rescatan distintas fuentes pioneras del pensamiento ambiental, ecologista y conservacionista latinoamericano, identificando distintas fuentes bibliográficas que empiezan a nombrar a la ecología política como un campo interdisciplinar en las ciencias sociales.

Si bien Merlinsky y Serafini (18) se enfocan en prácticas culturales que entrelazan arte y activismo como forma de resignificar políticas socioecológicas alternativas, sus reflexiones ponen de relieve el potencial de la cultura como forma de ecología política en tanto que abre “espacios para hacer visible lo invisible y para crear fisuras en el discurso dominante a través del entrecruzamiento entre el arte y la política” (16). Desde esta perspectiva, la ecología política puede pensarse en un sentido más amplio, “definiendo este campo como el estudio de los conflictos distributivos económicos, ecológicos y culturales” (Escobar, *Más allá* 17). Con ello, la ecología política se configura en un campo de valores y procesos simbólicos, ecológicos, epistémicos y políticos que ponen en primer plano una dialéctica más compleja y relacional entre lo cultural y lo ecológico. Siguiendo a Enrique Leff:

La ecología política se establece en ese espacio que es el del conflicto por la reapropiación de la naturaleza y de la cultura, allí donde la naturaleza y la cultura resisten a la homologación de valores y procesos (simbólicos, ecológicos, epistemológicos, políticos) inconmensurables y a ser absorbidos en términos de valores de mercado. Allí es donde la diversidad cultural adquiere derecho de ciudadanía como una política de la diferencia, de una diferencia radical, en cuanto que lo que está allí en juego es más y otra cosa que la distribución equitativa del acceso y los beneficios económicos derivados de la puesta en valor de la naturaleza (3-4).

Esta descripción abarcadora de la ecología política se relaciona con las mediaciones que examino en *Regionalismo ensamblado*. Al entender el *regionalismo ensamblado* como una forma de ecología política argumento que la cultura también tienen un alcance histórico, político y material que reconstruye y registra las relaciones humanas y no humanas, el impacto del capitalismo sobre el medioambiente y la historia cultural y social anudada alrededor de la ecología-mundo de la circulación de mercancías y capital. Los discursos *sobre y desde* la región proporcionan una comprensión más amplia de la interconexión entre territorio y cultura. Al centrarse en ecosistemas y comunidades específicas de las zonas extractivas, las producciones textuales, tanto ficcionales como ensayísticas, periodísticas y científicas, registran y

repiensan el entramado de relaciones materiales y abstractas desarrolladas en los enclaves productivos de la nación. Al rediscutir el regionalismo como ecología política, pongo en primer plano la relevancia de la cultura en el tejido de relaciones materiales y praxis simbólica, subrayando la relevancia del medioambiente en la configuración de las estructuras sociales.

Este aspecto es clave. En un trabajo pionero sobre el pensamiento crítico latinoamericano y la ecología política de la revista *Amauta*, fundada en 1926 y editada por el marxista peruano José Carlos Mariátegui, Alimonda (“La ecología política” 81) explica cómo lo ambiental aparece identificando conflictos, reivindicaciones y movimientos específicos que, si bien no siempre fueron explícitos en la conciencia y en la discursividad de los actores que los protagonizaron, iluminan un referencial materialista e histórico para entender las relaciones entre sociedad y medioambiente. Al identificar en *Amauta* una crítica que reacciona ante los modelos productivistas de organización de la sociedad y a las consideraciones crematísticas y tecnológicas subyacentes a la modernidad capitalista, Alimonda identifica una protoecología política en los escritos de Mariátegui que marca el camino para entender las reacciones político-culturales que exploro en los discursos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita.

Una ecología política *avant-la-lettre* en este contexto implica explorar cómo estas producciones discursivas no solo mostraron distintos grados de atención y preocupación sobre la dimensión política de los conflictos socioambientales. La propuesta de lectura del *regionalismo ensamblado* también implica interpretar la cultura como una ecología de formas dentro de la ecología-mundo capitalista, donde una aproximación a sus variantes estéticas y discursivas en conjunto permite identificar una crítica sociocultural y una fuente de documentación histórica sobre la interacción entre política, medioambiente y sociedad. Como intuía Alimonda, esto anticipa la aparición formal de la ecología política como campo de estudio y prefigura las preocupaciones contemporáneas sobre las dimensiones políticas que subyacen a la crisis climática.

Como indicaré en los próximos capítulos, estos discursos ligan el pasado extractivo de América Latina con un futuro por venir cifrado

por la colonialidad de la naturaleza que queda registrada en la historia cultural, económica y política de las naciones latinoamericanas. Con ello identifiqué un lenguaje de valoración socioecológico que da forma a una ecología política latinoamericana temprana, donde la cultura registra, documenta y dialoga, siempre de manera ambivalente,¹⁸ con los proyectos desarrollistas y de progreso nacional. A través de sus obras literarias, artículos de prensa, panfletos políticos y crónicas, ensayos sobre geografía e historia y disertaciones y ponencias académicas sobre etnografía y medicina, Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita refractaron las líneas temáticas, las preocupaciones y los estilos discursivos sobre los espacios regionales en Venezuela, Costa Rica y Colombia, atravesados por la crisis financiera internacional de 1929 y la Gran Depresión que seguiría.

Estructura

Las secciones que siguen se dedican a rastrear los ensamblajes que representan y registran Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita en sus mediaciones político-culturales sobre las relaciones entre capitalismo, medioambiente y sociedad en Venezuela, Costa Rica y Colombia.

18 Otras investigadoras han notado formas de ambivalencia en el discurso del regionalismo latinoamericano. En su lectura de autores como Quiroga, Benito Lynch y Rivera, French indica que “the regionalist writers [...] are sensitive to their own ambivalent positioning between the discourses of internal and external colonialism. [They show] a fairly consistent trajectory from a state of relatively unproblematic identification with the hegemonic metropolitan authority through a growing realization of their own ambiguous positioning between the two contradictory and symbiotic systems of internal and external colonialism” (*Nature* 34-35). Por otra parte, Saramago nota cómo las obras de Alejo Carpentier, João Guimarães Rosa, Clarice Lispector, Juan Rulfo y Mario Vargas Llosa, negocian desde la ficción medioambiental una ambivalencia al respecto de los cambios generados por el desarrollismo en los años de la posguerra europea: “Unlike later generations, who were much more skeptical of such changes, ambivalence marks this generation’s relationship with environmental issues inside and outside their fiction: these authors at times seemed to embrace a developmentalist ethos and created lasting imagery of the mostly rural and forested areas about which they wrote” (182).

No se trata de releer las historias y discursos de estos autores como conflictos y luchas ambientales, sino de reconocer la presencia de estas dimensiones, aunque en muchos casos no fueran necesariamente explícitas en la conciencia y en la discursividad de los actores que las protagonizaron.

En el capítulo 1 me detengo en el caso de Venezuela, país que para 1930 está empezando a notar cambios radicales a nivel de su infraestructura y circulación de dinero, potenciados por la consolidación de la industria petrolera extranjera, asentada desde principios de siglo. En el capítulo me enfoco principalmente la novela *Cubagua* (1931) y el ensayo histórico-geográfico *Una ojeada al mapa de Venezuela* (1939), de Enrique Bernardo Núñez. Ambas obras toman como punto de partida temático los espacios periféricos y zonas extractivas de la nación venezolana —en la novela, la isla de Cubagua, en las costas del mar Caribe venezolano; en el ensayo, la Amazonía venezolana y otras regiones del interior del país— y prestan atención a las relaciones de ensamblajes discursivos que se dan entre los seres humanos, los bienes comunes transformados en materia prima y organismos como las plantas y los minerales. Exploro la relación simbiótica entre materialidades a partir de lo que defino como trance extractivo, un modo escriturario que, condicionado por lo que el marxismo define como el carácter fetichista de la mercancía y su secreto, conjuga inconscientemente espacio y tiempo del sujeto humano con los hidrocarburos, minerales y vegetales en el contexto de una historia de desplazamientos y rupturas fraguadas por el capitalismo rentístico hidro-carbonífero. A través del ensayo *Una ojeada al mapa de Venezuela* indago en la construcción de un discurso geosensible que emplea una idea alternativa de la región para repensar la nación, entendiéndolo de este modo como una reacción político-cultural. Me enfoco en construcciones como ‘el secreto de la tierra’ y el ‘pensamiento abandonado a la tierra’ que Núñez desarrolla en su ensayo como redescubrimiento del sentido de lo telúrico en tensión con el capitalismo extractivista. Finalmente, atiendo a una forma temprana de fitografía o escritura de las plantas en Núñez como configuración alternativa de lo común y de la identidad a través de la relacionalidad entre los cactáceos y los seres humanos.

En el capítulo 2 desplazo el enfoque de análisis hacia Costa Rica, atendiendo a la crónica *Bananos y hombres* (1931) y el panfleto comunista *El grano de oro y el peón* (1933) de Carmen Lyra. Los textos de Lyra relatan las condiciones de explotación en los monocultivos y los enclaves económicos en dos zonas periféricas de Costa Rica: los bananales en la zona atlántico-caribeña y los cafetales, en la zona del Valle Central. En líneas generales, en el capítulo propongo que la representación del enclave bananero y cafetero, el fruto, el grano y los humanos se leen como partes diferentes de un todo único, donde el discurso ensambla a peones, banano y café en una reelaboración de la brecha metabólica marxista entre sociedad-naturaleza. Defino este ensamblaje como extractivismo vascularizado y desarrollo la idea prestando atención a la recomposición del espacio regional a partir de las transformaciones sobre la geografía, los humanos y los frutos en los enclaves bananeros. Aunado a esto, interpreto cómo la forma escrituraria de Lyra se configura como una escritura de lo remoto, conectando a través de sus textos espacios locales —las plantaciones costarricenses y las zonas especificadas por el Estado para el ecoturismo— con espacios internacionales —el mercado financiero y Nueva York—, y en la alianza entre humanos y naturaleza que se lee metafóricamente en el lenguaje del texto. Atendiendo al panfleto político, indago en el ensamblaje discursivo que se da entre el enclave cafetero, el grano y los peones, argumentando que configura un discurso regional-comunista como reacción político-cultural al capitalismo y a la explotación de Latinoamérica por sus recursos naturales.

En el capítulo 3 retorno a Suramérica para explorar el caso de Colombia. Me enfoco en la novela *Toá: narraciones de caucherías* (1933) y en la ponencia etnográfico-médica “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia” (1940), de César Uribe Piedrahita. Los dos trabajos toman como punto de partida las condiciones de vida de los indígenas en las regiones selváticas del Putumayo y del Caquetá, iluminando los modos en los que el medioambiente se transforma en una zona de extracción de naturaleza para el mercado internacional. En el capítulo interpreto la novela como el mecanismo a través del cual se inscribe la relación intrínseca entre cultura y naturaleza, filtradas y rearticuladas a través de la práctica extractiva. Defino este modo escri-

turario como semiosis de la extracción para entender los modos en los que la selva, como construcción poética, es desterritorializada y reterritorializada, en un sentido deleuziano, como una zona de extracción material, de guerra y de enfermedad y paroxismo. Demuestro cómo la obra fluctúa entre el discurso letrado e higiénico de la época para devenir la articulación histórica, estética y política del látex extraído. Prestando atención a la ponencia etnográfica-médica me enfoco en la ruptura con el paradigma europeo que asociaba las enfermedades al clima y a las razas y la sitúo en el contexto histórico de la ocupación del territorio selvático americano como zona de extracción capitalista. Por último, concluyo el capítulo pensando cómo la ponencia da cuenta implícitamente de un devenir-indígena como reacción político-cultural, como forma de poner de relieve una intoxicación material y simbólica entre humano-vegetal a partir de la investigación de Uribe Piedrahita sobre la planta de coca y el yagé. Leo con ello un desplazamiento discursivo que pasa del discurso médico-occidental a uno de carácter especulativo, así como la configuración de una historia regional entrelazada en la ecología-mundo del capitalismo.

Trance extractivo: el secreto de la tierra petrolera, los hombres-cardón y Latinoamérica telúrica

“Deseo de expresar la tierra, provincia del mundo, de revelar de éste o aquel modo su sello tal vez inconfundible [...] La palabra impregnada del olor de la tierra. Lección ajena a intereses o majaderías y oropeles, muy diáfana, brotando de lo más hondo de sí mismo, en la consideración de las cosas humildes.”

Felipe Massiani, *Teoría y sentimiento de lo venezolano* en *Una ojeada al mapa de Venezuela* (1939)

El nacimiento de la industria petrolera en Venezuela coincidió con los esfuerzos de Juan Vicente Gómez (1857-1935), dictador de la República en distintos períodos entre 1908 y 1935, por consolidar el control sobre un sistema político y nacional fracturado. En su intento por reducir el poder de las élites y caudillos regionales, Gómez logró afir-

mar la autoridad del gobierno nacional sustentado por los beneficios económicos que le reportaban las compañías petroleras estadounidenses y británicas instaladas en el país tras la explotación de los primeros yacimientos del combustible fósil, alrededor de 1910. Esta relación simbiótica forjada entre industria petrolera y Estado le dio a Gómez,

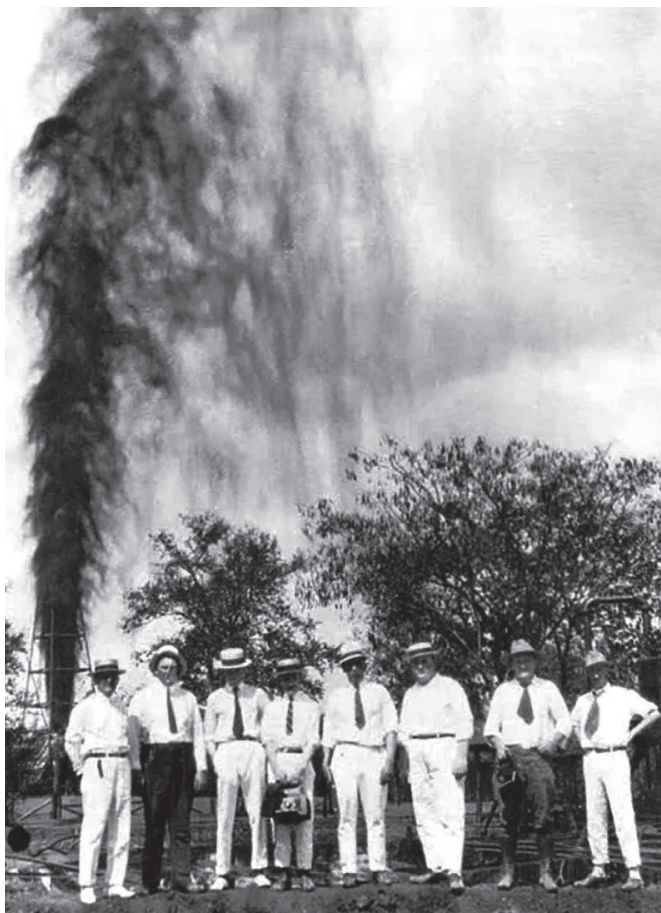


Imagen 2. Autor desconocido, “Grupo de técnicos celebran el reventón del pozo petrolero Barrosos II”, fotografía (1922), Lorena Puerta Bautista (2016): *Los geosímbolos del petróleo venezolano (1900-1960)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, p. 96.

y después de 1935 a su sucesor, Eleazar López Contreras, legitimidad política y recursos económicos para consolidarse y sentar las bases del modelo rentístico que caracterizó al petro-Estado venezolano a lo largo de su historia moderna (Arráiz Lucca 124-129; Tinker Salas 2-14).¹

La explotación petrolera supuso para Venezuela un cambio radical en la reconfiguración de su historia nacional y una modificación importante de las relaciones entre los venezolanos, la naturaleza y la cultura (Quintero 19). Por un lado, el descubrimiento y la explotación de pozos petroleros en Venezuela sería clave tanto para la geopolítica estadounidense y su relación con América Latina como para el modelo de control que ejercían las empresas sobre el consumo en Venezuela y otros países de la región caribeña y el continente suramericano (Terán Mantovani, *El fantasma* 103-108). Por otra parte, la irrupción del petróleo implicó una rápida transición en el país, que pasó de una economía agroexportadora a potencia energética y exportadora de hidrocarburos y minerales, lo que supuso un impacto en su configuración social, política y cultural (Coronil, *El Estado mágico* 116-132), pero también medioambiental. Regiones petroleras como el estado Zulia, al noroeste del país, se vieron afectadas en el ámbito socioecológico desde principios de la década de 1920 debido a los constantes derrames e incendios sobre el Lago de Maracaibo y sus alrededores, consecuencia de la negligencia de las petroleras extranjeras. Esto implicó la polución de las aguas y fauna marina, la pérdida de árboles de cacao y el declive en la agricultura regional, así como la intoxicación del ganado que pastaba a las orillas del lago contaminado (Santiago, “Desde el fondo de la tierra” 236-239).

En el contexto sociopolítico y petrolero de la Venezuela del siglo xx, *Cubagua* (1931), la novela del escritor, periodista y diplomático venezolano Enrique Bernardo Núñez,² narra la llegada a la isla de Margarita,

1 En el capitalismo rentístico, la principal fuente de ingresos proviene del rédito o renta generada por la explotación y exportación del petróleo, en lugar de la producción de bienes y servicios, basando el modelo de desarrollo económico en la captura y distribución de esta renta. Véase Baptista (“El capitalismo rentístico”).

2 Además de su labor como escritor y periodista, Núñez desempeñó cargos diplomáticos para Venezuela en Colombia, Cuba, Panamá y los Estados Unidos. Al-

en el oriente venezolano, del tecnócrata e ingeniero de minas egresado de la Universidad de Harvard, Ramón Leiziaga. Como enviado especial del gobierno central para inspeccionar los recursos minerales de la isla, Leiziaga entra en contacto con la sociedad burguesa de Margarita: el juez Leónidas Figueiras, el doctor Gregorio Almosas, el empresario estadounidense Henry Stakelun y el coronel Juan de la Cruz Rojas. Al recibir la orden de inspeccionar Cubagua, una isleta vecina, Leiziaga es avisado de la existencia de zonas ricas en petróleo, lo que desata una visión de explotación a gran escala que se relaciona directamente con el pasado perlero de la isleta. La visión explotadora de Leiziaga hace que la novela se caracterice por una dualidad temporal solapada: la narración oscila entre los años de la explotación perlera en la isla venezolana durante el siglo XVI y el tiempo presente de la narración, con Nueva Cádiz, capital arruinada de Cubagua, ya en los años veinte.

gunas de estas estancias en el extranjero están recogidas en volúmenes como *Viaje por el país de las máquinas* (2017). Núñez aprovechó su labor periodística para conocer más a fondo Venezuela: vivió en la isla de Margarita como encargado de un periódico que no fructificó y desde ella pudo desplazarse a la vecina isla de Cubagua para escribir la novela homónima. También pudo realizar otros recorridos a lo largo del territorio nacional, fundamentales para la composición del ensayo que discuto aquí y de otros libros con artículos de prensa reunidos como *Bajo el samán* (1963), *Huellas en el agua: artículos periodísticos, 1933-1961* (1987b), *Relieves* (1989a, 1989b) y *1936: crónicas de El Heraldo* (2014), por mencionar algunos. El periodismo y el trabajo semiprofesional que le dedicó al estudio historiográfico con obras como *Después de Ayacucho* (1920), *El hombre de la levita gris* de 1943 (1953) y las crónicas oficiales de la ciudad de Caracas de 1947 en *La ciudad de los techos rojos: calles y esquinas de Caracas* (1988) le merecieron la incorporación como miembro de número a la Academia Nacional de la Historia en 1948 (Núñez, *Novelas* 207-232), pero también le permitieron desplegar en sus textos un conocimiento tanto histórico como vivencial y de primera mano sobre la realidad regional de Venezuela. Esto lo situó en un lugar particular de la historia cultural y política del país. Una posición que el crítico Orlando Araujo describió como la de “un escritor indiscreto, que en sociedad de componendas, fue superando y venciendo debilidades hasta verticalizar un compromiso solitario con su verdad del mundo y de sí mismo” (79). Para un abordaje en profundidad sobre la biografía de Núñez y su rol en la historia literaria, cultural y política venezolana, véanse Larrazábal Henríquez (“Hacia”; “Prólogo”), Araujo (“Ensayo”), Torres Iriarte (*Pasión*) y Socorro (“El Gran”).

Simultáneamente, la novela introduce un capítulo metanarrativo —en la trama, este capítulo forma parte de unos papeles que escribe Leiziaga durante su encarcelamiento en la isla, por hurto de perlas— enfocado en la historia de Vocchi, un dios oriental, hermano del dios caribe Amalivaca. Este episodio dialoga con otro evento fundamental en la novela: la participación del protagonista en un areíto —ritual de los indígenas taínos— que tiene lugar en las catacumbas de Nueva Cádiz y del que Leiziaga emerge sin ser capaz de interpretar lo experimentado. Estos eventos visibilizan lo que la crítica ha señalado como el efecto especular de *Cubagua* y su carácter vanguardista (Bruzual, *Narrativas*; “Naturaleza”; “Neocolonialismo”);³ esto es, la duplicidad de personajes y cuerpos, de tiempos, espacios y problemáticas resumidas en la reiteración de las diferentes prácticas extractivas realizadas en la isleta.

En *Cubagua*, el entramado político, económico y social ha sido el principal objeto de estudio crítico desde un punto de vista que discute el neocolonialismo (Bruzual, “Naturaleza”; “Neocolonialismo”) o que asume una lectura contracolonial (Duno-Gottberg 14) y decolonial (Morreo 480), leyendo la novela como crítica del proyecto modernizador venezolano y tomando como categorías de análisis las representaciones de la naturaleza y las ruinas de Cubagua para cifrar un pensamiento contrahegemónico.⁴ Otros críticos leen estas categorías desde el pers-

3 *Cubagua* ha sido catalogada tradicionalmente como una obra vanguardista debido al uso del lenguaje y la innovación de la forma literaria. Para una lectura sobre narrativa, vanguardia y transculturación en la literatura venezolana del siglo xx, que toma como referencia la novela de Núñez, véanse Niemeyer (139-163) y Lasarte Valcárcel (“¿Narración transculturada?” 77-78).

4 Para Bruzual (“Naturaleza” 813; 2021), la novela se caracteriza por una importante crítica al neocolonialismo como forma actualizada de la colonialidad y de la explotación de la naturaleza por parte de empresas estadounidenses y europeas en Venezuela. Por otra parte, Duno-Gottberg (13-14) presenta lo contracolonial como un pensamiento que hace referencia al trauma de fundación de la cultura caribeña: las ruinas. Estas últimas, de acuerdo con Duno-Gottberg, operan como metáfora para pensar la modernidad latinoamericana afectada por los proyectos eurocéntricos de explotación, donde la esclavitud y el racismo fueron sus características más destacadas. Finalmente, Morreo (9) presenta lo decolonial

pectivismo indígena y lo espectral, a modo de proponer lecturas como la “fantasmográfica” (Lupi, “Los fantasmas”) —la escritura en *Cubagua* entendida como montaje que combina ficción, documentación histórica y mítica para mediar entre el lector y la historia— o la “cosmográfica” —“el rastreo del *sentido del territorio*” (Duchesne Winter, *Caribe* 7)—.⁵

No obstante, aunque en diálogo con los estudios mencionados antes, me interesa pensar cómo el trabajo de Núñez pone de relieve las relaciones entre materialidades que se da entre Leiziaga y los *commodities*, ampliando de este modo la discusión al respecto de cómo la obra del venezolano propone intersecciones socioecológicas. Para ello, me enfoco en la representación de la potencia transformadora que tienen el petróleo, el oro, la perla y el cardón —componentes minerales y vegetales ligados, como señalo más adelante, tanto a la ficción como a la ensayística de Núñez— sobre las construcciones temporales, espaciales y sociales en la novela. Por otra parte, indago en el modo en el que el ensayo *Una ojeada al mapa de Venezuela (lectura ante un auditorio ausente, un día cualquiera del año)* (1939),⁶ conceptualiza una conciencia regional

en su lectura de la novela como crítica a la colonialidad del poder acuñada por Quijano (*Colonialidad del poder*). Para Morreo, las fluctuaciones temporales que entretejen la trama entre el siglo xvi y xx en *Cubagua* representan una crítica al capitalismo de la modernidad/colonialidad que el pensamiento decolonial asocia a la invención de América por parte de Europa. Sobre el pensamiento decolonial y la colonialidad del saber que sustentan estas discusiones, véase Lander (*La colonialidad del saber*).

- 5 En adición, si bien en este libro no propongo una lectura de género literario, críticos como Alarcón (96-106) postulan que *Cubagua* hace uso del género fantástico, permitiendo un diálogo crítico con otras corrientes literarias como el realismo mágico y lo real maravilloso. Esta aseveración puede relacionarse a la de críticos que también hacen un planteamiento histórico, así como de una estética vanguardista, véanse Larrazábal Henríquez (“Hacia”; “Prólogo”), Araujo (“Ensayo”), Bohórquez (*Escritura*), Pacheco (187-205), Oviedo (222-224), Bruzual (*Narrativas*; “Naturaleza”; *Cubagua ante la crítica*), Torres Iriarte (*Pasión*; “De la razón”), Sánchez Vega (55-69), Duchesne Winter (*Caribe* 79-112), Lupi (“Los fantasmas”) o Russotto (“Una ráfaga”).
- 6 A partir de ahora las referencias a *Una ojeada al mapa de Venezuela (lectura ante un auditorio ausente, un día cualquiera del año)* irán indicadas bajo *Una ojeada*.

basada en el ensamblaje entre geografía y cultura que se da en el interior regional venezolano.

En este sentido, señalo cómo la escritura de Núñez sobre los componentes medioambientales es primordial para entender su proyecto político-cultural. Al ocupar parte significativa de su trabajo intelectual y divulgativo, Núñez supo relacionar de manera singular sus convicciones antimperialistas y anticoloniales con la confección de un proyecto interesado en repensar la identidad venezolana y latinoamericana desde la metáfora de ‘el secreto de la tierra’ —registrada tanto en *Cubagua* como en *Una ojeada*— y su relación intrínseca con la región del interior y la visión de una identidad telúrica que entiendo como una de las expresiones del *regionalismo ensamblado*.⁷

Cubagua: la huella de los *commodities* en el Caribe venezolano

Como ha notado Alejandro Bruzual (“Naturaleza” 807-808), la publicación de *Cubagua* en 1931 se ubica entre la aparición de *Doña Bárbara* (1929) de Gallegos y *Las lanzas coloradas* (1931) de Arturo Uslar Pietri.⁸ Para Bruzual (“Naturaleza” 813), a diferencia de las ficciones de Gallegos y Uslar Pietri, *Cubagua* propone un discurso opuesto a la idea de reordenación y modernización de la nación que dialogaba con los proyectos de transformación del país desde la irrupción del petróleo. Propongo, además de esto, que la novela de Núñez, al relacionarse con el potencial sensible y económico del entorno natural e infraestructural, habilita una relación taxativa entre Leiziaga, el petróleo, el oro y las

7 Bruzual (“Naturaleza” 815-816) identifica la relevancia de ‘el secreto de la tierra’ tanto en *Cubagua* como en *Una ojeada*. No obstante, su lectura está mediada por el posicionamiento histórico e ideológico de Núñez, que se interpreta simbólicamente como una relación armónica con la naturaleza. Para una interpretación similar a la de Bruzual, véase Larrazábal Henríquez (“Prólogo”).

8 Véanse Bruzual (“Naturaleza” 811-814) y Lasarte Valcárcel (*Al filo*) para una lectura comparativa entre *Doña Bárbara*, *Cubagua* y *Las lanzas coloradas*.

perlas como parte del ensamblaje capitalista. Este ensamblaje se puede interpretar como parte de la reacción político-cultural del autor, quien repiensa la idea de naturaleza en una dimensión que fluctúa entre su utilización como bien primario energético y su entrelazamiento con el ser humano. En consecuencia, argumento que Núñez construye un discurso que no solo es crítico con el proyecto nacional venezolano como país productor de energía (Bruzual, "Naturaleza" 817), sino que articula una reacción que interroga y repiensa la identidad del país desde la simbiosis socioecológica.

Articulo esto a través de lo que llamo trance extractivo. El sustantivo *trance* se entiende aquí como un modo de pensar la suspensión del juicio del protagonista de la novela, pero también en la forma y el modo en el que la narración es trastocada por los efectos y la incidencia del mundo material mercantilizado sobre la representación literaria. Andermann ha contextualizado la noción del trance como una "forma de hacer participar al hombre de lo natural [y sus] posibles nuevas alianzas entre humanos y no humanos por igual" (*Tierras* 25-26). Según Andermann, el trance es la suspensión del juicio entendido desde su acepción moderna y kantiana, aquella que contempla un mundo objetivado por la visión técnico-cognitiva de Occidente, deshaciendo la distinción entre sujeto y objeto que prevalece en la idea moderna del mundo.

No obstante, mi interpretación arraiga el trance extractivo en el carácter fetichista de la mercancía y su secreto (Marx, *El capital* 77-88). Esto no solo implica entender el trance como una alianza entre el mundo humano y no humano, sino que tal suspensión del juicio, al estar integrada en las dinámicas sociales y económicas del capitalismo, está necesariamente enraizada en un proceso suprasensible que mercantiliza y cosifica la materia natural y las relaciones sociales. De acuerdo con Marx (77), el hombre altera la materia natural de una manera que le sea útil. La madera, por ejemplo, se transforma en mesa, pero no por ello deja de ser madera, ordinaria y perceptible a los sentidos. Cuando la mesa es considerada una mercancía, "se transforma en cosa sensorialmente suprasensible. Ya no solo tiene sus pies sobre la tierra, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías y de su cabeza de palo brotan caprichos mucho más extravagantes que si de

propia determinación se lanzara a bailar” (77-78). En el momento en el que la materia mercantilizada trasciende su valor de uso —es decir, la utilidad inherente a una mercancía determinada por sus cualidades y características específicas que satisfacen las necesidades humanas— para convertirse en un valor mercantil de cambio —esto es, el valor de una mercancía en términos de su capacidad para ser intercambiada por otras mercancías en el mercado por dinero— la sociedad capitalista fetichiza las mercancías como si el valor fuera inherente a los propios objetos, en lugar de a la cantidad de trabajo real invertido para producir el objeto. Una porción de dicho valor fetichizado se asigna a la mercancía después de que haya sido producida y monetizada, lo que deja en suspenso la condición previa a su cosificación y que interpreto como otro nivel de sensibilidad vinculado a la relación de ensamblaje entre el ser humano y la materia.

En el caso de *Cubagua*, argumento que el avistamiento de los discos de petróleo en el mar y el contacto directo con las perlas y el oro antes de su extracción reflejan la instancia suprasensible en la que el fetiche de las mercancías y la condición material de estos minerales activan el trance extractivo. Interpreto la puesta en trance en los modos en los que Leiziaga, al entrar en contacto con estos materiales, refleja distintas formas de relacionamiento con estos —fetiche y ensamblaje—, y por la que genera un efecto formal que altera la construcción temporal y espacial del discurso.

A través del trance extractivo también interpreto cómo el discurso vehiculiza dos instancias históricas específicas en Venezuela. Por un lado, pone de manifiesto el modo en el que los *commodities*, producidos bajo relaciones sociales específicas, ocupan un rol central en la identidad colectiva nacional al actuar como objetos y sujetos históricos. Poetizando la mercantilización de la perla, el petróleo y el oro, la novela le otorga agencia histórica a los *commodities* como productos de la actividad humana y fuerzas activas que la constriñen y empoderan. Por otro lado, ofrece un registro crítico temprano del modelo rentístico que sentará las bases de la economía política venezolana y que será fundamental para la reestructuración territorial y la configuración de la identidad nacional sustentada en la idea de una riqueza natural supuestamente infinita.

El líquido oleaginoso: las manchas del turbio

A pocos días de llegar a la isla de Margarita para explorar las minas de magnesita, Leiziaga se embarca hacia Cubagua, una isleta colindante. En Cubagua, el buzo Antonio Cedeño, quien acompaña a Leiziaga en su expedición, le informa sobre la existencia de petróleo en ese territorio. La noticia genera gran impacto en el protagonista: “El corazón de Leiziaga da un salto y su alegría es apenas comparable al disimulo de Colón cuando vio allí mismo las indias adornadas de perlas” (Núñez, *Cubagua* 34). Al trazar un paralelismo con los trueques realizados durante el período colonial, el ingeniero piensa qué objeto material podría ofrecer en intercambio, como hicieron en su momento los españoles con los nativos, para recibir las riquezas del territorio americano. Este pensamiento no sorprende pues, desde su llegada a Margarita, Leiziaga contempla visiones modernizadoras y capitalistas.⁹ La costa desierta del continente se le presenta como “espacio para ciudades colosales” (22) y su proyección, así como la del resto de personajes burgueses en la isla, está mediada por la posibilidad de hacer dinero, instalar infraestructura para la circulación de capital y especular financieramente a partir de la mercantilización de la naturaleza: “Siempre he acariciado grandes proyectos: empresas ferroviarias, compañías navieras o vastas colonizaciones en las márgenes de nuestros ríos: si logro una concesión de esa naturaleza la traspaso en seguida y me marchó a Europa” (17).

Cuando Leiziaga avista los discos de petróleo en el mar de Cubagua, identificados por los isleños como las manchas del “turbio” (*Cubagua* 22), el protagonista cae en un trance desatado, por un lado,

9 Como ha notado la crítica (Bruzual, “Naturaleza”; Morreo, “Colonialidad”; Duchesne Winter, *Caribe*), la visión de este personaje es característica de la clase aburguesada venezolana de los años treinta, relacionada en buena medida con los proyectos de modernización y extractivismo en el país. Morreo (6-9) lo describe como parte de una “sociedad de extracción”. En otro análisis de la novela, Duchesne Winter (*Caribe* 84) propone utilizar el concepto “tierra de extracción”, para referirse al flujo extractivo que articula abundancia, escasez y dependencia en el contexto de la trama de la novela.

por la materialidad del petróleo en su estado previo a la extracción y, por el otro, por el fetiche generado por una mercantilización prospectiva del líquido, visualizada en el desarrollo imaginario de la isleta como enclave petrolero. Pero la representación de los efectos del ‘turbio’ sobre el protagonista no solo condiciona el relato, sino también el modo en que se relata. Esto es notable en dos instancias del texto, precisamente a raíz del avistamiento del compuesto flotando sobre las aguas y la proyección del tiempo acelerado por el desarrollismo petrolero y la especulación financiera que altera la configuración del espacio geográfico e infraestructural. Cuando Leiziaga hace contacto visual y físico con las manchas de aceite, aun sin que estas hayan sido todavía probadas o extraídas, refinadas y exportadas como petróleo al mercado internacional, el personaje y la narración formalizan el trance extractivo:

Los pies se hunden en el río de nácar. Rocío de mundos. De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: “Standard Oil Co. 503”. Las mismas estrellas se le antojan monedas de oro, monedas que fueron de algún pirata ahorcado. Los hombres que se mueven como dormidos desaparecerían. De pronto se sintió turbado creyendo oír en el espacio un rumor humano (*Cubagua* 34-35).

Esa turbación en Leiziaga, que se inicia en el instante en el que entra en contacto con el ‘río de nácar’ y el ‘rocío de mundos’, resulta indicativa del fetiche que despierta en él la posible extracción de petróleo. El instante repentino —el ‘de pronto’ que se dice al final del párrafo— marca el comienzo de una afectación en la que la proyección capitalista de la isla se intensifica por efectos del imaginario condensado en la petromodernidad,¹⁰ una visión que no queda subsumida al juicio

10 De acuerdo con LeMenager (“The Aesthetics of Petroleum” 60-61), el petróleo se infiltró en las formaciones culturales y políticas de la sociedad global, ocupando casi todos los espacios y productos que se consumen directa o indirectamente desde el siglo xx. Los modos de vida contemporáneos, sustentados por

racional de Leiziaga, sino que alimenta la relación taxativa entre la explotación natural y la ganancia económica. El trance extractivo, al suponer la suspensión del juicio y ceder al fetiche, activa otra forma de ver los cuerpos orgánicos e inorgánicos, los espacios y el tiempo. La novela especula con el abandono paulatino de la agencia humana, integrada en una distribución agencial que permite ver cómo los pies de Leiziaga, no necesariamente por voluntad del personaje, se hunden en el río de nácar. Este contacto con el material natural es cosificado a través de la visión prospectiva, vinculante con una lectura crematística del mundo. El fetiche de la mercancía, que se dispara en el momento en el que Leiziaga, sin expresarlo de manera tácita, relaciona la explotación y venta de hidrocarburo con la transformación industrial de la isleta, consolida la dinámica representativa del trance extractivo, teniendo en la referencia de los tanques de la Standard Oil y el ocultamiento de la fuerza de trabajo que pone en marcha la extracción el anclaje histórico en el contexto de la generación de renta por concepto de explotación petrolera.

Tras descubrir los primeros yacimientos fósiles, el Estado venezolano asumió el papel de propietario y gestor de los ingresos generados por la explotación. El gobierno promulgó un conjunto de leyes regulatorias y fiscales para fomentar la inversión extranjera y asegurar la retención de beneficios en la figura de la ‘renta petrolera’. Contratistas independientes, empresas internacionales y sus filiales comenzaron las perforaciones exploratorias durante las primeras décadas del siglo xx. La Caribbean Petroleum Company, filial de la Royal Dutch-Shell Group, perforaría el primer pozo comercial exitoso, Zumaque I, en la costa oriental del Lago de Maracaibo el 15 de abril de 1914. Esto sería solo el principio. El reventón del pozo Barroso II en Cabimas el 14 de diciembre de 1922 revelaría el verdadero potencial del subsuelo venezolano. En un lapso

productos derivados del hidrocarburo y sus potenciales energéticos, caracterizan una modernidad cifrada por el petróleo. Esta petromodernidad, no obstante, se manifiesta y experimenta de manera desigual en función del rol histórico, económico, geográfico y político que ocupan los países productores y consumidores del combustible fósil. Véase también Szeman y Boyer (“Introduction” 1-10). Para una lectura crítica de las políticas del petróleo y los *commodities* en Venezuela y Latinoamérica, véase Coronil (*El Estado mágico* 59-111).

de aproximadamente cinco años, Venezuela se convertiría en el segundo mayor productor y el principal exportador de petróleo del mundo (Betancourt, *Venezuela*; McBeth 5-20). La frase que inicia el párrafo en *Cubagua*, entonces, nos sitúa en el instante preextractivo del petróleo —una prospección efectuada desde el discurso—, mientras que su desarrollo pone en evidencia el pasaje entre la vinculación entorno-protagonista y el impulso extractivo por efectos del valor fetichizado del líquido oleaginoso.

El párrafo que continua a la escena que inaugura el trance extractivo marca una importante escisión narrativa. Esta pasa de verbalizar la visión extractiva de Leiziaga a comunicar la materialización de las formas no humanas, un movimiento entre lo orgánico y lo inorgánico que el trance extractivo hace evidente:

Por el mar se aproxima un coro de voces, ecos de las noches primitivas, a las cuales suceden pausas inmaculadas y una ráfaga de oro, un destello lejano. Ideas que nacen del mar, entre los arrecifes. Cuando ha llegado el tiempo escapan de sus lechos y emigran, girando siempre para orientarse, en grandes nubes. Conseguido el rumbo, nada puede desviarlas, ni el viento ni las montañas, y vuelan directamente a refugiarse en las viviendas humanas causando a veces terribles estragos. Como son semejantes al polvo, nunca se las podría eliminar. Se las vería a través de un rayo de luz, sujetas a quedar aplastadas en algún grueso volumen, confundidas con los vulgares insectos que vuelan en torno de la lámpara (Núñez, *Cubagua* 35).

De la impresión modernizadora-capitalista de Leiziaga en el primer párrafo, se pasa al relato del movimiento de la materia que queda encapsulado en el encabalgamiento narrativo entre lo humano —el primer párrafo, con la visión prospectiva de Leiziaga— y lo no humano —el segundo párrafo, con el movimiento del ‘coro de voces’ y los ‘ecos de noches primitivas’ que ‘nacen del mar, entre los arrecifes’—. Esta relación entre ambos párrafos se articula por medio del conjunto de materialidades que el trance extractivo realza: el petróleo como mercancía y la fantasía de la ganancia económica que se le asocia actúa sobre Leiziaga al tiempo que este actúa sobre el hidrocarburo verbalizando las visiones que asocia al material fósil.

En este sentido, el trance extractivo no solo pronuncia lo que para Andermann, en su definición de trance, representa un ensamblaje “en el inconsciente, el espacio y el tiempo del sujeto y la comunidad escindidos por una violenta historia de desplazamiento y rupturas temporales” (*Tierras* 22). Es, en adición a esto, la expresión de un conjunto de materialidades divergentes que, en la articulación capitalista del fetiche de la mercancía y su secreto suprasensible, ponen en marcha la aparente inespecificidad de la turbación —aquello que Leiziaga nunca logra interpretar del todo y que solo cree escuchar como rumores humanos—. Aquí, el ‘se sintió turbado’ marca el punto de partida para dar sentido a la inespecificidad de formas que el trance extractivo provoca entre Leiziaga y el petróleo. En este caso, no es que el ‘turbio’ habilite directamente en Leiziaga una visión extractivista y la posibilidad de riqueza a partir de la explotación petrolera —al respecto de ello, Leiziaga está convencido mucho antes de que se le informe sobre la existencia de los yacimientos petrolíferos (Núñez, *Cubagua* 17-18)—. Es, en cambio, el reconocimiento de la condición previa a la extracción del petróleo sobre Leiziaga, su avistamiento como una presencia a ser extraída del territorio, mercantilizada e intercambiada por dinero, lo que permite leer el trance extractivo como la articulación del fetiche mercantil del petróleo en conjunto con la potencia de lo material.

Lo señalado también muestra algo que es una constante formal en la novela de Núñez. Esto es indicativo de un modo de narrar singular que avanza una construcción literaria del medioambiente interceptada por lo especulativo, ya sea con una lengua que reproduce los discursos crematísticos de la explotación de la naturaleza como en su contrapartida imaginativa y relacional. Por un lado, retornando a los ejemplos citados más arriba, el narrador en tercera persona relata en el lenguaje prospectivo del modo verbal condicional —‘podría’, ‘estaría’, ‘desaparecerían’— y el de la especulación económica estimulada por ‘la magia del aceite’, la proyección modernizadora de Leiziaga, que ve la posibilidad desarrollista de esta potencial zona extractiva. Por otro lado, el segundo párrafo se contrasta con el primero en tanto que sitúa la narración y los tiempos verbales en el presente diegético, iluminando una acción subrepticia e insondable para Leiziaga, y que acaba en

turbación: el coro de voces, ecos de noches primitivas como ideas que nacen de la mar y de sus organismos vivos, los arrecifes.

En el cambio de registro temporal y espacial, se observa el movimiento de una lengua que va de la visión desarrollista prospectiva con la que Leiziaga imagina una Cubagua productiva, a una de influjo mítico y chamánico, constituido por las voces íntimas del mar que resuenan a tiempos pasados y a formas más que humanas. Como forma disruptiva, el segundo párrafo desajusta los marcos estatuarios del desaforo petrolero en la diégesis, provocando desconcierto en Leiziaga, pero también en la misma maquinaria narrativa que, trabada, no es capaz de narrar bajo parámetros cronológicos y causales.

Esto implica la formulación de un lenguaje de valoración cultural que refleja el efecto del mundo material en la construcción del entorno, invocando cruces entre el materialismo histórico —esto es, la comprensión de la fuerza motriz del cambio histórico como el desarrollo de los medios de producción y los conflictos resultantes entre las clases sociales— y los nuevos materialismos —es decir, la influencia de entidades más que humanas en la configuración de la vida social, haciendo hincapié en el entrelazamiento de materialidades para repensar grados de agencialidad—. A diferencia de los lenguajes de valoración monetaria, los cuales se han convertido históricamente en instrumentos de exclusión (Martínez-Alier 98), el lenguaje de valoración cultural forma parte de los procesos materiales y su inclusión, representándolos (Hoyos, “La cultura material” 256). Ello no quiere decir, sin embargo, que el lenguaje de valoración cultural esté exento de instrumentalizaciones y exclusiones. Como indicaré a lo largo de las próximas páginas, la ambivalencia que identifico en los discursos que forman parte de *Regionalismo ensamblado* permite rastrear las complejidades inherentes a la dialéctica sociedad-naturaleza en el contexto que nos ocupa.

Por otra parte, la fuerza material del ‘turbio’ que se registra en la novela es tal que modifica el ambiente y la demografía de la isleta: “Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el ‘turbio’ dañase los ostrales” (Núñez, *Cubagua* 22). Cubagua, esa “tierra bella, isla de perlas” (11), empieza a

transformarse en “una isla decrepita y de costas roídas y aplaceradas” (33). Ello lleva a que “las alabanzas [quedaran] abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco” (22). La referencia al ‘turbio’, que en la especulación financiera y narrativa transmuta de naturaleza a mercancía, denota la irrupción del líquido oleaginoso como agente transformador de Cubagua. Esta transformación no solo se da en la geografía de la isla; también alcanza al territorio en su dimensión más amplia, pues el ensamblaje capitalista que postula progresivamente la novela articula la extracción histórica de la perla, el petróleo y la fuerza de trabajo, expandiéndose desde la isleta hasta los campos petroleros del occidente venezolano y las zonas extractivas de la ribera del río Orinoco.

Estos ensamblajes revelan una combinación heterogénea que coexiste en dependencia mutua y tensión. De acuerdo con Malm (168-169), toda fuerza productiva puede verse como una combinación entre lo social y lo natural. Una combinación que alude a la desigualdad, el movimiento, el desequilibrio dinámico y la contradicción interna. Sugiere que los elementos combinados persisten y pueden seguir reaccionando entre sí. Cuando las combinaciones se materializan, por ejemplo, características de la biosfera cambian: un campo perforado, una tierra labrada, una selva deforestada. La proliferación de combinaciones deja marcas inherentes e indelebles en la sociedad —esto es, efectúan una historización o socialización de la biosfera— que además avanza integrando continuamente los sustratos materiales en la sociedad. En ese sentido, la proliferación de combinaciones también afecta a una naturalización de la vida social, reforzando cada vez más la interpenetración de ambos polos (169-170).

Es precisamente a través de estas combinaciones como se pone de relieve la importancia del petróleo como material natural y *commodity*, y el modo en el que Leiziaga, en trance, actúa: primero, abandonando paulatinamente la tarea de exploración encomendada por el gobierno venezolano para enfocarse en la planificación de un proyecto extractivo privado que le reporte un rédito —la renta— para retirarse a Europa; y, segundo, como señalo al final de esta sección, pasando del fetiche por los materiales fósiles del producto mercantilizado al valor

totémico que adquieren las perlas al final de la novela.

La emergencia del petróleo, entonces, traza en el discurso un contrapunteo temporal entre los años perlíferos del siglo xvi, cuando “la perla [era] la vida de todos” (Núñez, *Cubagua* 22), y la petromodernidad que fetichiza Leiziaga en los albores del siglo xx. Este contrapunteo temporal está cifrado por el trance extractivo: revela la condición histórica de la compulsión extractivista como eje constitutivo de la identidad nacional, así como la falla histórica de su ejecución con la instalación del capitalismo rentístico en Venezuela. La correlación entre estos dos eventos tomó forma durante la dictadura gomecista, siendo fundamental para el asentamiento económico de la exportación hidro-carbonífera en detrimento del hasta entonces dominante sector agrario. Entre 1917 y 1922, el ministro de Fomento, Gumerindo Torres, promulgó un conjunto de regulaciones para incrementar la participación estatal en las ganancias de la industria petrolera. Estas regulaciones definían el subsuelo y sus recursos como bienes comunes de la nación, obligando a las empresas a pagar una renta mayor para extraer el petróleo. Con la nueva legislación petrolera, el discurso económico comenzó a desplazar su centro de la producción agrícola privada a la captura pública de la renta minera (Coronil, *El Estado mágico* 128).¹¹

Al lado de los beneficios económicos, la captura pública de la renta se tradujo simultáneamente en la absorción colectiva del *commodity*

11 Para una discusión general de las políticas petroleras durante la dictadura de Gómez, véase Coronil (*El Estado mágico* 127-138). Las dimensiones culturales de dicho desplazamiento también serían claves para entender la incipiente modernidad petrolera venezolana y su consolidación y declive a lo largo del siglo xx. Véanse, por ejemplo, la crítica elaborada en 1936 por Uslar Pietri (“Sembrar el petróleo”), sobre la necesidad de distribuir la renta petrolera para fomentar el desarrollo económico sostenible y diversificado del país; la contraposición cultural que exacerbó la brecha entre tradición y modernidad en el seno de la Venezuela tradicional y agraria —el país vegetal— y la Venezuela moderna y petrolera —el país mineral— identificada por Díaz Sánchez (108-110); o las dimensiones antropológicas y socioculturales producto de la sostenida influencia de la industria petrolera transnacional en Venezuela, desarrolladas por Quintero (*La cultura del petróleo*) y Tinker Salas (*The Enduring Legacy*), por solo nombrar algunos ejemplos.

como rasgo definitorio de la nación.¹² Esto es, la renta petrolera no solo implicó la creación de valor de cambio o dinero; también articuló un discurso nacionalista en torno al control colectivo del petróleo como eje central de la Venezuela moderna y posgomecista. Ello dio lugar a la creación de otra forma de valor, esta vez simbólico, a partir de la abstracción de la imagen de los venezolanos como dueños del petróleo. No obstante, como refleja la figura de Leiziaga en *Cubagua*, dicha abstracción opera bajo la configuración de una imagen colectiva ilusoria alrededor del petróleo como recurso público al servicio de la nación. El hidrocarburo, como explica el economista Asdrúbal Baptista, “es un elemento de la riqueza de la humanidad sujeto a la propiedad privada” (98). Dada la relación económica establecida entre el Estado y las compañías concesionarias, el petróleo posee en sí un carácter privativo, pues el Estado no solo participa del intercambio petróleo-dinero, sino que ejerce la función de propietario del recurso.

En el caso del petróleo, el verdadero representante del capital de los yacimientos petrolíferos es la compañía extractora, no el propietario del terreno. Los dividendos rendidos por los yacimientos, cuando se consideran como capital, se manifiestan en forma de intereses y beneficios derivados de la extracción y comercialización del petróleo, no como renta pasiva simplemente por poseer el recurso. Cuando los

12 Coronil explica que “en tanto nación petrolera, se imaginó a Venezuela como un país con dos cuerpos: un cuerpo natural (la fuente material de su riqueza) y un cuerpo político (sus ciudadanos), ambos representados por el Estado” (*El Estado mágico* 166). Este imaginario colectivo se desarrolló como consenso político en torno de la afirmación de que Gómez había entregado los recursos del subsuelo a las compañías extranjeras: “En el repetido llamado a salvaguardar ‘nuestras riqueza nacional’ [...] y en la insistencia en que se empleara esta riqueza a favor de la colectividad que era por derecho su propietaria (demanda expresada con fuerza por la Generación del 28), los intereses particulares se subsumieron en el interés general de la nación como sujeto unificado. En la lucha contra el gomecismo y las compañías foráneas se desarrolló un lenguaje nacionalista que se dirigía a los venezolanos como miembros de una comunidad sostenida por la propiedad colectiva del subsuelo. La tarea del Estado fue definida como la de reintegrar la nación dividida, a la cual representa mediante la salvaguarda de un cuerpo físico que se esfumaba, en nombre de un entorno político” (162).

yacimientos petrolíferos se utilizan para producir interés o beneficios, se tratan como capital y no como propiedad que genera renta por sí sola; es decir, el petróleo es un medio de producción no producido. La diferencia clave radica en que el valor del petróleo, al ser extraído y procesado, es resultado del trabajo y la inversión de las compañías extractoras —tecnología, infraestructura, etc.—, y no solo de la propiedad del terreno donde se encuentra el recurso. La renta generada por el petróleo es una consecuencia de las relaciones sociales que determinan cómo se explotan y distribuyen los recursos, y no de la naturaleza del recurso en sí.¹³

Cifrada por la compulsión de generar valor y crecimiento-desarrollo bajo la lógica del capitalismo, el trance extractivo en el que cae Leiziaga al descubrir las manchas del ‘turbio’ ilumina la condición privativa y excluyente del proceso extractivo y del discurso de valoración económica que lo constituye. Es decir, el trance extractivo del petróleo no contiene en sí mismo el imaginario colectivo que le adjudica el discurso nacionalista alrededor de la posesión natural del recurso y las regalías. Su explotación, como indiqué antes, está naturalmente desembarazada de los procesos de producción —caso contrario al de la agricultura, por ejemplo— y se ancla, en cambio, en las relaciones sociales dentro de las cuales toma lugar el aprovechamiento del subsuelo: el valor de cambio o dinero. Como reitera Leiziaga en *Cubagua*, la esencia histórica de la extracción y generación de renta está afincada en “un materialismo

13 En sus estudios sobre la economía política del petróleo venezolano, Baptista ilumina este aspecto: “El petróleo es un elemento de la riqueza de la humanidad sujeto a propiedad privada. Sobre este punto particular deben tenerse ideas muy precisas. Para empezar, excepto en EE. UU., idiosincrásicamente, la propiedad sobre el petróleo pertenece a los estados. Ahora bien, la propiedad en examen, dada la naturaleza de la relación económica entre el Estado y las compañías concesionarias que por muchos años explotaron el recurso petrolífero, o entre el Estado y sus compañías petroleras luego de las nacionalizaciones, posee el indudable carácter de “propiedad privada”. Se quiere decir que no es únicamente por ser Estado que éste exige una participación en el negocio, sino que también la exige por ser propietario. Huelga decir que la palabra “privada” en este contexto no es el usual antónimo de pública. La palabra privada significa más bien privativa o excluyente” (98). Véase también Coronil (*El Estado mágico* 158-161).

feroz” (Núñez, *Cubagua* 21) que articula un ethos discursivo de prospección y especulación sobre el recurso del subsuelo, enraizado en el fetiche sobre la mercancía y su valor de cambio, y por ende desplazando, en el plano material, la idea del beneficio colectivo por el individual.

En *Cubagua*, entonces, se dispone una lectura a contrapelo del discurso nacional y la colectividad en torno al petróleo, donde si bien el hidrocarburo actuará como motor del desarrollo socioeconómico de Venezuela en los años por venir, también enquistará una visión distorsionada en el imaginario colectivo de la nación como beneficiaria del subsuelo. En este sentido, la correlación que traza la novela entre el siglo XVI perlero y el siglo XX petrolero pone de relieve la dimensión histórica del trance extractivo, articulado por la construcción social del valor material y simbólico.¹⁴ Esta construcción social del valor, que la novela vehiculiza a través de los lenguajes de valoración sobre el ‘turbio’ por parte de Leiziaga y demás habitantes de Cubagua, está intrínsecamente arraigada en los patrones de explotación de la naturaleza extraída y abstraída en forma de dinero, y en la conceptualización abstracta de la colectividad nacional como dueña del petróleo. Estas formas de abstracción quedan mapeadas en el discurso literario al registrar el sistema-mundo a través del cual la vida de la sociedad industrial en los Estados Unidos —bajo la forma de la Standard Oil y el desarrollo infraestructural que Leiziaga imagina en Cubagua— se conecta materialmente con los ecosistemas y el sector de extracción de recursos en Venezuela.

A través de Leiziaga, la abstracción nacional del petróleo como ‘bien común’ queda en entredicho, pues los intereses personales y privativos del tecnócrata sobre el ‘turbio’ no contemplan el desarrollo sostenido de la nación, sino la captación individual de una renta inmediata que especula sobre la base de la explotación del subsuelo, sobreseído por efectos de los flujos del capital internacional y la gestión de las empresas foráneas a las que se les arrienda el territo-

14 Como indica Marx (*El capital* 77-88), la apariencia de valor inherente a las mercancías es siempre un acto simbólico y de construcción social, ya que oculta las relaciones sociales y laborales que realmente determinan el valor.

rio. Leiziaga encarna así una política económica presentista que, en términos de una crítica del modelo capitalista rentístico, carece de “mecanismos de autorregulación, equilibrio estable y la imposibilidad de autorreproducirse para garantizar el crecimiento sostenido de su actividad económica” (Baptista 109). Con ello, *Cubagua* ubica el fallo multidimensional del modelo capitalista rentístico venezolano en un continuo histórico sumido en el trance extractivo y en el que la riqueza fácil e inmediata, como ocurriese con *Cubagua* y sus perlas, tiene una iteración más dramática en el caso del petróleo y la Venezuela moderna.

Esta interpretación adquiere mayor densidad durante una conversación que sostienen Leiziaga y fray Dionisio, un monje que reside en la isleta. Durante el diálogo, fray Dionisio se dirige a Leiziaga y lo interroga: “—¿Has comprendido, Leiziaga, todo lo que ha pasado aquí? ¿Interpretas ahora este silencio?” (Núñez, *Cubagua* 63). El fraile explica que el silencio es resultado de la debacle colonial y la explotación de la isleta. La preeminencia del silencio, que se repite a lo largo de la novela y que también es recurrente en la ensayística de Núñez,¹⁵ hace explícita otra dimensión del trance extractivo: el silencio como resultado de la extinción de vida, tanto en la forma del agotamiento de los ostrales y la explotación de los indígenas para su extracción como en la exploración prospectiva del petróleo. Para Leiziaga, el silencio se traduce en rédito económico; es un “silencio vibrante” (108) o latencia de algo por venir que se puede asociar al “algo más” (110) que distintos personajes intuyen en la naturaleza. El tecnócrata interpreta el silencio a través de su visión manchada por los discos de petróleo sobre el mar, revelando una posibilidad latente, sostenida por

15 Bruzual (“Naturaleza” 815-816) ha notado esta preponderancia tanto en *Cubagua* como en *Una ojeada*. Sin embargo, su lectura crítica insiste en interpretarlo desde una perspectiva armónica entre naturaleza y sociedad. Por otra parte, el silencio en *Cubagua* tiene un significado múltiple y complejo. Ya en el capítulo V de la novela, el narrador habla del silencio más allá de la carencia de sonido, designándolo deidad: “Sobrecogidos [, los indígenas,] observaban la noche sin atreverse a interrogar sus secretos y escogían dioses: la sombra, el río, el silencio” (Núñez, *Cubagua* 78).

la extracción prospectiva de los yacimientos petroleros que supuestamente existen en la isleta:

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y talar a Cubagua. Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacinan en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee una tabla: “Aquí se hacen féretros”. Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos (Núñez, *Cubagua* 64).

El fragmento repite la estructura retórica que, en consonancia con la potencia material y fetichizada del petróleo, evidencia un cambio de registro temporal, espacial y de voces —en este caso, entre la interrogación que hace fray Dionisio con respecto al destino de Cubagua y el pensamiento extractivista de Leiziaga—. Al mismo tiempo, las proyecciones del tecnócrata, como ya hiciera al ver por primera vez los discos del ‘turbio’ en las costas de Cubagua, figuran las ansias de desarrollo que empiezan a proliferar en una Venezuela que crece cada vez más gracias al excedente económico de la renta petrolera. Esta visión en Leiziaga es representativa de la ecología política del petróleo venezolano y su impacto directo en todos los niveles de la historia social, económica y política de la nación. Su articulación en el texto literario revela cómo la función narrativa de la novela es entretejer la historia entre el personaje humano, la historia pasada de la extracción perlera y la historia prospectiva de la extracción hidro-carbonífera en una dinámica suprasensible que cruza juicio y trance a través del fetiche sobre el valor de cambio del petróleo.

Orinoco: la ruta del oro

“Y el río era él, Topiawari, y tenía sus mismos deseos y pensamientos. Y sentía dentro de sí aquel tumulto con que el Orinoco baja de la montaña y nutrido del ansia de todos los ríos corre hacia el mar. Y comprendía mejor los ecos que

a través de la inmensidad de los tiempos va dejando en el corazón de los hombres y las selvas.”

Enrique Bernardo Núñez, *Orinoco (capítulo de una historia de este río)* (1943)

Considerando la relación entre seres humanos y materiales geológicos que hace avanzar la novela, el trance extractivo en el que cae Leiziaga no queda reducido a los efectos procurados por la presencia del petróleo en Cubagua. Estos también resuenan de manera insistente en el final de la novela, cuando el ingeniero logra escapar de su cautiverio luego de ser apresado por robar perlas y huye en barco hacia el río Orinoco. Su destino no parece arbitrario. Los yacimientos auríferos y minerales y el potencial hidro-energético de la región amazónica-guayanesa serían fundamentales para potenciar los planes de diversificación económica e industrial en Venezuela. Si bien habrá que esperar hasta 1950-1960 para observar la materialización de los proyectos infraestructurales que acometieron la extracción sistemática del oro, el hierro y la construcción de la Represa del Guri en el río Caroni, afluente del Orinoco, el texto de Núñez anticipa la expansión de la frontera extractiva en Venezuela, con Leiziaga como protagonista de ese nuevo trance extractivo:

Izan las velas. Leiziaga lanza un silbido y hace señas con la mano.

—¡Eh! ¿Quién es?

¡Adelante!

Un bote le conduce. Leiziaga penetra en el velero. Iban al Orinoco. ‘El Farraute’ es también de Pedro Cálize.

—La tierra es buena —dice el patrón—, y lo será mejor cuando se abran los trabajos. Hay mucho oro, pero el padre Dionisio dice que hay algo más que oro, y lo creo. Yo lo llevo a veces (Núñez, *Cubagua* 110).

Más allá de una lectura que identifica en las narrativas regionalistas una parodia de los discursos europeos sobre los viajes al trópico (Wylie, *Colonial Tropes* 1-13), el oro, como indiqué antes con el petróleo y como señalé en breve con las perlas, se pone en el punto de mira de la construcción textual. En el ejemplo, el potencial extractivo

de la región cataliza el movimiento de la trama y la deja abierta, sobre todo con la mención al comentario que le había hecho fray Dionisio al patrón del navío. En esta afectación que genera el oro tanto para la trama —se intuye como el nuevo objeto de deseo fetichizado del protagonista, que se embarca hacia la zona extractiva en el Orinoco— como para la narración —el mineral es la palabra que pone en marcha una prolepsis narrativa concatenada con el pasado y el presente del relato articulados en las palabras ‘perla’ y ‘petróleo’, respectivamente—, se puede identificar la potencia de los materiales en estos dos planos de la novela. Dicho de otro modo, la función de los vocablos ‘petróleo’, ‘perla’ y ‘oro’ operan bajo la capacidad fetichizada del material —en este caso el oro— que en combinación con el patrón del navío o Leiziaga procuran cambios importantes en el curso de los acontecimientos. Esta relación conjunta articulada por el trance extractivo implica un efecto acumulativo asociado a la reiteración de las palabras ‘petróleo’, ‘perla’ y ‘oro’, así como a su significancia dentro de la narrativa, en la puesta en marcha de eventos determinantes para la trama.

El trance extractivo que procura la mercantilización del petróleo, las perlas y el oro es el que transforma a Leiziaga, pero es precisamente la introducción de estas palabras y su significación la que reitera el efecto acumulativo. Al poner la atención sobre el vocablo ‘oro’, el narrador deja en evidencia el potencial simbólico que condensan tanto la palabra como su significado en el desenlace narrativo: por un lado, ‘oro’ reitera la importancia de un mineral para el sustento verosímil de la trama desde el punto de vista de la progresión histórico-extractiva que, cronológicamente, empieza con la extracción de perlas en el siglo xvi y termina con la de petróleo y oro en el xx. Por otro lado, implica una crítica abierta, si bien implícita en la novela, que elabora una geología política (Bobbett y Donovan, *Political Geology*), poniendo de relieve cómo los factores geológicos influyen y se ven influenciados por procesos políticos, dinámicas de poder y estructuras de gobierno. Los proyectos extractivos para el desarrollo del país, donde la región amazónica a la que se dirige Leiziaga se proyecta en esta historia como la próxima Cubagua/*Cubagua*, iluminan una dialéctica entre la realidad de la isla Cubagua y la novela *Cubagua* que cruza Historia con historia, poniendo de relieve

cómo las formas culturales también registran la ecología política de la colonialidad de la naturaleza.

Como ocurre con el ‘turbio’ a lo largo de la novela, el material mercantilizado cataliza estas transformaciones, pero también es parte de ‘algo más’, como le dice fray Dionisio al patrón de la embarcación, que obliga a pensar en otras formas de relación con el territorio, quizá no cifradas únicamente por el potencial extractivo que poseen. Por ejemplo, en *Orinoco (capítulo de una historia de este río)* (1947), texto breve que relata una cronología de despojos y asedios contra Venezuela y los bienes comunes, Núñez vuelve a relacionar la idea del oro con un ‘algo más’ que no se le revela al hombre: “Y acaso en las ciudades de El Dorado hay algo más que oro. Acaso sus tesoros son de otra naturaleza, fuera del alcance de nuestros groseros sentidos” (*Orinoco* 127). Para Núñez, que El Dorado nunca fuese descubierto ni por los conquistadores ni por los desarrollistas venezolanos en los años de la República —“Las huellas del hombre blanco se perdieron en el camino del Dorado como las huellas de los portadores de arcilla en el sendero del tapir” y “El Dorado se esfumaba siempre. No podían verlo. Todavía hoy se desvanece ante los que exploran desde sus aviones el misterio de las tierras desconocidas” (128)— reafirma el tropo de ‘el secreto’ que el autor utiliza tanto en *Cubagua y Una ojeada* —‘el secreto de la tierra’— como en *Orinoco (capítulo de una historia de este río)* —el secreto de El Dorado—. Este tropo condensa la ambivalencia que se filtra en la novela y los ensayos de Núñez: ‘el secreto de la tierra’ entendido como un *commodity* que se extrae del océano y la tierra para sostener el proyecto modernizador o como esencia fuera del alcance de los sentidos comunes, arraigado en la condición viva del territorio en relación con los seres humanos y no humanos que lo componen.

Polvo de perlas: el río de nácar

Similar al oro, la perla es representada en la novela de manera omnipresente. Una de las tareas de Leiziaga al desembarcar en Margarita pasa por visitar Cubagua y explorar la zona de perlas ya prácticamente agotadas por la explotación desmesurada durante los años de la co-

lonia. La pesca perlera en Cubagua fue una empresa rentable para la Corona española: durante la primera mitad del siglo XVI, quebró el monopolio perlero de Oriente y sirvió para establecer en la isleta una de las primeras ciudades de América Latina, Nueva Cádiz (Otte 22-29, 83-89). Las perlas, además, desempeñarían un rol clave en la geohistoria del poblamiento venezolano, particularmente en Margarita, consecuencia de la expansión de las pesquerías a la isla producto de la sobreexplotación perlífera en la isleta y su subsecuente abandono (Salazar Bravo 70-71).

En *Cubagua* se va descubriendo paulatinamente cómo la perla deviene de un complemento del escenario insular —“tierra bella, isla de perlas” (Núñez, *Cubagua* 22) o “el reguero de nácar destellaba en las calles” (46)— y de las fantasías económicas de los personajes —“si él [juez Figueiras] pudiese obtener una de esas perlas, no sólo absolvería a Leiziaga, sino que iría a dar un paseo por Europa” (105)— a estar integrada en los cuerpos humanos y más que humanos, sobre todo durante el areíto indígena en el que fray Dionisio introduce a Leiziaga.¹⁶ El ritual taíno marca una ruptura importante en la novela, como ha notado Duchesne Winter (*Caribe* 104) al describirlo como una lógica de alianzas humanas en la configuración de mundos congruentes. De acuerdo con Duchesne Winter, la relación entre la visión del mundo amerindio con la del Viejo Mundo se materializa en la participación chamánica de Leiziaga: el protagonista, representante simbólico en el

16 Hay otros ejemplos de particular interés con respecto a la potencia material de las perlas en la novela de Núñez. Un episodio tiene que ver con el robo protagonizado por Leiziaga, obsesionado con unas perlas particularmente atractivas (Núñez, *Cubagua* 93-95). El comportamiento violento del protagonista —en la trama, Leiziaga, armado con una pistola, amenaza a Selim Hobuac, comerciante de perlas sirio— es canalizado por el efecto del trance extractivo: como ocurre con las manchas del ‘turbio’, Leiziaga también queda turbado por la potencia económica del nácar. En otro ejemplo (45-64), el narrador traza un recorrido histórico que rastrea el agotamiento de las perlas en la isleta. Esta sección de la novela relata, entre otras cosas, los distintos acercamientos a la perla hechos por los nativos y por los colonizadores, desembocando en el agotamiento del material, la sobreexplotación de los nativos por los españoles y el eventual abandono de la isleta tras un desastre natural.

texto de la modernidad, deviene en una figura asociada a lo mítico-amerindio que resuena con su sensibilidad hacia 'lo muerto'. No obstante, el ritual no solo remarca el devenir chamánico del protagonista en clave antropocéntrica. La referencia al ritual caribeño como otra forma de experimentar los tiempos y espacios de la modernidad bajo el orden del trance místico, refuerza al mismo tiempo la potencia material del petróleo y las perlas en la novela.

El episodio del areíto narra el descenso de Leiziaga a las catacumbas de Nueva Cádiz, conducido por fray Dionisio. Una vez en el subsuelo, Leiziaga recorre pasillos repletos de oro, plata y perlas, hasta encontrarse con el dios Vocchi. Interactuando con este, el protagonista nota cómo "su rostro espectral se inclinaba agobiado de perlas" (Núñez, *Cubagua* 82). La simbiosis entre la figura más que humana del dios y las perlas es solo el inicio de una forma de relacionalidad que va más allá de la relación antropocéntrica que ha destacado la crítica (Duchesne Winter, *Caribe* 104-106). En esa misma escena, Vocchi le ofrece a Leiziaga una sustancia estupefaciente que modificará, como ocurre con el 'turbio', tanto la trama como la forma narrativa en la novela. En un registro en línea con una historia entrelazada, la forma en la que Leiziaga experimenta la materialidad del entorno al entrar en trance por efectos del 'turbio' o la perla constituye una visión histórica del mundo que también supone otras formas de inscripción *en* y *con* el medioambiente. Esto resalta en Leiziaga un colapso de la visión y la concepción del espacio-tiempo sostenido por las formas tradicionales del 'paisaje', que pensaron lo natural como espacio custodiado y constituido como imagen y medida de la civilización (Aínsa, "Jardín"), como jardín e infierno verde (Marcone, "De retorno") o como frontera que limita lo civilizado y lo salvaje (I. Rodríguez, "Naturaleza/Nación" 27-42). Hay una transformación paulatina en Leiziaga a lo largo de la novela a partir del momento en el que es turbado por las perlas y que pone en suspensión la visión antropocéntrica del mundo, inscribiendo una suspensión en el sistema representacional y figurativo del juicio racional, más próximo a lo afectivo y lo sensible.

En esta otra escena, tras aceptar la invitación del dios, Leiziaga tomó "el polvo que le ofrecía en una concha de nácar y a imitación suya empezó a absorberlo por la nariz" (Núñez, *Cubagua* 83). Las

visiones que despierta el polvo inhalado por el protagonista¹⁷ marcan el inicio de un ensamblaje en la forma de otro trance extractivo que, sin embargo, permite apreciar otro tipo de reacción en Leiziaga. Pensando este ensamblaje entre Leiziaga y las perlas como una forma de contagio en la que un material hace efecto sobre el otro y lo altera,¹⁸ se pone en evidencia una contaminación material que forja un devenir entre Leiziaga y las perlas. Este devenir entre el individuo humano y el material inhalado enfatiza la comunicación transversal entre entes heterogéneos, poniendo en marcha una simbiosis entre especies que altera la trama de la novela.

Hablar de devenir es proponer la relación entre dos cuerpos distintos, instaurando, según Deleuze y Guattari, “relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud, las más próximas a lo que se está deviniendo, y gracias a las cuales se deviene” (275). Se trata, más concretamente, de un “hacer cuerpo [...] un cuerpo sin órganos definido por zonas de intensidad o de entorno” (276). La relación

17 Duchesne Winter (*Caribe* 104) señala que el polvo que le ofrece Vocchi a Leiziaga es *yopo*, alcaloide enteógeno, derivado del árbol *Anadenanthera peregrina*, inhalado por los taínos en rituales como el areíto. Si bien esta suposición parece ser la más adecuada considerando que el episodio de la novela se fundamenta en el ritual taíno, esto no se especifica en la novela de Núñez, donde la palabra ‘*yopo*’ o similar no es mencionada en la edición estudiada. Ello permite especular sobre la procedencia del polvo que inhala Leiziaga. En *Orinoco (capítulo de una historia de este río)* Núñez vuelve a incidir en lo que interpreto como un trance relacionando el afán extractivo con el ensamblaje entre el humano y otras materialidades no humanas. En el texto, Núñez describe cómo el marino y político inglés Walter Raleigh, en sus expediciones a la Amazonía, preparaba un coctel exótico mezclando “carne de víbora, ‘mineral unicornio’, semillas y raíces maceradas en espíritu de vino y mezcladas luego con perlas, coral rojo, cuerno de venado, ámbar gris, almizcle y otras materias” (*Orinoco* 123-124) para hacer frente a “todos los males” (124). La mención de este elixir resulta llamativa pues, de acuerdo con la historia del explorador inglés y la descripción en el ensayo, Raleigh encabezaría dos expediciones a Suramérica en busca de la llamada ciudad de oro de Manoa o El Dorado, en la Amazonía venezolana y guayanesa.

18 Detallo formas de contagio e intoxicación como ensamblaje en Uribe Piedrahita, capítulo 3.

orgánica entre Leiziaga y el polvo de perlas ejemplifica una simbiosis entre ambos organismos que se enfatiza en la escritura a través de las ‘imágenes fugitivas’ de Leiziaga. La disolución del protagonista en la vorágine de acontecimientos místicos concatena visiones alternativas de un mundo más que humano:

Hombres tatuados, con plumajes resplandecientes y mujeres con los senos dorados y adornadas de conchas se enlazaban de la mano. En medio de ellos estaba Nila. Las perlas derramaban en sus trenzas, en la piel cobriza, un resplandor de vía láctea [...] Su sueño está poblado de imágenes que andan fugitivas hasta confundirse la una con la otra, de tal modo que no podrían distinguirse y sentados bajo las copas cargadas de flores aguardan la hora en que Maguadarado, el racimo de mayas, se oculta.

En aquel tiempo pasaban hechos prodigiosos. La luna tenía siete halos trágicos. Los cemíes no acudían a la cita de los piaches. La llanura abría su ojo inmenso, amarilloso, al sentir aquel vértigo. Los barrancos estaban erizados de picas. Había hambre en la tierra. Por todas partes se escuchaban lamentos. El mar estaba rojo, rojo. Pero ahora hay otros signos. A la luz de los astros, los árboles de los caminos mudos tanto tiempo han dicho (Núñez, *Cubagua* 83-85).

En simbiosis con el polvo de nácar, Leiziaga empieza a observar el mundo desde el trance con la perla: ve a Nila —una indígena con estudios en los Estados Unidos que despierta el interés romántico de Leiziaga— bajo las formas de la guerrera indígena ancestral Erocomay y se transporta a un tiempo y espacio, en la forma narrativa que vuelve a fluctuar entre un pasado y un presente indeterminado, donde la relación entre personajes y perla se difumina. De hecho, es notorio cómo se reitera la metáfora de la ‘imagen fugitiva’ en conexión con el material no humano. En este caso, el influjo del polvo perlero se potencia con otras sustancias vegetales, reforzando la contaminación entre el protagonista y los *commodities*: de nuevo, bajo invitación de Vocchi, Leiziaga bebe vino de palma y fuma hojas de tabaco (Núñez, *Cubagua* 84), hasta perder definitivamente la conciencia, lo que queda marcado en la narración con una interrupción abrupta que nos sitúa un día después del areíto en las catacumbas

de Nueva Cádiz. Después de este evento es posible notar cambios en la percepción de Leiziaga: la visión colonizadora ligada al trance extractivo cede a un trance de orden místico —que no armónico, pues la perla altera y es alterada en el organismo del protagonista y también pesa y agobia a Vocchi—, otro ensamblaje donde la perla deja de ser un material mercantilizado para devenir en uno simbiótico: “Leiziaga contempla las perlas con amor. No veía en ellas su valor material. Sonrientes y encantadoras, creía poseer en alguna forma la gracia luminosa de Nila” (94). Esta transición del trance extractivo a uno de orden simbiótico y sensual se irá afianzando en la novela hasta el punto de que Leiziaga “se olvida del petróleo, de los tesoros sepultados en Cubagua, de su misma vida anterior y observa el jergológico que los cardones van trazando” (94) —exploro la relevancia del cardón para repensar la identidad venezolana en la última sección del capítulo—.

Finalmente, el efecto ejercido por el petróleo, el oro y las perlas sobre el protagonista referencia una relacionalidad establecida entre los seres humanos, el hidrocarburo y los minerales a lo largo de los cuatrocientos años de historia extractiva en Cubagua. Es precisamente el descubrimiento de estos materiales lo que lleva a colonizadores españoles, primero, y venezolanos, después, a situar Cubagua en el mapa:

—¿Me ha dicho que piensa levantar un plano de Cubagua? Puedo mostrarle uno trazado hace tiempo, cuando Nueva Cádiz se hallaba en su mayor riqueza.

—El pasado, siempre el pasado. Pero, ¿es que no se puede huir de él? Sería mejor que hablásemos ahora del petróleo (Núñez, *Cubagua* 39).

En *Cubagua*, tanto los trances extractivos como los de orden místico, se revelan como una forma de ensamblaje entre el inconsciente, el espacio y el tiempo histórico del sujeto y la comunidad no humana en el contexto de una historia de desplazamientos y rupturas fraguadas desde el período colonial. *Cubagua* visibiliza una forma de leer la lengua atenta a otras materialidades y formas de relación socioambiental.

Tras la rápida inserción de Venezuela en el mercado de la extracción de petróleo y minerales después de 1920, la nación se vio obligada a replantearse su relación con la naturaleza. Si hasta ahora he señalado esto en el discurso literario, particularmente a través de los modos en los que estas nuevas relaciones con los *commodities* condicionaron los modos de narrar e interpretar la identidad nacional, argumento a continuación que dicho proceso también dio lugar a una serie de discursos oficiales e intelectuales que vieron en la explotación de los bienes comunes venezolanos un repositorio de posibilidades materiales y poéticas para reimaginar la nación. Uno de los ejemplos más salientes que aborda esa cuestión es el ensayo sobre geografía y cultura regional de Núñez, *Una ojeada* (1939).

El secreto de la tierra y el devenir hombres-cardón en *Una ojeada al mapa de Venezuela*: reimaginando una Latinoamérica telúrica

El ensayo *Una ojeada*¹⁹ se escribe para la prensa venezolana entre 1933-1934 para publicarse entre 1935-1945 (Larrazábal Henríquez, “Hacia” 11). En 1939 se edita como monográfico en la editorial Élite, formando parte de los Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, y en 1949 aparece la versión definitiva del libro, acompañada por una serie de artículos periodísticos de opinión y otros ensayos breves relacionados con el argumento central que da nombre a la obra. *Una ojeada* presenta la visión de Núñez con respecto a la confluencia entre sociedad y medioambiente a partir de las huellas dejadas por las civilizaciones amerindias y europeas en el espacio geográfico venezolano. El ensayo se estructura en cuatro partes: “Hacia una interpretación”, “La curva de la historia”, “La tierra y el tiempo” y “Horizonte”. En estos capítulos, Núñez describe las tensiones entre lo

19 El volumen que estudio es la segunda edición, de 1949. En esta, se incluyen diversos textos periodísticos y literarios publicados entre 1935-1940 y otros posteriores a los años cuarenta.

que interpreta como el pensamiento del nativo americano y el colonizador europeo, así como las formas de entender el mundo por parte de estas dos culturas en figuras más contemporáneas como la del burgués e intelectual capitalino y la del obrero y campesino de provincias. El texto es mayoritariamente crítico ante los intelectuales de vocación científicista,²⁰ así como ante la preponderancia de la ciudad y lo urbano sobre el interior del país.²¹

Para Núñez, a pesar de que ambos son representativos del progreso y la modernización venezolana, también remarcan una desorientación espiritual y la persistencia de la estructura colonial en Venezuela, reprimiendo otra identidad cultural fundamentada en el suelo americano: “Y he aquí que al cabo de los años aquella cultura que florecía lenta y

20 De acuerdo con Picón Salas (127-128), la vocación científicista en la cultura y la política derivaría del discurso positivista en Venezuela. Este tuvo una marcada presencia en intelectuales venezolanos como José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Luis López Méndez desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Véase también Torres Iriarte (*Pasión* 32-35).

21 Utilizo los vocablos ‘interior’, ‘provincia’ y ‘región’ como lo hace Núñez en su ensayo. El autor elabora su interpretación del interior en oposición a los centros urbanos. Si bien Núñez no se refiere a poblaciones de provincias concretas, sí lo hace a la idea del interior como región periférica donde lo geográfico, lo extractivo y lo cultural confluyen, ofreciendo un contexto distinto al que se da en las ciudades. Esta idea es reforzada por el autor en 1943, en su reportaje *Montalbán*, donde describe su visita a un poblado de provincias, el cual relaciono con su proyecto político-cultural y el *regionalismo ensamblado*: “Es en estos pueblos de líneas puras y sencillas donde se siente mejor la tierra venezolana [...] El desapego por la región nativa se cultivó con esmero digno de mejor causa. Gran parte de la ruina del país puede encontrar sus orígenes en ese desapego forzado o no. El regionalismo, según se pretende, no puede acabarse. Es la causa inmediata del progreso y la conservación de las regiones. Lo que hay de bueno en estas regiones se debe precisamente al regionalismo. Es en ellas donde se integra la nacionalidad. Se cree, y a diario lo vemos escrito, que con la falta de regionalismo el país se reconstruye y es lo contrario, causa de abandono y destrucción. Sólo un enemigo puede aconsejar que se abandone el amor por la región nativa. Vale tanto como el abandono de la propia conciencia. Este sentimiento no puede ser sustituido con palabras. Hoy, contra lo que se cree, el regionalismo parece renovarse, y es un síntoma alentador. Sólo éste puede reclamar para cada región, para cada pueblo el derecho a idénticas condiciones de vida” (*Una ojeada* 99).

parsimoniosa se halló como nuestro viajero. La tierra la poseía y penetraba por todas partes en vez de ella poseer la tierra” (*Una ojeada* 8). El pensamiento ecléctico del autor (Torres Iriarte, *Pasión* 49), los altibajos que enfrentó la aceptación y rechazo de su labor periodística y literaria (Bruzual, “Las crónicas” vii), así como su crítica hacia la situación de “des-ruralización” (Torres Iriarte, *Pasión* 31) de la Venezuela petrolera, lo situaron en un espacio periférico de la cultura venezolana.

En ese sentido, la geohistoria se despliega como elemento clave en *Una ojeada* y argumenta en favor de un pensamiento que redescubra el sentido de la tierra para reconducir el destino de una Venezuela que, para la década de 1930, había experimentado cambios importantes en el ámbito social, político y económico como consecuencia de la explotación de hidrocarburos. Esta visión, sin embargo, no estará exenta de ambivalencias en lo que puede entenderse como una forma de alteridad discursiva que entra en tensión con sus propios medios y donde el ideal modernizador y capitalista que discute atraviesa la idea misma de su producción intelectual. El culmen de *Una ojeada* es la incorporación del texto breve “El cardón” (1932), publicado como parte de la primera revisión que hace Núñez al texto original bajo el título *Notas a la ojeada al mapa*. En ese texto breve, el cactáceo, su flor y fruto le sirven al autor para reflexionar sobre la identidad latinoamericana.

Una ojeada puede considerarse clave en la obra de Núñez pues concretiza en forma de ensayo parte de la realidad geohistórica del país y la visión de mundo que el autor desarrolla con diferentes intenciones y enfoques a lo largo de su obra ficcional.²² Sobre esto, *Cubagua* no solo comparte tiempo de escritura con *Una ojeada*, sino que dialoga con el ensayo, revelándose como un proyecto político-cultural que adquiere densidad crítica en la figura retórica de ‘el secreto de la tierra’.

22 No solo en *Cubagua*. Relatos tempranos del autor como “Martín Tinajero”, recogido en el volumen de cuentos *Don Pablos en América* (escrito a lo largo de la década de 1920 y editado en 1932) y su última novela, editada en vida y póstumamente, *La galera de Tiberio: crónica del canal de Panamá* (1938), también sirven como ejemplos. Véase Núñez (*Obras narrativas*).

El secreto de la tierra: geosensibilidad del interior venezolano

“Estudiar la conformación de un terreno seduce tanto como la exploración de un alma. En el estudio de un mineral hay tanta emoción como en el hallazgo de una imagen o una palabra.”

Enrique Bernardo Núñez, *Una ojeada al mapa de Venezuela* (1939)

Una ojeada comienza con una narración estratigráfica y geográfica de Venezuela para construir su argumento sobre lo que la tierra reclama. En el texto, Núñez discute el surgimiento de una conciencia nacional y poscolonial, arraigada en una unidad espiritual que asocia a los pueblos originarios del territorio venezolano. Núñez se interesó por la relación que se establece entre las poblaciones indígenas de Venezuela y la tierra para fundamentar su discusión sobre el choque y la confluencia cultural entre americanos y europeos. Para el venezolano, el proceso de transculturación entre extranjeros y locales también debía pensarse desde la importancia de la tierra con respecto a la formación de una identidad cultural. De acuerdo con Núñez, la tensión cultural en América tuvo lugar ante una “fuerza telúrica, no visible para el ojo superficial, que se ha ocultado a lo largo de cuatro siglos y medio” (Núñez en Araujo 39).

Para Bruzual (“Naturaleza” 815-816), el argumento de Núñez se sostiene en la relación armónica creada en el ensayo entre pensamiento y naturaleza. No obstante, esta conciencia se puede leer también como un ensamblaje socioambiental más complejo, ya no desde una visión armónica —posición que además hace de esta última un elemento complementario—, sino desde un punto de vista que encuentra en la imbricación entre tierra, vegetación americana y cultura otra forma de entender la identidad territorial del país y el continente. El ensayo de Núñez da cuenta de esto a través de la metáfora ‘el secreto de la tierra’, utilizando un lenguaje que entrelaza geografía y cultura. Esto ofrece, por un lado, una mirada ensamblada entre lo natural y lo cultural como oposición a la desnaturalización e indiferencia con la que la nación modernizada y los intelectuales urbanos miraban el espacio del interior venezolano; y, por el otro, una vuelta a lo regional de la

nación, cuestionando con ello el dispositivo de nacionalidad activado por la dictadura de Gómez para unificar y reestructurar Venezuela.²³

Para Núñez, el desarrollismo y la modernización —estimulados en gran medida por el capital extranjero y la desnaturalización del espacio regional convertido en zona extractiva— proponían un modelo social y visión de mundo que debía matizarse. Como se nota en distintos trabajos periodísticos y ensayísticos del autor, el desarrollo de la nación con base en la explotación de los recursos naturales no era necesariamente la raíz del problema,²⁴ sino que este era el producto de la imposición del modelo existencial capitalista como “forma de civilización frente a la otra”, donde “la máquina se apoderó [del ser humano] y lo hizo esclavo” (*Viaje* 17). Estéticamente, tanto para la vanguardia literaria como para las novelas señeras del regionalismo temprano, es notable la importancia que tuvo el relato modernizador asociado al capitalismo para articular las tramas de estas ficciones fundacionales.²⁵ En ese senti-

23 Con dispositivo de nacionalidad me refiero a la noción foucaultiana que Muniz de Albuquerque Jr. reelabora en sus análisis sobre el regionalismo nordestino brasileño: “the dispositive of nationalities—a series of anonymous rules and values that increasingly oriented Western discourse and practice after eighteenth century, which urged people to overcome local loyalties and identify themselves into larger abstract wholes called nations” (22).

24 Núñez (*Una ojeada* 149) no se opone al programa desarrollista; de hecho, lo incentiva a través de ideas que hoy podríamos identificar como desarrollo sustentable. Con respecto al desarrollo sustentable, véase la opinión del autor sobre la explotación del caucho en las riberas del Orinoco y la producción de papel en Suramérica a partir de la explotación del pino en el reportaje *Caucho* (101-106), la propuesta industrial en *Genio industrial (La “Flor de Cera”)* (107-108) y el compendio de reportajes y artículos de opinión reunidos en *El Petróleo* (69-94), *La Isla de Patos* (145-146) y *Estaño* (146-147), donde el autor es crítico con las intervenciones extranjeras y la gestión del Estado al respecto de la extracción de minerales e hidrocarburos.

25 Entiendo las ‘ficciones fundacionales’ según el influyente estudio de Sommer. De acuerdo con Sommer (26-29), las ficciones fundacionales refieren a cómo distintas novelas publicadas en América Latina durante el siglo XIX y XX intentaron llenar el vacío histórico de las nuevas repúblicas americanas con una historia deseada e imaginada desde la ficción literaria. Entre las novelas que estudia Sommer, las regionalistas *La vorágine* y *Doña Bárbara* forman parte de las ficciones fundacionales.

do, el espacio regionalista y su abordaje naturalista en algunas obras de los años veinte crearía una imagen de lo regional en muchos casos conservadora, salvaje y barbárica, que debía replantearse como parte de lo autóctono en el discurso del desarrollo, tanto nacional como estético.

Sin embargo, en el caso de Núñez resalta un discurso ambivalente que, sin desdeñar los avances modernizadores, repiensa lo regional frente a la nación. Esta posición, que mira en lo regional un componente que hace frente a la metrópoli y su modelo civilizatorio, tiene su fundamento en la tradición del ensayo crítico latinoamericano,²⁶ pero al mismo tiempo enriquece esta tradición al proponer una cosmovisión que busca “una humanidad nueva” (*Viaje* 32). Dicha humanidad se relaciona con una visión de mundo que ensambla al venezolano con su entorno. Según apunta Núñez, este ensamblaje ha de ir más allá de la implantación de un modelo civilizatorio en las provincias no urbanizadas de la nación para lograr la constitución de un “mundo nuevo [...] distinto al que pretende formar con hierro y sangre”, un “mundo nuevo [que] surge a veces independiente de la voluntad humana” (70).

Para Núñez, la independencia de la voluntad humana está en tensión con el modelo civilizatorio asociado al sistema colonial luso-español y el neocolonialismo británico y estadounidense en Latinoamérica. El ensayo remarca el valor de lo cultural y lo artístico eminentemente latinoamericano —se refiere a las comunidades indígenas, pero también a la transculturación posterior con las comunidades europeas y africanas (*Una ojeada* 5-7)— como herramientas que pueden aportar otra cosmovisión de mundo, poniendo en marcha una “virtud creadora” que “ha de llenarse de tierra las manos” (21). Esta frase debe ser leída en el marco de la creciente tecnificación y desnaturalización de la geografía venezolana que, para Núñez, afectaba la relación del venezolano con

26 Ríos historiza la tradición del ensayo crítico latinoamericano alrededor de cinco componentes fundamentales: el neocolonialismo, la modernidad y la modernización, lo nacional, lo popular y la relación entre identidad, etnicidad y alteridad. Estos temas surgieron a partir de un deseo doble: “as both a lack as well as a productive force arising as the result of, but also the vehicle for, a discourse and a praxis that have felt hard-pressed to ‘invent’ their ‘realities’” (16).

la tierra. Como indica Alimonda (“La naturaleza” 37-38), cuando el capital captura y absorbe la tierra para convertirla en zona extractiva sujeta a procesos de explotación y producción, esta queda excluida de la dinámica socioecológica. De allí que la relación entre territorio y sociedad debiera ser retomada para cuestionar efectivamente la dinámica civilizatoria del capitalismo, su mecánica extractivista y la apropiación de la tierra: “Estamos unidos por vínculos poderosos a la tierra en que hemos nacido. Esa tierra tiene en nosotros súbitas revelaciones y los que la desconocen arrastran una expiación inexorable” (*Novelas* 218).

El vínculo tierra-sujeto y las revelaciones que esta ofrece pueden interpretarse en el ensayo a partir de la metáfora ‘el secreto de la tierra’. Recurrente tanto en *Una ojeada* como en *Cubagua*, la metáfora no solo muestra un vínculo temático entre sujeto y tierra, sino que, retóricamente, habilita un doble sentido determinante para el proyecto político-cultural de Núñez. El secreto de la tierra vehiculiza, principalmente, la idea de “algo que escapa a nuestros sentidos” (*Una ojeada* 4) y que tiene su arraigo en la relación cultural del individuo con el entorno natural. Núñez lo expone en *Una ojeada* como una interrelación tanto simbólica como experiencial entre la naturaleza y el humano que encontró en su territorio “imágenes, símbolos tan vitales como los que resplandecen con formas más puras en el altar de otras civilizaciones” (6). Al mismo tiempo, la metáfora subraya la existencia de una riqueza en la tierra y remarca su potencial extractivo; es decir, anuncia algo invisible en el espacio que, en *Cubagua*, por ejemplo, se presentaba en el capítulo donde Leziaga descubre la existencia de yacimientos petrolíferos en la isleta, cayendo preso del trance extractivo señalado previamente.

De este modo, ‘el secreto de la tierra’ en *Una ojeada* constituye una alusión tanto a la riqueza mineral como cultural de la región que se hace notoria en los modos en los que Núñez imbrica el vínculo tierra-sujeto desde el lenguaje geográfico y poético. El ensayo, más allá de exaltar el vínculo a modo de una identificación de orden patriótico y circunstancial, lo hace en un uso específico de la lengua donde lo humano —cultura y discurso poético— está relacionado y afectado por lo no humano —tierra y discurso geográfico—. Un discurso que, a su manera, se anticipó a las perspectivas geocultural (Kusch 252-255) y geohistórica ambiental (Cunill Grau, “Hacia una geohistoria” 6-9) del

pensamiento geográfico latinoamericano,²⁷ y que resuena con un carácter geosensible, implicando, como apunta Cunill Grau (*Geohistoria de la sensibilidad* 16-19), reconocer la sensibilidad cultural e histórica como parte de la expresión de la espiritualidad del territorio:

Ante todo la tierra que tenemos delante reclama de nosotros una interpretación [...] Los territorios de Guayana; la inmensa región de los ríos; las praderas del Cuyuní, del Atabapo y de Río Negro; las montañas que separan al Orinoco del Amazonas, tallados luego por el trazado de las rectas fronteras, surgieron mucho antes de que los bordes de la costa en su aspecto actual aparecieran sobre el Caribe [...] Asistimos así al relato de un trabajo fabuloso: mares que irrumpen o son cegados por efectos de los levantamientos y de las tierras sumergidas, y bajo la acción de los ríos que excavan las rocas [...] y depositan sus sedimentos que entran en la estructura de los valles. De este modo los signos dibujan ese mapa de la tierra roja y cándida en sus distintas partes, componentes de un todo que luego vinieron a ser zonas perfectamente definidas: la zona agrícola, la de los pastos y la de los boques [...] No basta conocer los períodos geológicos en la formación de los terrenos [...] Se quiere comprender la intención del artista; el sentido religioso y poético de su creación [...] nosotros no tenemos [...] monumentos que puedan guiarnos en nuestro propósito. Pero hay el silencio y la soledad. Existen las serranías sobrepasándose siempre, y los horizontes. En todo esto hay imágenes. Se cree percibir cosas que existen o han existido. Algo que escapa a nuestros sentidos. En fin, eso que los conquistadores, cuando sentían turbada su

27 Kusch propone la noción de geocultura para referirse al pensamiento latinoamericano como un producto “firmemente estructurado mediante la intersección de lo geográfico con lo cultural” (253). Este pensamiento geocultural cuestiona el saber absoluto del pensamiento occidental en tanto que está “entrecruzado, por una parte, por las decisiones prácticas del grupo frente al medio geográfico y, por la otra, por el saber tradicional acumulado por las generaciones anteriores” (254). Véase mi interpretación del pensamiento geocultural a través de las escrituras geopoéticas y geopolíticas de Núñez y del sociólogo brasileño Gilberto Freyre, durante 1930-1940 (Selgas, “Otra cartografía”). El concepto de geohistoria ambiental lo desarrolla Cunill Grau para referirse a un campo de estudio “con visión multi, inter y transdisciplinaria” (“Hacia una geohistoria” 6) que aborde la interpolación de “escenarios temporales de acciones históricas con escenarios geográficos y ambientales” (7).

alma en medio de las soledades, llamaban el secreto de la tierra (*Una ojeada* 3-4).

El componente geográfico de la región predomina. La sucesión de elementos específicos de la geografía —montañas, ríos y praderas— se desvela como fuerza transformadora, una fuerza geológica que da forma al mundo y que resuena a menudo con la prosa romántica decimonónica. La geografía venezolana, en este caso, es el relato de un ‘trabajo fabuloso’, una materialidad que actúa como ‘artista’, creando una obra abierta a la interpretación que otorga carácter divino y creador al ambiente.²⁸ En el ensayo, el espacio natural tiene un efecto retórico determinante ya que no solo opera formalmente haciendo de la región el sujeto de la acción, cualidad que recibe a través de su designación en el discurso como creador de mundo que demanda una interpretación. En cambio, el ambiente también comunica un acercamiento sensible a la tierra, desligándola del aspecto técnico que se asocia a las actividades extractivas que mercantilizan o escrutan científicamente la naturaleza —‘no basta conocer los períodos geológicos en la formación de los terrenos’— para indagar en su esencia cultural y potencia material —‘comprender la intención del artista; el sentido religioso y poético de su creación’—.

Con ello se ilumina otra forma de enlace entre la historia humana y la historia natural, ya no desde los preceptos del capitalismo extractivista que ve en lo natural una materia prima explotable, ni tampoco a la manera de una reiteración dicotómica de la representación cultural de la naturaleza como infierno verde o paraíso edénico. Por el contrario, lo hace poniendo de relieve una relacionalidad en la que la naturaleza y el humano, lo geográfico y lo cultural, se configuran desde el

28 Esto también puede asociarse con las distintas variantes que condensó el pensamiento idealista de Núñez. De acuerdo con Torres Iriarte (*Pasión* 49-56), a finales del siglo XIX y mediados del XX se observa en Venezuela la eclosión simultánea de corrientes de pensamiento y posturas filosóficas predominantemente eurocéntricas —del positivismo al marxismo— que en el pensamiento idealista de Núñez se aprecian en la intersección de la dialéctica hegeliana, el voluntarismo, el vitalismo, el humanismo cristiano y el existencialismo anticomunista.

discurso como una identidad ensamblada. El ensayo contiene la idea de un entorno geográfico que, en relación con el humano, ‘reclama interpretación’ y ‘relata la formación del mundo’ situándose en un plano de iguales con el sujeto que lo habita. Al otorgarle agencia discursiva al entorno, el ensayo no solo desplaza el tropo discursivo del espacio natural regional de un lugar amenazador, mercantilizado o edénico, a otro de carácter transformador y relacional con el sujeto. Construye, en una lectura de geología política, un cuestionamiento de la neutralidad de los discursos científicos geológicos al intentar darle sentido a la densidad y movimiento del subsuelo (Bobbette y Donovan 1-5) en las regiones del interior venezolano, concretamente la amazónica.

Además de su mención en *Una ojeada*, la región amazónica es representativa en la obra de Núñez por distintas razones. En 1945 publica el ensayo *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana* (1962) y en obras anteriores como *Orinoco (capítulo de una historia de este río)* (1947) y *Cubagua* la región amazónica-guayanesa figura como espacio estratégico a nivel geopolítico, tanto para el Estado venezolano como para Gran Bretaña y los Estados Unidos, por ser una zona rica en recursos minerales. Igualmente, la Amazonía como zona donde emerge una conciencia latinoamericana también es indicativa de la riqueza transnacional y transcultural de esta región, como han indicado Ana Pizarro (“Imaginario”) y Javier Uriarte y Felipe Martínez-Pinzón (“Introduction” 3).

La metáfora ‘el secreto de la tierra’, entonces, articula una coordenada ideológica importante en el ensayo, pues definirá la relación del autor con la tierra del interior venezolano. Retomando las referencias geográficas del pasaje citado anteriormente, al entender la región amazónica como espacio de formación primigenia en contraposición con la costa caribeña, Núñez incide en el valor geográfico y cultural de la región interior venezolana frente a la zona urbanizada costera, donde se asienta la capital del país. Si bien el interior venezolano resultó ser una zona estratégica a nivel geopolítico para los intereses económicos nacionales, el desdén con respecto a las regiones de provincia se afianzó en los discursos que imaginaron estos espacios como un conglomerado “irreal” e “indigno de ser habitado” (*Una ojeada* 11). Más todavía, el crecimiento de la industria petrolera y la paulatina decadencia de la

actividad agraria aunada a la falta de oportunidades en las zonas rurales del país resultó en una movilización importante del campo a las ciudades, las cuales actuaban como polos de atracción por ofrecer mejoras en la calidad de vida (Altez 26-27). Tomando esto en consideración, es pertinente pensar el recorrido geográfico que Núñez describe al principio del ensayo como una nueva interpretación de la región o un 'volver a ojear el mapa de Venezuela' para pensar el espacio del interior más allá del atraso que se le confería y como repertorio de nuevas posibilidades para el desarrollo nacional, tanto materiales como culturales.

En el ensayo, el discurso geosensible se articula como crítica hacia la imagen que la nación y la ciudad venezolana manejaban con respecto al interior del país. Si bien el texto comunica una sintonía con el espacio y las culturas regionales, esto no se da a nivel del discurso del regionalismo literario propiamente dicho. Es posible apreciar cómo el texto argumenta en favor de una idea regionalista en un sentido más filosófico y político que estético. Esta postura regionalista se expresa como una toma de posición que se sitúa geográfica y culturalmente en el interior del país, para cuestionar las bases sobre las cuales se erige la idea de la nación venezolana. De esa manera, hay en Núñez una denuncia hacia la indiferencia y predisposición con respecto al interior del país, fundamentada en la idea de la nación moderna, cultivada, entre otros, por los intelectuales de la zona costera urbana. Acoplados estética y políticamente al modelo civilizatorio capitalista según la lectura de Núñez, la nación y sus intelectuales se colocan en el centro de la crítica implícita de *Una ojeada*. Pero esta crítica cede sobre sí misma, presa de la ambigüedad que también acusa 'el secreto de la tierra'. El territorio amazónico, como ocurría con el 'turbio' en *Cubagua*, es fetichizado por Núñez como un espacio prospectivo para la riqueza cultural y material:

Por eso diremos que los poemas de nuestro pensamiento son nuestros problemas. Es decir, los problemas de la tierra y los del hombre a la cual está unida [...] Para nosotros la realidad autónoma está en esa realidad que es preciso conquistar —situada más allá de esfuerzos inmensos, cargada por lo mismo de insinuaciones apasionadas— ancho paisaje de sol y de selvas lejanas, sobre las cuales centellea en su vuelo, invitándonos a seguirlo, el pájaro de los siete colores.

Cuando se considera que los instrumentos de cultura han permanecido inútiles en manos del hombre de la ciudad está uno dispuesto a pensar que esas ciudades vinieron a ser incapaces de cumplir su destino, y el impulso venido de lejos —el cual amenazó un día con una profunda transformación— provocó hechos dentro de sus muros [...] La lucha entre la ciudad y el campo; la aldea hostil y la ciudad desdeñosa; el abandono de la tierra; los problemas urbanos; el culto al progreso. Todo ha sido fielmente representado. Pero los cimientos no han sido removidos y la vieja estructura permaneció igual, cubierta, eso sí, de cemento armado (14).

El primer párrafo del pasaje continúa ligando retóricamente lo geográfico con lo poético y lo cultural. Núñez reitera la necesidad de relacionar el pensamiento y lo estético —“los poemas de nuestro pensamiento” — con la tierra y los problemas que enfrenta el país —ya relacionados previamente con la visión civilizatoria del capitalismo, el pasado colonial y su presente híbrido entre lo poscolonial y lo neocolonial—. Se explicita la necesidad de ‘conquistar’ la tierra, jugando con la misma ambivalencia semántica arraigada en los secretos que abundan en la tierra del interior. Si bien en este caso la idea de la ‘conquista’ se comunica bajo un pretexto que alude a la pasión y al deseo como contrapuesto semánticamente a lo racional, el contraste con la búsqueda del “ancho paisaje de sol y de selvas lejanas” del interior venezolano entronca nuevamente con la expansión de la frontera extractiva venezolana.

Sobre este espacio, continúa el ensayo de Núñez, vuela el pájaro de los siete colores, un ave que habita al sur del río Orinoco.²⁹ En la mitología caribe, el arcoíris y sus siete colores representan el *youlouca*

29 Núñez probablemente hace esta mención como guiño al trabajo del intelectual y naturalista Aristides Rojas, por el cual mostró gran interés. Véase su nota biográfica *Aristides Rojas. Anticuario del Nuevo Mundo (Una ojeada 159-238)*, publicada originalmente en 1948 y recogida en la edición de *Una ojeada* que estudio aquí. Igualmente, en un artículo titulado “En busca del ‘ave nacional’”, publicado en el diario caraqueño *El Nacional* en 1957, Núñez habla del siete colores no solo como una de las posibles referencias simbólicas de la nación, sino también como un pájaro que no se deja dominar por el humano: “No hay que olvidar el pájaro de siete colores que nos recuerda el iris. Al mencionarlo en el orden de los gorriónes, [Agustín] Codazzi lamenta que no se le pueda domesticar” (*Árboles* 73).

o penacho de dios (Rojas 203). El mito indígena asocia esta representación de dios con el penacho de sus caciques, formado por una diadema de plumas que pueden asociarse con la variedad de colores del pájaro de los siete colores y su documentada relación con los nativos de la región del Orinoco. La referencia a dicho pájaro resuena simbólicamente con el ensamblaje geosensible a lo largo del ensayo: aquí, la ‘conquista’ de la región se debía realizar siguiendo el camino del ensamblaje a través del cual el nativo, que porta en su pecho las plumas del pájaro, se hace dios, y se confrontaría directamente con la conquista de ‘esfuerzos inmensos’ sobre la tierra; es decir, el modelo civilizatorio capitalista representado en las empresas de explotación de la naturaleza discutidas tanto en *Una ojeada* como en *Cubagua* a través de la fluctuación espaciotemporal del relato entre el pasado perlero y el presente petrolero en la novela.

Por su parte, en el segundo párrafo del pasaje citado, Núñez cuestiona explícitamente los modos en los que tanto el Estado-nación³⁰ como promotor del modelo civilizatorio capitalista, así como la representación cultural de lo regional desarrollada por los intelectuales urbanos, son incapaces de mirar objetivamente el interior del país. El ensayo critica la promesa incumplida de la modernización: el fracaso del “destino” y del “impulso venido de lejos” reflejado en los “instrumentos culturales” que han sido incapaces, por apoyar una visión de mundo en concreto, de dar cuenta de la realidad histórica del interior del país. De esta manera, Núñez delimita la tensión histórica entre lo moderno y lo tradicional, “el divorcio entre los llamados hombres cultos y los que se dicen hombres de trabajo” como “uno de los rasgos sobresalientes de la vida venezolana” (*Una ojeada* 13). Mientras los hombres cultos, llamados a “dirigir” la nación, se convirtieron en “un grupo aislado, saturado de concepciones librescas, sin raíz propia, sin

30 De acuerdo con Torres Iriarte, Núñez concebía el Estado-nación como “un producto de la modernidad. Percibe que su surgimiento está vinculado a la necesidad de integrar comunidades, fundamentalmente por su voluntad, además de los lazos étnicos, lingüísticos, culturales, religiosos y tradicionales, en un determinado territorio bajo una autoridad única legítimamente aceptada” (*Pasión* 130-131).

palabras para sembrar, apartados de toda acción fecunda”; los tipificados por los letrados y burócratas como hombres de trabajo, “negándole al pensamiento esa función augusta”, prefirieron alejarse de aquellos con un “desconocimiento de sus problemas o de su realidad” (13).

De acuerdo con Núñez, el intelectual urbano desatendió la realidad histórica del interior al no caer en la cuenta de que “en la ciudad seguimos siendo rurales o campesinos. Somos campesinos desarraigados que tuvieron que salir de sus campos por falta de lo uno y lo otro” (*Una ojeada* 129).³¹ Esto pone en marcha una toma de posición ideológica que reacciona a la migración interna del país, fruto de la riqueza repentina generada por el petróleo y el componente intelectual-modernizado de la nación y la visión de un modelo civilizatorio que no se adapta a la realidad del país. Hay en Núñez un claro distanciamiento de la intelectualidad urbana que se aparta del revés geosensible del ‘secreto de la tierra’ para centrarse solo en su condición material extractiva. Este discurso llama a repensar la nación desde el espacio del interior venezolano el cual, desde los discursos intelectuales y políticos de la nación, se apreció más por la mercantilización de sus materias primas para el desarrollo del país que por su importancia filosófica para pensar la relación geográfica-cultural (Selgas, “El secreto de la tierra”; Selgas, “Otra cartografía”). Ello, no obstante, no va a suponer que Núñez desdeñe el revés material de ‘el secreto de la tierra’. Al denunciar el desdén de los intelectuales, el autor venezolano también llama a la toma de acción y pragmatismo para explorar, capturar y mercantilizar ‘el secreto’: “ser intelectuales solamente, es no ser nada. Es preciso volver a ser soldados, exploradores, obreros” (*Novelas* 159).

La ojeada que Núñez representa textualmente sobre al mapa de Venezuela es una invitación que, a pesar de su ambivalencia, cuestiona la mirada estratigráfica del tecnócrata —representado en la figura de Leiziaga en *Cubagua* y retomado en *Una ojeada* bajo la figura más abs-

31 Núñez también hace una referencia similar sobre ser indígenas: “Indios somos todos a la postre. Y la civilización no consiste precisamente en usar calzado e ir al cine. Hay otra manera de proceder, de entender la vida digna de llamarse civilización” (*Una ojeada* 119).

tracta del intelectual capitalino, el gobernante criollo y el explotador capitalista— para asumir una que insta a recuperar la relación entre las tierras del interior y el venezolano. ‘El secreto de la tierra’, con su marcada ambigüedad, se revela como ensamblaje entre la historia humana y la historia natural de Venezuela, ya no desde la perspectiva de la ciudad modernizada o de la provincia atrasada como reproducen las dicotomías culturales criticadas en el ensayo, sino desde una mirada que retorna al interior para reescribir la región. Con ello, ‘el secreto de la tierra’ es la inscripción textual del espacio regional. Por medio de una mirada geosensible al interior, en contraposición con la construcción del espacio nacional que tiene en Caracas el eje representativo de la modernidad venezolana, se articula una territorialidad regional para tipificar otra cartografía del espacio venezolano. Este emerge en tensión explícita con las dinámicas de extracción capitalista que posibilitan la base especulativa de la economía nacional al tiempo que posibilitan el sustento poético para una reinterpretación identitaria de un país progresivamente soportado por el beneficio rentístico del dinero petrolero.

Un pensamiento abandonado a la tierra: conciencia amazónica

Junto con la metáfora de ‘el secreto de la tierra’, el lenguaje geosensible de *Una ojeada* también elabora una conciencia alternativa relacionada con el ‘pensamiento abandonado a la tierra’. Identifico esta conciencia en las figuras de la ‘tierra’ y el ‘árbol’. Esto reitera un ensamblaje entre el vegetal y el mapa, entre lo natural y lo cultural, que hace del ‘pensamiento abandonado a la tierra’ un recurso retórico que actúa de manera sugerente: por una parte, utiliza otra imagen del mundo natural para sostener la interpretación del interior a través de una serie de metáforas donde los componentes de la naturaleza modifican los preceptos del mundo; y, por otra, enraíza la imagen vegetal en la configuración del mundo nuevo. En el ensayo, Núñez propone otra forma de interactuar con el mapa nacional y su representación del interior regional, abordando una imagen del interior más allá de la determinación y categorización cartográfica y geológica de sus riquezas naturales para el país, llevándola, en cambio, al ámbito de la imaginación poética:

Ella [la tierra y su secreto] se nos presenta en el mapa bajo la forma de un árbol. Esta forma de árbol es ya como el signo de un horóscopo. Un bello horóscopo. Un árbol, se asocia enseguida a la idea cielo y es símbolo frecuente de visiones antiguas y maravillosas [...] Las raíces de nuestro árbol se hunden en las tierras amazónicas coloreadas por las tribus —girones de la antigua raza— y esplendorosas de silencio [...] El silencio es la savia espiritual. La apalabra que asciende hasta la cima. Es la flor y el fruto de ese árbol. Así, ese contorno que contemplamos nos ofrece algo más que los simples relieves de su aspecto físico y nos encontramos frente a una inteligencia; un pensamiento abandonado a la tierra (*Una ojeada* 5).

El ‘pensamiento abandonado a la tierra’ es la nueva conciencia a la que alude Núñez en otras etapas del ensayo. La imagen del entorno natural —el árbol y sus raíces hundidas en la tierra amazónica como seña de identidad— desestabiliza el sentido del vocablo ‘pensamiento’, asociado al raciocinio humano. Al otorgarle estas cualidades al mundo vegetal —la tierra piensa—, abstracciones culturales eminentemente humanas pueden interpretarse como construcciones propias de la tierra. Este ensamblaje de significados moviliza retóricamente el vínculo entre tierra e identidad venezolana, poniendo el foco de atención en la relacionalidad tierra-sujeto y problematizando la identidad nacional que se corresponde a las delimitaciones político-territoriales de Venezuela. Con ello, la imagen del árbol en el mapa, con sus raíces en la tierra amazónica, condensa el pensamiento alternativo que Núñez considera inherente al territorio del interior del país. El interior representa un ensamblaje factible en el espacio geográfico-cultural de la región y que se opone ontológicamente al modelo civilizatorio en Venezuela, representado por el centro urbano y su intelectualidad.

El ensamblaje entre lo geográfico y lo cultural es instrumental para configurar, desde lo poético, la emergencia de una conciencia latinoamericana que sustenta parte de su autonomía en oposición a la amenaza histórica colonial y neocolonial. La ensayística de Núñez triangula elementos tradicionalmente asociados al género del regionalismo literario —la confluencia entre geografía e identidad— adoptando

un lenguaje sugestivo que enlaza civilización y territorio por medio de metáforas telúricas y vegetales. Esto forja el discurso geosensible de una conciencia propia que deriva de la región amazónica y que se sitúa en oposición al advenimiento del modelo civilizatorio capitalista. En ese sentido, el ensamblaje no solo reactualiza propuestas identitarias fundacionales del ensayo latinoamericano, como la arielista de José Enrique Rodó, sino que también se anticipa a propuestas más transgresoras durante la época, como lo fue la búsqueda de autenticidad en la filosofía de lo americano iniciada por el mexicano Leopoldo Zea y la noción de transculturación acuñada por Fernando Ortiz cinco años después de la primera edición de *Una ojeada*.³²

Las características estéticas en el ensayo geohistórico de Núñez aparecen entonces como un componente político determinante para su proyecto cultural. El discurso ensayístico, como reacción político-cultural, se apoya continuamente en el interior regional para discutir “la mente capitalista” (Núñez, *Una ojeada* 149), disociándose, en ese ejercicio retórico, del letrado latinoamericano que empleaba el discurso de lo autóctono para articular la modernización nacional (Alonso, *The Burden* 11-13). En Núñez, el interior regional remite a la sugerencia

32 Tanto *Ariel* (1900), del uruguayo Rodó, como la filosofía de lo americano de Zea (Miró-Quesada, “La filosofía de lo americano”) y el *Contrapunteo* (1940) de Ortiz, han sido reconocidos como ensayos constitutivos de la formación de identidades y del pensamiento crítico en Latinoamérica (Ríos 20-25). En *Ariel*, Rodó plantea, entre otras cosas, la defensa de los valores de una ‘latinidad’ a la luz de la invasión neocolonial estadounidense. El ensayo de Núñez reformula estas posturas incidiendo tanto en la necesidad de preservar, proteger y reconocer lo transculturado latinoamericano como la relevancia, más allá de lo estético y filosófico, que tiene la geografía, frente al poder neocolonial, remarcando la necesidad de volver sobre las regiones del interior como espacios que forjan otras relaciones independientes de la voluntad humana. Véase la crítica de Núñez a otras corrientes de pensamiento como el indigenismo (*Una ojeada* 118) y el panamericanismo (*La tierra roja y heroica* 151-154). Para una discusión del ensayo literario venezolano en relación con la autenticidad del pensamiento latinoamericano de Zea, véase Hirshbein (245-251). Para una reinterpretación del ensayo de Rodó como propuesta contradictoria que piensa la estética como forma de valor económico, véase Beckman (151-155). Para una relectura del contrapunteo de Ortiz, véase Coronil (“Transculturation”).

cia de una ‘conciencia’ y un ‘pensamiento’ telúrico,³³ entreviendo en el autor una toma de posición que prefigura una forma temprana de ecología política. Este *regionalismo ensamblado* plantea una oposición al sistema bajo el cual se reordenaba y modernizaba la nación:

En realidad, se ha necesitado tiempo para comenzar a reconocer las cosas que parecían olvidadas. Lentamente se perciben a la distancia accidentes espirituales como desde un avión una línea de bosques o el perfil de una montaña. Se penetra en aquellos accidentes con más dificultad que si fuésemos a explorar las capas geológicas de nuestro suelo. Ahora, una voz, un motivo cualquiera, basta para iluminar una zona de aquel pensamiento. Y éste se ofrece a los ojos realzado de tanto valor poético como la flor y la abeja halladas intactas en el fondo de un sepulcro sellado hace miles de años. Nos acercamos entonces al albor de una conciencia, y adquirimos la convicción de que así como en otras regiones florecieron civilizaciones que parecen derivadas del paisaje, nuestros ríos hubieran izado la espiral de su propia inspiración (Núñez, *Una ojeada* 7).

La relacionalidad entre el hombre y la tierra que parecía olvidada puede interpretarse como un posicionamiento ideológico antiimperialista y anticolonial. Bruzual (“Neocolonialismo”; “Piratas”), por ejemplo, asocia esta postura ideológica con el surgimiento de un pensamiento armónico entre el humano y la naturaleza. No obstante, como he señalado hasta ahora, esta lectura se debe problematizar en tanto que la conexión tierra-sujeto como ‘civilización que florece del paisaje’ condensa el atisbo de una ‘conciencia’ que Núñez asocia, tanto en *Cubagua* como en *Una ojeada*, al ‘secreto de la tierra’ y al ‘pensamiento abandonado a la tierra’, interrelacionando al humano con el medioambiente y las dinámicas de poder político y económico que los condicionan —incluido el mismo discurso intelectual de Núñez—. Al otorgarle agencialidad a lo telúrico —la tierra piensa, habla, calla; de sus espacios derivan seres tanto humanos como no humanos—, y al tomar como punto de partida filosófico el entorno del interior

33 Mi interpretación de lo ‘telúrico’ es en términos específicamente de la tierra y no asociados a la concepción del ‘telurismo’.

regional en su confluencia geográfico-cultural, el uso del lenguaje en *Una ojeada* se configura como plataforma crítica que desestabiliza patrones de la idea de relación armónica con la naturaleza.

Tomando en cuenta el aspecto formal del lenguaje se puede observar también una dialéctica semántica que pone en tensión lo natural y lo moderno. La elección de palabras como ‘accidentes espirituales’, ‘cosas olvidadas’ y las referencias al bosque y la montaña se tensionan con referentes lingüísticos de lo moderno —como el avión o el uso de sustantivos como ‘penetración’ y ‘exploración’ asociados a la gramática extractivista—. Esta dialéctica se instala en el seno del discurso dicotómico moderno al poner frente a frente los componentes de la modernidad y la región interior sin postular explícitamente la dicotomía. En cambio, el empleo de las palabras indica una realidad ineludible en el discurso —el mundo natural atravesado por el mundo moderno desde la colonización europea de América— que proscribía la existencia de otra realidad inscrita en el territorio. En ese sentido, más que una expresión literaria de las vanguardias o el regionalismo tradicional (Bruzual, “La renovación” 12-16), el discurso de Núñez permite identificar un pensamiento territorial socioecológico, revestido de valores culturales —lo poético— y geográficos —el ‘pensamiento’ solo es posible en el espacio reimaginado del interior—.

De ese modo, el condicional ‘hubieran’ que se escribe en las últimas líneas del párrafo citado más arriba, sugiere, como lo hace la metáfora ‘el secreto de la tierra’, un doble sentido retórico: de no haber sucumbido a la violencia colonial, remite históricamente a la posibilidad de imaginar una civilización nativo-americana al tiempo que su braya, con ‘convicción’, que un pensamiento desde la región como espacio alternativo puede efectivamente repensar la configuración de la nación. En la conclusión de *Una ojeada*, Núñez compone un mensaje prospectivo. Este, como ocurre con la totalidad del ensayo, se puede leer bajo la alteridad discursiva en la que inscribe la idea del futuro:

Así esa soledad tórnase viva a nuestros ojos. No es ya únicamente oro y especies. Una zona de explotación. Nada vale la riqueza si carece de un significado espiritual. Es una realidad que tiene su palabra y su destino. Es, ante todo, futuro. Horizonte significa límite. ¿Con qué palabra desig-

naría el indio antes de ser degradado por la esclavitud, por la miseria, esa línea ideal y azul? Límite-infinito. Él nos arrastra hacia el pensamiento sin otra expresión aún que la cima refulgente y el profundo eco de los ríos. El horizonte es una página en blanco y es allí donde vamos a escribir nuestra propia historia (Núñez, *Una ojeada* 28).

El espacio natural se torna ‘vivo’ a nuestros ojos y la zona extractiva fluctúa: es un espacio que vibra con posibles mercancías, materias de explotación minerales y agropecuarios, pero que también exhibe un ‘espíritu’, una potencia geológica y territorial. Más todavía, es en la idea del ‘límite-infinito’ donde se lee la conjugación de las dos lecturas que se tensionan en el discurso de Núñez: la geográfica, al respecto del límite espacial; y la cultural, a nivel del infinito que alude al aspecto material y espiritual que puede apreciarse al inicio del ensayo y que al final del texto se presenta como ‘pensamiento’ *de y en* la tierra. El cierre del pasaje citado deja abierta la posibilidad, como ocurre también en *Cubagua*, de abordar la nación desde una relectura del espacio regional. Si en la novela Leiziaga navega desde el mar Caribe hacia el Orinoco movido por el impulso de un nuevo trance extractivo —el de la riqueza mineral de la Amazonía venezolana—, en *Una ojeada* el nuevo horizonte de una identidad nacional remediada por el pensamiento del interior regional abre la posibilidad histórica para imaginar otro espacio de la nación. En este punto, la alteridad del discurso se hace patente, pues la opción de inscribir el futuro en la ‘página en blanco’ del horizonte regional se funda precisamente en las posibilidades de crecimiento económico que aloja el país en esa frontera extractiva apenas explorada. Los lenguajes de valoración crematísticos y cultural contenidos en la ambivalencia metafórica de los secretos ocultos en la tierra postulan, en cualquier caso, la posibilidad de pesar otra identidad y otra nación en Venezuela.

Al respecto de esto último, Núñez enfatiza la importancia de que la identidad nacional alternativa, tanto en Venezuela como en el resto de América, recupere la “humildad” (Núñez, *Una ojeada* 27). El llamado es nuevamente retórico, puesto que la definición de ‘humildad’ bajo la cual se representa el interior regional en los discursos letrados modernizados —esto es, bajeza, sumisión, rendimiento— toma en el ensayo

una acepción que cuestiona esta mirada para enfatizar el conocimiento de las propias limitaciones y obrar de acuerdo con ello. De este modo, Núñez enfatiza la necesidad de reconocer la realidad histórica del componente regional de la nación y emplea para ello el ejemplo del cardón, el vegetal de las regiones áridas latinoamericanas: “las regiones áridas piden aguas diáfanas, sombras de bosques, y nuestro hermano el cardón podría enseñarnos mucho en tal sentido. Acaso habremos de comenzar a ver las cosas con espíritu humilde” (*Una ojeada* 27).

El devenir hombres-cardón: la meditación del *yagüarey*

“Esa inclinación al desierto, esa hostilidad al árbol permanece viva en el fondo del alma venezolana”.

Enrique Bernardo Núñez, *La fiesta del árbol* (1937)

Tanto en *Cubagua* como en *Una ojeada*, la figura del cardón remite a una forma de devenir como ensamblaje entre lo humano y lo no humano. La referencia que hace Núñez al cardón puede ser tanto general como específica. Los cardones integran una variedad de cactáceos distribuidos en las zonas áridas y semiáridas del centro y norte de Venezuela, y también se distribuyen en regiones de las mismas características climatológicas y geográficas del continente americano (Barbarich y Suárez 60). Por otra parte, al final de “El cardón”, Núñez se refiere a este como *yagüarey*, en botánica *Stenocereus*, un género de la familia cactácea que puede crecer como árbol de ramificación simple y tallos columnares. Con el devenir, propongo leer una reelaboración de la identidad regional por medio de la cual Núñez establece una relación entre el mundo vegetal y el mundo humano que describo más adelante como identidad telúrica latinoamericana. En su breve ensayo, Núñez bosqueja una relación humano-vegetal que la identidad nacional, bajo los preceptos del positivismo y del modelo civilizatorio capitalista, no podía resolver. En Venezuela, el positivismo y el modernismo tuvieron, desde 1895, una influencia determinante en los métodos de estudio histórico y científico, así como en la renovación estética literaria impulsada por el cosmopolitismo, el nativismo y el criollismo (Picón



Imagen 3. Autor desconocido, portada del volumen *Relieves*, editado en homenaje a Núñez, fallecido en 1964. Enrique Bernardo Núñez (1989): *Relieves. Tomo II*. Caracas: Congreso de la República de Venezuela.

Salas 143). Como he señalado, la reimaginación del interior regional en Núñez se posiciona más allá de una reafirmación melancólica de la identidad y de la cultura regional para enfocarse, en cambio, en una relación en distintos casos alternativa con la tierra, una geosensibilidad que pone en cuestión las normas de la modernidad occidental.

Leo “El cardón” (1932), incluido en *Una ojeada* (Núñez, *Una ojeada* 49-50), como un manifiesto político, identitario y cultural en el que Núñez ensaya una aproximación a una identidad latinoamericana propia de la región, enraizada en lo telúrico. Enfocándose concretamente en el cactáceo,³⁴ el autor venezolano asocia las características de este vegetal tropical con el sujeto de las tierras americanas, estableciendo una diferencia con la identidad que se construía a través del dispositivo de nacionalidad. Si bien “El cardón” puede leerse de manera alegórica —donde la planta figuraría la identidad autóctona y regionalista—, propongo pensarlo como un devenir en el que Núñez postula una configuración alternativa de lo común y de la identidad a través de la relacionalidad entre el cacto y el humano.³⁵ El cardón,

34 Para Núñez, el mundo vegetal y el cactáceo tienen importancia simbólica. De acuerdo con Trino Borges, estos sirvieron a Núñez como metáforas de lo idílico y de la ausencia, ambas para significar, históricamente, “una colectividad determinada apegada a su suelo y a su devenir” (17). Entre 1936-1937 y 1939, Núñez usó el seudónimo ‘Cardón’ para firmar distintos artículos que publicó en la prensa venezolana (Larrazábal Henríquez, “Hacia” 7; Torres Iriarte, *Pasión* 70; Borges 13). Como indica Bruzual (“Las crónicas” ix-x), no extraña que Núñez hiciera uso de este medio para publicar textos más críticos. En el periódico, el autor venezolano halló un espacio para el proselitismo sociopolítico y reflexivo que se resistía al proceso de autonominalización de la actividad artística literaria del modernismo y la vanguardia.

35 Me refiero a configuración alternativa de lo común de acuerdo con la lectura que hace Giorgi sobre el concepto del devenir: “El ‘devenir’ entonces no es la salida de un individuo hacia otra posibilidad de ‘sus’ facultades, o el descubrimiento de nuevas potencias de ‘su’ cuerpo: pasa *entre* cuerpos, es una *configuración de lo común* allí donde los fundamentos previos de la comunidad —las culturas, las razas, las especies— han sido radicalmente movilizadas por la modernidad y donde los cuerpos han sido expuestos a la posibilidad de nuevos ordenamientos. Ese común no es originario [...] es una alternativa al orden modernizador” (58).

por sus características, puede considerarse dentro del grupo floral que desafiaba la apariencia domesticada de los ‘paisajes’ europeos y que suponía un inconveniente para el avance de la conquista y posterior modernización de los espacios americanos (Vieira 207-208). La descripción que hace Núñez del cardón y su flor no solo se da en oposición a la flora y a las nociones paisajísticas y de jardinería occidentales, sino que también articula una argumentación en la que la planta se inscribe fitográficamente en el texto,³⁶ tanto como emblema de la tierra latinoamericana como alternativa al modelo civilizatorio modernizador:

Si yo fuese a elegir una flor para grabarla en un escudo, escogería la flor del cardón, flor escasa, sin aroma, de vida breve y envoltura resistente. Así como el pino o el naranjo es en otras regiones elemento indispensable, motivo que resume todas las cualidades del paisaje, el cardón lo es de nuestras bravas tierras del sol. Tierras anchas, amarillas, confundidas con el horizonte. De esas tierras soleadas es el más fiel emblema. No los cardones finos, plantados en las villas, cardones domésticos que han perdido toda esperanza. Diríase prontos a cubrirse de hojas. Son los cardones que van por la orilla del mar nuestro, tierra adentro. Allí es donde el cardón se muestra en toda su magnífica fiereza. Por donde quiera que vaya nuestra vista, asoma y nos guía. Vigila las costas, el mar, los ignotos horizontes. Vive así en éxtasis, en el azul perenne, azul de cielo y de mar (Núñez, *Una ojeada* 49).

36 Utilizo la noción de inscripción fitográfica siguiendo la conceptualización de Vieira: “Phytographia is the appellation of an encounter between writings *on* plants and the writing *of* plants, which inscribe themselves in human texts [...] it stands for the literary portrayal of plants that is indebted both to the ingenuity of the author who crafts the text and to the inscription of plants in that very process of creation [...] Similar to their physical, photographic inscription in their surroundings, plants also leave impressions of themselves in human cultural creations, such as literature. Phytographia designates this communion between the *photographic* language of plants and the *logographic* language of literature. The realm of the imagination, literature becomes a mediator in the aesthetic encounter with plants” (216-217). Esta noción también puede leerse en otras notas ensayísticas de Núñez en *Una ojeada*, como “Mapora” (71-72), “Anófeles” (73-74) y la compilación de sus textos periodísticos sobre árboles (Núñez, *Árboles*). Para la importancia histórica de una ‘poética de las plantas’ en la cultura latinoamericana, véase Wylie (*The Poetics of Plants* 3-16).

“El cardón” comienza remarcando dos aspectos determinantes para su lectura como ejemplo del devenir: por una parte, las características físicas del cactáceo y su flor —escasa, sin aroma, de vida breve y envoltura resistente, indomesticable— que se leen en contraste con otras plantas y árboles —el pino, el naranjo, el cardón fino—; y, por la otra, situando y ligando el vegetal al espacio de la tierra adentro que alude a la región interior —es en este lugar donde el cardón se muestra ‘en toda su magnífica fiereza’—. Estos dos aspectos, el de las características física y espacial, inscriben textualmente al cardón como un ente sin tipificarlo por lo humano. Es decir, el cardón, como señala el texto a través del uso de verbos intransitivos —los cardones se mueven y muestran, se asoman, guían y vigilan— y adjetivos —‘resistente’, ‘feroz’, ‘indomesticable’—, actúa y queda reconocido con calificativos específicos sin asumir características antropomórficas. De ese modo, la inscripción fitográfica del cardón o el modo en el que enfatiza una forma de ‘ser’ en la planta independiente de la voluntad humana y que resume las cualidades del territorio regional, permite reconocer otra forma de pensar la relación con el vegetal.

Al mismo tiempo, cuando Núñez postula al cardón y su flor como ‘emblema’ de la tierra americana —al no asociarlo a un país en concreto, Núñez deja abierta la posibilidad de pensarlo en referencia a un plural, ‘nuestras bravas tierras’, que bien podría leerse en un contexto continental—, el texto permite iluminar un ensamblaje entre esta imagen discursiva del vegetal y la de una identidad alternativa a la nacional, como señalé antes. Esto se corrobora cerca de la conclusión del texto, donde Núñez subraya las cualidades del cardón, “hijo del desierto” que “implora el rocío, las tierras fecundas, los cielos estrellados” (Núñez, *Una ojeada* 50), y lo designa como referencia mítica loada por “algún indio poeta [...] por tener entre sus propiedades alguna virtud secreta” (50).³⁷ Partiendo de esta configu-

37 Barbarich y Suárez (60-72) señalan que los cactus tienen una multiplicidad de representaciones, funciones y usos para las culturas originarias de América. Estos van desde usos terapéuticos, ceremoniales y tecnológicos, hasta la cosmovisión que destaca la similitud morfológica entre el cactáceo y los humanos, así como

ración en “El cardón”, se desplaza la posible lectura alegórica donde la planta se emplea como figura retórica para imaginar una identidad regionalista, por otra de orden fitográfica, donde la inscripción literaria del cactáceo lo reconoce como agente y símbolo de otra visión del mundo. La producción cultural, entonces, se convierte en plataforma para interrogar y contestar, en el decir de Giorgi (58), los modos en que se expresan los cuerpos y las configuraciones de la identidad nacional y del modelo civilizatorio imperante. Lo antedicho es más específico a medida que avanza la argumentación de Núñez en “El cardón”:

Así como de otras plantas se dijo que habían nacido para deleite de los dioses, el cardón parece destinado a ser el don de aquellas soledades. Y tanto como de estas parece viva imagen de sus moradores, de aquellos cuyo ideal nadie conoce porque no han podido expresarlo. Rostros con el mismo color y la sequedad de la tierra. Seres que parecen ignorar los deseos y las penas, y sus propias miserias. Nadie lo sabe. Son amables, corteses, generosos. Hombres que sonríen a la muerte. Mujeres que son la entraña, la sustancia de la tierra. Nada ignoran en su primitiva sencillez. Y ocultan estas rudas gentes, de vidas trágicas, una gran ternura. Una ternura que corre por los secretos cauces del alma. Una ruda ternura. Rostros silenciosos. Cardones, cardones, cardones (Núñez, *Una ojeada* 49).

El enlace entre el cardón, el humano y la tierra se entabla por medio de un parentesco asociativo que Núñez remarca continuamente: el cactáceo es la ‘viva imagen’ del hombre y la mujer del interior, quienes comparten entre ellos y la tierra similitudes tanto fenotípicas —rostros con el mismo color y la sequedad de la tierra— como emocionales, vivenciales y de hábito —pasiones, deseos, penas, miserias, generosidad,

los relatos que dan cuenta de que los cardones tienen origen humano y son guardianes de sitios sagrados. Por otra parte, como ha señalado French, la referencia al ‘desierto’ es importante y de larga data en la cultura latinoamericana, sobre todo atendiendo a una perspectiva alternativa en la que “the ‘ética del desierto’ that emerges in [Latin American literature] is the opposite to the amnesic ‘wilderness ethic’: it is a call to recognize the mutual implication of human and natural history” (“Voices” 160).

amabilidad, cortesía—. Como indiqué previamente, la fitografía del cardón se remarca en la condición de ‘ser’ del vegetal, entrevista en el párrafo en la frase que describe en igualdad de condiciones al cardón y a las personas como moradores del interior. Justamente, al utilizar el vocablo ‘moradores’, el texto reitera una condición significativa que corresponde a la acción de habitar y asentarse en el territorio sin precisar la determinación humana. La palabra ‘morador’ se extiende también al cardón, inscribiéndose este en un plano de igualdad con el ser humano. De ese modo, estos ‘seres’ que son hombres, mujeres y cardones al mismo tiempo, están intrínsecamente relacionados por las características físicas y el espacio que comparten.

Esto se puede apreciar también en el modo en el que el lenguaje entrelaza, semánticamente, la descripción de las personas, la tierra y los cardones como componentes idénticos en el entorno del interior regional. Como observo al final del pasaje aludido, la reiteración “Cardones, cardones, cardones”, luego de que Núñez reflexione sobre el carácter de las gentes del interior, ensambla textual y simbólicamente la figura del hombre y la mujer con la del cactáceo. Al poner en el mismo plano descriptivo y relacional unas características que describen como iguales a ambas especies, el texto esboza una forma de identidad alternativa, un devenir hombres-cardón asociado con el enfático ‘que nadie conoce porque no han sabido expresarlo’. Esta frase indica la falta de reconocimiento a una realidad ignorada por el orden de lo común, estructurado bajo el paradigma nacional, que previamente asocié a la crítica explícita que hace Núñez sobre la construcción del interior por el discurso de los letrados urbanos. Con lo dicho, al enfatizar que el cardón, el hombre y la mujer del interior no han visto reconocido su ‘ideal’, “El cardón” remarca nuevamente una reacción político-cultural en el sentido de un devenir, una forma de ‘ser’ humano-vegetal obviada sistemáticamente por la nación en tanto que no es capaz de expresarla.

Más todavía, esta interpretación de la identidad humana-vegetal no se da exclusivamente en “El cardón”. En *Cubagua*, los cardones también son descritos encarnando un rol agencial que, en ocasiones, aparece en la narración de modo indeterminado. No obstante, aunque puede argumentarse que la aparición de los cardones en la novela está enmarcada por el componente espacial-ambiental de la narración

al emplear el verbo como metáfora que enriquece la descripción del espacio, es posible notar cómo la inscripción fitográfica del cactáceo en el texto lo hace, efectivamente, agente. Esta inscripción permite a los cardones generar un efecto sumativo en el relato, en el sentido de que la forma activa con la que se describe dicha inscripción del cardón en el entorno —en la novela los cardones “descendían en apretadas filas hasta el mar” (*Cubagua* 25), “forman un laberinto de columnas” (36), “se alargan” (53), “caen, desaparecen” (94)— da lugar finalmente a que se pueda concretizar una identidad humana-vegetal. Así, en la novela, la palabra ‘cardón’ funciona como adjetivo para redefinir más adelante a los hombres: “caminan los hombres descalzos, impasibles, taciturnos. Son hombres cardones” (93).³⁸ Este pasaje adquiere mayor relevancia al leer *Cubagua* junto con “El cardón” y *Una ojeada*, prestando atención a la correlación entre el cardón y la reflexión crítica al respecto del modelo civilizatorio y la identidad nacional venezolana.

En la conclusión de “El cardón”, Núñez alude a la existencia de un pensamiento propio, representado en la flor del cardo, como instancia última del devenir hombres-cardón. Ensambla una capacidad pensante con la relacionalidad humana-vegetal que se concreta en el llamado a pensar una identidad a partir de su visión telúrica:

Pero la obra maestra del cardón es la flor. Sin sombra ni murmullos, su flor es el deseo de dar de sí algo hermoso, ejemplo de voluntad y de amor a la belleza. [...] No tiene la culpa el cardo, el cardón de las soledades, si los ojos del viajero indiferente no descubren en su gloria nada capaz de hacerlo amar para llevarlo a los jardines con la verbena y la rosa, con el narciso y el laurel, junto a una fuente. Y tampoco si no saben apreciar su intención generosa. A pesar de su exterior adusto tal vez sueña con la estrella lejana, y en ofrenda a ella da lo que le permite su tosca naturaleza [...] Recogido en sí mismo recoge su mirada hacia adentro, en el deseo de explorar todo su mundo misterioso. ¿Hallará algo digno de

38 Bruzual (“Naturaleza” 814) propone interpretar los cardones como indígenas que esperan y observan, hasta cierto punto colaboracionistas con los españoles conquistadores. También los interpreta a modo de marcas de la modernidad, como aparatos de una tecnología inédita.

su amor y de su deseo? Sí, y de su meditación surge esa flor en la tierra árida, en su paisaje sin ruiseñores. Flor nectararia. Las abejas silvestres labran su miel en el cardón. Flor de sinceridad. La fruta del cardón es roja. Yagüarey la llaman en los llanos de Barcelona. Su flor abre con la aurora (*Una ojeada* 50).

La inscripción fitográfica del cardón, en este caso de su flor y fruto, el *yagüarey*, surge a partir de una ‘meditación’ y una introspección del cactáceo en la tierra árida, que muestra su belleza y voluntad.³⁹ Nuevamente, planta, flor y fruto se presentan en oposición a otros vegetales y remarcan su no pertenencia a espacios como el jardín, asociado al entorno natural intervenido y domesticado. Más importante, sin embargo, es lo que el texto comunica en las líneas finales. Siguiendo la progresión descriptiva y argumentativa de “El cardón”, el devenir hombres-cardón se completa en esta instancia donde el lenguaje, después de ensamblar al vegetal con el humano a través del uso de verbos intransitivos, comparaciones y una pertenencia común a la geografía y a la cultura del interior regional, prescinde del sustantivo para definir al sujeto de la acción. De este modo, la indefinición entre lo humano y lo no humano al suprimir la palabra que designa al ser vivo o material, queda establecida cuando Núñez dice que los hombres-cardón recogen en sí mismos su mirada para explorar todo su misterio.

La interrogación y afirmación que le precede continuará en esta línea, destacando ahora el producto final que deriva de la reflexión de

39 En su estudio sobre la vida de las plantas, Cocchia postula que las flores son la forma más ejemplar de la razón. Cocchia describe la razón como la capacidad de formar materia. En ese sentido, la flor se convierte en un emblema de una faceta de la razón obviada por el pensamiento racional moderno: su función de atracción material. La flor, capaz de comunicarse tanto con humanos como con no humanos, representa un pensamiento que conecta materialidades: “The flower is the paradigmatic form of rationality: to think is always to invest oneself in the sphere of appearances—not in order to express its hidden interiority, nor in order to speak, to say something, but in order to put different beings in touch with one another. Reason is only this plurality of cosmic structures of attraction that allow beings to perceive and absorb the world and allow the world to exist wholly in all the organisms that inhabit it” (110).

los hombres-cardón: la flor nectarina y su fruto como símbolos de un 'ser' nuevo que se abre con la aurora. La escritura simbólica, cargada de referencias y de orden fitográfica, desplaza paulatinamente el monopolio humanista sobre el sentido hacia una instancia más especulativa de la lengua, donde el devenir hombres-cardón tiene cabida y no queda representado por distinciones dicotómicas. El texto refleja este devenir como ensamblaje de una comunidad alternativa que no ha tenido lugar en el repertorio de la cultura nacional. Esta reimaginación de la geografía del interior y de la identidad de sus moradores —los hombres-cardón— abre paso a una relacionalidad entre el humano y el vegetal que pone en cuestión la identidad compartida a nivel étnico, cultural y de especie. Dicho de otro modo, propone una reinención de lo común, en el sentido que desestabiliza las lógicas de la identidad nacional y del modelo civilizatorio occidental.

Finalmente, la configuración de una identidad telúrica latinoamericana en *Cubagua*, *Una ojeada* y "El cardón", tiene en la interpretación del devenir hombres-cardón el establecimiento de una filiación con lo telúrico y el territorio sin hacer un llamado nostálgico o melancólico a la vida premoderna. Al distanciarse del modelo civilizatorio capitalista con el discurso fitográfico que inscribe el 'ser' cardón en relación con el 'ser' humano, lo regional pasa de ser una imagen auxiliar para el discurso nacionalista y las dicotomías civilización/barbarie o ciudad/provincia para ser un componente constitutivo de un proyecto político-cultural alternativo. Tomando este punto de partida, se reimagina el interior y su identidad actualizando la región como espacio contrahegemónico, geográfica y culturalmente específico. Como ocurre con el *yagüarey* y el siete colores, el interior emerge como espacio resiliente, que se resiste a la domesticación de "la mente capitalista" (*Una ojeada* 149).

Extractivismo vascularizado: bananos, café y humanos ensamblados en el enclave de monocultivo

“De la producción agraria e industrial de esas yerbas prodigiosas saldrían los intereses económicos que los mercaderes extranjeros habrían de torcer y trenzar durante siglos en nuestra patria para ser hilos de su historia, motivos de sus personajes y a la vez sostenes y ataduras de su pueblo.”

Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940)

La década de 1930-1940 supuso para la república de Costa Rica y la región centroamericana una transformación sin precedentes en el ámbito político y social. Dominada por una oligarquía liberal-elitista y el capitalismo agrario, la economía exportadora del país, centrada en el monocultivo de café y bananos, experimentó un proceso de depresión paulatina que intensificó los conflictos asociados a la ofensiva

de las haciendas contra la tierra y las fuerzas de trabajo campesinas (Halperin Donghi 419). Esta situación, agravada por la Gran Depresión de 1929-1930, socavó el sistema económico y político de Costa Rica en particular y de Centroamérica, en general, cambiando la estructura de clases y motivando el surgimiento de movimientos políticos que reivindicaron ideas reformistas a través de organizaciones obreras, gremiales y sindicales.

En ese contexto, es representativa la crónica *Bananos y hombres* (1931),¹ de la educadora, militante comunista y escritora María Isabel Carvajal —conocida, entre otros seudónimos, como Carmen Lyra—. ² Esta obra de Lyra se publicó originalmente por entregas en la revista *Repertorio Americano*³ y en el semanario del Partido Comunista de

-
- 1 A partir de ahora, las referencias a *Bananos y hombres* se indicarán bajo las siglas *ByH*. Estudié la versión de la crónica compilada en el volumen *Relatos escogidos*, por Chase (Lyra, *ByH* 371-387). Existen algunas diferencias en cuanto a uso de palabras y extensión entre el texto que cito aquí y la edición de la obra escogida de Lyra editada por González y Sáenz (103-129), pero no son significativas.
 - 2 Lyra publicó novelas, cuentos, piezas teatrales, artículos de opinión y de prensa a lo largo de su vida. Su reconocimiento como autora de literatura infantil fue tan importante como sus contribuciones al periodismo y la política costarricense. Se formó como educadora normalista en 1910 y en los años veinte estudió una especialización en Pedagogía en Francia. De vuelta en Costa Rica, se encargó de la cátedra de Literatura Infantil de la Escuela Normal de Costa Rica y fundó y dirigió la Escuela Maternal Montessoriana (1926). También dirigió las revistas literarias *Renovación*, *San Salserín* y *El Maestro*. Junto a su trabajo pedagógico, editorial, literario y periodístico, Lyra fue reconocida por su activismo político, lo que la llevó a integrarse al Partido Comunista de Costa Rica en 1931 y crear el Sindicato de Mujeres Trabajadoras, la Organización de Maestras Costarricenses y el Patronato Nacional de la Infancia. Su participación en la guerra civil y afiliación con el comunismo resultó en su expulsión del país hacia México, obligada por la Junta de Gobierno presidida por José Figueres Ferrer. Para un contexto biográfico de Lyra en profundidad, véanse González y Sáenz (17-53), Molina Jiménez (12-40) y Ducca (“Prólogo”).
 - 3 *Repertorio Americano* se publicó entre 1919-1958. Fundada y coordinada por el escritor e intelectual costarricense Joaquín García Monge, la revista tuvo un rol fundamental en la difusión del pensamiento latinoamericano y del americanismo. Lyra colaboró con la revista asiduamente. Para una lectura de la obra de Lyra en *Repertorio Americano*, véase Cubillo Paniagua (183-194).

Costa Rica (PCCR), *Trabajo*. El texto está compuesto por un conjunto de cinco cuadros narrativos breves: “Estefanía”, “Nochebuena”, “Niños”, “Río arriba” y “El peón que parecía un santo”. En líneas generales, los distintos cuadros narrativos discuten la problemática social y política de los enclaves bananeros en Costa Rica, resaltando específicamente la explotación y las condiciones de vida de los trabajadores en la zona atlántico-caribeña. El texto, que combina características de la crónica periodística y la denuncia, se desarrolla a modo de un viaje de ida y vuelta efectuado por una narradora asociada a la voz de Lyra. En la costa atlántico-caribeña del país, la narración describe la geografía y las condiciones de vida y laborales de los peones que sirve para contextualizar el asentamiento de una transnacional estadounidense en la periferia del país. Estas escenas se contraponen a la de los capataces de las fincas, los políticos costarricenses y los empleados de la transnacional, que gozan de condiciones de vida favorables gracias a la explotación del banano y el trabajador.

De acuerdo con la crítica (Horan 47; Grinberg Pla y Mackenbach 170; Camacho Alfaro, “Nota”; Mondol 13-14), uno de los aportes más representativos del texto es su alusión a espacios, etnicidades y formas de producción económica de una región que no participaba de la geografía ni del imaginario literario nacional. A través de una estética que combina la sátira social, la ficción proletaria y el escrito político, *ByH*, publicada tres años antes de la huelga bananera de 1934,⁴ ha sido asociada a la estética de corte social-realista (Arias Mora, *Criaturas* 336; Camacho Alfaro, “Nota”; Mondol 5-7) y fundacional de la narrativa bananera centroamericana de la década de 1940-

4 La huelga bananera del Atlántico o Gran Huelga Bananera de 1934 fue una movilización obrera liderada por los trabajadores de la transnacional estadounidense United Fruit Company (UFCo.) en la localidad de Veintiséis Millas, zona atlántica costarricense. El Congreso de Trabajadores del Atlántico, liderado por el escritor y empleado bananero Carlos Luis Fallas —conocido por su novela *Mamita Yunai* (1941), representativa de la narrativa bananera—, presentó una serie de peticiones para la mejora de las condiciones laborales que serían rechazadas por la UFCo. La huelga recibió el apoyo del PCCR, siendo Lyra y Fallas unos de sus representantes.

1950 (Grinberg Pla y Mackenbach 161-176; Mondol 14). Esto se sustentó en el compromiso político de Lyra: militante y dirigente del PCCR entre 1931-1949, abandonó la ficción literaria que desarrolló durante los años 1910-1920 —por ejemplo, fábula infantil, realismo-naturalista y prosa romancista-modernista— para escribir textos pe-riodísticos sobre la migración del campesinado a la ciudad, la pobreza extrema, la tensión producida por la distribución desigual de la riqueza y las circunstancias inhumanas del trabajador (Mondol 8-10).

Al poner el foco de mi análisis en los enclaves bananeros y cafeteros del país centroamericano, amplió la discusión sobre *ByH*, así como sobre un texto menos estudiado de esta autora, el opúsculo *El grano de oro y el peón* (1933) —sobre el cultivo de café en el Valle Central de Costa Rica y la explotación de la mano de obra—, revelando la representación de ensamblajes entre los enclaves bananeros, cafeteros y los trabajadores en la ecología-mundo del monocultivo. En diálogo con los apuntes literario-formales que Elizabeth Horan (47) y Maureen Shea (290) han señalado acerca de las renovaciones narrativas en *ByH*,⁵ reexaminé estas obras a partir de la noción de ensamblaje, leyendo la representación del enclave bananero y cafetero, el fruto, el grano y los humanos, como partes diferentes de un todo único, donde el lenguaje literario ensambla poéticamente lo humano y lo no humano.

Leo dicho ensamblaje como una reconceptualización de la brecha metabólica entre el humano y la tierra; es decir, como una reflexión sobre cómo la combinación de la industria y la agricultura a gran

5 Las críticas notan la combinación del género del diario de viajes con el del relato etnográfico, el montaje y cambio de escenas reminiscentes del modernismo literario y de la cinematografía, así como la parodia propagandística y la descripción lírica de la geografía de Costa Rica. Según Horan (*The Subversive Voice*), esta combinación de técnicas narrativas no solo le sirvió a Lyra para iluminar el carácter realista y políticamente comprometido de su obra, sino que además la distanció de la mirada clínica y del análisis científicista de la época, superando los modelos estereotipados y pintorescos del costumbrismo y del proyecto liberal-nacionalista. Araya Solano y Ovarés Ramírez (106) resaltan que el punto de vista narrativo en la obra de la autora costarricense sí empleó un discurso científico y de percepción sensorial para expresar los rasgos característicos de la sociedad, optando por un paradigma naturalista que es al mismo tiempo trascendido.

escala resultó en el empobrecimiento tanto de los trabajadores como del suelo, iniciada por los procesos de mercantilización de las materias primas en el caso del monocultivo en Costa Rica. La brecha metabólica entre el humano y la tierra es un análisis histórico-materialista formulado por Marx (*El capital*, 462-464), a través del cual se señala una ruptura acrecentada por la explotación masificada de la tierra que afecta por igual al ser humano y al medioambiente. De acuerdo con Marx, la preponderancia creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista, perturba el metabolismo o “el intercambio orgánico entre el ser humano y la tierra, es decir, el retorno al suelo de los componentes consumidos por el hombre bajo la forma de provisiones y vestimenta, [que] altera la condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo” (463). Marx especificaba que “en la agricultura moderna, como en la industria urbana, la fuerza productiva incrementada y el mayor rendimiento del trabajo, se consiguen devastando y agotando la propia fuerza de trabajo” y que “todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un adelanto en el arte de despojar al obrero, sino simultáneamente en el de agotar el suelo; todo progreso en el incremento de su fertilidad por un lapso determinado es, a la par, un avance en la ruina de las fuentes durables de esta fertilidad. Tanto más rápido es este proceso de destrucción” (463). La producción capitalista, por consiguiente, solo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando los dos elementos principales en su creación de riqueza: la tierra y el trabajador.⁶

Como señalo más adelante, la escritura de Lyra, leída en relación a su militancia comunista, expone la brecha metabólica entre tierra y humano a través de la representación de la geografía del enclave y la

6 Para un desarrollo en profundidad de este concepto y su inserción en un marco conceptual medioambiental desde las ciencias humanas y sociales —en ocasiones catalogado como ecología social, ecomarxismo o crítica ecológica marxista—, véanse Coronil (*El Estado mágico* 61-83), Foster (“Marx’s Theory” 141-177) y la alternativa que propone Moore (“Metabolic Rift”). Para una relación entre el materialismo histórico y el nuevo materialismo con enfoque en los estudios literarios, véase Hoyos (“La cultura material”; *Things with a History* 1-7).

explotación del peón y los frutos en las fincas de banano y café. En este sentido, y a diferencia del trance extractivo entre Leiziaga y las materias primas en la sociedad del capitalismo extractivo venezolano, en el caso de Lyra la ecología política de la plantación operacionaliza otra forma de ensamblaje, orgánico y violento,⁷ que hace ver la composición de una identidad regional en los espacios del enclave del monocultivo.

Con ello, y en adición a las lecturas críticas que han remarcado la representación de geografías y etnicidades olvidadas, así como la representación literaria del capitalismo como problema costarricense en Lyra (Horan, *The Subversive Voice*; Grinberg Pla y Mackenbach 161-176; Camacho Alfaro, “Nota”; Mondol 5-19), propongo que los textos de esta autora resarcen simbólicamente la brecha metabólica por medio de lo que defino como un extractivismo vascularizado identificable en su escritura; es decir, una combinación de materialidades tanto humanas como no humanas que supone distintos niveles de colectividad. La escritura de Lyra formaliza el extractivismo vascularizado a través del ensamblaje orgánico y violento entre el peón, los bananos y el café, lo que, simbólicamente, intenta remediar la brecha metabólica. Este ensamblaje histórico entre vegetales y humanos en la provincia costarricense parte de la premisa de que la formación de identidades socioculturales, así como los procesos transculturales y de mestizaje en Centroamérica, están necesariamente incrustados en las geografías tropicales (I. Rodríguez, *Hombres de empresa* 43) y en los valores eco-

7 Relaciono mi argumento con las relaciones entre extractivismo, violencia y cultura que ha estudiado Rob Nixon a través de su concepto ‘violencia lenta’—*slow violence*—, aquella que “occurs gradually and out of sight, a violence of delayed destruction that is dispersed across time and space” (2). De acuerdo con Nixon, la representación cultural ha tenido dificultades para dar cuenta de la violencia gradual y a menudo invisible que ejercen las prácticas extractivas sobre los humanos, los no humanos y el medioambiente debido a que “is neither spectacular nor instantaneous, but rather incremental and accretive, its calamitous repercussions playing out across a range of temporal scales” (2). En ese sentido, representar las catástrofes medioambientales que se desarrollan lentamente implica la articulación de prácticas creativas que simbolicen con urgencia esos acontecimientos (Nixon 10).

nómicos y culturales de las materias primas mercantilizadas (Coronil, *El Estado mágico* 65-66).⁸

Además de ello, el extractivismo vascularizado que identifiqué en los trabajos de Lyra pone de relieve una comprensión más amplia de la extracción y las distintas dinámicas socioecológicas que esta implica. De acuerdo con Wagner (“Extractivismo”) y Alberto Acosta (“Extractivism”), el extractivismo no se limita a la extracción de minerales o hidrocarburos, sino que debe entenderse en un sentido expandido, pues abarca una serie de prácticas económicas y espacios de producción y transformación social y territorial, como es el caso del extractivismo agrario. En Costa Rica, Tania Rodríguez Echevarría, Alexa Obando Campos y Marylaura Acuña Alvarado caracterizan la configuración de los monocultivos para exportación, como las plantaciones de banano y café, como un tipo de actividad extractiva. Estas actividades se caracterizan “por el poco procesamiento previo a su comercialización [...] marcadas por los bajos niveles de encadenamiento productivo a nivel local”, la necesidad “de grandes extensiones de tierra y de mano de obra barata” y la participación directa de empresas subsidiarias o transnacionales, “las cuales provocan un fuerte impacto ambiental y lógicas de despojo” (167).

Propongo, a diferencia de otras lecturas críticas del texto que resaltan el componente de compromiso político y sociotestimonial en Lyra (Araya Solano y Ovarés Ramírez 103-108; Cubillo Paniagua 183-194; Ducca, “Carmen Lyra” 9-34; Mondol 5-19), que la narración

8 Otras nociones que se leen en paralelo a mi propuesta del ensamblaje orgánico como extractivismo vascularizado son las del ‘materialismo transcultural’ de Hoyos (“La cultura material”; *Things with a History*), la relectura de la ‘transculturación’ hecha por Coronil (“Transculturation” 69-117) que enfatiza la preeminencia de lo no humano en relación con las transformaciones humanas en el ámbito sociocultural, así como el concepto de *contact zones*, desarrollado por Pratt y que se refiere a “social spaces where cultures meet, clash, and grapple with each other, often in contexts of highly asymmetrical relations of power, such as colonialism, slavery, or their aftermaths as they are lived out in many parts of the world today” (“Arts” 34). Para el contexto histórico-cultural de Costa Rica, no obstante, resulta más idóneo hablar en los términos de un extractivismo vascularizado que contemple las jerarquías y asimetrías de poder y dominación (neo)colonial y la relevancia de las relaciones socioambientales.

presenta un marcado posicionamiento antropocéntrico mediado por el subtexto de una ideología liberal del progreso que matiza el comunismo pregonado por la autora. Con ello, la remediación del metabolismo entre cultura y naturaleza, entre humano y tierra, solo se logra en momentos específicos de los textos. Esto es, resaltando instancias donde los trabajadores, los bananos y el café ocupan el mismo nivel al quedar reducidos y objetivados por la mercantilización capitalista descrita e insinuada bajo la resignificación biopolítica y crematista que los convierte en elementos complementarios en la cadena mercantil de la agricultura tropical. Relacionados por las condiciones de precariedad y de explotación del capitalismo agrario, leo una reescritura de la historia de las plantaciones y de los proyectos del monocultivo del Gran Caribe.⁹ Dicho con otras palabras, un *regionalismo ensamblado* en Lyra que sincroniza implícitamente la historia natural del banano y el café con la historia social del humano en las geografías tropicales convertidas en zonas de explotación agraria, cuestionando la modernización vehiculizada por la economía de enclave en la región atlántico-caribeña y el Valle Central de Costa Rica.

Bananos y hombres: ensamblaje costarricense del banano y el humano

Desde el título, *ByH* parte de una dualidad que la autora explicita a lo largo de la crónica. Esta dualidad viene marcada por las fincas bananeras, donde el fruto y el peón conviven. Bananos y hombres son especies diferentes: una apreciada por su valor nutricional-económico y la otra por su mano de obra barata; una consumida por el ciudadano estadounidense y la otra por la explotación de la empresa extranjera en suelo costarricense; la primera fuente de salud y riqueza, la segunda azotada por la enfermedad y la miseria. En un epígrafe, la autora hace

9 La institución socioeconómica de los monocultivos tropicales en el Gran Caribe implicó importantes transformaciones históricas, políticas y culturales para los distintos países que integran esta región (Funes Monzote, "El Gran Caribe" 17-23).

más evidente esta disparidad: “Pongo primero BANANOS que HOMBRES porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad, el HOMBRE es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo” (Lyra, *ByH* 371). Esta distinción con la que se abre el texto ha llevado a que *ByH* se lea como “la primera denuncia literaria de las condiciones de vida en las plantaciones bananeras” (Shea 290), teniendo el cuerpo humano como metáfora y motivo del texto (Arias Mora, *Criaturas* 390). Esta tipificación no solo se apoya en el contenido de la crónica. También enfatiza la militancia comunista de Lyra y el trabajo periodístico que abarcó su producción escritural a partir de la década de 1930. Igualmente, Horan (16) explica que, a través de la sátira y el realismo, el epígrafe señala la fuerza impersonal de la naturaleza y la brutalidad de los humanos en una alegoría sobre la lucha por la supervivencia. No obstante, al pensar la crónica de Lyra a modo de un registro de los ensamblajes entre el



Imagen 4. Manuel Gómez Miralles, “Exportando banano. Muelle gobierno. Puerto Limón”, fotografía (1922). *Costa Rica América Central*. San José: FORCOS, 2017, p. 128.

banano y el humano, se pone de relieve la dimensión socioambiental de este texto periodístico y la función de la cultura como ecología política.

ByH marca explícitamente una correlación entre los vocablos ‘banano’ y ‘hombre’ a partir del uso de la conjunción copulativa ‘y’, que une ambas palabras en concepto afirmativo. La conjunción copulativa reviste importancia y permea el texto: por una parte, establece desde el inicio un paralelismo entre ambas palabras, sintetizando una correlación que en el epígrafe es descrita como disparidad; por otra parte, permite pensar el texto como la historia paralela de la explotación del banano, el humano y el modo en el que ambos organismos están más relacionados de lo que aparentan. Antes de que la narradora visite y relate lo que observa en las fincas bananeras a orillas del río Reventazón, el relato del primer cuadro narrativo, “Estefanía”, permite sintetizar la lectura del ensamblaje socioecológico como parte diferente de un todo integrado. Mientras recorre una playa desierta en la región costera atlántico-caribeña, la narradora repara en la arena. Inserta en “la monotonía del paisaje” (Lyra, *ByH* 372), una cruz revela la inscripción de un nombre apenas legible, Estefanía R., que inmediatamente la lleva a preguntarse sobre el destino de aquella mujer: “¿Cómo habría sido la mujer que llevó este nombre? Y una fila de siluetas femeninas como las que uno encuentra por estas playas o en las fincas de banano comenzó a desfilar por la imaginación” (372).

El texto se estructura a partir de este encuentro fortuito en la geografía, donde la evocación imaginativa presenta la vida de Estefanía R. y otro grupo de peones en las plantaciones de banano como componentes integrados al espacio del enclave. El punto que me interesa resaltar al respecto, y que se aprecia con detalle a lo largo del texto, es que el espacio atlántico-caribeño, intervenido por el enclave del capitalismo agrario, transforma a las especies que coexisten en dichas regiones. La evocación en *Estefanía* parte de una visión que conjuga el entorno atlántico-caribeño y lo cultural —la cruz y el ‘tipo’ de mujer que es Estefanía R.—, entrelazándolas no desde una asociación de pertenencia a la geografía en un sentido regional, ni tampoco a modo de un ensamblaje geográfico-cultural y humano-vegetal regionalista —como indiqué en el capítulo anterior

y como señalo en el capítulo 3—. En cambio, lo hace a través de la negatividad del biopoder,¹⁰ que a partir de entonces se relaciona simbólicamente con la transformación del ambiente desencadenado por el establecimiento del enclave en el contexto del avance agrario-industrial, la mercantilización del banano y la deshumanización del humano.

Región en recomposición: el enclave, el banano mercantilizado
y el hombre deshumanizado

“Este sumario análisis del dictamen bananero es una comprobación más del servilismo de nuestro aparato estatal frente a la cuadrilla de Boston. Costa Rica es, simplemente, una ficha más en el Imperio del Banano”.

Editorial (sin firma) del semanario *Trabajo* (1934)

En *ByH*, los humanos que trabajan para las bananeras se presentan como “figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol, las fiebres y la sensualidad del hombre, amorales e inocentes como los animales” (372). La narradora observa los cuerpos y los adjetiva como si

10 Con biopoder me refiero al término propuesto por Foucault para explicar “lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convertir al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana” (Foucault en Yelin 7). El biopoder también actúa sobre los espacios geográficos, los suelos y los subsuelos, la flora y fauna, y el aprovechamiento de las condiciones climáticas, subalternizándolas y dominándolas. Como señala Alimonda, “la biopolítica de los discursos moderno/coloniales no produce solamente subjetividades y territorialidades, produce también ‘naturalezas’, es decir, pone en evidencia la colonialidad de las naturalezas” (“La naturaleza” 52). Si bien no abordo explícitamente el biopoder en Lyra como afirmación o resistencia a las regulaciones descritas por Foucault, véase el estudio de Arias Mora (*Criaturas*; “Las obsesiones”) sobre las metáforas biopolíticas en la obra de Lyra y en el contexto bananero costarricense. Para un análisis de la literatura latinoamericana de los siglos xx y xxi con énfasis en el biopoder, véanse Giorgi (*Formas comunes*) y Yelin (*Biopoéticas*).

de vegetales o animales se tratase, un movimiento retórico que ha sido representativo en el repertorio cultural latinoamericano y en la tradición del realismo social.¹¹ La narradora está ante humanos que paulatinamente han dejado de serlo, de acuerdo con el sentido normativo de la palabra. Se metaforizan las descripciones de modo que estos o bien guarden semejanzas con el lugar en el que moran y con el oficio que practican —“Daba congoja ver a esa chiquilla [...] con una boca seca que hacía pensar en la tierra en donde nunca ha llovido” (373) o “Quizás sea el oficio lo que ha dado al niño esa cara de tonto o de bestia de carga que tiene” (381)— o bien formen parte de una interrelacionalidad orgánica con bacterias, que la narradora asocia a la insalubridad de la zona —“[Los niños] son verdosos, muy morenos, con las pancillas repletas de lombrices, amebas, anquilostomas y de sabe Dios cuántos monstruos” (380)—.

Al mismo tiempo, a lo largo del texto se explicita el elemento social desde la distinción entre el humano que trabaja en el enclave y el que no. Entre estos últimos se cuentan los capataces de finca y sus familiares (373), así como los empleados y ejecutivos de la compañía transnacional que exporta el fruto (378-379), quienes han tenido influencia en el malvivir del campesinado bananero. También forma parte de este grupo la narradora, la cual no solo observa, reporta y denuncia la explotación de la mano de obra en las fincas, sino que cuestiona el comportamiento de los peones en la región, creando una distancia moral y racial que se sustenta en las descripciones antes men-

11 De acuerdo con Giorgi, la metaforización animal de las llamadas clases populares ha sido recurrente en la cultura latinoamericana: “es un salto en el régimen de sensibilidad que se juega desde ‘lo popular’, donde lo que irrumpe es un núcleo de fuerzas presubjetivas [...] inscribiendo el anudamiento entre lo popular y lo animal, entre los códigos de legibilidad social y política de los cuerpos populares [...] y su deslizamiento hacia eso que pasa por los cuerpos y que no se puede asignar en la economía de lo social, ese umbral de lo viviente deseante y afectivo que emerge en contigüidad con lo animal [...] La metaforización animal del pueblo suele interpretarse como la indicación de una falta, una carencia, una negación respecto de una humanidad realizada o posible” (179). Para una aproximación a la metaforización animal en Lyra y su relación con la tradición del realismo social, véanse Arias Mora (*Criaturas*; “Las obsesiones”) y Herrera-Zúñiga (112).

cionadas.¹² En ese sentido, mientras las mujeres y los hombres que trabajan como peones en el enclave bananero presentan características propias del entorno vegetal y animal, las clases acomodadas y la narradora se insertan en otro espacio y experiencia que la narración dispone de modo que se hacen explícitas las denuncias contra el orden capitalista.

No obstante, para comprender la manera en la que el texto de Lyra establece un ensamblaje entre el banano y el humano, hay que prestar atención al papel determinante que desempeña el enclave y su geografía en el texto. De acuerdo con Ronny Viales Hurtado (*Después del enclave* 25-27), el enclave es un espacio geográfico supeditado al monopolio sobre la producción y explotación de un producto principal creado por la inversión extranjera bajo el formato de la inversión directa. En muchos casos, el enclave sustentó un principio de extraterritorialidad en tanto que prolongaba la economía metropolitana sobre el espacio regional, creando una dependencia donde la dinámica relacional Estado-enclave suponía una realidad cambiante en lo socioeconómico. El enclave representa una “desterritorialización colectiva de medios” (Deleuze y Guattari 67) en la selva, ejerciendo sobre distintos cuerpos y sobre la técnica una presión determinada que las hace actuar y comportarse de acuerdo con lo que esta nueva configuración espacial precisa —retomo esta noción en el próximo capítulo—. En ese sentido, la dimensión del enclave se extiende de lo económico y lo geográfico a lo cultural, lo étnico y lo político. En la región atlántico-caribeña, el enclave bananero constituyó una modalidad de capitalismo dependiente que, con la crisis económica mundial de 1929 y el traslado de la UFCo. al Pacífico central y sur a finales de 1930, implicó la desestructuración, desarticulación y recomposición paulatina de la región (Viales Hurtado, *Después del enclave* 28, 79).

12 Sobre la reproducción de la injusticia racial, la mirada eurocéntrica y el pensamiento histórico influenciado por el liberalismo en Lyra, véanse Molina Jiménez (25-40), Arias Mora (*Criaturas* 392), Ducca (“Prólogo”) y Herrera-Zúñiga (119-128). Véase Horan (1-20) para una postura contraria a estas lecturas sobre la obra de Lyra.

ByH no solo se inscribe en el período operativo de la UFCo. en la costa atlántico-caribeña, con sus impactos socioeconómicos que el texto de Lyra, como señala Dennis Arias Mora (*Criaturas* 391), metarizó en línea con el discurso comunista como un espacio monstruoso y biopolíticamente riesgoso. También está intrínsecamente relacionado con el proceso de desestructuración, desarticulación y recomposición de la biodiversidad material y cultural de la periferia bananera. Esto dio paso a la formación de un espacio transculturado,¹³ donde empresas como la United Fruit Company tuvieron una incidencia directa en las negociaciones y disputas con los gobiernos nacionales, las protestas sociales y la modernización con la finalidad de facilitar los procesos de producción —por ejemplo, la instalación de vías ferroviarias, hospitales, electrificación y centros educativos, además de los procesos de migración intracaribeños (Funes Monzote, “El Gran Caribe en la metamorfosis” 65)—. En el texto de Lyra, el enclave, esos “bananales interminables” (*ByH* 376) de “despiadada humedad” (375), no solo se superponen sobre la geografía de la región por iniciativa de la diversificación productora capitalista, sino que también se yuxtaponen a otros ecosistemas, alterando el clima. Más allá de las descripciones líricas de la tierra, que en Lyra reproducen las imágenes predominantes que se gestaban en los discursos políticos, viajeros y naturalistas decimonónicos en tiempos de la instalación del ferrocarril hacia el Atlántico (Arias Mora, *Criaturas* 390), la inscripción del texto dentro de la aparición del enclave en zonas donde la preponderancia del medioambiente remarca la fuerza de la

13 En este caso empleo el término transculturación en un sentido antropológico. Los movimientos migratorios que se sucedieron desde el Gran Caribe, Europa y China hacia Costa Rica durante la construcción del ferrocarril hacia el Atlántico (1873-1890) supusieron la transformación étnica y cultural de la región atlántico-caribeña, sobre todo en Limón, principal puerto del país. Una vez finalizado el proyecto del ferrocarril, buena parte de la mano de obra se mantuvo en la zona para trabajar en las haciendas bananeras. Esto implicó una importante circulación, en un mismo espacio, de diferentes culturas y etnicidades. Véanse Bourgois (45-65), Viales Hurtado (*Después del enclave* 45-50) y Arias Mora (*Criaturas* 368-389).

naturaleza y lo animal, hacen de la región un espacio que desafía el proyecto civilizador moderno.

Lo anterior se puede corroborar en distintas secciones del texto, donde las referencias a un discurso de la otredad natural, contenido en las “soledades del paisaje” (Lyra, *ByH* 372, 375, 382, 385), lo “indomable” (380) y la fecundidad desgastada de la naturaleza (384), se intercalan con el registro de las inundaciones ocasionadas por la subida de nivel del río Reventazón (375-378), la proliferación de la tuberculosis (374, 377, 386) y el paludismo (373, 375, 384-385), así como con la profusión de la fauna silvestre —tiburones, cocodrilos, serpientes (380, 387)— que se produce en las haciendas bananeras. Esto hace del enclave un espacio singular y biodiverso, que constituye un entorno específico y aislado en la periferia. Las plantaciones de bananos son espacios de vastas extensiones de selva tropical húmeda desforestada y en continuo control de plagas, insectos y reptiles que ponían en riesgo al producto y la mano de obra que lo procesaba (Bourgois 3). En ese sentido, el enclave, entendido como un espacio superpuesto sobre otro, tuvo un rol determinante, pues su instalación, como se verá a continuación, configura un ecosistema nuevo para el destino de las especies:

La música de las chorchas y de los yigüirros es ya sólo un recuerdo melodioso en la memoria del tiempo. Hacia el oriente, sobre el azul tierro del cielo comienzan a brillar con inocencia y timidez las estrellas. A saber si en muchas de ellas hay paludismo, culebras venenosas, tiburones y fincas de banano (Lyra, *ByH* 382).

El pasaje es importante para pensar la transformación geográfica y ecológica puesta en marcha por el enclave. En primer lugar, la implantación de estos espacios requería de la tala sistemática y creciente del bosque para la preparación de suelos cultivables. Esto supuso el reordenamiento productivo del medio biofísico, capitalizando el mundo natural y simplificando los ecosistemas (Goebel Mc Dermott 179). El “recuerdo melodioso en la memoria del tiempo” del canto de la chorchacha y el yigüirro, dos aves nativas de América Central, pone de relieve la llegada de la noche, pero también lleva a considerar, simbólicamen-

te, la desaparición de la selva tropical a manos de la política agroindustrial de la compañía bananera, un hecho que adquiere notoriedad al tomar en cuenta que el yigüirro es el ave nacional de Costa Rica. La desaparición de la memoria del canto del ave nacional o la pérdida del espacio de la nación a manos de la actividad transnacional del monocultivo se suma a la ruptura de un entorno condicionado por un conglomerado de fuerzas internas y externas típicamente asociado a la periferia atlántico-caribeña: el paludismo, las culebras venenosas, los tiburones y las fincas de banano.

La interrelación entre los animales salvajes, la enfermedad tropical transmitida por el mosquito y el enclave bananero, operan también como un ensamblaje de materialidades varias. Dicho de otro modo, el espacio del enclave, como imposición sobre la geografía de la costa atlántico-caribeña, forma parte de un conglomerado vascular de actantes que prefigura y cambia continuamente las condiciones de vida, dando pie a la transformación del entorno y sus moradores. Ello queda remarcado en el modo exclamativo de la narradora al observar la capacidad ‘productiva’ que tiene el enclave capitalista para ‘generar’ tanto bananos como humanos: “¡El hogar en estas regiones que producen banano y estos niños!” (Lyra, *ByH* 382).¹⁴

Asimismo, en el enclave lo humano y lo no humano se reescriben y resignifican con base en medidas de valor: el banano deja de ser

14 La ‘enfermedad’, sobre todo el paludismo transmitido por el mosquito y las distintas afecciones parasitarias, aluden a una relacionalidad viral entre lo humano y lo no humano en el enclave que abordo con detalle en el capítulo 3. Allí discuto, entre otras cosas, el contagio, la enfermedad y la fiebre en los textos de Uribe Piedrahita. Lo viral, esto es “la extensión del paludismo, gracias a los suamos de las calles, la ubicación del basurero, que desde fines del siglo XIX se encontraba en el radio de la población y favorecía las plagas de moscas [...] y la llegada de embarcaciones que transmitían epidemias” (Viales Hurtado, *Después del enclave* 39) se solapó simbólicamente con la representación identitaria de “una región considerada como aislada, exótica, insalubre, étfica, delictiva y, lo peor, habitada por ‘negros’, etnia que para los ticos de ‘sociedad’ significaba, o significa, la importación de hábitos ajenos a la ‘civilización’” (37). Lyra escribió distintos textos al respecto de esto. Véase, *Un gran civilizador costarricense* de 1924 (Lyra en González y Sáenz 135-155).

simplemente un fruto para convertirse en mercancía; el humano, por su parte, de sujeto pasa a convertirse en genérico peón. Es decir, en la crónica, el enclave ilumina la posibilidad de leer la configuración de otro espacio, registrado en la deshumanización de hombres y mujeres y en la mercantilización del fruto, ambas prescritas al cálculo económico y abaratador de las normas de la lógica utilitaria y crematística del capital.¹⁵ Como indica de manera recurrente la narradora: “En las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón” ([Lyra, *ByH* 374), “En las zonas bananeras tiene más valor un racimo de bananos que un hombre” (383) y “¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?” (386). El fruto, descrito en la crónica como producto comercializado y fuente de ingresos para la compañía bananera se contrapone al hombre al desplazar su ‘valor’ y convertirlo en una pieza de la maquinaria del enclave. Este desplazamiento, donde “la fruta ocupa el primer lugar” (371), no solo está sustentado desde lo económico; pedagogía, ciencia y medicina, discursos de la metrópolis occidental-moderna, también remarcan el ‘valor’ absoluto del banano: “En revistas para maestros pintan a los trópicos, las tierras en donde se cultiva el banano, como el paraíso terrenal y dedican páginas enteras a los bananos de la United Fruit Co.” (383), “Los que conocen el valor de los alimentos, han descubierto que el banano es una gran cosa, que cuando una persona se come un banano se mete entre el cuerpo no sé cuántas calorías y vitaminas” (383) y “Dicen la United Fruit Co. y los médicos a quienes ha consultado, que esa fruta es excelente sobre todo para los niños cuando están creciendo” (383).¹⁶

15 Me refiero a la idea de abaratamiento como la explican Patel y Moore: “Cheap is a strategy, a practice, a violence that mobilizes all kinds of work —human and animal, botanical and geological— with as little compensation as possible” (22). Véase también Federici (225-233) para una discusión detallada sobre la división sexual del trabajo y la explotación y reducción del cuerpo de las mujeres como otra expresión del abaratamiento.

16 De acuerdo con Rodríguez (*Hombres de empresa* 37-44), desde el siglo XIX, los discursos de las ciencias sociales y naturales sirvieron en Centroamérica a dos propósitos: la feminización de las naciones del istmo —repúblicas bananeras— y

En la crónica, Lyra evidencia una dialéctica dispar entre el cuerpo no humano y el cuerpo humano, enalteciendo al primero y denostando al segundo, al tiempo que los reescribe bajo la dinámica capitalista del enclave:

Van y vienen los cortadores y los concheros; caen los tallos y el racimo es recibido con todo mimo y depositado con el mayor cuidado en ordenados montones a lo largo de la línea del tranvía, en los mejores sitios. Los peones que no tienen guaro y están sedientos, se inclinan a la pasada y beben en los charcos. ¡Qué cuenta de parásitos intestinales! [...] Lo que importa es que cuando haya demanda, haya fruta y que suban las acciones [...] Hay que cargar con todo primor la fruta para que no se maltrate. Les hacen lechos de hojas en las pequeñas plataformas de madera montadas sobre ruedas. Restalla el látigo, la mula mueve las orejas y parte a través de los banales interminables con la preciosa carga [...] En una de esas Pancho Ortega se ha dado un fuerte golpe en una rodilla, tan fuerte que ha tenido un pequeño desvanecimiento. ¿A qué pensar en eso? ¿Acaso vale más su rodilla que el banano de la ‘United Banana Co.’? (Lyra, *ByH* 376).

El banano, que en el enclave recibe mimos y cuidados, se contrapone al peón, que tiene como función prestarle la atención necesaria al producto, independientemente del estado de salud en el que se encuentre. El deseo *por* y la demanda *del* fruto están ligadas a una red de intereses metropolitanos sustentados por distintos discursos —financiero, desarrollista, pedagógico, científico-dietético— que al mismo tiempo se inscriben en la historia mundial de circulación material de mercancías sujeta a prácticas y clasificaciones sociales. Es lo que Arjun Appadurai, en su trabajo sobre los *commodities* y sus políticas de valor cultural, define como “the narrowing down of a universal and voracious

la tipificación de las sociedades centroamericanas en términos de valores calóricos. La comercialización e ingesta del banano perpetuó el adueñamiento de la geografía por parte de las modernidades centrales, habilitando un “lugar antropofágico” donde el imaginario imperial produce “no un conjunto de países sino espacios naturales, flexibles en sus dimensiones y posibilidades, aptos y disponibles para la producción de sustancias naturales, dietéticas y calóricas” (38-39).

cious desire for objects whatever happens to be available” (29). En el texto de Lyra, la ‘importancia’ de la ‘demanda’ enfocada en la ‘subida de las acciones’ subyuga la humanidad del peón en el enclave. Es decir, este espacio de las plantaciones, marcado por el cultivo intenso del fruto, invierte continuamente los roles que objetivizan y subjetivizan al humano y al banano de acuerdo con la medida de valor capitalista que da prioridad al producto sobre el peón.

Sin embargo, resulta igualmente importante el conjunto de relaciones socioecológicas que describe la narradora para que la voracidad capitalista, sustentada en el valor de cambio del producto tropical, pueda satisfacerse. Este señalamiento ilumina un ensamblaje de materialidades —los peones, los instrumentos de trabajo, los bananos, el tranvía y las vías, la mula— a modo de un extractivismo vascularizado de actantes en el espacio del enclave, lo que habilita una lectura alternativa a la disparidad jerárquica a la que alude la narradora. Dicho de otro modo, la historia de la explotación del peón que denuncia la narradora en la crónica se lee, al mismo tiempo, como la historia de la explotación del banano y del entorno, una relacionalidad de orden temático y formal.

Por un lado, el mecanismo del enclave, descrito como un espacio funcional donde todas las partes, aunque diferenciadas, suponen un todo, refiere a una multiplicidad material interrelacionada para el correcto funcionamiento de la actividad agraria; por otra parte, desde el punto de vista formal, el modo verbal indicativo en tiempo presente con el que se estructura la sintaxis del comienzo del párrafo, instala la narración en el tiempo repetitivo del influjo de la demanda del producto, creando un efecto narrativo que ofrece una mirada al sistema operativo del enclave y a la práctica reiterada de las plantaciones bananeras en el texto: ‘van y vienen’ los peones, ‘caen’ y ‘depositan’ los frutos o exportan la preciosa carga. Dicho tiempo repetitivo, leído en el marco de la política del flujo de mercancías y la reducción de las distancias espaciotemporales tras la Revolución Industrial,¹⁷ responde

17 Appadurai explica sobre la política del flujo de mercancías que “Economic exchange creates value. Value is embodied in commodities that are exchanged.

al interés por satisfacer la demanda y el deseo; es decir, su enfoque es el intercambio económico para la creación de valor mercantil, no la mercancía en sí: “lo que importa”, como anuncia la narradora, “es que cuando haya demanda, haya fruta”.

Atendiendo a la descripción del procesamiento de la fruta en el texto de Lyra, esto no se representa como una disparidad entre ambas especies, sino como la relativización de la primacía del banano en el texto. En este caso, y como sucedía antes con el humano, ocurre un desplazamiento simbólico con el banano, que pasa de ‘fruto’ a ‘producto’, de valor de uso a valor de cambio. Así, pues, la interrogante irónica con la que se cierra el pasaje citado retoma la disparidad entre ambas especies, pero permite leerse como una relación que cuestiona esa misma disparidad: “¿Acaso vale más su rodilla que el banano de la ‘United Banana Co.’?”. Mientras la pregunta dirige la ironía al hecho de que el cargamento de fruta tendrá, para la compañía transnacional, más importancia que el accidente de Ortega, la pregunta también deja en suspenso el ‘valor’ como propiedad mercantil por medio de la cual la narradora explicita la primacía del banano sobre el peón. Dicho de otro modo, la formulación de la interrogante supone indirectamente un cuestionamiento que, aunque expresado bajo la figura de lo irónico, también pone de relieve la necesidad de prestar atención y cuestionar la explotación de ambas especies en el enclave.

El texto de Lyra se lee entonces desde la disparidad que impone la medida de valor de cambio capitalista —donde el producto es lo prioritario— como desde una equidad que salva las distancias entre las cualidades e importancias de las especies —donde el banano y

Focusing on the things that are exchanged, rather than simply on the forms or functions of exchange, make it possible to argue that what creates the link between exchange and value is *politics* [, it] entails exploring conditions under which economic objects circulate in different *regimes of value* in space and time [, it] examines specific things (or group of things) as they circulate in specific cultural and historical milieus [...] the ways in which desire and demand, reciprocal sacrifice and power interact to create economic value in specific social situations” (3-4).

el humano se interpretan como dos organismos dentro de un continuo natural e histórico; esto es, como dos partes diferenciadas de un todo ensamblado en la ecología-mundo—. Si bien esto no queda explicitado en el texto, puesto que la narradora insiste en el elemento de disparidad entre una especie y la otra, el proceso de explotación del fruto, que en la crónica parece hacer las veces de trasfondo para visibilizar la fragilidad de la vida humana en el enclave, tiene en el ensamblaje una lectura de la vida del banano más allá de su mercantilización:

A las nueve están de vuelta los carreros. Han rechazado la fruta... No tenía el grado pedido.

Claro que sí lo tenía, pero había exceso de fruta en los mercados de Estados Unidos y de las alturas vino la orden de rechazar la fruta.

Los cortadores perderán todo su trabajo. ¿Maldita sea? No, ya ni maldita sea dicen... Es tan corriente.

Los bananos pierden toda su importancia y allí quedan tirados en la oscuridad, bajo el agua que sigue cayendo (Lyra, *ByH* 377).

Al poner por primera vez en un plano de igualdad al trabajador y al fruto, se puede leer el primer ensamblaje explícito en el texto. Como indica la narradora, el banano es apreciado solo cuando puede resultar en un saldo de ganancia positiva; de lo contrario, al igual que ocurre con los peones enfermos en las fincas, es descartado y pierde 'valor'. Siempre bajo la mirada del capitalismo agrario, 'hombres' y 'bananos', antes tipificados por sus diferencias, se descubren como piezas integrales de un conglomerado vascular enfocado en la obtención del beneficio económico. Es decir, tanto el peón como el banano, medidos por escalas de valor que la escritura representa a través de adjetivaciones, quedan bien diferenciados, pero inevitablemente integrados bajo el efecto retórico del texto, que dispone en dos párrafos breves y directos el instante en el que el humano y el banano quedan reducidos al mismo nivel de valor asignado por la dinámica del enclave. La frase "¿Maldita sea? No, ya ni maldita sea dicen" comunica la desidia del peón y normaliza la pérdida del trabajo como práctica recurrente en el enclave, pero sintoniza, al mismo tiempo, con la pérdida de impor-

tancia del fruto y su descarte, un proceso que la historia ambiental describe como la botadura del banano.¹⁸

Si las condiciones de vida del peón están sujetas a la precariedad de estas zonas del monocultivo, la vida del banano descrita en el texto no puede descontextualizarse y debe leerse en paralelo a los padecimientos que describe la narradora al hablar sobre los peones. La producción masificada del banano, llevada al extremo por la política de la compañía transnacional, también resultó en adversidades para el vegetal y el medioambiente: desde enfermedades como el mal de Panamá¹⁹ hasta el abandono de la producción bananera en la costa atlántico-caribeña a raíz del agotamiento de los suelos —retomo esto en breve—.

En el ensamblaje que identifiqué en *ByH*, las especies se integran por medio de la resignificación que les impone el espacio del enclave. Esta resignificación fluctúa, está subsumida a los impases del mercado y de la compañía bananera. Esa dinámica cambiante también se puede leer a contrapelo de la tradición ficcional latinoamericana que, en palabras de Alonso, implica la situación discursiva como “an attempt to identify the new countries (when not the entire liberated continent) with the future rather than with some autochthonous cultural reality” (*The Burden* 11). A diferencia de esta posición, que centra su crítica en la

18 Viales Hurtado y Montero Mora señalan la importancia y el impacto que tuvo el desecho intencional del fruto o botadura del banano: “la fruta que no cumplía con los estándares de calidad de la UFCo. era rechazada. El rechazo se conoció popularmente con el nombre de ‘botazones’. Las ‘botazones’ fueron un mecanismo utilizado por la empresa para asegurarse el buen precio de la fruta en el mercado internacional. El mecanismo consistía en desechar producto de los plantadores nacionales, para no aumentar la oferta más allá de sus límites rentables, lo que acarrearía profundas consecuencias negativas para los productores privados costarricenses” (70).

19 “En Costa Rica, desde temprano, se anunció la presencia de la enfermedad, aunque fue después que se conoció su nombre y la verdadera causa de infección. En 1909, se anunció que en ciertas plantaciones del litoral Atlántico, un insecto estaba atacando la raíz de la planta y haciendo estragos en los bananales. Además, se agregó que este se propagaba con ‘asombrosa rapidez’, por lo que su multiplicación podría revestir el carácter de ‘verdadera plaga’, ya que algunas circunstancias climáticas favorecerían su desarrollo” (Viales Hurtado y Montero Mora 36).

configuración del discurso cultural filtrado por la futuridad de la modernización, el ensamblaje en Lyra permite visibilizar otra instancia a través de la lectura vascular entre el enclave, el banano y el humano. Esto desestabiliza, al menos en ciertas partes del texto, la versión prospectiva del proyecto modernizador, así como la ambivalencia del movimiento hacia el adentro y hacia el afuera de la modernidad.²⁰

Dicho de otro modo, el texto no solo se interpreta como una denuncia a lo que ocurría con los peones en las fincas bananeras en un movimiento de distanciamiento y cercanía con respecto al discurso moderno occidental. En cambio, leído como ensamblaje entre banano y humano que reimagina las relaciones socioambientales en esta región latinoamericana, trasciende las oposiciones entre cultura/naturaleza y humano/no humano constitutivas del lenguaje de la modernidad, avanzando una idea de otra identidad regional. En la ecología política del monocultivo bananero y las transformaciones que supone sobre el territorio, los cuerpos y la fluctuación de la demanda y deseo del capital, se configura a través de un ensamblaje retórico que pone en evidencia lo que David Harvey (98-99) interpreta como la producción material y simbólica de los cuerpos. La clase, la raza y el género, así como también otras distinciones referidas a lo no humano, se marcan en los cuerpos por virtud de los diferentes procesos socioecológicos que ejercen influencia sobre ellos. Afectados por diferentes procesos físicos y sociales mediados por el capital, estos cuerpos producen nuevas espacialidades al tiempo que desplazan sus referentes de identificación de 'banano' a 'producto' y de 'humano' a 'peón'.

Más todavía, el ensamblaje formaliza otra aproximación a la crónica de Lyra, una que no solo se reduce a la propuesta crítica que nota en *ByH* la sistematización del discurso y las metáforas comunistas en la identificación del espacio como una dicotomía épica

20 El principal argumento de Alonso es que "the discourse of modernity constitutes both the core of the Spanish American work and the center from which it has to flee in a centrifugal flight for the preservation of its own rhetorical authority. The uniqueness and particularity of the Spanish American postcolonial/neocolonial cultural situation is founded on this radically ambivalent movement toward and away from modernity" (*The Burden* 26).

entre lo monstruoso y lo heroico (Arias Mora, *Criaturas* 345-355, 370-371), sino que articula una cancelación retórica momentánea de la disparidad entre hombre y fruto al situarlas en el plano transformativo del enclave. Como indiqué previamente, en Lyra el ensamblaje se observa al leer, por una parte, la desestructuración, desarticulación y recomposición de la costa atlántico-caribeña que problematiza el proyecto moderno en el enclave; y, por otra parte, en un sentido formal, a través de la relacionalidad entre el banano y el humano que permite una lectura doble, entre la disparidad y la relación de su ‘valor’. En ese sentido, el texto de Lyra revela formas de ensamblaje en un panorama más complejo de la región, aquel que relaciona la historia natural y la historia social en un mismo continuo.

Al respecto de lo indicado, las consecuencias de la retirada de la UFCo. del espacio atlántico-caribeño producto de la crisis mundial y el abandono paulatino de la zona extractiva fueron significativos. Precisamente, el agotamiento del suelo en la zona atlántico-caribeña por la actividad del monocultivo supuso una crisis socioeconómica en la región, hasta el punto de poner en riesgo la existencia de poblados²¹ —la biodiversidad ecológica, en cambio, no correría con la misma suerte—. ²² *ByH*, además de una denuncia de la explota-

21 Viales Hurtado señala que “en 1930, la palabra crisis ya era universal para la población limonense y para el país en general. El retiro progresivo de la UFCo. y el desempleo generado por esta situación sirvieron de contexto para discutir un contrato considerado de vida o muerte para el Atlántico y para la economía nacional” (*Después del enclave* 102).

22 Explica Goebel Mc Dermott que “se trata de un profundo proceso histórico de largo aliento, y que hunde sus raíces en la consolidación material y simbólica de las premisas ambientales de la modernidad occidental, que tuvo su corolario en el liberalismo económico decimonónico, donde la naturaleza, y en este caso los bosques como uno de sus componentes centrales, carecía de valor antes de su inserción en el mercado mundo capitalista, y el valor de cambio substituyó de manera irreversible al valor de uso [...] Las transformaciones ecológicas y ambientales generadas en la ‘fase agroindustrial’ no fueron menores [...] La deforestación del bosque biodiverso para plantar bosques uniformes de una sola especie, siguiendo la norma de manejo decimonónica de la máxima pro-

ción campesina en las haciendas de bananos, se entiende como la historia de la relación de fuerzas socioecológicas. Este ensamblaje registra la dimensión socioambiental del desarrollo de métodos de siembra y cosecha que impulsaron la producción bananera mientras degradaban el medioambiente: el humano, el animal y el ferrocarril “coadyuvaron a la construcción sociohistórica de la calidad del banano en Costa Rica”, al tiempo que “excretaron desechos energéticos y materiales que el medio ambiente no pudo reciclar debido al volumen de la plantación y de la producción” (Viales Hurtado, “La región” 219-220). Una agricultura especializada en producir excedentes de bananos simplifica radicalmente los agroecosistemas y con ello ocasiona la pérdida de biodiversidad y una mayor vulnerabilidad del complejo agrícola, tanto desde el punto de vista ecológico como económico-financiero y energético (Alimonda, “La naturaleza” 38).

En *ByH*, sociedad y naturaleza, si bien explícitamente jerarquizadas en el discurso antropocéntrico de la narradora, se ensamblan simbólicamente en el contexto del enclave, distribuyendo el protagonismo entre especies y materialidades. Este espacio recompone la región y sirve como punto de partida para pensar, como señalo a continuación, dos particularidades en el texto de Lyra: por un lado, la ‘escritura de las remotidades’ como poética que amalgama discursivamente espacios diferentes pero interconectados en la construcción histórica de las plantaciones y del mercado financiero global; y, por la otra, el modo en el que el texto propone una posible enmienda a la brecha metabólica entre el humano y la tierra, utilizando para ello una figura radical: la de un peón letrado aliado con los animales.

ducción sustentable de madera, genera la pérdida de muchas de las funciones ecológicas de los bosques, así como sus producciones imprescindibles para la vida humana y su sustento. La simplificación de los ecosistemas, la degradación de la tierra, la pérdida de fertilidad y retención de agua [...] y la pérdida de hierba para pasto, son, como ya dijimos, sólo algunas de las funciones ecológicas perdidas en la substitución del bosque ‘verdadero’ por la plantación comercial” (150).

Viaje de ida y vuelta a las entrañas del bananal: escritura de las remotidades para una historia socioambiental de las plantaciones

Con base en las metaforizaciones animales y vegetales sobre los trabajadores y habitantes de la zona bananera, la crónica fija una identidad regional-iletrada opuesta a la de la narradora. Es la constitución de un 'yo' influenciado por la tradición discursiva que Rodríguez (*Hombres de empresa* 28) rastrea en el positivismo latinoamericano del siglo XIX y que supuso una mediación discursiva relacionada con el discurso de la modernidad y la descalificación del discurso local, demarcando líneas de pensamiento, interpretación y significación alrededor del conocimiento positivista del mundo. En el temprano siglo XX, se retomaron estos preceptos de las ciencias sociales y naturales bajo los cuales se representaron las periferias rurales como espacios sin precedente ni historia (31). Si bien hay una lectura crítica que asocia el regionalismo y la reescritura de la historia de estos espacios con la emergencia de los narradores-antropólogos y etnógrafos,²³ complemento dicha aproximación con lo que entiendo como una 'escritura de las remotidades' en *ByH*. Interpreto esta escritura como otra expresión del ensamblaje para amalgamar discursivamente espacios diferentes pero interrelacionados de forma vascular. Esto es, la descripción de la geografía y la experiencia en los bananales de los márgenes del Reventazón, las zonas destinadas para el ecoturismo en la misma región, las haciendas de los capataces en el enclave y los hogares de los ejecutivos bananeros en Nueva York se presentan como espacios remotos simbólica y geográ-

23 Para González Echevarría (*Myth* 142-186), desde 1929 hasta 1950, la literatura latinoamericana se caracterizó por utilizar la figura de un narrador-antropólogo. La novela producida durante ese período era el intento de un autor que buscaba producir un discurso desde lo autoritario y lo legítimo de la observación para analizar y narrar lo autóctono. En el caso de Lyra, véase Horan (1-3, 21-23, 47) sobre la descripción etnográfica en los relatos *El barrio Cothmejo-Fishy* (1923) y *ByH*. Para una crítica que matiza el impacto del discurso antropológico propuesto por González Echevarría, véase Sá (69-88) y su argumento en favor de la influencia ejercida por las cosmogonías e historias indígenas en 'novelas de la selva' de Gallegos y Carpentier.

ficamente, pero que en la escritura representan elementos cercanos y fundacionales para la construcción histórica de las plantaciones.

El primer contexto tiene como escenario el cuadro narrativo “Río arriba”. En este, la narradora relata cómo remonta el Reventazón en la lancha El Parismina. La embarcación a motor surca las “remotidades” (Lyra, *ByH* 385) bananeras, una zona donde el clima y la naturaleza tropical se describen en línea con la tradición naturalista latinoamericana. Estos espacios se representan como opresivos —“el gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente [...] el silencio espeso que oprime el paisaje como una pesada capa de hule caliente” (384)—, lugares donde las “riberas, cañuelas, palmas, maraña insolente, cacaotales y bananales” componen una “vegetación lujuriosa” que “embriaga la vista” (384). La descripción de lo natural se sostiene con el tropo del entorno feminizado: la “inquietud fecunda” de la tierra y los frutos de la planta de cacao que “penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho” (384). En estos espacios bananeros, el calor abruma los ranchos con techos de palma y “el clima ardiente, el paludismo” (384) transforma los cuerpos, reiterando la relación entre sujeto y entorno ligada a la formación de identidades con las geografías tropicales. Esto es experimentado por la narradora, quien nota por primera vez en la crónica cómo la vegetación bananera comienza a afectarle sensorialmente: “vegetación negruzca, fibrosa y vaga que se va convirtiendo dentro del cerebro adormilado, en los jirones del silencio de esas soledades” (385). No obstante, esta materialidad identificada en la descripción se desvanece a medida que la narradora se desplaza en lancha hacia San José, un desplazamiento que forma parte de la misma narración del viaje en “Río arriba” y que ‘saca’ a la narradora del bananal, poniendo de relieve el distanciamiento paulatino que experimenta al abandonar el bioma que transforma a sus habitantes y visitantes.

Por otra parte, en el mismo cuadro narrativo, la narradora también trae a colación otro espacio que se configura en la escritura de las remotidades. En la crónica, El Parismina continúa su marcha surcando el río. La atención de la narradora pasa del entorno vegetal aletargante a los humanos que ocupan la embarcación, específicamente sus conductores: un piloto afrodescendiente y el maquinista, Pancho Sandi-

no, quien “hace cinco años trabaja en esta lancha y como veinte años de vivir en estas remotidades” (Lyra, *ByH* 385). De acuerdo con la narradora, Sandino cuenta que en la lancha también suelen llevar turistas: “Cuando lleva turistas por los Caños del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oír las exclamaciones de éstos ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años está viendo la misma cosa” (385). Este apunte que hace la narradora contrasta con su impresión y experiencia personal de la geografía. El entorno vegetal oscuro, fibroso y que se convierte dentro del cerebro en un aletargamiento corporal y sensorial, se contrapone a las exclamaciones asombradas y maravilladas que emiten los turistas cuando viajan en lancha con Sandino.

Este espacio de inusual belleza natural es, en principio, ajeno tanto para Sandino —que no se inmuta al escuchar a los turistas— como para la imagen de los bananales descritos previamente, y forma parte del programa internacional y nacional que, como denuncia la narradora, busca hacer de Costa Rica la imagen del “paraíso terrenal” (383). Horan ha indicado previamente que *ByH* se anticipa a una crítica del ecoturismo costarricense, el cual borra del mapa la historia, el activismo político y las naciones vecinas por medio de “the ongoing promotion of Costa Rica as a site in which to experience virgin nature” (16).²⁴ Pero también es importante destacar que este otro espacio virginal surge a expensas de la desatención del primero, relativizando las otras formas de vida —la naturaleza ‘insolente’— y de vivir —los peones y las prostitutas, por ejemplo— que se hallan en el interior de los bananales.

En ese sentido, se lee en “Río arriba” la superposición de dos espacialidades diferentes en un mismo entorno: la del enclave bananero y su bioma opresivo, y la de la selva virgen maravillosa, de espectáculo y disfrute turístico. Esta doble lectura del mismo territorio no solo es

24 Horan se enfoca en el componente racial y político del texto de Lyra, donde la sátira al respecto de los anuncios de bananos predican “the greening of ‘the banana republic’ construct, where workers still don’t exist and there are no citizens aside from a few tiny rustic figures spied from a distance, men on horseback and women dressed in immaculate, sweeping colonial skirts, shadowed against the doorways of rustic, tile roofed houses. Such appeals to tourism draw from the fundamentally racist idea of Costa Rica’s difference from its Latin neighbors” (2).

indicativa de una reiteración discursiva heredada del acervo colonial y positivista sobre la naturaleza, como explica Rodríguez (*Hombres de empresa* 28-33) acerca de las representaciones literarias de la geografía centroamericana. Es, también, indicativa de un ensamblaje simbólico de los espacios que, a pesar de las diferencias señaladas, el texto superpone en el mismo cuadro narrativo. Geográficamente cercanos, pero simbólicamente remotos, ambos espacios se representan en la crónica a partir de la experiencia —el modo en el que la narradora experimenta la vegetación cuando viaja en lancha— y la historia —el relato sobre el ecoturismo que cuenta Sandino y a través del que se reescribe la naturaleza insolente como paraíso terrenal—. Como resultado, se entrevé una lógica utilitaria de lo viviente en el sentido de la utilización y representación disímil de ambos espacios en función del ordenamiento económico que se les ha dado.

El cuadro narrativo “Nochebuena” también visibiliza estos aspectos, principalmente a través de la distancia socioeconómica y espacial que la narradora refleja contraponiendo la vida de los peones en las haciendas de banano con la de los hacendados y empleados burgueses de la UFCo. El cuadro narrativo parte del contraste entre las celebraciones navideñas de los peones —trabajando en el enclave, alcoholizados y cociendo tamales en rancheríos inundados por la subida de nivel del Reventazón (Lyra, *ByH* 375-378)— y las festividades de los políticos, empleados de cuello blanco y altos ejecutivos de la UFCo. en el Amusement Hall de Limón o en sus apartamentos en Nueva York (378-380). Esta otra superposición de espacialidades enlaza lo local-regional y lo global al encadenar en el texto distintas realidades sociales, materiales y medioambientales explícitamente relacionadas con el banano.

Por ejemplo, en “la Zona” (378), como identifican los altos empleados de la compañía transnacional a la ciudad portuaria de Limón, la nochebuena se celebra o bien haciendo frente al Reventazón desbordado que “corre sobre el piso de los ranchos” (377) mientras los peones se emborrachan luego de un día más de ardua faena o bien con adornos festivos, árboles navideños, fiestas y juguetes para niños “comprados con el dinero que la ‘United Banana Co.’, diera como premio a su venalidad [se refiere a los empleados]” (379). Esa contraposición es llevada a un punto más extremo cuando la narradora describe cómo

pasó la nochebuena Mr. Sweentums, mánager de la UFCo. en Nueva York. En este caso, las diferencias se notan a nivel material, “en el delicioso apartamento” donde los regalos navideños van desde un carro “Rolls-Royce [...] con carrocería diseñada especialmente, calefacción, luz eléctrica, orquídeas y no sé cuántas novedades más” a una “piel de zorro, de treinta y dos colas y un choker de brillantes de Tiffany” (379). Partiendo del banano comercializado como elemento que integra estos espacios en un mismo continuo, el texto pone de relieve la superposición del espacio del peón, del empleado y del ejecutivo.

Por último, hay otro ejemplo relevante al respecto de lo discutido hasta ahora. Este se describe en el cuadro narrativo “Estefanía”, luego de que la narradora explica en detalle cómo Estefanía R., empleada como cocinera en una finca bananera, antepone los intereses y el cuidado de la hacienda a los suyos propios para caerle en gracia al patrón, hijo del dueño de la finca:

Entretanto en la ciudad, las ganancias de la finca servían para que el padre y el hijo fueran socios del Club Unión, para que la señora que tenía juanetes y callos no se bajara del automóvil y para que la hija se vistiera muy chic y fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos y trajera unos vestidos y una ropa interior que dejaban envidia en el corazón de sus mejores amigas (Lyra, *ByH* 373).

El adverbio ‘entretanto’ opera como marcador de una distancia a nivel temporal y espacial. Mientras los peones trabajan en la finca bananera, la familia hacendada representa la posibilidad de la vida acomodada regida por el paradigma capitalista sustentado por los beneficios económicos de la explotación del banano. Me interesa remarcar la importancia de que la creación de una clase o estatus social parta de los beneficios derivados de los modos de explotación y clasificación de los cuerpos humanos y no humanos en favor de las medidas de ‘valor’ que cifran la producción y la exportación del producto. En ese sentido, el párrafo no solo permite notar, como ocurre cuando la narradora se refiere al “costarricense yanquizado” (*ByH* 377), a los “altos empleados de la United Banana Co. que viven en Limón” (378-379) y a Mr. Sweentums en Nueva York (379-380), la forma de vida de estos

humanos radicalmente opuesta a la de los peones, sino el modo en el que el texto inscribe estas realidades a partir de la constitución del monocultivo y del fruto como mercancía. A través de la mención de “las ganancias de la finca”, Lyra establece una relación ineludible entre el espacio de la plantación y los espacios metropolitanos —la ciudad, Limón, Nueva York—, una dependencia en la que la vida burguesa y la vida proletaria no existirían sin la explotación sostenida del banano. Este último, entonces, como ocurre en el caso de la naturaleza insolente que invade el cerebro de la narradora o en el ejemplo de la naturaleza reescrita como virginal a través de los ojos del ecoturista, se superpone también a la formación de ese espacio de experiencias más vasto, representado por la materialización de los beneficios de la exportación de banano —el Club Unión, el automóvil, los viajes anuales a Europa y a los Estados Unidos—.

Más allá de una lectura que identifica a la narradora como una antropóloga-etnógrafa, en línea con el narrador regionalista clásico que media entre estos espacios y culturas aparentemente desconectadas, la ‘escritura de las remotidades’ es una forma de acercamiento entre lo local-regional —tanto el enclave como la ‘Zona’ en Limón— y lo global —Nueva York y la representación vaga del mercado de mercancías—, ambos enlazados por el flujo de la comercialización del banano en la ecología-mundo. En última instancia, la escritura de la remotidad en *ByH* contribuye la problematización de la colonialidad de la naturaleza, donde los diferentes entornos naturales y culturales que se contraponen en la crónica de Lyra se integran en las funciones de la creación de identidades y experiencias, sobre todo atendiendo a la función del enclave bananero y la explotación del fruto.

¿Resarcir la brecha metabólica? La figura insubordinada del guanacasteco Ignacio Parrales

El último cuadro narrativo del texto, titulado “El peón que parecía un santo”, relata el encuentro de la narradora con Ignacio Parrales, un peón bananero proveniente de Guanacaste, al noroeste del país. En la

crónica, la narradora continúa viajando en El Parismina, con destino a la capital, San José. Entre los pasajeros de la embarcación, además de ella, el piloto afrodescendiente y el maquinista Sandino, también viajan el peón Parrales —custodiado por dos policías—, dos mujeres palúdicas y sifilíticas, y un carguero de bananos que tuvo un accidente mientras trabajaba en el enclave —los tres últimos para recibir atención médica en el Hospital San Juan de Dios—. La narradora informa que Parrales es escoltado por los guardas porque “era el fulano que hacía cinco meses degollara al agente de policía de San Alberto” (Lyra, *ByH* 387). En la lancha se sintetiza el componente humano plebeyo del enclave, según lo ha descrito la narradora a lo largo del texto: un peón que deviene delincuente, dos prostitutas enfermas y un trabajador del enclave sobreexplotado y lesionado.

A pesar de eso, Parrales no puede caracterizarse como un peón criminoso cualquiera. Es un individuo que, por un lado, rompe con las descripciones de los trabajadores bananeros que se presentan a lo largo de la crónica, reforzando la idea de un doble discurso en el seno de la “cuestión social” (Molina Jiménez 23) en *ByH* —explíco esto en breve—; y, por el otro, disloca el discurso regionalista tradicional relacionado con la mirada antropológico-etnográfica al permitir la emergencia de un personaje subversivo que se alía con los animales.

Si la descripción de las mujeres, niños y hombres que la narradora encuentra en la zona del enclave suele estar cifrada por la miseria, la explotación, el vicio y la enfermedad, la descripción poetizada de Parrales, el “peón con cara de santo” (Lyra, *ByH* 387), expresa todo lo contrario: “ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía como si por el espíritu pasaran una cinta de seda” y “cuando sonreía y entreabría los labios, la blancura de sus dientes ponía como un leve temblor de luna sobre el rostro oscuro y castigado por las intemperies” (386). La gracia física de Parrales se extiende también a sus capacidades intelectuales —“comenzó a enseñar a los niños de los peones y de los dueños a leer y a escribir” (386)—, laborales —“excelente cortador, excelente conchero y excelente mule-ro. Sabía construir ranchos y botes” (386)— y ético-morales —“en los cinco meses que pasó allí [en una finca bananera] nadie lo vio borra-

cho ni pelear con ninguno” (386)—. En ese sentido, mientras las descripciones de los moradores del enclave parten de las metaforizaciones animales y vegetales, heredadas del discurso positivista y costumbrista decimonónico, la figura de Parrales representa una superación de estas imágenes, equiparándolo, en cambio, con un lirismo casi modernista y con la figura del obrero héroe articulado por las metáforas discursivas del comunismo.²⁵

Sin embargo, esto también se hace eco de una dinámica contradictoria en el seno del discurso comunista que proponían los intelectuales de izquierda costarricenses como Lyra, García Monge, Omar Dengo y José María Zeledón, y que Iván Molina Jiménez (23) identifica como la doble cara de la cuestión social. De acuerdo con Molina Jiménez, la doble cara de la cuestión social que se preocupaba por manifestar, a través de la literatura, el empobrecimiento de los sectores populares de la ciudad y el campo, evidenciaba, por un lado, un perfil “subversivo” que denunciaba “la explotación laboral, [el] imperialismo estadounidense, en particular del dominio de la economía bananera en Limón por parte de la United Fruit Company” (23); y, por el otro, “un perfil no contestatario” que enfatizaba la necesidad de, “mediante una educación adecuada”, prestar asistencia a los sectores populares para que alcanzaran “su plenitud física y espiritual” (23). Esto alineó a los intelectuales de izquierda con “el programa civilizador de los liberales, el cual se proponía difundir en los medios obreros, artesanos y campesinos los valores [...] de la disciplina, el respeto, la higiene y el patriotismo” (24). Molina Jiménez destaca la preeminencia en el discurso de la izquierda de la época de una reacción de rechazo y tipificación negativa hacia lo plebeyo de las culturas populares que en *ByH* se nota reiteradamente.²⁶

25 De acuerdo con Arias Mora (*Criaturas* 371), la incursión de la actividad intelectual y sindical comunista en el Gran Caribe estimuló la circulación de un discurso antimperialista sobre los monopolios extranjeros. Dicho discurso encontró en la literatura biopolítica sobre las bananeras y la imagen del obrero como héroe en estos espacios de explotación el vehículo retórico más eficaz para generar un cambio sociopolítico.

26 Esta posición, como noto más adelante, también se manifiesta en otros artistas y escritores de izquierda en Latinoamérica. Muniz de Albuquerque Jr. explica esto

Como ejemplo de este rechazo está que, si bien el texto de Lyra documenta la explotación en el enclave bananero y formula una importante crítica subversiva a la política de la UFCo., la crónica también reproduce el doble discurso que identifica como atrasados y ‘premodernos’ a los peones, y que solo adoptando el comunismo estas fallas se pueden remediar.²⁷ Por ejemplo, en *ByH* los peones son incapaces de contener sus impulsos sexuales-violentos —“Una noche se convinieron los peones y asaltaron la casa del hondureño para quitarle a la mujer. Lo apuñalearon e hicieron lo que gana les dio con ella” (Lyra, *ByH* 372)— y están dominados por la lascivia —“Lidia, siete años [...] precoz y perfectamente instruida en todo lo que se relaciona con el pecado que en las tablas de Moisés ocupa el sexto lugar” (381)— y por el vicio —“Todo el mundo está borracho allí, hasta las mujeres y los niños” (378)—. La crítica sobre la explotación del peón en la empresa bananera no priva a la narradora de describir peyorativamente los modos de vida del campesina-

atendiendo al discurso regionalista sobre el nordeste brasileño en los años treinta: “Marxist discourse contextualized phenomena such as banditry and messianism according to social determinants, mainly reducing their analysis [...] to economic explanations. The left used these traditions to criticize the miserable conditions in the Northeast, but also to overthrow them as popular myths and distractions that should be desacralized so that the povo [sic.] would come to understand the true forms and meanings of revolt. It was necessary to teach the people to abandon their spiritual vision of a world trapped between the powers of God and the Devil so they could begin to construct a world based on rationality and human action. In related artistic production the lower classes serve as both pretexts and mouthpieces for the leftists’ discourse, their complaints to the dominant classes, their demands for power [...] Since they [the artists] position themselves as the vanguard, as best able to formulate what the people want and want to say, as the solution to the people’s problems, they affirm their inclusion in the dominant strata and their concern for its continuity” (141).

- 27 Lyra mantuvo esta posición en distintas publicaciones. En su artículo “Todavía los grandes inventos del genio humano están en poder de los millonarios que los usan para difundir las mentiras en que se asientan sus privilegios” (1936), la autora escribía que “el Comunismo [...] es la única esperanza que la clase trabajadora tiene para salir de la miseria física y moral” (“Todavía los grandes” 3).

do, sobre el que acusa la decadencia de los valores familiares (381) y el fomento del ‘mal gusto’ cultural —“El disco [en referencia a la música que escuchan y bailan los peones] es de una mujer que canta de modo que recuerda a las gatas en celo sobre los tejados. Dan ganas de coger a patadas el admirable invento, y tirarlo al río” (377-378)—. Además, como señalé previamente, los cuerpos de los peones, en esa línea descriptiva de lo plebeyo, siempre están marchitos, con “la piel de un negro verdoso” (374) y en descomposición: “cuando ríe deja ver unas encías pobladas de ruinas negruzcas que deben oler mal” (381).

Al hacer la comparación con la figura de Parrales, entonces, se nota un contraste importante con los ejemplos señalados. La descripción de Parrales como un individuo físico, intelectual y ético-moralmente positivo se asocia a un posicionamiento ideológico característico de la intelectualidad de izquierda de la época que convergía con los intereses de los liberales en referencia a un rechazo letrado sobre lo plebeyo y la cultura de masas. En este sentido, de acuerdo con Molina Jiménez (125-26), el avance de la cultura de masas en Costa Rica complicó los proyectos oficiales de educación y control social que tanto los progresistas como los liberales contemplaron para el avance y modernización de la nación.

Al respecto de esto, la alfabetización del país desempeñó un rol contradictorio, aunque determinante, puesto que además de permitir altos niveles de literacidad en la población costarricense, también facilitó el acceso a productos culturales —desde la prensa amarillista hasta las ‘novelas de aventura y del corazón’— que pregonaban “valores a veces muy distintos de los promovidos por la jerarquía eclesiástica, las autoridades educativas o la juventud disidente” (Molina Jiménez 25). En ese contexto, la figura de Parrales aparece como un personaje modelo de acuerdo con el discurso disciplinario del desarrollo humano a través de la educación. Parrales, en concreto, es un peón que pertenece a las clases populares, pero que entrecruza la eficiencia laboral con la intelectual. El que el peón sea capaz de leer, escribir y transmitir sus conocimientos al pueblo iletrado también lo posiciona como una figura subalterna para el enclave del capitalismo agrario, un sujeto capaz de subvertir el sistema a través de la puesta en marcha de una protopeda-

gogía del oprimido²⁸ representativa para la gramática del comunismo. Parrales se configura, en ese sentido, como ejemplo de la plenitud física y espiritual que lo posiciona en la crónica como un modelo o héroe obrero. El rol heroico de Parrales se corrobora cuando la narradora indica que el peón con cara de santo es el asesino de un policía corrupto que se aprovechaba de los peones durante sus períodos de embriaguez:

Bien es verdad que este agente de policía de San Alberto era una buena pieza: ganaba un sueldito cualquiera, pero hubo meses que le salió por ochocientos colones. Para todo se necesita maña. Se tenía un negro a quien llama el Criador, que le servía de trampa los días de pago. En cuanto los peones comenzaban a tomar, les echaba al Criador para que les buscara camorra; y apenas los otros le hacían frente los llevaban al cepo (porque ha de saberse que aun cuando los cepos son prohibidos por la ley, todavía se usan en los poblados de esas regiones bananeras), del que podían salir pagando una multa. Con estas multitas se ayudaba el agente de policía, a quien con tanto primor degollara aquel peón con cara de santo que se embarcó en El Parismina (Lyra, *ByH* 387).

La acción inmoral del crimen se diluye y queda justificada en el hecho de que el peón está haciendo justicia. La narradora se muestra de acuerdo al ironizar la ‘buena pieza’ que era el agente de seguridad. Es un acto de reivindicación obrera en el que Parrales asesina al policía y rompe, al menos momentáneamente, con la cadena de abuso y explotación que se configura en el enclave. La muerte del policía implica simbólicamente el descontento con el sistema, una ruptura con el enclave como forma de explotación fundamentada en la obtención del beneficio económico en una zona que, además, está fuera de toda ley.

28 Me refiero al concepto-metodología de la *pedagogia do oprimido* del educador brasileño Paulo Freire (16-29), que implica una pedagogía dialógica emancipadora del oprimido para lograr su *conscientização*, liberación y ulterior transformación en sujeto cognoscitivo. Una pedagogía humanista y libertaria forjada con, y no para, los oprimidos, que apuntaba a una intervención crítica del pueblo a través de la praxis como instrumento de descubrimiento crítico que tanto el oprimido como su opresor debían emplear dialécticamente para superar la deshumanización.

Esto es notable no solo en el acto de corrupción y despotismo perpetrado por el policía-criminal o en el uso ilegal del cepo “en los poblados de esas regiones bananeras”, también en la misma dinámica explotadora del enclave, donde los humanos y los bananos están subyugados al régimen productivo y a la generación de mercancías por encima de cualquier ley que ampare al humano y al medioambiente.²⁹ Desde esta perspectiva que propongo, el texto refleja la posibilidad de que esta insubordinación de Parrales, un peón héroe que asimila y comparte los beneficios de la educación, es una forma de rebeldía comedida alineada con el proyecto de ingeniería social que, a comienzos del siglo xx, integró a la izquierda costarricense en el programa civilizador liberal. Esto se puede asociar con el proceso histórico que Molina Jiménez describe pensando la desradicalización del comunismo costarricense, absorbido por la cultura oficial basada “en su capacidad para integrar las ideologías y las figuras contestatarias, en un proceso en el cual las despoja de sus contenidos más críticos y subversivos” (52).

Por otra parte, es representativo que el héroe sea un peón guanacasteco y no un sujeto modernizador proveniente de San José. Ya no solo por la obvia dislocación que hace sobre uno de los tropos discursivos clave que suelen asociarse al regionalismo, donde las figuras protagónicas del género —Santos Luzardo o Arturo Cova, por ejemplo— son usualmente hombres letrados, provenientes de los centros urbanos. El relato del héroe tiene en *ByH* una transposición sutil que invierte al protagonista modernizador para hacer emerger al héroe obrero. Esta inversión, no obstante, es una apariencia más del artificio narrativo a través de la cual la crónica busca sustentar una preponderancia social y política que, a fin de cuentas, se aprecia como yuxtaposición entre el discurso comunista-subversivo y el discurso liberal no contestatario del progreso; esto es, revertir, a través de la educación

29 Señala Viales Hurtado (*Después del enclave* 101-106) que los contratos con las bananeras, que datan de finales del siglo xix, favorecían los intereses de las compañías transnacionales, afectando no solo el porcentaje de ganancias del Estado, sino también las condiciones laborales de los peones y la protección de los ecosistemas biofísicos.

oficial —sea del partido comunista o del gobierno liberal—, la ignorancia y la barbarie.

El final de la crónica, sin embargo, insiste en el poder que ejercen tanto el capital como el Estado a la hora de disciplinar y controlar los cuerpos subversivos: Parrales es aprehendido por la policía y se insinúa que posiblemente sean sus últimas horas, pues va de camino a la capital, donde será encarcelado, juzgado y probablemente ejecutado por su crimen. La figura del héroe es martirizada en esa instancia de la narración: el peón que parecía un santo encarna el adjetivo que el condicional ‘parecía’ le otorga: es un santo por su virtud y por el ejemplo de comportamiento y compromiso social que exhibe a diferencia de los otros peones descritos por la narradora —Parrales se sacrifica por el prójimo—, pero también sirve como aviso para futuras acciones y tipifica el discurso comunista de Lyra en los términos que presenté más arriba: derrotar a la compañía bananera y al Estado como símbolos del capitalismo no pasa entonces por la revolución —el asesinato del policía, agente de control del Estado moderno y la empresa bananera—, sino por la asimilación de los valores físicos y espirituales que conducirán, eventualmente, a un cambio sociocultural —de allí que la narradora haga el viaje de ida y vuelta a los bananales para escribir la crónica de la plantación que se leerá en la capital letrada, espacio donde se concentra la educación y el ‘progreso’—.

Por otra parte, otro aspecto llamativo en “El peón que parecía un santo” es la relación que tiene Parrales con el mundo animal. En otro movimiento retórico del texto, se disloca el discurso antropológico-etnográfico tradicional al permitir la emergencia de un personaje aliado con los animales. Esta relación es sugestiva puesto que, por un lado, contradice el discurso letrado-modernizador al ir en contra de los principios occidentales de la división entre cultura y naturaleza. Asimismo, y como resultado de lo anterior, también invita a pensar una enmienda temporal sobre la brecha metabólica entre tierra y humano, ya no desde la tipificación de la esquilmación del suelo y el trabajador, sino como sintonía con el entorno vegetal y animal en la abolición de la explotación a favor de políticas del cuidado:

De todo sabía y todo entendía. [A los niños] les enseñaba a fabricar trampas para coger pájaros y bestezuelas de los bosques y les traía de sus excursiones, chanchitos de monte recién nacidos. Cogía los avisperos y panales así no más, sin tomar precauciones y los insectos no le hacían nada. Contaban que dormía a las culebras y varias veces llegó a la finca con una coral arrollada en el brazo, y decían también que tenía secretos para dormir a los mordidos por serpientes venenosas (Lyra, *ByH* 387).

Parrales desempeña un rol particular con la naturaleza: la captura, la controla y la domestica, pero no lo hace en términos explícitos de dominación para su erradicación. La narradora dice que Parrales atrapa animales, en principio inofensivos, para regalarlos a los niños. También se introduce en los hábitats de especies consideradas más peligrosas, como las avispas y las serpientes, las cuales no le hacen daño. Finalmente, muestra capacidades cuasi chamánicas, puesto que ‘de todo sabía y de todo entendía’ y posee ‘secretos’ para hacer dormir a los hombres mordidos por las culebras venenosas. En la interacción con los insectos y reptiles, animales sobre los que las plantaciones han ejercido un sistemático control de exterminio para mantener a salvo a sus peones y al monocultivo, el mundo humano y el animal se encuentran bajo términos relacionales. Ese encuentro, que tiene en Parrales el sujeto de la acción, está ligado al lugar de proveniencia del peón. El que Parrales sea oriundo de Guanacaste no parece casualidad. La región es un espacio geográficamente privilegiado y de importante tradición campesina y folklórica en Costa Rica. Situado en un área de conservación natural y de tradiciones indígenas representativas para el país, Parrales se configura como un sujeto transculturado y migrante, integrante de los dos mundos —el moderno y el ‘premoderno’— que están en constante tensión en el espacio del enclave y en la totalidad de la crónica.

Su apellido, por mencionar otro ejemplo, también da cuenta de esta importante ligadura que tiene el personaje con lo natural: etimológicamente el vocablo ‘parrales’ proviene de ‘parra’ —puede referirse tanto al bejuco, planta sarmentosa y trepadora propia de regiones tropicales del Caribe, como a la *vitis vinifera*, planta semileñosa y

trepadora que tiene como fruto la uva— y del sufijo ‘les’, referente a la pertenencia o abundancia de algo. Si el peón que se generaliza en las palabras de la narradora representa, junto con la tierra, uno de los ejes de la explotación del capitalismo agrario que intensifica la ruptura del metabolismo entre ambos, ‘Parrales’ es en sí mismo la encarnación del metabolismo entre lo humano, lo animal y lo vegetal, es el ‘nombre’ de esa relación simbiótica que la explotación de la tierra y el humano ha condicionado.

Parrales simboliza tanto la promesa del proyecto moderno-positivista —alfabetizado, transmite sus conocimientos a los peones y a sus hijos llevándolos de un estado bárbaro e iletrado a otro civilizado y letrado— y la posibilidad de una relacionalidad sociedad-naturaleza, dislocando con sus acciones y la simbología de su apellido el sentido de la separación dicotómica entre ambos constructos. El episodio que muestra a Parrales en relación con el entorno también alude a la fragilidad misma del proyecto modernizador, pues suscribe al peón como agente capaz de desestabilizar la alteración de las relaciones de subordinación y jerarquización de especies que impone el enclave. A partir de esta alianza con el animal, donde Parrales no es atacado por las especies mortíferas ni él las erradica, se complejiza temáticamente su rol como agente modernizador y educador del pueblo, puesto que el peón también es representante de un conjunto de componentes alternativos a la modernidad eurocéntrica —esto es, su relación con los animales y sus habilidades cuasi chamánicas—. En este caso, la caracterización de Parrales como santo vuelve a ser importante, dado que el adjetivo lo saca del plano humano para resituarlo en uno de orden divino, donde el peón santo representa el misticismo y la condición de divinidad que lo pone a un nivel más que humano.

Por último, la relacionalidad entre humanidad y animalidad inscribe finalmente otro acercamiento humano al medioambiente, opuesto al discurso antropocéntrico del capitalismo agrario que avanza sobre el borde regional, silvestre y rural que debe ser depurado y adecuado para su transformación en zona productiva. Como señala Andermann (“Tesis” 156), el discurso antropológico de la especie entendido como ejercicio retórico del biopoder, se representa en los relatos del regionalismo como una máquina de clasificación para contener los peligros

que implican las alianzas humanas y no humanas, así como las líneas de fuga que estas postulan. Con la emergencia de Parrales, *ByH* también articula un discurso alternativo que supone un peligro para la estabilidad del enclave bananero capitalista. La dualidad que encarna Parrales supone una tensión continua entre lo moderno-occidental y lo moderno-alternativo que el texto intenta visibilizar en un desdoblamiento poético que pone a la crónica ante una disyuntiva: la representación liberal progresista de los peones en un texto que visibiliza los efectos del capitalismo agrario sobre el peón, es también la representación de la desarticulación de la modernidad eurocéntrica, leída aquí desde el ensamblaje orgánico que ilumina un extractivismo vascular en el enclave bananero.

Visto de este modo, también se observa una cancelación simbólica sobre el texto moderno en tanto que cuestiona sus valores de representación —los ‘valores’ del banano y del hombre; la construcción de un discurso subversivo y de un discurso no contestatario; el lenguaje que inscribe las jerarquías de las dicotomías— en un contexto histórico cifrado por los cambios que inflige y experimenta el espacio transformativo del enclave. De ese modo, se ilumina una característica vascular y concomitante en el sentido más formal del texto, donde la relación que se da entre los discursos subversivo y no contestatario que lo componen postula un discurso potencialmente diferente. En su tematización comparativa y de jerarquías antropocéntricas de las diferencias entre los humanos y los no humanos, el texto da forma de manera implícita a un ensamblaje que complejiza esas dicotomías.

El regionalismo-comunista de *El grano de oro y el peón*: brecha metabólica, trabajo y capital cafetero

El café, uno de los productos principales del modelo agroexportador costarricense junto con el banano, impulsó la economía de Costa Rica desde el siglo XIX, cimentando las bases para la modernización del país. La expansión sistemática del cultivo cafetero, sin embargo, con-

dujo a una simplificación masiva de los ecosistemas y a la apropiación y posterior transformación de recursos naturales en bienes comercializables demandados por el mercado mundial (Goebel Mc Dermott 167-168). Este proceso también supuso la concentración privada de los recursos y la colectivización de los impactos sociales y ambientales derivados de su explotación. Con el proceso general de modernización en marcha impulsado por la expansión del café, la transformación del Valle Central costarricense afianzó las diferencias sociales en nombre de la ideología del progreso, que veía en la profusión de recursos naturales una subutilización productiva (Goebel Mc Dermott 169).

La publicación del opúsculo *El grano de oro y el peón* (1933)³⁰ aparece en este contexto. Este panfleto político, escrito por Lyra y publicado por el Partido Comunista, registra el acercamiento del PCCR a la ecología política cafetalera con vistas a los comicios parlamentarios de 1934 y las presidenciales de 1936. El texto se presenta con el antetítulo “Conversaciones con los campesinos” y plantea, desde una perspectiva histórica y analítica, los modos en los que el peón y la tierra son explotados sistemáticamente por la pequeña y mediana burguesía agraria. En su escrito, Lyra invita a los trabajadores del campo a votar por el PCCR para “echar abajo el régimen capitalista” (*GOyP* 24), una demanda que reiteró en distintos artículos publicados en la prensa militante y en revistas culturales. Por ejemplo, en “El régimen capitalista es el pasado” (“El régimen capitalista”), la autora referencia sus estudios sobre la obra de Marx y Lenin, la influencia que tuvo en su militancia la visita a Costa Rica del filósofo y político peruano Raúl Haya de la Torre —fundador y líder de la Alianza Revolucionaria Americana (APRA) entre 1930-1972— y la posterior fundación del PCCR. La conferencia de Lyra identifica la importancia que tuvo para su pensamiento político relacionar la crisis económica, social y política mundial de la época con la disputa por el control de las materias primas y los hidrocarburos en el orden geopolítico mundial: “Ahora yo sabía también que la guerra europea no había sido como creí cuando estalló:

30 A partir de ahora las referencias a *El grano de oro y el peón* irán indicadas bajo las siglas *GOyP*.

CONVERSACIONES CON LOS CAMPESINOS

41-
CARMEN LYRA

EL GRANO DE ORO
Y EL PEON



Publicaciones del PARTIDO COMUNISTA

San José, Costa Rica

Imagen 5. Gilbert Laporte, portada del opúsculo *El grano de oro y el peón*, ilustración monocromática (1933). Carmen Lyra (1933): *El grano de oro y el peón*. San José: Partido Comunista de Costa Rica.

una guerra en defensa de patrias ni de culturas, sino una lucha por el petróleo, por los mercados del mundo” (“El régimen capitalista” 3).

Me enfoco nuevamente en el ensamblaje orgánico para pensar el texto como una reacción político-cultural. Interpreto el opúsculo y otras piezas periodísticas de Lyra entre 1930-1940 como un discurso cohesivo que propone una identidad regionalista-comunista con la finalidad de reescribir la historia de la nación.

Ensamblaje costarricense del café y el humano

“Y en todos los rumbos de San José ciudad capital de Costa Rica, se encuentra la miseria. Allá en el fondo de los caminos asoleados están las montañas tan azules y tan risueñas y a los lados de los caminos se extienden los cafetales que son fuente de riqueza.”

Carmen Lyra, “La ciudad de San José vista a través de una conciencia” (1935)

GOyP comparte similitudes con *ByH*. El título de la obra establece una relacionalidad entre el café —‘grano de oro’— y el humano —‘peón’— que, en este caso, no se presenta a modo de una disparidad entre el fruto y el hombre, sino como correlación sintetizada por la explotación agraria. El texto parte de la premisa de que trabajador y tierra, vinculados por la actividad caficultora, son explotados por la burguesía agraria. Para Lyra, los jornaleros y peones de los cafetales debían afiliarse y organizarse bajo el liderazgo comunista para defender sus intereses. Las directrices del PCCR, expresadas por la autora en las páginas finales del panfleto, invitan al peón a que “no ayude más a su patrón a elegir el Gobierno que a él le tiene cuenta” (Lyra, *GOyP* 23), sino a formar parte del Partido para abolir la diferencia de clases entre explotadores y explotados en favor de “una sola clase: LA CLASE TRABAJADORA” (22). Esta invitación, articulada por Lyra a través de la retórica comunista, es importante puesto que no solo ilumina lo que la crítica ha leído como el cuestionamiento al mito de una identidad y una nación costarricense pacífica (Sagot y Díaz

Arias 13-14),³¹ sino que también saca a relucir la representación de una identidad colectiva forjada entre el peón y la tierra, una identidad regional y hasta cierto punto radical, apenas considerada en los discursos oficiales del Estado liberal y de los comunistas.

La publicación del opúsculo de Lyra se da en un momento clave para la historia del recién fundado PCCR, que luchaba por atraer el apoyo de los jornaleros y los pequeños y medianos patronos de los cafetales. La necesidad de captar la atención del campesinado fue uno de los grandes obstáculos para los comunistas durante los años fundacionales del Partido y no dejó de ser un problema real hasta 1938, año en el que la dinámica electora registró un viraje favorable para los comunistas.³² En ese sentido, la propuesta de Lyra en *GOyP* radicaliza para la época las bases ideológicas pregonadas por otros militantes comunistas que preferían la vía conciliadora entre proletarios y burgueses.³³

31 Lyra hizo públicas sus quejas al respecto de esta visión de la realidad costarricense. En su artículo “La ciudad de San José vista a través de una consciencia” (“La ciudad”), criticó al poeta salvadoreño Salvador Salazar Arrué, conocido como Salarrué, por sus impresiones sobre Costa Rica: “He aquí las letanías que el poeta salvadoreño hace de nuestro país: ‘Isla hermosa, isla dulce, isla armoniosa; en sus tierras negras y dulzonas las ortigas de Rusia, los cactus de México y los iscanales de Centro América no medran largo tiempo’. LOS CUENTOS DE BARRO de Salarrué me habían hecho creer que su autor no se conformaba con la superficie del paisaje. Ahora veo que en ocasiones tiene una visión tan limitada como la del ex-ministro de España que parece no mirar más allá de la nariz” (3).

32 Molina Jiménez explica que “El avance electoral de la izquierda en el agro empezó a evidenciarse desde 1938, un proceso asociado con una disminución significativa de la violencia verbal que caracterizaba el discurso del Partido, y con el bajo perfil asumido, después de 1934, por dicha organización en las luchas sociales. La política de frente popular, impulsada por la Internacional Comunista a partir de 1935 afianzó el desplazamiento ideológico y estratégico experimentado por el Bloque que, a la luz de la prevista victoria electoral de León Cortés en 1936, pasó de denunciar a defender la llamada democracia burguesa” (63).

33 Véase la distinción que hace Molina Jiménez (63-64) al respecto del folleto reaccionario de Lyra en comparación con la postura más comedida y conciliadora de *El peligro de la dictadura. Las elecciones y la organización sindical* (1935), de Fallas. De acuerdo con Molina Jiménez (62), la posición radical de Lyra en su folleto influyó negativamente las pretensiones electorales de los comunistas, disuadiendo al electorado rural de apoyar al recién fundado PCCR en un primer momento.

Para la autora costarricense, dicha conciliación era imposible puesto que el sistema político, judicial y la nación en sí misma amparaban a los capitalistas y dejaban de considerar la situación del peón y la tierra:

¿Ha pensado Ud. alguna vez si es cierto que el gran capital del cafetalero don fulano de tal ha sido hecho honradamente y con sólo sus fuerzas? [...] Una finca pequeña, de unas veinticinco manzanas, ya requiere las fuerzas unidas de cierto número de individuos. El dueño de una finca [...] si no encuentra jornaleros, no podrá cultivarla ni sacar de ella cosecha alguna. [...] Ya ve Ud., la producción del café es la obra de muchos individuos, pero a la hora de la venta interviene nada más el dueño del beneficio como si todo el trabajo hubiera sido hecho sólo por él (3).

GOyP construye una conversación ficticia con los peones y jornaleros de los cafetales, desmitificando el proceso de la producción de café en Costa Rica, sesgada por la manera en la que los hacendados usufructuaban el grano. Esto se muestra en el texto a través del ensamblaje entre la explotación del peón, la tierra y el beneficio que obtienen los cafetaleros y en el modo en el que Lyra identifica la contradicción entre las “fuerzas unidas” de los “individuos” en las fincas y el “dueño del beneficio”. Tomando aquí la definición de ‘individuo’ como cada ser organizado, sea animal o vegetal, respecto de la especie a que pertenece, el escrito de Lyra refleja la dinámica explotadora del enclave cafetalero, donde el ‘gran capital’ se opone directamente a la relacionalidad entre los distintos individuos que forman parte del proceso caficultor. El texto presenta, por un lado, a los ‘individuos’ que intervienen en la producción del café, y por el otro, al ‘cafetalero don fulano de tal’, quien se aprovecha del trabajo y de la obra que el colectivo de fuerzas produce. En ese sentido, aunque la agencialidad de lo humano, en tanto que operacionaliza la conversión del ‘café’ en ‘producto’, se impone a lo no humano, la conjunción de ‘fuerzas’ que estructura al sistema capitalista del agro-cafetalero implica considerar una vascularización de fuerzas materiales en la ecología-mundo. Esto es, el texto de Lyra, como también señalé al respecto de *ByH*, atiende implícitamente a la multiplicidad de actores que forman parte, con

mayor o menor impacto, del proceso capitalista del procesamiento del café.

Al mismo tiempo, esta colectividad de individuos es focalizada en el texto, llamando la atención del peón. La autora les concede una representatividad a través del uso del pronombre personal de la tercera persona, 'Ud.', y su contraparte, el 'ellos' que sintetiza la élite del capitalismo agrario y los políticos del país. Esta estrategia, reiterada a lo largo del opúsculo,³⁴ es relevante no solo en tanto que afianza el objetivo del discurso en un grupo específico e históricamente marginalizado en la sociedad costarricense, sino porque también establece una ligadura entre el jornalero, el café y los cafetales, para reafirmar una identidad propia del espacio regional y periférico de la nación. Esta ligadura identitaria se puede leer como una característica típica aprovechada por el regionalismo literario para representar las identidades autóctonas en determinados espacios geográficos latinoamericanos. Como es sabido, lo autóctono se remarcó en distintas ficciones y trabajos ensayísticos regionalistas en el registro escrito de la oralidad, el oficio en los espacios rurales y la relación entre el sujeto y el entorno natural. No obstante, en el caso de Lyra, esto se complejiza a través del discurso ideológico, focalizado en el peón comunista de los cafetales.

Como puede notarse en *ByH* y *GOyP*, el discurso apela a la mitología regional para legitimar y hacer avanzar el argumento ideológico propio. Al focalizar *en y para* el campesinado, Lyra compone un texto que, en primera instancia, parte de algunos rasgos tradicionalmente asociados a la retórica regionalista, como la descripción detallada de la vida laboral en los cafetales (*GOyP* 6-9) o la historia socioeconómica de los reyes del café costarricense (4-6). Con ello afianza un tropo espacial e identitario que permita plasmar en el texto una identificación con los jornaleros y peones como grupo particular y específico. Por otro lado, el texto también utiliza reproducciones explicativas de

34 Por ejemplo: "Y si Ud. ha sido peón" (Lyra, *GOyP* 7), "No olvide Ud. cogedora de café" (8), "¿Se ha dado cuenta Ud., trabajador del campo, de cómo hacen su negocio los dueños del beneficio?" (9), "¿Cree Ud., trabajador del campo, que debe seguir respetando este régimen capitalista que permite semejantes cosas?" (20), entre otros.

los contratos de la compra del café (10-13), así como una perspectiva explícita de la crítica marxista al respecto de la explotación del trabajador y la tierra, el imperialismo y el capitalismo (17-24), para reinterpretar la historia del usufructo burgués sobre el campesinado y la tierra. En este sentido, se lee en el discurso de Lyra la articulación de su cuestionamiento sobre la concepción tradicional de la identidad y el territorio nacional que la internacionalización del capital bananero y cafetero potenciaban. La imagen internacional de Costa Rica como “la Suiza Centroamericana” (Lyra, “La ciudad” 3) queda revertida desde la perspectiva del *regionalismo ensamblado* a través de la cual Lyra representa las regiones periféricas como el “país de la miseria” (3), donde la “democracia capitalista” (3) es solo una versión sesgada de las gentes y las tierras cultivadas por la UFCo. y los cafetales.

En *GOyP* el empleo de la mitología regionalista apela discursivamente al campesinado, pero también es reinterpretada por la visión comunista de la autora, trayendo a colación la configuración de otro espacio y otra identidad regional como contraparte a la perspectiva hegemónica de la nación. En dicho espacio, peones y café se entienden bajo los mismos términos negativos. Estos términos los impone el aprovechamiento y la explotación económica del régimen capitalista:

Los cafetaleros y comerciantes forman como un trapiche en donde es molida la vida del trabajador a quien exprimen todo el jugo de sus fuerzas y lo dejan más seco y sin valor que el bagazo [...] Eso de que la tierra está muy bien repartida en Costa Rica va pasando a ser un cuento de camino [...] las trampas que el régimen capitalista va poniendo en todas partes, lo mismo en China que en los Estados Unidos, en Francia o en Costa Rica. Por donde quiera que Ud. vuelva los ojos, verá que cada vez las riquezas se van concentrando en menos manos. Lo que antes tenía cincuenta dueños, hoy tiene cinco nada más. La tierra ha corrido la misma suerte (Lyra, *GOyP* 17-19).

La representación de la relación entre el humano y la tierra cafetera no es armónica o pacífica. Es una relación subyugada al régimen capitalista que el lenguaje pone de relieve por medio de la metáfora del ‘trapiche’, la maquinaria que exprime al grano de café y, simbólicamente, al peón. En el texto, la carga simbólica del trapiche, con la

historia colonial y de esclavitud que le antecede en Latinoamérica y el Caribe, construye una imagen histórica en la que el trabajador y el grano comparten el pasado y el presente de la explotación: ambos son procesados por el sistema capitalista, que les ‘exprime todo el jugo de sus fuerzas’ hasta quitarles todo su ‘valor’ para beneficio propio. Lyra, además, identifica esta dinámica en un plano geopolítico y transnacional importante. Empareja la situación que enfrenta Costa Rica con la de los Estados Unidos, Francia y China, ligando de esa manera a las Américas con Europa y Asia en el flujo de mercancías de las materias primas y la situación de la explotación de trabajadores y tierras.

Al igual que ocurre con la dimensión global de la ecología política del monocultivo bananero, *GOyP* también realza la historización de la configuración identitaria de las sociedades periféricas latinoamericanas influenciadas por el flujo de mercancías del mercado mundial, la exportación e importación de productos primarios y los bienes de consumo. En el trabajo de la autora costarricense, mercancías como el banano y el café expresan jerarquías y magnitudes de valor tanto a nivel económico como cultural. Estas mercancías, siguiendo las lecturas sobre naturaleza, dinero y modernidad de Coronil, “definen, en grado significativo [la] identidad nacional, al endilgarles, por ejemplo, la etiqueta de naciones petroleras, repúblicas bananeras o sociedades de plantación” (*El Estado mágico* 77). Las mercancías y materias primas como los bananos o el café son, además de productos para el consumo, “símbolos con una carga profunda, cosas sociales” (77) que en los textos de Lyra no pueden desligarse del humano. En ese sentido, la retórica comunista en *GOyP* es auxiliar, puesto que le da a Lyra la posibilidad de contextualizar y explicar, a través del uso de una serie de constructos clásicos del comunismo —‘trabajador’, ‘valor’, ‘régimen capitalista’, ‘riqueza’—, la historia material que transcultura orgánicamente al humano y al no humano en la historia de la explotación cafetalera.

De allí que la necesidad de articular un discurso *para* el campesino se fundamente en una relación que disloque, al menos discursivamente, la construcción identitaria y nacional de Costa Rica al enfatizar la realidad regional que pasaba desapercibida en los centros urbanos del país. Como se observa en la frase “la tierra ha corrido la misma suerte”, el que la tierra tenga el mismo destino que el humano trapichado y hecho bagazo re-

laciona metafóricamente al trabajador y al grano, haciendo del lenguaje una herramienta para el ensamblaje desde una dimensión histórica y de miseria compartida en el cafetal en la forma de una brecha metabólica.

La articulación de un discurso identitario que busca repensar la configuración de clases en la nación, proveyendo de identidad a un grupo marginalizado y generalizado por el discurso hegemónico nacional, es también un proceso que involucra activamente al café, y particularmente a las plantaciones de su cultivo, como actor que transforma identidad y espacio regional. Ya no es únicamente la imagen de la *república bananera* como expresión peyorativa que designa la sumisión de la nación centroamericana frente al capital agroindustrial transnacional; es también la interpretación del monocultivo que condiciona literalmente las formas de vida humana en los textos de Lyra:

¿Y a los que les toca ir a trabajar en la zona palúdica de Turrialba, Peralta, etc. zonas de donde regresan a menudo picados por el papalomoyo y siempre con esas calenturas del paludismo que ya no se les irán nunca de la sangre, y que les quemarán toda la energía y voluntad que les quedaban para dejarlos más esclavos que antes? [...] Quién sabe para que un pequeño productor cuyo café haya sido mal pagado, ni un peón de Turrialba con fríos y calenturas entienda cuando les hablan del GRANO DE ORO. El café es grano de oro para los cuatro grandes exportadores de Costa Rica, nada más (*GOyP* 15).

De manera similar a los bananales, la implantación de las zonas de cultivo de café supuso la proliferación de enfermedades y afecciones relacionadas con infecciones de trasmisión zoonótica producto de la destrucción de los entornos naturales para levantar las plantaciones. Esto lleva a Lyra a desmitificar explícitamente la idea de 'el grano de oro', una metáfora de importante carga simbólica en el contexto costarricense puesto que remarca el valor mercantil del producto y la dependencia exportadora del país. Al contraponerla con el entorno natural sobre el que se superponen las plantaciones, se relativiza el 'valor' que se le asume al café por los beneficios que reporta. Esto se aprecia en la pregunta que abre el párrafo citado y la ironía que supone la implantación del cafetal en un área que no está acondicionada para tal práctica.

La incongruencia de la metáfora del ‘grano de oro’ radica en que el café solo es de ‘oro’ cuando “los grandes cuatro exportadores de Costa Rica” lo ponen en el mercado. De lo contrario, el café se traduce en la enfermedad del hombre, la invasión del espacio del insecto y la destrucción del entorno natural para sostener la práctica del monocultivo. Más importante aún es que el texto no sugiere acción alguna para solucionar la situación. Por el contrario, expone la situación como la consecuencia crítica de una realidad que se ha hecho práctica común en las plantaciones de la zona tropical latinoamericana y caribeña, volviendo a poner de relieve cómo el régimen capitalista de la agroindustria impone el enclave cafetero sin tomar en cuenta las vidas que le anteceden.

Finalmente, en las páginas que concluyen el opúsculo, Lyra resume sus argumentos invitando al campesino a que se integre al Partido. Esta solicitud, que ultimadamente responde a la intención de movilizar al electorado para que participe de los comicios parlamentarios de 1934 y sentar las bases ideológicas para las presidenciales de 1936, materializa un discurso de características utópicas. Este discurso tiene como punto de partida el regionalismo-comunista que el intelectual politizado de izquierda vislumbra en su idealización del peón trapichado como café. Imaginando un futuro colectivo,³⁵ Lyra le explica al campesino en su con-

35 Como señala Traverso (83-84), utopía y futuro son elementos claves en la configuración histórica de la izquierda, particularmente para el comunismo y su principio de esperanza en un porvenir social libre de la opresión capitalista. El componente utópico es clave en la interpretación histórica y la praxis revolucionaria que desarrolla Marx, anclada en una visión del futuro que reconoce los fallos del pasado para transformar radicalmente el porvenir: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidos por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos [...] La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido” (*El 18 brumario* 10-13).

versación ficticia que el deseo último de los comunistas es que “no haya la clase de los ricos y la de los pobres, sino una sola clase” (*GOyP* 22). La abolición de clases implica, en esencia, “que las fábricas pertenezcan a los obreros y las tierras a quienes las cultivan” (22) y “echar abajo el régimen capitalista” (24). Es, en otras palabras, la recuperación de los espacios productivos transformados en zonas de explotación a manos de los trabajadores —campos y plantaciones—, así como el reconocimiento de todas las gentes en una, para reescribir la historia de la nación y, más aún, instituir otro orden social y de clases.

Esto no implica que el opúsculo de Lyra se posicione a favor de una ruptura con el ideal desarrollista y modernizador asociado al capitalismo y al Estado liberal. El problema, según la visión de la autora, no estaba en los modos de producción y generación de riqueza, sino en quiénes los controlaban y en cambiar el modelo civilizatorio. Alcanzar este cambio implicaba partir de las certezas del marxismo, del discurso de la ciencia y la educación como progreso, así como también del reconocimiento de una relación más compleja entre lo humano y lo no humano en el contexto del monocultivo. En este sentido, la fluctuación identificada en el discurso de Lyra, entre lo subversivo y lo no contestatario (Molina Jiménez 23), permite notar su objetivo de articular y repensar la dominación humana sobre la naturaleza para hacerla más productiva a través de su cultivación, tanto simbólica como literal.³⁶ Aunque *GOyP*

36 Hay una continuidad de estas ideas en Lyra. Desde su texto de 1924, *Un gran civilizador costarricense* (Lyra en González y Sáenz 135-156), pasando por el artículo de 1936 titulado “Todavía los grandes inventos del genio humano están en poder de los millonarios que los usan para difundir las mentiras en que se asientan sus privilegios” (1936). La idea del obrero comunista como hombre del progreso es representativa en su artículo de 1944 “Tierra de promisión, el otro lado del cerro de la muerte”: “Tenía que ser gente atrevida y valerosa la que se aventurara por aquellas montañas salvajes en las que sólo el pecho potente de las dantas sabía abrir paso [...] pioneros que con su hacha y su machete domesticaron esas montañas [...] Gente intrépida fué [sic.] aquella que desafió la selva virgen, las fieras y el frío inclemente del Cerro de la Muerte [...] Otros nos cuentan de la crisis de brazos para la agricultura que están confrontando debido a la construcción de la carretera [...] Pero todos se dan cuenta de lo que significa la carretera para El General, de las posibilidades que les abre este fértil valle” (Lyra, “Tierra de promisión” 3).

no entra explícitamente en este asunto, la finalidad del texto es poner de relieve la importancia que tenía para Lyra la labor del escritor de izquierda comprometido con la tarea de movilizar, cultural y políticamente, la reescritura colectiva de la historia de la nación.

Ante la encrucijada del territorio extractivo regionalista

El regionalismo-comunista en Lyra parte de una escritura comprometida estéticamente con lo político, auxiliar para articular la reescritura de la historia. Esta reacción político-cultural no es nueva, sobre todo en el contexto ideológico de la autora y de los movimientos de izquierda latinoamericanos durante la década de 1930.³⁷ Sin embargo, una de las particularidades de este compromiso en Lyra pasa por establecer un enlace entre la situación sociopolítica, cultural y económica latinoamericana con la inserción del capital global y los proyectos extractivistas que condicionaron los modos de vida de las naciones del continente. En ese sentido, como indica Bruzual (“Las crónicas” ix-x) al respecto de la relación entre literatura y periodismo en la tradición latinoamericana del siglo xx temprano, el uso de la escritura como vehículo para el proselitismo sociopolítico y reflexivo resultó en la persistencia de un rol ideologizante y concientizador que se resistía al proceso de autonomización de la actividad artística. En contra de la concepción de la estética idealista del arte por el arte, aquella sobre la cual Lyra lamentó su función de “embellecer la tediosa existencia de los burgueses” (“Qué camino tomarán” 28),³⁸ la necesidad de articular

37 La posición antimperialista, la idea de una construcción de la nación ‘desde abajo’ y la escritura comprometida de Lyra han sido ampliamente analizadas por la crítica; véanse Araya Solano y Ovaes (103-108), Molina Jiménez (12-40), Grinberg Pla y Mackenbach 161-176) y Arias Mora (“Carmen Lyra” 65-79). En Hispanoamérica, véase Oviedo (199-203). En el caso de Brasil, el regionalismo literario y la configuración discursiva de la periferia nordestina son paradigmáticas de esta relación estético-política; véase Muniz de Albuquerque Jr. (131-139).

38 Lyra destaca el ejemplo del escritor comunista cubano Juan Marinello, apresado por “el pecado de pensar y de actuar no girando alrededor del concepto del ARTE

la realidad histórica y social para trascender el modelo civilizatorio occidental precisó de medios oportunos para la circulación informativa e ideológica. Por esta razón, medios periódicos como *Trabajo*, *Repertorio Americano* o *Liberación*³⁹ sirvieron como plataformas para participar activamente en la vida política y cultural en la escena nacional y continental.

Más allá de las lecturas metafóricas del comunismo que la crítica identifica en los textos políticos de Lyra (Arias Mora, “Las obsesiones” 104-119), la escritura regionalista-comunista de la autora también visibiliza la fragilidad del modelo civilizatorio occidental por medio de un uso de la lengua filtrada por un ensamblaje orgánico. Para discutir la realidad explotadora del humano y el medioambiente que instaura el modelo civilizatorio-capitalista, en su artículo “Reflexiones al margen del rapto del niño de Lindbergh” (1932), Lyra se refiere a las grandes ciudades europeas y americanas como “monstruos de acero, caucho y aluminio”, espacios “en donde la decantada civilización occidental se intensifica —esto es las grandes ciudades de Europa y de América—” y que “hacen pensar, antes que en centros de civilización, en selvas pobladas de monstruos y bandidos” (“Reflexiones” 3). Su discurso apela a la mitificación regionalista del entorno natural para superponerlo con la urbe modernizada, transfiriendo la simbología moderna del entorno salvaje e indomable hacia el espacio mismo de la modernización metropolitana. Este espacio está entrecruzado por figuras alternativas a la normatividad social, como son el monstruo, el bandido, el malhechor, el ogro y el

POR EL ARTE, concepto que sirve hoy de cómodo refugio a tantos para librarse de la lucha, sino poniendo su amor al arte al servicio de la revolución social” (“Qué camino tomarán” 28), y critica figuras del modernismo, como Rubén Darío, que se apegaron al concepto: “¿Qué ha sido de la inteligencia privilegiada del pueblo nicaragüense? No ha podido retoñar entre la opresión yanqui y el servilismo criollo en el poder. Pudo florecer el genio romántico de Darío, pero quizá ahogará al poeta rebelde que trate de cantar el combate de hoy entre estos pueblos que quieren trabajar y vivir, y el imperialismo yanqui que manda el dólar a comprar intelectuales y ametralladoras a asesinar a las masas que se rebelan” (27). Sobre la posición del modernismo en favor del mercado, véase Beckman (42-79).

39 *Liberación*. *Revista de vanguardia centroamericana* se publicó entre 1935-1937, teniendo al ensayista costarricense Vicente Sáenz como su fundador y editor.

vampiro, y que Lyra emplea para describir de manera peyorativa a “el rey del acero, el rey del petróleo y el rey del caucho” (3). Al revertir el sentido normativo de lo civilizado —occidente, la ciudad, el progreso como dominio productivo de la naturaleza— con su revés bárbarico —la selva y lo salvaje, lo monstruoso y lo criminal—, se equipara las distinciones categóricas entre Occidente como núcleo de la modernidad y el resto del mundo o América Latina como núcleo de la diferencia. Esto es, el lenguaje ensambla imágenes contradictorias entre Occidente, la modernización y la naturaleza, desestabilizando con esta percepción híbrida de la realidad, entre lo normativo y lo diferencial, los binarismos que categoriza el ideal civilizatorio occidental.

En otro artículo, “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?” (1935), publicado en *Liberación*, Lyra expone una crítica similar. En este texto, la autora parte de la circulación transnacional de intelectuales y escritores reunidos en distintos congresos internacionales que sucedieron durante 1934-1935 —el Congreso de Escritores Soviéticos en Moscú, el Congreso de Escritores Americanos en Nueva York y el Congreso Internacional de Escritores en París—. El compromiso político se inscribe en tiempos de creciente fascismo y de explotación sostenida en las regiones centro y suramericanas, sobre lo que Lyra reflexiona al imaginar la figura del escritor latinoamericano organizado para hacer frente, desde su práctica estética comprometida, a una realidad histórica compartida:

Vuelvo los ojos a nuestra América Latina. Ignoro casi la actitud del mundo literario en la América del Sur. ¿Será una actitud anodina? ¿Por qué no llega ningún rumor de combatividad a nuestro oído? Yo sé que las manos trabajadoras viven en la miseria en los cafetales, bosques y regiones mineras del Brasil; en las pampas de la Argentina; en las explotaciones del nitrato, del guano y del cobre en Chile; que la Guerra del Chaco desatada por las compañías petroleras —la Standard Oil de los Estados Unidos y la Royal Dutch & Shell de Inglaterra— ha dejado un saldo de 150.000 muertos en Bolivia y Paraguay. En el Perú el indio descendiente de los incas inteligentes, ha sido embrutecido por el católico español y por las poderosas compañías extranjeras que explotan ricos depósitos de mineral de los Andes; entre unos y otras ha sido llevado a los abismos de la miseria física y moral. Lo mismo ha pasado con el indio del Ecuador. En Venezuela, cuna

de la independencia, el pueblo se retuerce bajo la más oprobiosa tiranía, sobre sus llanuras inmensas y a la par de los ricos yacimientos de petróleo. En Colombia, tierra de buenos poetas y excelentes prosistas, la United Fruit Co. y las compañías petroleras sacan jugosas utilidades esprimiendo [sic] al suelo y al hombre y en Panamá, de quien el yanqui ha hecho una encrucijada de caminos, la vida del trabajador se retuerce sudorosa junto al canal por donde pasan tantas riquezas (“¿Qué camino tomarán?” 26).

El pasaje es representativo no solo de la inserción del discurso de Lyra en la tradición antiimperialista y americanista de la época —aspecto que se observa igualmente en los capítulos 1 y 3, al respecto de las obras de Núñez y Uribe Piedrahita—, sino también de la reiteración, en este caso en un sentido histórico, del uso explícito del lenguaje para reflejar la explotación geográfica y cultural de la región. En el ejemplo, América Latina se regionaliza; es decir, Lyra representa la inserción del continente en un contexto internacional habilitado por las transacciones del flujo global y la cadena de mercancías. Al describir cada país latinoamericano a partir de sus *commodities*, se ilumina en el texto lo determinante que ha sido para esta región del mundo la relación entre el componente natural comercializado y la historia humana de sus naciones (Topik, Marichal y Frank 1-24). En este sentido, postula la formación de una conciencia regional y de integración latinoamericana basada en la sincronización de la historia natural y la historia humana ligadas por la explotación capitalista en el continente —desarrollo con más detalle una idea de integración con la ‘patología latinoamericanista’ de Uribe Piedrahita en el próximo capítulo—.

Café, bananos, maderas, guano, minerales, petróleo y el Canal de Panamá como logro de la tecnología infraestructural en función de los diseños del capital, son ejemplos de una crisis ecológica compartida en el sentido más amplio de la palabra: una crisis de explotación de proporciones socioambientales, históricas e intelectuales planetarias, donde el entorno ‘físico’ y ‘moral’ que señala Lyra, esto es, la naturaleza convertida en zona extractiva, la guerra por los recursos naturales, el inca embrutecido por el católico español y la cultura e independencia nacional subyugadas por el control sobre sus materias primas, son resaltadas por el ensamblaje que la escritura sintetiza a través de

la relación mercancía-país, producto natural-humano. Al margen del llamado implícito que hace la autora para que los escritores latinoamericanos se comprometan a denunciar la explotación en la región, la relacionalidad entre la mercancía y la nación representa América Latina y el Caribe desde la configuración espacial donde las conexiones mercantiles entre lo local, lo global y lo planetario iluminan tanto el impacto del capital sobre la región como la importancia política y cultural del café y el banano sobre el humano.

Finalmente, los nexos entre explotación humana y degradación ambiental que Lyra expone se entienden aquí a través del ensamblaje orgánico entre los humanos, el fruto y el grano que modificaron, por medio de la actividad económica y política, el entorno de la región atlántico-caribeña y del Valle Central de Costa Rica, sobre todo durante el período de crisis financiera y depresión económica. Leyendo el enclave, el banano y el café en los textos de Lyra como materialidades ligadas a sus contrapartes humanas, se identifica la relación entre cultura y naturaleza como partes diferentes de un todo único. En Lyra, el regionalismo que en principio se inscribe en la temática de la geografía rural, la historia de las plantaciones y los peones se reinterpreta a través de la lectura que sitúa, en el mismo plano de lo mercantilizado, al humano, al banano y al café. En los textos, la región y la identidad de sus gentes participan de una reescritura histórica de la nación, bien sea atendiendo a la realidad del enclave de monocultivo en la selva atlántico-caribeña y en las planicies del Valle Central o a través de la imaginación del discurso utópico regionalista-comunista de alcance continental.

El extractivismo vascular se pone de relieve en los ensamblajes del banano/humano y del café/humano como un relato paralelo, aunque íntimamente relacionado y sujeto al desarrollo moderno. Al mismo tiempo, la geografía tropical que se registra en los textos se revela como un espacio que deja de ser receptor pasivo de la transferencia tecnológica que trae la modernización occidental. Lo que se nota es que la instalación del capitalismo agrario, además de desencadenar una serie de acontecimientos económicos, sociales y políticos determinantes en la historia centroamericana, también se configuró como un laboratorio socioecológico donde la plantación, la mano de obra y la operación científico-social de la industria del banano y del café se transformaron colectivamente.

Semiosis de la extracción: tecnología de la palabra, guerra y patología en las selvas del látex amazónico

“Muchos han de creer que este libro es un glosario clínico donde el hombre, por un capricho del fisiólogo, se transforma en producto sintético [...] Aquí están los más fuertes y los más débiles, los más rencorosos y los más buenos, los más diabólicos y los más humanos, todos reunidos, por un imperativo biológico, en el mismo paraíso y en el mismo infierno. Es igual.”

Antonio García, Nota preliminar en *Toá: narraciones de caucheras* (1933)

Entre 1879 y 1912, la tecnificación de procedimientos como la vulcanización y la creación de la cámara neumática fungieron como catalizadores de la fiebre extractiva de las gomas en América Latina. A partir de ese momento, la demanda cayó debido a la competencia y posterior do-

minio mundial de las plantaciones de caucho en el sudeste asiático, así como por la producción del caucho sintético (Frank y Musacchio 271-275; Pizarro, *Amazonía* 142-143). La explotación de la *Hevea brasiliensis* y la *Castilloa ulei* en la Amazonía durante el *boom and bust* cauchero y siringuero, aunado al desarrollo tecnológico ultramarino, representó una serie de transformaciones sociales, medioambientales, económicas y políticas que marcaron históricamente a las naciones amazónicas de Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. Como señala Ana Pizarro (“Imaginario” 68), estas transformaciones se hicieron eco en superposiciones discursivas y representacionales que ataron históricamente los hechos de la actividad misionera del siglo XVI y los intereses científicos de las vanguardias capitalistas de los siglos XVII y XVIII con las actividades extractivas y comerciales del capital extranjero, a partir del siglo XIX.¹ De ese modo, el salto tecnológico en la manufactura del látex se ligó intrínsecamente a la imaginación de la región suramericana, donde los conflictos y diferencias geopolíticas y de delimitación fronteriza en el espacio transnacional amazónico fueron motivadas por el control del material vegetal, desde entonces uno de los pilares de la producción y suministro de vestimenta impermeable y artículos cotidianos para la vida urbana de los centros metropolitanos.

En Colombia, la transición del conservadurismo al liberalismo, sobre todo durante los gobiernos liberales de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) y Alfonso López Pumajero (1934-1938), supuso el inicio de un proceso modernizador a nivel institucional y cultural (Castro Gómez 12). Como señala Felipe Martínez-Pinzón, ese contexto actualizó la textualización de la naturaleza tropical, promovido principalmente por “el pensamiento político-económico del liberalismo [y por] la comodificación de sus frutos en fantasías agroexportadoras”, entendiendo los espacios regionales y naturales como una “geografía

1 Según Villegas, estos discursos son un “palimpsesto en el cual sobreviven, re-combinadas, representaciones de las diferentes modalidades y sus discursos de autoridad” (13). Las narraciones de caucherías exhiben una intertextualidad que toma “como excusa y como clave los conceptos de nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros” (13).

esperando a ser redimida por la agricultura y la inmigración europea” (“La voz de los árboles” 164). Tanto Margarita Serje (15-19) y su idea del revés de la nación como Lesley Wylie (*Colombia's* 1-18) y su interpretación de la Amazonía colombiana como un territorio de frontera² dan cuenta de cómo la mercantilización de la naturaleza y el pensamiento liberal convirtieron a las regiones de provincia en tierras opuestas a la nación, facilitando su subyugación mercantilista a distintos modos de explotación humana, animal, vegetal y mineral.³

En este contexto, la novela *Toá: narraciones de caucherías* (1933),⁴ del médico, pintor y escritor colombiano César Uribe Piedrahita,⁵ es

-
- 2 Serje explica que el revés de la nación son las extensiones selváticas que el Estado colombiano, desde mediados del siglo XIX, identificó, clasificó y dominó basándose en su potencial económico y supuesta incapacidad de gobernarse a sí mismas por estar pobladas por tribus indígenas. Dichas extensiones debían, por decreto de ley, ser administradas por el gobierno central para ser colonizadas y sometidas a mejoras. Esos espacios pasaron a convertirse “en los bajos fondos del espacio nacional, en su revés, en su negativo” y, al quedar transformados por el discurso oficial en soledades naturales, “sus paisajes y sus habitantes reducidos a pura representación” (18). Wylie (*Colombia's* 10) emplea el término ‘frontera’ en el Putumayo en un sentido tanto geográfico —división territorial— como cultural —zona de contacto entre culturas, remitente a la historia pasada y contemporánea de bandidajes e insurgencias, de límites entre ‘civilización’ y ‘barbarie’—.
 - 3 Véanse Villegas (11-26) y Martínez-Pinzón (*Una cultura* 13-20) para un estudio de cómo el discurso decimonónico registró una geografía climático-racial para representar espacios tropicales desde peyorativos asociados a lo primitivo y al calor.
 - 4 A partir de ahora las referencias a *Toá: narraciones de caucherías* irán indicadas bajo *Toá*. Estudio la edición de 2013 publicada por la Universidad CES. Esta edición mantiene la nota preliminar de 1933 escrita por Antonio García, así como el glosario al final del texto de la primera edición.
 - 5 Uribe Piedrahita fue un polifacético actor en la historia de las ciencias naturales, sociales y humanas de Colombia: parasitólogo, laboratorista, biólogo, expedicionario, financista científico, profesor y rector universitario, además de crítico de arte y mecenas cultural. El escritor se graduó de médico cirujano en la Universidad de Antioquia (1913-1918) y cursó estudios de medicina tropical en la Universidad de Harvard (1921-1923). También fue fundador de los Laboratorios CUP (1935) —CUP acrónimo de César Uribe Piedrahita—, director del Laboratorio de Salud Pública Samper-Martínez (1930) y miembro fundador de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales

representativa de la historia cauchera en la región amazónica colombiana, donde se asentaron distintas empresas siringueras en las primeras décadas del siglo xx. La novela de Uribe Piedrahita desarrolla tres tramas entrelazadas durante los primeros dos años del siglo. Por un lado, el viaje de Antonio Orrantía, médico-inspector enviado por el gobierno de Bogotá al Caquetá y al Putumayo para informar sobre los conflictos entre indígenas, colonos colombianos y caucheros peruanos y brasileños en estas regiones. Por otro, el fugaz romance entre Orrantía y la indígena mestiza Nina, que el médico llamará Toá —‘fuego’, en lengua de los indígenas sionas y carijonas—, durante la estancia del primero en la hoya amazónica. Y, finalmente, la interrelación entre historias que testimonian los conflictos derivados de la extracción del látex.

La novela narra el recorrido de Orrantía por los ríos amazónicos colombianos, acompañado por el guía Tomás Muñoz y Faustino, miembro de la tribu siona. En las caucherías, el médico se entera, a través de los relatos de los caucheros Gregorio y Apolinar Calderón, del asedio y vejámenes sufrido por las comunidades indígenas de la zona a manos de los caucheros peruanos, lo que desencadenará enfrentamientos bélicos entre las tres partes implicadas. Al mismo tiempo, Orrantía es informado sobre la desaparición del naturalista francés Eugene Robouchon, el cual viajaba con un guía y la hermana de este, Toá, sobre la cual el médico se obsesiona y empecina en encontrar. La búsqueda de Toá, aunque exitosa, terminará con la muerte de la indígena mestiza. Finalmente, un Orrantía enfermo abandona el Putumayo mientras el drama de las caucherías sigue su curso.

(1936). Creó las bases del primer herbario nacional y de los laboratorios farmacológico, serológico y toxicológico, así como del primer serpentario del país. Fue rector de la Universidad del Cauca (1931-1932), profesor de Medicina en la Nacional de Colombia, en la Escuela Nacional de Veterinaria y en Harvard. Practicó y estimuló la arqueología, la antropología y la etnografía, fundando el Museo Nacional de Antropología y Etnografía, además de patrocinar y promover distintas expediciones a las regiones del interior del país. Su interés por las artes y la cultura también fue notorio: además de novelista fue traductor y pintor. Véanse Escobar Mesa (*Naturaleza* 175-223; “Prólogo” xi-xlvi; “Vida y obra” 17-66; *Lectura* 11-21) y L. Rodríguez (7-17).



Imagen 6. Eugene Robuchon, “Un grupo de nativos Huitoto, forzados a trabajar en la Colonia India, una plantación propiedad de Julio César Arana”, fotografía (1907). *El Putumayo y sus afluentes*. Lima: Imprenta La Industria, 1907, p. 94.

En líneas generales, los acercamientos críticos a la novela han remarcado su componente socio-ideológico y testimonial (Escobar Mesa, *Lectura* 87-109), así como su disposición y oposición a los modelos de colonización de las fronteras selváticas y culturales de Colombia (Villegas 11-26; Wylie, *Colombia's*). Igualmente, se ha estudiado su representación de la naturaleza como realidad y medio de la acción (Escobar Mesa, *Naturaleza* 49-121) y la representación de la violencia contra indígenas y el medioambiente como alternativa a la organización naturalista de lo viviente (Arango Correa 76-99). Estas aproximaciones críticas se refieren a la novela como un texto que lleva al límite su especificidad genérica —de novela a documento y testimonio— y temática —indigenista o realista, así como continuista con las tradiciones de las novelas de viaje y de la selva—. ⁶

6 Para una revisión exhaustiva de los estudios críticos publicados sobre *Toá*, véanse Escobar Mesa (*Lectura* 87-96) y Acevedo *et al.* (*César*). Además de *Toá*, Uribe Piedrahita publicó dos novelas: *Mancha de aceite* (1935), sobre la explotación de los campos petroleros en Venezuela, y *Caribe* (1938), una novela gráfica de la que solo se publicaron dos capítulos en la *Revista Pan* y

La propuesta que aquí trazo al explorar *Toá* al lado de la ponencia médica “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia” (1940),⁷ es que estos trabajos de Uribe Piedrahita deben leerse en el cambio de paradigma epistemológico e histórico que tiene lugar en Colombia entre 1910 y 1930, durante la transición del conservadurismo al liberalismo. Dicho evento supuso un giro cultural y político que desplazó la hegemonía discursiva de los letrados por la emergencia y consolidación de discursos asociados a la higiene, la biología y la medicina social. Estos, al igual que la guerra colombo-peruana de 1932-1933, estaban estrechamente ligados, entre otras cosas, al impulso modernizador de las prácticas extractivas examinadas por Uribe Piedrahita, no solo como científico social y médico sino también como novelista, desde la distancia histórica del pasado cauchero colombiano y del presente bélico colombo-peruano.

Propongo que la escritura del médico colombiano, más que enfatizar la sustitución del discurso letrado por el higiénico, lo que hace es tensionar y oscilar entre ambos discursos en una operación que ensambla escritura y extractivismo. Exploro la idea de la escritura como una tecnología de la palabra⁸ en la que el discurso especulativo

que relata la extracción perlífera en las costas caribeñas colombianas y venezolanas.

7 A partir de ahora las referencias a *Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia* irán indicadas bajo *Esquema*.

8 Me refiero a ‘tecnología de la palabra’ siguiendo la definición de Ong, sobre la cultura oral y los cambios registrados en el pensamiento y la expresión a causa de la escritura: “writing (and specifically alphabetic writing) is a technology, calling for the use of tools and other equipment: styli or brushes or pens, carefully prepared surfaces such as paper, animal skins, strips of wood, as well as inks or paints, and much more [...] writing is completely artificial” (80-81). Hablar de tecnología de la palabra implica pensarla en los términos que Parikka le confiere, esto es, “as an active agent in the ontological and epistemological sense” (1), estructurando los modos en los que las cosas están y son conocidas en el mundo. Al mismo tiempo, me interesa enfatizar que la artificialidad y la escritura como una tecnología material están intrínsecamente ligadas a otra tecnología: la del extractivismo y la manufactura de productos derivados. Teniendo esto en cuenta, como señalan Wickberg y Gärdebo (2-5) y Parikka, se traza una relación entre medios de comunicación y medioambiente,

de lo literario y el discurso científico de lo médico devienen el aparato semiótico de la extracción. Con la finalidad de señalar esto, defino este ensamblaje entre escritura y extractivismo como semiosis de la extracción, un resultado poético y político donde cultura y naturaleza se ensamblan para dar expresión a la práctica extractiva. Empleo el adjetivo ‘semiótico’ para enfatizar una capacidad comunicativa que no se reduce únicamente a la expresión simbólica lingüística, sino que, como señalan Deleuze y Guattari, apela a un ensamblaje que, “bajo su aspecto semiótico [...] no remite a una productividad de lenguaje, sino a regímenes de signos, a una máquina de expresión cuyas variables determinan el uso de los elementos de la lengua” (94).⁹ Propongo que este ensamblaje no solo se limita a poetizar o tematizar simbólicamente el mundo regional y la explotación cauchera para intervenirla, civilizarla o destacar su diferencia desde el discurso literario, sino que también se muestra, en esta forma de *regionalismo ensamblado*, concomitante con la práctica extractiva del látex y el capital. Al enfatizar esta característica, entiendo el lenguaje de la novela como la articulación histórica, estética y política de aquello que ha sido extraído.

“connections of media technologies, their materiality, hardware, and energy, with the geophysical nature: nature affords and bears the weight of media culture” (viii).

- 9 Mi uso del adjetivo ‘semiótico’ no pretende ser exhaustivo ni ahondar en las discusiones y metodologías de la semiología. Utilizo el término a modo indicativo, para enfatizar otras modalidades de representación que están en línea con la noción de Deleuze y Guattari y que se encuentra emparentada con la ‘antropología más allá de lo humano’, de Eduardo Kohn. De acuerdo con Kohn (8, 223-224) y su trabajo con la comunidad runa puma en la Amazonía ecuatoriana, si bien el lenguaje humano se fundamenta en representaciones simbólicas del mundo, tanto los humanos como los no humanos representan con modalidades no simbólicas, como las icónicas —signos que comparten similitudes con las cosas que representan— y las indexadas —signos que se ven afectados o correlacionados de alguna manera con las cosas que representan—. Al señalar lo simbólico como una modalidad representacional más dentro de un marco semiótico amplio, los mundos socioculturales se expanden a una ecología de seres que representan de distintas maneras el mundo.

Toá: el espesor de la historia del látex

Como señalan Escobar Mesa (*Naturaleza* 111-124), Álvaro Villegas (11-26), Wylie (“Frontier Fictions” 153) y Catalina Arango Correa (81-98), la novela de Uribe Piedrahita remarca efectivamente el carácter explotador/explotado del humano, del entorno y de lo no humano en el Putumayo y el Caquetá. No obstante, el texto también destaca por ser representativo de las tensiones discursivas efectuadas por un cambio de paradigma que, para 1933, no solo ocupaba la conciencia política del país, sino que hacía referencia a la preocupación por la higiene y al creciente rol de autoridad y veracidad que adquirieron los discursos de las ciencias médicas a partir de las primeras décadas del siglo xx. De acuerdo con Santiago Castro Gómez (11), entre 1910 y 1930 se quebrantó la hegemonía epistémica de los letrados en el campo político e intelectual debido a la emergencia de nuevos discursos provenientes de la biología, la higiene y la medicina social.

Aunque todavía influenciados por la filología, el derecho y la teología, las nuevas generaciones de intelectuales colombianos, movidas por el impulso modernizador, se familiarizaron con la bacteriología, el urbanismo, la higiene y las ciencias pedagógicas, las cuales, en adición a la emergencia de nuevos sectores sociales como la burguesía, el proletariado y las clases medias urbanas, dieron pie a otra forma de interpretar los cuerpos, los afectos y los deseos. En ese contexto de transformaciones graduales en la estructura social de Colombia, aconteció la guerra colombo-peruana de 1932-1933, también conocida como el “conflicto de Leticia”, en referencia al puerto donde se desató el combate armado. La lucha entre fuerzas peruanas y colombianas en la cuenca del río Putumayo tuvo como punto de partida el control del territorio amazónico en disputa, conflicto de larga data en la historia de ambos países, pero que revivió además el pleito por el control finisecular del caucho entre colombianos y peruanos.¹⁰

10 Wylie (“Frontier Fictions” 159) muestra que este conflicto fue ampliamente representado en distintas obras literarias y testimoniales, enfatizando una ansiedad sobre el destino de la soberanía nacional.

Identifico en *Toá* una oscilación en el cambio de paradigma discursivo y social a través de la relación histórica entre humanidad, medioambiente y materiales que la representación de la guerra colombo-peruana hace patente en la novela. En concreto, indago los modos en los que la novela construye una sensibilidad alternativa a través de la desterritorialización del constructo físico ‘selva’ —un territorio extenso, de profusión vegetal y biodiversidad— para entenderlo como ‘zona de extracción’,¹¹ guerra y enfermedad para operacionalizar el modo en el que el lenguaje hace parte intrínseca de la actividad cauchera.

“¿La selva? La selva no era nada”: desterritorialización y guerra en los bosques siringueros colombianos

“Que nos maten. Yo me quedo hasta acabar los siringales y sangrar hasta la tierra misma, y terminar con los montes y matar hasta el diablo.”

César Uribe Piedrahita, *Toá: narraciones de caucherías* (1933)

La llegada del médico-inspector Antonio Orrantía a la agencia del cauchero Gregorio Calderón, luego de navegar junto con el guía Tomás las aguas del Orteguaza hasta el Caquetá y el Putumayo, marca un punto de inflexión en la experiencia regional del médico. Orrantía es tipificado a lo largo de la narración como un “idealista explorador” (*Toá* 27) que, antes de adentrarse en las zonas de la selva donde la extracción del caucho se hace más prominente y violenta, se presenta como un inspector del gobierno central, un visitador interesado en “estudiar la flora fantástica y la fauna monstruosa de los ríos embrujados y conocer las tribus indígenas [para] recoger en sus carteras todos esos tesoros con ilustraciones originales, croquis y mapas” que

11 Parto del término propuesto por Gómez-Barris: “the ‘extractive zone’ names the violence that capitalism does to reduce, constrain, and convert life into commodities” (xix).

“publicaría [en] bellos libros sobre los misterios de la selva” (27). El entrecruzamiento que evidencia el texto entre narrativa de viajes y pintoresca colonial (Wylie, *Colombia's* 147) es destacado hasta el momento en el que Orrantia, trabajando “sin descanso en la Memoria que pronto habría de enviar al Ministerio” (*Toá* 69), resuelve junto con Gregorio y Apolinar Cuéllar que en las selvas del Putumayo hay que “hacer algo más práctico” (57).

Tomar acciones prácticas es necesario para la supervivencia en las zonas selváticas donde la extracción adquiere una visibilidad eximia. En estas regiones, la extracción no es simplemente una práctica que atiende la substracción del látex vegetal. Es también la articulación de una necesidad del capital por subordinar y controlar, una ecología política donde el entramado económico y político impacta a la totalidad de la nación colombiana y a los distintos agentes que entran en juego en el entorno selvático: desde la fauna silvestre y la propia selva hasta los caucheros nacionales y extranjeros, como la Peruvian Amazon Rubber Company (PAC).¹² Haciendo alusión directa a los enfrentamientos entre caucheros colombianos y empleados de la PAC, Apolinar Cuéllar le asegura a Orrantia que el Putumayo demanda “hombres resueltos, armas y unas lanchas [...] oponer la fuerza a la fuerza, el plomo contra el plomo” porque con “inspectores, visitantes y poetas no se reconquista la tierra” (*Toá* 57). El mensaje de Apolinar impacta de manera significativa en el médico-inspector capitalino quien, a partir de esa escena, representará el viraje del idealismo romántico

12 La PAC, también conocida como Casa Arana en referencia al apellido de su fundador, el barón cauchero peruano Julio César Arana, ejerció un control férreo sobre el comercio y la explotación del caucho y la mano de obra en el territorio peruano y colombiano. Pizarro historiza el rol de Arana y la PAC en el Putumayo: “En 1899, quien llegó a ser llamado ‘el socio de Dios’, desplazando a caucheros colombianos de la zona, instaló su poder en el Putumayo, río casi inexplorado y con las tres cuartas partes navegables. Esta zona en disputa, entre Perú y Colombia, se convirtió en ‘tierra de nadie’, es decir, ‘tierra de Arana’. Fueron tristemente famosos los puestos llamados ‘La Chorrera’ y ‘El Encanto’. Por cuestiones estratégicas y la necesidad de contar con el respaldo de la corona británica formó en Londres la ‘Peruvian Amazon Rubber Co.’ con capitales ingleses” (*Amazonía* 108).

y el positivismo científico al pragmatismo coyuntural y circunstancial de la novela.

Pensando en las palabras de Apolinar, Orrantia se zambulle en las aguas del río Cara-Paraná, corredor fluvial en el que se transportan los cargamentos del caucho, y conviene que “el problema de las caucheras era irresoluble” (*Toá* 73), anunciando el abandono de su proyecto de explorar y estudiar el bioma y las tribus del Putumayo. Este quiebre con la idealización romántica y científica de la selva cancela en Orrantia cualquier aspiración de representación estética y recolección de datos. Ello no tiene que ver necesariamente, como alude Wylie (*Colombia's* 148), con la disminución de pretensiones artísticas en Orrantia a medida que describe la selva como un espacio inhóspito y ajeno, sino que el médico-inspector descarta sus intereses y su formación científica por la toma de decisión circunstancial para atender, en el sentido que Apolinar le reclama, los estímulos circundantes de la selva y el conflicto del que forma parte. Lo anterior se corrobora en el relato cuando el narrador extradiegético comunica la reflexión que hace Orrantia antes de salir del río y retirarse a su chinchorro en el campamento de Gregorio:

¿La selva? La selva no era nada. La catástrofe no se debía a la Naturaleza. Se debía a los hombres que importaron las enfermedades y trajeron el suplicio y la muerte a los habitantes de los bosques húmedos donde crecía la siringa (Uribe Piedrahita, *Toá* 73).

La lengua se cuestiona a sí misma como cancelación de la representación simbólica y la idealización de la selva como espacio mítico, salvaje, desarrollable, infernal o paradisíaco que acompaña las ideas de Orrantia una vez llegado al Putumayo desde los Andes.¹³ Esto es notable en el momento en el que el médico-inspector resuelve que Apolinar y compañía tienen razón con sus intenciones bélicas; esto

13 Véanse Wylie (*Colombia's* 152-158) para una lectura de la novela como una incorporación de las tradiciones indígenas a la cultura nacional, y Escobar Mesa (*Naturaleza* 106-111) para un análisis de las relaciones entre humanidad y naturaleza.

es, cuando asume que la respuesta al conflicto del látex y lo que implica su extracción pasa por la toma de decisiones, articulando otra forma de sensibilidad en el texto. A través de esta, el concepto ‘selva’ se pone en cuestión. Al asumir que ‘la selva no era nada’ se fractura un constructo fundante en el ideario letrado de la historia cultural e identitaria latinoamericana, desmontando al mismo tiempo el tropo operativo del discurso antropológico-etnográfico, como indiqué en el capítulo 2. Se da un desplazamiento discursivo de la ‘catástrofe’ de la naturaleza a lo humano como el ensamblaje de lo regional, donde el ‘suplicio’ y la ‘muerte’ que se asociaba a los espacios salvajes pasan en cambio a ser calificativos de la acción de algunos seres humanos sobre el entorno. Si bien esto, como han notado la mayoría de las aproximaciones críticas a la novela, resalta el componente de denuncia en Uribe Piedrahita (Escobar Mesa, *Lectura* 87-96), también habilita un giro retórico determinante para la novela, puesto que deconstruye la noción de ‘Naturaleza’, visible en el texto con el uso de la palabra en mayúsculas. Visto de este modo, la trama no cuestiona la naturaleza en términos medioambientales y agenciales,¹⁴ sino la construcción social ‘Naturaleza’.¹⁵

Esto es significativo para entender el modo en el que *Toá* reinterpreta un fundamento del regionalismo y reimagina su operatividad poética. Si en estas narrativas la estética caracteriza al humano como reflejo de su medio y de un espacio geográfico inconfundible, en la novela del escritor colombiano el Putumayo puede entenderse como

14 De hecho, en la cita, el pretérito imperfecto ‘crecían’ hace evidente una crítica medioambientalista ligada al momento histórico en el que escribe Uribe Piedrahita, alrededor de veinte años después del *boom and bust* cauchero. La enfermedad, el suplicio y la muerte importadas al Putumayo, en un movimiento económico anverso al que correspondía la exportación del material extraído del árbol, contribuyeron con la desaparición de la siringa: “importaron las enfermedades y trajeron el suplicio y la muerte a los habitantes de los bosques húmedos donde crecía la siringa”.

15 Véanse Williams (*Problems* 67-85), Morton (1-28) y Andermann (“Introduction” 7-16) para una crítica sobre la noción ‘naturaleza’ en los estudios literarios y culturales.

otra ‘cosa’ distinta de la ‘selva’. En este caso, el Putumayo deja de ser ‘selva’ para reemerger en el relato como una zona de extracción, de enfermedad y de guerra, una geografía que reclama una interpretación que entienda la ecología política que entrelaza a humanos y territorio. Es una geografía que desterritorializa, en términos de Deleuze y Guattari (67), la configuración predeterminada de la selva en una interpretación que se corrobora con las palabras de Tomás, quien le explica a Orrantía que, en el Putumayo, el entorno siempre es cambiante, aunque no lo parezca: “Los ríos son los mismos, pero cambian” (*Toá* 43).¹⁶

Por otro lado, la transformación de ‘selva’ en ‘zona de extracción’ verbaliza el modo en el que el texto ilumina la tensión entre el cambio de paradigma del discurso letrado al higiénico. A diferencia de los casos de Núñez y de Lyra, en Uribe Piedrahita se enfatiza una oscilación entre el uno y el otro que subyace en la lengua al remarcar

16 La transformación del entorno es una constante en la novela. Si bien me detengo en las desterritorializaciones desde el punto de vista de la guerra y la enfermedad, también son notables desde una perspectiva climática, a través de la transición de la estación seca a la húmeda: “La estación seca llegaba a su fin [...] La fauna estrafalaria de los ríos siniestros se pudría en el fango. Bufeos pequeños daban saltos desesperados para caer sobre la masa palpitante de puñúes de dientes afilados, mojarras y bocachicos cubiertos de lodo y de hojas negras. Los tembladores hundíanse en el fango semicubiertos por rayas flácidas, parecidas a renacuajos de pesadilla [...] Allí estaba la vida en el umbral de la muerte. ¡La muerte transformándose en depósitos fertilizantes y creadores de nueva vida! En las charcas pestilentes giraba la rueda del ciclo eterno e indiferente, formador de las especies y sostén del equilibrio biológico” (*Toá* 61). Y: “Llovía sin descanso sobre la inmensidad de la planicie amazónica. Los ríos se hinchaban. Los caños y brazuelos rebosaban las orillas y se extendieron por el bosque hasta cubrir toda la tierra en millares de kilómetros [...] Crecían las aguas sin cesar. Los ríos se confundían los unos con los otros. No había causas, ni orillas, ni charcas, ni pantanos, ni ríos. Era un mar” (131). Para un estudio de las transformaciones espaciales en la Amazonía y su impacto en las geografías y mapas literarios de la región, véase Amanda Smith (1-21) y su propuesta sobre cómo los esfuerzos literarios por mapear la Amazonía se han entrecruzado con la representación de esta región como espacio de materias primas y ecología extractiva.

que “la selva no era nada”. Esto es, se puede leer una sensibilidad alternativa en el texto que desterritorializa la narrativa nacional y modernizadora al reconceptualizar el Putumayo como un territorio imposible de anclar en una idea fija. A partir de esto, el fracaso del relato del discurso civilizador frente a sí mismo se hace relevante en el texto por medio del cuestionamiento del éxito capitalista de la extracción del caucho, la cual, si bien sostenida por las múltiples aplicaciones del látex en el mercado internacional, se ve continuamente interrumpida en el Putumayo debido al impacto de la guerra y de la enfermedad —‘suplicio’ y ‘muerte’—. Precisamente, estas dos, en una paradoja importante para la novela, quedan intrínsecamente ligadas a la extracción en tanto que operan como consecuencia y efecto de esa geografía ensamblada donde la selva, como se había entendido hasta el momento, no era nada. En otras palabras, la guerra y la enfermedad interrumpen la extracción, pero sin ellas la extracción no sería lo que es.

En ese sentido, *Toá* deja constancia de otra forma de ver y escribir la zona de extracción imbricada con la enfermedad y la guerra. Estas permiten, desde el texto literario, darle expresión a la extracción. La guerra, por ejemplo, adquiere prominencia estando Orrantía en las caucherías del Putumayo, donde se suceden distintos conflictos armados entre tribus indígenas, caucheros nacionales, extranjeros y colonos.¹⁷ No son, como podría asumirse en primera instancia, enfrentamientos que solo se centran en el control de la materia prima. Como indican Martínez-Pinzón y Uriarte en su estudio sobre guerra y cultura en América Latina, la guerra es una “tecnología discursiva a través de la cual las fuerzas en conflicto

17 Estos conflictos irán desde el asedio de los caucheros y militares peruanos asociados a la PAC contra los indígenas, caucheros y colonos colombianos, hasta los enfrentamientos entre tribus indígenas, y entre nativos y extranjeros. Además de cobrar víctimas humanas, la guerra también las reclama en el medioambiente. La escena en la que los caciques ordenan el envenenamiento de la fauna fluvial y del río para hostigar a los caucheros (*Toá* 67) indica otra forma de hostilidad y de guerra silenciosa, esta vez contra el medioambiente como vehículo para eliminar al enemigo.

luchan no sólo por recursos o tierra, sino también por reapropiarse de los diversos materiales con los cuales se construye la historia nacional o regional” (5). La guerra es, pues, un conflicto geopolítico y una apropiación de narrativas neurálgicas —nacionales, regionales, religiosas, disciplinarias— que permite explorar “los discursos que construyen o destruyen el vínculo comunitario entre las fuerzas en conflagración, además de a quienes frecuentemente están en medio de ella” (6).

La novela de Uribe Piedrahita aporta una dimensión más al poner de relieve una experiencia que subyace a dicha tecnología discursiva y a la construcción histórica nacional y regional: esto es, no solo basta con imaginar, representar y decir la ‘selva’ o la ‘guerra’, sino que hay que adentrarse, como anuncia el autor en un discurso pronunciado en 1938 en el Edificio de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, en “la radiación del vivir que se siente pero que no se comprende” (Uribe Piedrahita, “Carlos Correa” 121).¹⁸ En este caso, *Toá* no registra la selva al modo que lo hace *La vorágine* de Rivera o su reescritura en las memorias de la guerra colombo-peruana en *180 días en el frente* (1934)

18 El discurso “Carlos Correa, pintor de la vida”, publicado posteriormente en la *Revista Pan* en 1938, se escribió para inaugurar la muestra de pintura del colombiano Carlos Correa, al que Uribe Piedrahita describe como un “artista incomprendido” (120) que rompe con “los ídolos viejos y carcomidos ya por la falsedad que os creó” (121). En el discurso, Uribe Piedrahita resalta el valor del arte de Correa: “Hay quien dice, y aún en el mismo programa se manifiesta, que ésta es pintura de vanguardia. Yo quiero llamarla *pintura*. Pintura de la realidad, pintura de la Tierra y del Hombre” (120) que “ya no se muestra en el lugar común de la llamada estética clásica el rapto de las Sabinas ni se representan Ledas acariciadas por cisnes perfumados y retocados por manicuristas. Ahora son los hombres hechos a mano los que estrechan, muerden y fecundan a las mujeres nuevas de nuestro trópico bravío y fulgurante” (122). El autor expresa una postura similar en “Comentarios a un ‘Repique insonoro’” (1938), en respuesta a la crítica publicada por el médico Alonso Restrepo al respecto de los murales de Pedro Nel Gómez. En ese texto, Uribe Piedrahita se manifiesta en contra de los “estetas alambicados” (“Repique insonoro” 117) que “se burlan sin antes conocer el país, conocer nuestro pueblo y su dolorosa gestación larvaria, informe, deformada por culpa de la olímpica ignorancia versallesca de nuestros intelectualoides” (115).

de Arturo Arango.¹⁹ Lo que adquiere relevancia en el relato del médico y escritor colombiano es el modo en el que el texto literario construye la zona de extracción desde una perspectiva material y coyuntural, donde la contienda bélica impulsada por la explotación y mercantilización del caucho verbaliza ese espacio relativo a ‘la radiación del vivir que se siente pero que no se comprende’ de la geografía imposible del Putumayo. Dicho con otras palabras, la novela pone de relieve una narración sensible que le otorga otro espesor a la extracción del látex al ensamblarlo directamente con la guerra que diezma a los habitantes humanos y nohumanos de los bosques donde crecía la siringa:

Las penalidades y el mal trato que recibían en las empresas peruanas, habíanlos reducido a una extrema miseria fisiológica y moral. Los viejos caucheros gruñían como bestias acosadas. El Churo y Ordóñez habían avisado el peligro de un ataque, pero todos se quedaron resueltos a luchar contra las lanchas y las tropas mandadas por Arana y sus agentes. En total había quince blancos en La Unión y cuarenta indios aterrados y sin armas. Sólo tenían ocho carabinas y seis revólveres, unos casi inútiles y todos mal dotados de cartuchos.

Un domingo, antes del amanecer, llegó un espía con la noticia de que un buque y una lancha subían el río.

—A ver, todos —decía el Churo—. Preparen el pertrecho y cierren las trincheras. Corré vos, paisa, y reforzá con más caucho aquella banda. No boten tiros [...]

Asomó el vapor en la curva e izó bandera pidiendo atraque. La lancha cruzó rápidamente hacia el desembarcadero [...] Varios hombres vestidos de uniforme saltaron de la lancha “Iquitos”.

—Venimos en nombre del señor Arana a reclamar el jebe que usted vendió a los agentes de El Encanto [...]

19 La memoria *180 días en el frente* (1934), del periodista colombiano Arturo Arango, se escribió durante su viaje en 1932 al Putumayo como reportero de *El País*, para acompañar a las tropas nacionales. Para un análisis de *180 días en el frente* y su representación de la guerra colombo-peruana, véase Wylie (*Colombia's* 159-182). Para un estudio de las representaciones de la Amazonía durante el conflicto bélico entre Colombia y Perú en 1932-1934, véase Martínez-Pinzón (“La potencia bélica del clima” 217-241).

—Aquí no hay jebe suyo— dijo el Churo y volvió la espalda al flamante militar [...]

Volvieron los hombres a la lancha y se alejaron. De repente retumbó la selva con el trueno de los cañones del vaporcito. La lancha hizo funcionar las ametralladoras.

Los cañones del buque retumbaron sin descanso y un fuego de ametralladora y de fusilería barría el patio de la agencia. Se acercó la lancha amparada por las ráfagas que vomitaban sus máquinas, pero tuvo que retroceder con muchos muertos y averías (*Toá* 137-138).

La escena, que transcurre a lo largo de dos páginas en la novela, relata la embestida del ejército peruano enviado por la PAC contra los caucheros colombianos Churo Martínez y Ordóñez, a quienes, resguardando su agencia siringuera independiente, se les solicita hostilmente la rendición del jebe —caucho, palabra utilizada para referirse a la *Hevea brasiliensis*—. En el ejemplo, la selva, los caucheros y los indígenas se desterritorializan para reterritorializarse en campo de batalla y soldados, respectivamente. No hay descripción de fauna ni de flora, tampoco caracterización del entorno regional, solo el preludeo y el acontecimiento del ataque armado, así como la aparición de otra serie de materiales y vehículos para asir el territorio —lanchas, barcos a vapor, carabinas, revólveres, cañones, ametralladoras y munición—, herramientas de la modernidad²⁰ acopladas a este nuevo espacio para ejercer control sobre la zona de extracción y los cuerpos que la integran —humanos y vegetales: caucheros que gruñen como bestias, indígenas sometidos física y moralmente, y el látex—. Es un proceso que interpreto a través de la expresión poética del jebe como constructo que habilita ensamblajes: la de los caucheros colombianos

20 Martínez-Pinzón y Uriarte leen la guerra como “el *modus operandi* de la modernidad, asumida por el Estado como un proceso de conquista permanente” (13) y Serje señala que la guerra en los reveses de la nación colombiana “reproduce la opacidad de esos espacios donde todo puede ser posible, pues el desorden legítima cualquier tipo de intervención” (225). Interpreto como herramientas de la modernidad —desde la maquinaria de guerra hasta la intelectual— los aparatos operativos e infraestructuras del Estado para legitimar las intervenciones y el coloniaje sobre los territorios y los cuerpos.

con los indígenas, la de la Casa Arana o PAC con el ejército peruano, la de todos los anteriores con las armas de fuego, las embarcaciones y con las trincheras y el río. Cada una de estas formas de ensamblaje están propiciadas por la potencia explícita e implícita del látex —la referencia directa al jebe en el diálogo entre el militar peruano y el Churo, así como el contexto de control sobre la materia prima que, entre otras cosas, desata el ataque— que, al inscribir el capital en la naturaleza y la naturaleza en el capital, le otorga una dimensión central a la materia prima.

“¡Llévense el caucho, llévense todo!”: la semblanza semántica del jebe

Pensar la novela como una tecnología que activa otros usos de la palabra también permite entenderla como plataforma para articular una historia alternativa de la región en la cual se pone de relieve el modo en el que el material extraído operacionaliza transformaciones sobre el territorio y sus moradores. La escritura entendida como una tecnología para “tratar el lenguaje y extraer de él *régimenes de signos*” (Deleuze y Guattari 70)²¹ registra y cuenta la experiencia y el significado móvil de otra historia socioambiental en el Putumayo. Escrita y publicada unos veinte años después del colapso del mercado cauchero latinoamericano, y en pleno desarrollo de las beligerancias entre Colombia y Perú en la guerra de Leticia, *Toá* permite iluminar un aprovechamiento de la

21 De acuerdo con Deleuze y Guattari: “Un régimen de signos constituye una semiótica [...] Siempre hay una forma de contenido, a la vez inseparable e independiente de la forma de la expresión; y las dos formas remiten a agenciamientos que no son fundamentalmente lingüísticos [...] De ahí la necesidad de volver a una pragmática, en la que el lenguaje nunca tiene universalidad en sí mismo, ni la formalización suficiente, ni semiología o metalenguaje generales [...] Todavía no se trata de saber lo que tal signo significa, sino a qué otros signos remite, qué otros signos se suman a él para formar una red sin principio ni fin que proyecta su sombra sobre un *continuum* atmosférico amorfo. Este *continuum* amorfo desempeña, por el momento, el papel de ‘significado’, pero no cesa de deslizarse bajo el significant, al que tan solo sirve de *medium* o de pared: todos los contenidos disuelven en él sus formas específicas” (117-118).

distancia temporal e histórica entre un evento y otro para elaborar una reflexión más detallada sobre el significado del caucho en el Putumayo. De esa manera, más que solo textualizar la geografía de la selva como el revés de la nación o del *telos* civilizatorio, la escritura centraliza el jebe por medio del relato de la guerra, resignificando su dimensión en la novela y visibilizando el rol fundante y fundamental del látex para la historia colombiana. En ese sentido, si se supone que “la guerra es en sí misma indefinición, falta de certezas, un espacio de invisibilidades” (Martínez-Pinzón y Uriarte 9), en el caso de *Toá* la guerra es uno de los modos que tiene el lenguaje para hacer hablar a la extracción y al capital, y visibilizarlos. Esto es, el mecanismo discursivo a través del cual, como apunta Kari Soriano Salkjelsvik (31, 52), se revela la fragilidad del territorio nacional y se confirma la ficcionalidad que reside en su descripción geográfica como una unidad natural e inamovible. A través de esta aproximación al relato de la guerra la novela hace patente el espesor de la historia del látex —sus implicaciones culturales, económicas, ecológicas, sociales y geopolíticas—, desplazando metafóricamente la conceptualización de la ‘selva’. Con ello, la región emerge en el relato a partir de las desterritorializaciones activadas por la zona de extracción y el modo en el que el jebe, la sustancia derramada en los cortes del árbol, resulta crucial para entender lo señalado.

El cese del combate entre caucheros colombianos y militares peruanos enfatiza la imposibilidad de representar el Putumayo y el caucho desde el anclaje de lo específico, acentuando su carácter transformativo y transformador a nivel territorial e histórico:

Las balas disparadas desde el río rebotaban en el patio y contra las trincheras. La casa cogió fuego en una esquina y ardió como una antorcha.

—¡Qué hubo, cojo! ¡Cojo! ¡Qué es esa vaina! ¿Aquí nadie oye?

—Ya no hay cápsulas —dijo alguno.

—Soltá el rifle y escurrite por las chagras.

Viendo el Churo que aún disparaban en el ala opuesta, se arrastró hacia allá con la intención de hablar con Ordóñez e intentar la fuga. El viejo Ordóñez estaba tendido sobre el cojo agonizante [...]

—¡A las chagras, carajo! Echen por detrás de la casa. Corran y piérsanse en el monte. ¡Apuren!

El terrible Churo, cogió en sus brazos el cadáver de su socio y camarada y salió por el patio, lentamente, sin hacer caso del tremendo fuego que venía de las embarcaciones. Antes de ocultarse en el rastrojo de las chagras, se volvió hacia el río y gritó enronquecido:

—¡Hijue...! Llévense el caucho. Llévense todo [...]

Desde el monte oyeron las voces que mandaron cesar el fuego. Los caucheros se dispersaron por la selva. Acompañado por Tobar, iba el Churo cargando con el cuerpo de su amigo.

—Oí, Tobar, es mejor que salgamos a Cuirá. Aquí ya se acabó todo. Se acabó la siringa, mataron a los indios y acabaron con nosotros (*Toá* 138).

El repliegue de los caucheros colombianos y de los indígenas hacia las chagras, ‘en el monte’, sirve de ejemplo para observar la desterritorialización del espacio de la ‘selva’. En este caso, la zona de extracción devenida en zona de combate se convierte en zona de refugio para el Churo y compañía. Hay en la escena, además, un elemento de agotamiento que repercute con la frase final del Churo —“Aquí ya se acabó todo. Se acabó la siringa, mataron a los indios y acabaron con nosotros” — y que es posible leer complementariamente con la lectura alegórica que encuentra en la novela de Uribe Piedrahita una ansiedad al respecto de la pérdida de la soberanía nacional y del territorio.²² En el

22 En los trabajos críticos de Escobar Mesa (*Lectura* 87-109), Villegas (11-26) y Wylie (*Colombia's* 132-158) es relevante la lectura de *Toá* como alegoría de la pérdida del territorio soberano. Como le comenta Tomás a Orrantía, en la selva se presiente el inminente colapso del mercado cauchero para los países latinoamericanos al tiempo que la pérdida del territorio colombiano, como ocurría con la independencia de Panamá en 1903 —en la diégesis, este evento no es mencionado pero está aconteciendo, pues coincide con los años en los que transcurre el relato—, se intuye impostergable: “También andan con las noticias de que los ingleses ya tienen plantaciones de ‘siringa’ y algunos hablan de que en Belén del Pará compran semillas de caucho y pagan dos esterlinas por cada kilo. Aseguran que hace tiempo están sacando semilla del río Tapajoz. No sé qué tanta verdad haya en todo esto, pero el caso es que va a pasar con el caucho lo mismo que pasó con la cascarilla. Usted recordará que estas regiones eran conocidas solamente por algunos raros exploradores pastusos y que fueron los hermanos Reyes quienes recorrieron todo esto por aquí en tiempo de la explotación de Quina o Cascarilla. En todo caso, las plantaciones de caucho de los ingleses, nos harán

ejemplo, no solo se evidencia la muerte de los hombres, sino también la magnitud de la destrucción de la agencia y del entorno natural, y la más que probable ocupación del bosque siringuero por los militares peruanos a razón del enfrentamiento armado.

El caucho, entonces, ya no solo se articula como materia prima. Es también una tecnología que ensambla y pone en marcha la desterritorialización y la reterritorialización espacial y corporal. En el bullicio de las balas disparadas en la guerra, a punto de refugiarse en la floresta amazónica, el grito del Churo resulta ser aquello que le otorga otra presencia al caucho, verbalizado claramente con su nombre más distintivo: “Llévense el caucho”, “llévense todo”, “aquí ya se acabó todo”. El agotamiento de la jeringa, la masacre de los indígenas y la expulsión de los caucheros y colonos ilumina el coloniaje y exterminio que el grito del Churo ensambla a través de la semblanza semántica entre las palabras ‘caucho’ y ‘todo’. Es decir, en ese alzamiento de voz del cauchero colombiano, el caucho es todo y el todo es lo que la zona de extracción contiene en sí misma: territorio, humanos y no humanos. La guerra, entonces, vuelve a operar como “dispositivo epistemológico y máquina proliferante de significados” (Martínez-Pinzón y Uriarte 25), el régimen simbólico a través del cual la novela de Uribe Piedrahita documenta el peso histórico del jebe, otorgándole expresión a la extracción.

Tomando lo anterior en consideración, en este ejercicio poético que pone en marcha la novela lo importante no es la representación literaria o factual de los crímenes asociados al proceso extractivo, sino que solo basta con la escritura de la palabra ‘caucho’, contextualizada en el conflicto bélico, para darle otra dimensión al vocablo ‘selva’ y a su rol en la configuración de la historia colombiana. Tanto los conatos de guerra —las arremetidas puntuales de las tribus indígenas contra caucheros y tribus vecinas, en conflicto histórico— como la consumación de pugnas bélicas que toman lugar a medida que Orrorantía se interna en el Putumayo, son ejemplos importantes que permiten revelar la

perder la industria, pero hay algo que, si no es peor, es tan grave: los colombianos perdemos los territorios sin darnos cuenta. Así es como se pierde todo entre nosotros: sin darnos cuenta” (*Toá* 31-32).

perspectiva de que “war makes it so that it is no longer enough to read in order to give a precise account of a territory [...] War confronts the traveler with the insufficiency of reading” (Uriarte 6). Esto es, como he señalado anteriormente, que el conflicto bélico y la configuración de una historia socioambiental alternativa del Putumayo, al desplazar estética y políticamente la construcción idealista y romántica de la ‘selva’, lleva a que Orrantia entienda por primera vez que “la selva no era más cruel que los hombres brutales que pretendían poseerla”, presintiendo “vagamente que la tremenda lucha que se libraba allí cerca no era sólo la lucha biológica” (*Toá* 34). En ese sentido, si la ‘selva’ ya no puede leerse, imaginarse o representarse bajo los términos con los que llega Orrantia al Putumayo, es necesario experimentarla y verla en su esencia desterritorializada. La novela textualiza ese espacio a través de otra sensibilidad que ilumina, aunque sea momentáneamente y a través del conflicto bélico, lo que no puede explicarse en esa geografía. Como dice el cauchero Gregorio a Orrantia en la agencia del Cara-Paraná: “Doctor, usted verá con sus propios ojos lo que yo no sé explicar” (55).

La inscripción del ambiente debajo de la piel: imposibilidad escrituraria, enfermedad y paroxismo

Por otra parte, la escritura como tecnología de la palabra también se ve condicionada en la geografía extractiva. Si la guerra habilita otras formas de decir, mirar y experimentar el territorio, la zona de extracción también impone otra manera de escribir *en* y *el* territorio. Desde el siglo XIX, escribir respondía a una necesidad por ordenar e instaurar la lógica de la civilización para prefigurar las aspiraciones de la modernización.²³ Nancy Leys Stepan (35-36) y Uriarte (5-6) explican cómo el viaje en los trópicos, por ejemplo, implicó la repetición de lugares

23 González-Stephan explica que “Escribir, al menos durante la primera mitad del siglo XIX, respondía a la necesidad de ordenar e instaurar la lógica de la civilización; pero, a la vez, era un ejercicio previo y determinante de la modernización. Era dar forma anticipada al sueño modernizador. La palabra llena los vacíos: construye estados, ciudades, fronteras, diseña geografías para ser pobladas, modela a sus habitantes” (435).

comunes, haciendo que la mirada viajera sobre un espacio antes desconocido se fundamentara en las descripciones escritas por otros. Sin embargo, la guerra y la zona de extracción rompen con la confianza de los discursos letrados y antropológicos en la palabra escrita como forma certera y objetiva de legitimar el conocimiento de un lugar determinado. En las regiones extractivas, así como en las zonas de guerra, las continuas transformaciones del territorio desmontan la propiedad fija de la palabra escrita para dar paso a un proceso donde la letra, en un sentido metafórico, no representa correctamente el territorio sobre el papel, sino que lo hace sobre el cuerpo humano. Esto es, propongo leerlo como una inscripción *del ambiente en lo humano* a través de la representación de la fiebre y de la enfermedad como una escritura debajo de la piel que da cuenta de otra forma de ensamblaje. Dicho ensamblaje revela un sustrato que, aunque atravesado por este, no logra ser capturado por el capital cauchero. Me refiero a cómo una serie de factores climáticos, vegetales y animales hacen tangible otra experiencia en la selva extractiva que desplaza la lectura histórica de la Amazonía como enemiga de la civilización (Martínez-Pinzón, “La potencia bélica del clima” 248) por otra en términos de aclimatación del cuerpo en el entorno.²⁴

24 Como sugiere Villegas (18), Orrantia pertenece a una reducida capa culta que desde el siglo XIX construyó una imagen de sí misma como exiliada en islotes civilizados de las tierras altas cercadas por una masa ingente de tierras calientes, insalubres, improductivas y salvajes. Si bien la idea de la articulación del lenguaje médico y de las enfermedades propias del trópico articuló una representación de enfermedad permanente, en los textos de Uribe Piedrahita esto se observa en términos de una aclimatación, donde la enfermedad es la experiencia de ensamblaje que el contagio palúdico provoca como una forma de ser en el Putumayo. En ese sentido, mi noción de ‘aclimatación’ difiere de la visión racial desarrollada por la geografía médica europea del siglo XIX, según la explica Leys Stepan (163-164). Para un estudio sobre el uso de teorías y terminologías medicinales en la narrativa del siglo XX y la descripción de la enfermedad y la locura en los trópicos, véase Rogers (1-28). A diferencia de mi argumento, el trabajo de Rogers se enfoca en desentramar el modo en el que la narrativa se apropió del lenguaje médico para describir el comportamiento errático de sus personajes en los trópicos y trazar una transición literaria del lenguaje del Romanticismo a uno modernista.

En *Toá*, los hechos que acontecen en el Putumayo barruntan y dificultan la escritura. A lo largo de la novela, el narrador describe a Orrantia escribiendo el informe de inspección (*Toá* 55, 69) o escuchando los testimonios de distintos caucheros que le solicitan explícitamente que incluya en el documento los atropellos contra las comunidades indígenas, las elevadas comisiones que deben pagar a los comerciantes y barones del caucho o las hostilidades incesantes con sus homólogos peruanos (69-70). A pesar de que el informe es enviado a las autoridades (102), el reporte parece ser insuficiente y causa un impacto nulo en el gobierno central, sobre todo porque su redactor, Orrantia, pasa gran parte de la travesía convaleciente por “la fiebre del pantano” (74) y obcecado por Toá, la “hija del agua” nacida “de la cópula del río con la selva” (94).

En la novela, los caucheros insisten en la poca fiabilidad del reporte de Orrantia: no creen “en los hombres del gobierno” (52) y el mismo Orrantia, conversando con el cauchero Pedro Pizarro, intuye que el Estado no tiene interés real por solventar los conflictos que suceden en la Amazonía colombiana —“A mí nada me dijeron en Bogotá [...] Allí nadie conoce esta inmensidad ni sospecha todo lo que usted me dice” (33)— y se reconoce incapaz de cambiar la situación a través del cumplimiento de la misión que se le encomendó desde la capital: “Traía la intención de hacer algunas observaciones y pasar mis informes al Gobierno; pensaba estudiar las tribus, la vegetación, los animales... pero veo que esto es muy grande, que el problema necesita la intervención de un hombre más capaz que yo” (33). Si se suponía que el reporte de inspección, como un documento técnico ordenado por el Estado, cumpliría la función derivada de las normas regentes de la ciudad letrada poscolonial, sobre la cual Rama (*La ciudad* 31) interpreta la escritura como una tecnología o un instrumento ordenador y de control anexo al poder estatal, en la novela los eventos bélicos y la ineficacia de la letra oficial para controlar y ordenar la selva son indicativas de un efecto contrario.²⁵

25 Otra escena relacionada con la escritura y su imposibilidad tiene que ver con la recreación novelesca de la desaparición de Robouchon, también mencionada

Para entender lo anterior es importante pensar la diferencia en la concepción histórica de la escritura en los centros urbanos y rurales. Siguiendo a Rama (*La ciudad* 43-53), en las ciudades, la escritura precisaba de una serie de aparatos reales y simbólicos para su funcionamiento cabal y ancilar de la civilización; un entramado institucional, de profesionalización intelectual y de normatividad lingüística que se plegaba y desplegaba a la tradición heredada del poder imperial-colonial, reproducido en la etapa poscolonial por las naciones republicanas independientes. En ese marco operativo de la palabra escrita y su interpretación como una tecnología para el ordenamiento nacional, los territorios regionales selváticos e iletrados desempeñaban un rol determinante en términos económicos y de progreso. Hacerle la guerra a estas regiones con la finalidad de controlarlas y anexarlas al sistema productivo nacional, como indica al respecto del caso colombiano Martínez-Pinzón (“La potencia bélica del clima” 219-220), radicó en la necesidad de subvertir el tropo salvaje y premoderno de la selva con el advenimiento, así fuese a la fuerza, de la modernización. El fallo de dicha empresa no solo se dio por una predisposición en términos geográficos, sino también, como se nota en la novela de Uribe Piedrahita, en términos de la compleja tarea por articular una escritura eficaz ligada a un estado mental y a un territorio propicio para tales prácticas:

en *La vorágine*. En *Toá* se especula con la desaparición del francés, quien habría apuntado en sus papeles los maltratos a las comunidades indígenas. En la novela, Orrantía utiliza la excusa de recuperar dichos documentos para buscar a Toá, quien asegura que los indígenas boras, tras atacar a su tribu, “se llevaron muchos papeles más bonitos” (*Toá* 95). Robouchon fue al Amazonas contratado por Arana para levantar los planos de las propiedades del barón cauchero en el Putumayo y el Caquetá y censar a los trabajadores e indígenas (115). Finalmente, los papeles a los que hace referencia Toá nunca son recobrados por Orrantía y la desaparición de Robouchon, achacada a la información incriminadora escrita en los documentos (74), pone de manifiesto la dificultad que encierra escribir en la zona de extracción. En su análisis de *La vorágine*, Beckman (171-190) lee una crisis de la representación relacionada con el fallo de la poesía, como discurso de los letrados, para entender y aprehender la violencia generada por la extracción cauchera que relaciono con la imposibilidad escrituraria.

Aquella noche, como en tantas otras, el insomnio tenaz entretejió en el cerebro del Inspector una zarabanda infernal. Se mezclaban en confusa pesadilla la fiesta de los morucos, el golpear del maguaré, los peces muertos, el incendio, Jacobo y Toá. Ella era Toá... ¡Toá era candela! El Churo, Tomás y Faustino andaban juntos... Tam, tam, ¡tú! En la noche densa y tenebrosa como el tremedal del Aimaicare, golpeaban las arterias contra sus tímpanos tensos. Saltó del lecho y se escurrió hasta el río. La luna se adivinó entre la niebla como tras de un cristal esmerilado. El río estaba quieto y mudo. Igual siempre... Antonio empezó a desenmarañar la urdimbre de los acontecimientos que se atropellaban en su mente. El problema de las caucheras, era irresoluble (*Toá* 73).

La experiencia en la manigua es multifacética y tiene un efecto determinante en la capacidad cognoscitiva de Orrantia, así como en la forma en la que se comunican los eventos que acontecen en el territorio: el insomnio ‘entreteje’ zarabandas infernales y los acontecimientos se ‘enmarañan’ en el cerebro. Al mismo tiempo, el sentido de las cosas, como ocurre con el nombre de Nina, se desplaza y queda barruntado: para Orrantia, Nina se convierte inmediatamente en Toá al no entender la lengua del indígena que describe el incendio en el que la mestiza estaba involucrada. Aunque estos eventos no evitan que el médico-inspector redacte su informe y lo envíe al gobierno central, sí son indicativos de un desfase entre lo que la escritura puede comunicar racionalmente y lo que la experiencia en el entorno del Putumayo expresa, siendo determinante para que al final de la novela se reconozca que el informe es prácticamente inútil. Lo anterior se corrobora cuando Orrantia se ve condicionado y sujeto a la nueva experiencia del territorio, por un lado porque “no pensó nunca que, al solicitar un puesto lejano en la selva o en una isla, sus vagos deseos de liberación, las ansias de medir su voluntad y su capacidad de acción, se pondrían tan duramente a prueba” (*Toá* 25), y por el otro porque ni siquiera los “instrumentos, cartuchos, cuchillos, cartones, libros, libretas, papel, drogas, colores [...] le servían para nada” (27).

Al mismo tiempo, hay en esto una continuidad entre el estado mental y físico de Orrantia y el entorno, o una forma de aclimatación que parte de la mezcla de experiencias vividas en la fiesta de los mo-

rucos —celebración ritual indígena y de la cual el protagonista forma parte, embriagándose con una infusión de yagé—, el envenenamiento del río, el incendio en la selva y el rol que tiene Jacobo Berchillon, integrante de la PAC, en la explotación cauchera. Esa ‘urdimbre’ de acontecimientos que se atropellan en la mente del médico se describe a partir de metáforas relacionadas con lo enmarañado, lo urdido y lo enredado, referencias a la profusión vegetal que se entrelaza con el conflicto cauchero y la capacidad de actuación de Orrantia, llevando a este último a reconocer que su presencia no subsanará el drama que se vive en la región.

En ese sentido, si el Putumayo obstaculiza la operatividad de la tecnología de la palabra al comprometer la experiencia de Orrantia en el territorio, la novela, a partir de las metáforas de lo enmarañado, lo urdido y lo enredado, también pone de relieve otra forma de escritura como ensamblaje entre el sujeto humano y el entorno. En concreto, esto adquiere densidad a través de los paroxismos que experimenta Orrantia cuando enferma de paludismo y disentería tras su llegada a la región amazónica.²⁶ El paroxismo, que se refiere tanto a una exaltación extrema de los afectos y las pasiones como a la exacerbación de

26 A lo largo de la novela no se explicita la fuente del padecimiento de Orrantia. Para el guía Tomás, el médico ha sido embrujado por los indígenas; para Orrantia, en cambio, la enfermedad es producto del paludismo: “¡Eso fue la murranga! La bruja hizo el matojo, lo amarró con una guasca y fue apretando, apretando... hasta que lo mató. Yo he visto muchos embrujos con yerbas y con chundú... ¿No sería que le dieron chundú, doctor? —Es paludismo lo que yo tengo. Mientras tomo cascarilla estoy mejor, pero en estos tiempos tan penosos que hemos pasado, no hay cómo conseguir la medicina. Acuérdense de buscar en el monte, apenas salgamos de los raudales” (*Toá* 122). Esta tensión no se aclarará y cerca de la conclusión del relato el protagonista, al no verse sanado de su afección, accede a que lo traten los curanderos indígenas: “—Atiéndame unas palabras, doctor. Usted no cree en brujos, ni en hechicerías, ni en nada. Pero, yo creo que usted tiene algo raro. Después de que se le calmaron las fiebres y las loqueras que le daban, le ha resultado otra cosa peor. No me niegue. Yo hablé con el brujo y él me dijo que usted estaba hechizao y que él le sacaba ese mal. Déjese hacer la ceremonia, eso no le cuesta, no tiene que hacer nada, ni tomar remedios. ¿Sí se deja que lo soplen y le echen bendiciones en la toma del yagé? —Bueno, Tomás. Me dejo hacer todo lo que quieran. ¿Cuándo es la toma?” (143).

una enfermedad en la que el paciente pierde el sentido y la acción por largo tiempo, está intrínsecamente relacionado con el territorio, el clima y la enfermedad: la cantidad ingente de mosquitos —“los mosquitos atormentaban sin tregua al pobre médico (*Toá* 126)—, uno de los obstáculos históricos en el proceso de modernización de las regiones tropicales, reafirma una forma de existir en el Putumayo estrechamente ligada al intercambio biológico y zoonótico entre especies. Para aliviarse de la enfermedad y la fiebre, Orrantia consume cascarilla, corteza de quina y bebedizos de *yoco*, una infusión preparada a base de bejuco (75, 128, 134, 152).

El consumo de infusiones vegetales para aplacar el efecto de la infección parasitaria añade otro nivel de ensamblaje humano, animal y vegetal a la novela. Inscribe, para decirlo con otras palabras, la marca del territorio en el médico —similar a lo que ocurre con Leiziaga y el polvo de perlas, en el capítulo 1—, hasta el punto de que se considera que la curación de Orrantia solo puede lograrse por medio de la ingesta de estas bebidas herbarias: “Sehuidañá [nombre que le dan los indígenas a Orrantia y que significa ‘cara con barba’] se curaría después de la toma del yagé” (*Toá* 143). Este hecho es importante: en la Amazonía, como explica Pizarro (*Amazonía* 222-223), las bebidas alucinógenas hechas a base de plantas implican tradicionalmente un punto de conexión entre humanos y no humanos como fuente de sabiduría, placer, experiencias trascendentales y terapéuticas. La intersección entre la zona de extracción y el Putumayo, con la tradición regional amazónica de por medio, coincide en el cuerpo del médico-inspector, visibilizando el efecto de hacer parte de ese territorio. Dos ejemplos, a principio y final de la novela, resultan representativos:

En la frescura de la tarde, Antonio suspiró hondamente y estiró las piernas doloridas. Fatigado, cocido por el sol, ya no soñaba. Las visiones de su casa, de las ciudades, de los amigos se iban enturbiando y se perdían sin dejar huellas. La tortura infinita de su cuerpo entumecido, su cabeza hirviendo y sus ojos deslumbrados habíanlo convertido en un pobre ser resignado y sin voluntad, algo así como un fardo, una cosa (Uribe Piedrahita, *Toá* 24).

Antonio, pálido y tembloroso, venía apoyado en Tomás. Miraba todo con los ojos quietos y brillantes. Lo quemaba la fiebre, vivía medio sonámbulo, arrastrando los recuerdos agrios de su vida atormentada. De noche deliraba gritando y llamando a Toá y al brujo Chaí. Con frecuencia lloraba en silencio o se quedaba lelo mirando el río (151).

En ambos casos, las metáforas relacionadas con el entorno, con las visiones que, como un río, se ‘enturbian’ y pierden ‘sin dejar huella’, permiten reconocer la impronta de la zona de extracción selvática en el cuerpo y la percepción del médico: ‘fatigado’, ‘entumecido’, ‘deslumbrado’, ‘resignado’, ‘sonámbulo’, ‘delirante’ hasta el punto de hacer de él una ‘cosa’. Al interpretarlo en ensamblaje con el ambiente y los virus, Orrantía pierde las visiones civilizatorias y los proyectos idealistas. Transformado metafóricamente en ‘cosa’, los accesos febriles y el paroxismo del protagonista vehiculizan el lenguaje del territorio y la zona de extracción a través del cuerpo del hombre enfermo. Como lo describe Tomás, Orrantía “se larga a decir pendejadas y a gritar” (*Toá* 127), pierde el sentido (82) y vive con una conciencia atormentada (98) desde que enfermó o cuando deja de consumir *yoco*, la medicina herbaria de los indígenas que contrarresta la fiebre causada por el paludismo, la disentería y los embrujos. De manera similar, el paroxismo en Orrantía forma parte de la disolución paulatina de la importancia y el efecto transformador de la letra y de la ciencia en el Putumayo, los bastiones más representativos en el carácter del protagonista cuando llega a la zona cauchera: “Tendido en la angosta piragua, se dejaba llevar por el río, sin proyectos, sin esperanzas” (151). En este caso, curarse es más bien aclimatarse, formar parte del nuevo espacio con todas sus implicaciones.

La eficacia de la escritura como tecnología para clasificar, ordenar y legislar el futuro del territorio amazónico se desmonta en *Toá*. Desde esta perspectiva, se enfatiza implícitamente que escribir en el Putumayo es una práctica complicada, muy distinta a la realizada en los centros urbanos. Lo dicho ilumina la zona amazónica extractiva no solo como la representación del revés de la nación, sino como la representación del revés del proyecto ancilar de la ciudad letrada y de la escritura como eje modernizador. Es decir, el entorno selvático se

convierte en el espacio oblicuo de la escritura, la zona que compromete la posibilidad escrituraria y la ordenación del mundo a través del lenguaje escrito. Ante la imposibilidad de representar cabalmente los acontecimientos que se suceden en la zona extractiva cauchera, la novela es indicativa del ensamblaje humano, animal y vegetal evidenciado por la enfermedad que testimonia otra forma de existencia en el Putumayo. Así pues, *Toá* es un texto que pone de relieve el entorno selvático como una zona que subvierte la posibilidad discursiva letrada al subsumirla a la imposibilidad de un significado fijo y predeterminado. Como ocurre con el constructo 'selva' y 'naturaleza', la escritura también representa la imposibilidad de civilizar, al menos desde la letra, el entorno del Putumayo.

Esto último opera en términos del fracaso del proyecto escritural que emprende Orrantía, opuesto directamente al éxito que se lee en otras ficciones regionalistas como *Doña Bárbara*, en la que 'triumfa' el relato civilizador. En el último capítulo de la novela, el médico-inspector le pide a Tomás que lo conduzca hacia Pará, Brasil, para salir al océano Atlántico en un movimiento que alude a la disolución de la idea de la región y la nación, escapando de ellas:

Antonio abrazó a sus amigos:

—Yo sigo con Tomás río abajo. Vamos a buscar mejores tierras. Gracias por todo.

Se acostó en el fondo de la canoa y empezó a tiritar. Deliraba, balbuceando palabras ininteligibles.

Apolinar pegó fuego a la casa de la Agencia y se internó en la trocha.

—Cálmese, doctor. Cálmese, por vida suya. Estése quieto que esta canoa es muy celosa. Estése quieto...

—Oiga, doctor. ¿Y pa onde es que nos vamos por aquí pa abajo? Diga a ver onde es que vamos. Acuértese a ver...

—Vamos al mar, Tomás. Vamos al mar... a Pará. ¿Allá está Jacobo?... No, no, ¡por allí no! ¡Toá! ¡Jarache!... No sigan... ¡Ah! Un río de sangre corre por debajo de la hamaca. ¡Ah! ¡Ah!... ¡Araracuara! ¡Araracuara! ¡Turute! (*Toá* 152).

La necesidad de abandonar la región y la nación en un movimiento que 'busca mejores tierras' en el mar cancela ambas instan-

cias representativas del discurso regionalista, desestimando cualquier pretensión de que Orrantia se amalgame y transculture con la selva —como ocurre con Marcos Vargas en *Canaima* (1935), de Gallejos—, de sucumbir ante ella —el caso de Cova en *La vorágine*— o de hacerle frente para imponer el orden civilizatorio —Luzardo en *Doña Bárbara*—. En la novela de Uribe Piedrahita la correlación entre escritura, selva y extracción no termina en un texto hallado y cableado al gobierno central, ni tampoco en el mito del poeta o del aventurero desaparecido sin explicación en la vorágine vegetal. En estos casos, o bien la selva se consolida como tropo enemigo y salvaje, el infierno verde que se resiste a la civilización y que engulle y acaba con el humano, o bien queda deconstruida a través de una operación chamánica en la que la naturaleza no humana se comunica a través del humano —es el caso del indígena Juan Solito, quien entiende a la selva guayanesa en *Canaima* o de Clemente Silva, quien habilita la voz de los árboles en *La vorágine*—.

A diferencia de estos ejemplos, en *Toá* se destaca otra forma de ensamblaje en el devenir de Orrantia con los parásitos del paludismo y los brebajes vegetales como parte de un proceso biológico complejo que va desde el contagio y la convalecencia hasta la inmunización y la aclimatación. Si bien Orrantia escapa de la región dada su incapacidad para mensurar el drama cauchero y solventarlo, el ensamblaje con el entorno no acaba necesariamente con su vida ni tampoco lo integra enteramente a la naturaleza; en todo caso, el ensamblaje habilita la aclimatación con el entorno representado en el balbuceo final de Orrantia en la canoa. En una fluctuación entre el español y la lengua indígena, en la ambigüedad de intentar comunicarse en ambas lenguas, el médico-inspector condensa la ecología política de la región y vocifera el drama del extractivismo: “¡Ah! Un río de sangre corre por debajo de la hamaca. ¡Ah! ¡Ah!... ¡Araracuara! ¡Araracuara! ¡Turute!”.

Finalmente, el espesor de la historia del látex se corrobora en *Toá* como *regionalismo ensamblado* en tanto que, por un lado, profundiza en las implicaciones que entrelazan la historia natural y cultural de Colombia y, por el otro, pone de relieve los modos en que la guerra, la enfermedad y la imposibilidad de la escritura actúan si-

multáneamente como semiosis de la extracción. El texto configura una sensibilidad que deriva del tratamiento histórico y estético del conflicto del látex en Colombia no solo para denunciar, como bien ha apuntado la crítica, la explotación y damnación de las comunidades indígenas colombianas, sino que también operacionaliza un desmontaje de dos constructos medioambientales clave, como la ‘selva’ y la ‘naturaleza’ frente a la práctica extractiva, repensándolas en una dinámica ensamblada en vez de dicotómica. En los trabajos de Uribe Piedrahita, esto no solo se observa en un sentido estético. A continuación, exploro otra forma de ensamblaje en la ponencia médica “Esquema” como reacción político-cultural. En concreto, exploro el modo en el que la ponencia del médico colombiano articula la historia y la salud regional entre los moradores de las selvas, las enfermedades zoonóticas, las plantas nativas y lo latinoamericano como intento de diagnóstico de los males de la nación y el modelo civilizatorio que propugna.

Patología latinoamericanista y el devenir-indígena en “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia”

Uribe Piedrahita tuvo un rol activo y destacado en Colombia como profesional de la salud y representante internacional del gobierno nacional. Como nota Escobar Mesa (*Naturaleza* 192-198), el fisiólogo colombiano fue instrumental en la incorporación de los estudios médicos para potenciar el desarrollo económico de Colombia. Algunos de sus trabajos explicaron el impacto del gasto fisiológico de energía mínima de un individuo o la aplicación de métodos para el cultivo de bacterias para exterminar las langostas que destruían los cultivos en Guaduas y Tocaima, en Cundinamarca.²⁷ Me interesa indagar en

27 Si bien no abordo estos y otros textos médicos por situarse fuera de la periodización del libro —véanse Uribe Piedrahita (*Apuntes*) y Uribe Piedrahita y Mezey (177-247)—, su análisis no solo permite estudiar otra faceta del autor y la rela-

cómo la correlación entre enfermedades, el trópico colombiano y la postura política latinoamericanista²⁸ del médico se resaltan en una pieza inédita en los estudios críticos sobre su obra: la ponencia “Esquema”, presentada en el Primer Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, México, en 1940. Dicho congreso, patrocinado por la Unión Panamericana,²⁹ concluyó con la fundación del Instituto Indigenista Interamericano y reunió entre el 14 y 24 de abril de ese año a comunidades indígenas y un grupo multidisciplinario de expertos provenientes de distintos países americanos con el objetivo de avanzar políticas comunes para los indígenas del continente (Tercero 702-712; Instituto Indigenista Interamericano, “Acta”; Pineda 10-28). Estas políticas, redactadas en las resoluciones del congreso (Instituto Indigenista Interamericano 7-35), abarcaron desde el reparto de tierras, los estudios antropológicos, culturales y médicos, hasta la implementación de proyectos de educación, división político-territorial y el rol de las instituciones nacionales para activar dichos planes. Uribe Piedrahita fue designado como uno de los tres vicepresidentes del Congreso (Pineda 19).³⁰

ción que establece entre la práctica de la medicina y su discurso, sino también la relación material que se da entre su práctica científica y discursiva para detectar y prevenir enfermedades que ponían en riesgo la operatividad del capitalismo en Colombia.

- 28 Con ‘latinoamericanismo’ me refiero a una toma de posición política, cultural e histórica, relacionada con los proyectos de integración regional y cultural en América Latina. Más allá de leerlo en términos de disciplina crítica (Poblete ix-xv; Degiovanni 1-12), lo situó en el contexto más amplio inaugurado por la tradición del pensamiento crítico latinoamericano (Ríos 16-21), consciente además de las complejidades estructurales y geopolíticas, así como la participación de distintos agentes estatales, institucionales y sociales en la construcción de la idea de Latinoamérica (Briceño-Ruiz y Rivarola Puntigliano 13-30).
- 29 La Unión Panamericana, creada en 1910, fue un organismo dependiente de la Unión de las Repúblicas Americanas. El organismo operó como aparato integracionista hasta que fue reemplazado en 1948 por la Organización de Estados Americanos (OEA).
- 30 Para una síntesis crítica sobre el rol del congreso en el desarrollo del indigenismo latinoamericano, véanse Giraudo y Sánchez (9-18) y Pineda (10-28).

“Esquema” se organiza en seis apartados —“Piel y anexos”, “Tubo digestivo”, “Aparato circulatorio”, “Aparato respiratorio”, “Otras afecciones” y “Enfermedades por carencia. Tóxicos”—, que describen al por menor enfermedades y afecciones padecidas por las comunidades indígenas colombianas. A pesar de la abundante terminología médica que se emplea en el texto, la ponencia intercala nosología universal con opiniones y apreciaciones de orden ecológico, cultural, histórico y político sobre la vida de los indígenas colombianos,³¹ el modelo civilizatorio capitalista y la convivencia de la medicina occidental con su contraparte indígena y regional —esta apreciación, no obstante, no evita paternalismos y apreciaciones en ocasiones racistas, inherentes al lenguaje del médico—. El texto se presenta como un reporte de distintos estudios de campo realizados por el médico en el interior colombiano, entre 1918 y 1939, relacionándose explícitamente con la redacción de *Toá*³² y con las distintas intervenciones higiénicas del

31 No me enfoco en las discusiones sobre el indigenismo y el etnocentrismo en Latinoamérica. Interpreto el indigenismo de Uribe Piedrahita en sintonía con dos contextos de orden político y cultural: el primero, referido al apoyo otorgado por el Estado entre 1927-1947 para fomentar una revalorización de la cultura indígena colombiana (Trojan 82-85); el segundo, sobre los modos en los que las ficciones de la época intentaron insertar la selva en la identidad cosmopolita y nacional, y que Marcone (“Jungle Fever” 162) describe como uno de los dilemas de la ‘novela de la selva’ y del indigenismo. Para un abordaje del indigenismo en Colombia y su impacto en la intelectualidad del país durante la década de 1930, véase Trojan (81-106). Véase Orrego Arismendi (31-54) para una lectura de la crítica de la novela indigenista colombiana. Para una aproximación biográfica de Uribe Piedrahita y su relación con las comunidades indígenas, véase Escobar Mesa (“Vida” 17-66).

32 Véase L. Rodríguez (8-12) para un recuento de estas expediciones científicas a las selvas, montañas y llanuras colombianas, de gran importancia para el trabajo científico y literario de Uribe Piedrahita. La expedición que realizó a la zona selvática occidental de Antioquia como médico de la comisión de ingenieros encargados de trazar una línea férrea para unir la costa Atlántica con Medellín inspiró su tesis de grado *Apuntes para una geografía médica del Urabá* (1920). También filmó su viaje al Caquetá en el documental *Expedición al Caquetá 1930-1931* (1931). De acuerdo con Escobar Mesa, durante una expedición al Caquetá y al Putumayo, Uribe Piedrahita “aprende [de los indígenas] su modo de comuni-

Estado colombiano para sanear y controlar, con menor o mayor eficacia, las regiones de provincia del país.³³

En lo que sigue, interpreto la ponencia como una pieza discursiva que ilumina un desplazamiento sutil de la pretensión representativa de la medicina tropical occidental como extensión de los proyectos higiénicos del Estado-nación, para formular un discurso imbuido en la realidad histórica y regional latinoamericana. Leo esto como una ruptura parcial con el paradigma europeo que asoció las enfermedades al clima y a las razas (Leys Stepan 163-164) para situarla en cambio en el contexto histórico de la ocupación del territorio selvático como zona de extracción capitalista. Al localizar en el mapa patologías, espacio tropical y explotación humana y no humana en Colombia, el diagnóstico de Uribe Piedrahita incorpora el latinoamericanismo como una reacción político-cultural al lado de la emergencia de la salud pública colombiana. Finalmente, leo la intoxicación descrita por el médico en términos de ensamblaje. Interpreto cómo la presentación histórica del consumo de coca y yagé por parte de los amerindios invita a pensar un devenir-indígena como otra forma de relacionalidad entre organismos humanos y vegetales, que desmonta las estructuras del pensamiento binario.

carse, su cultura, sus tradiciones y sabiduría, que reproduce luego en excelentes dibujos y en sus escritos" (*Lectura* 12). *Toá*, es referenciada en "Esquema" como "una contribución al estudio de las costumbres y usos de los indígenas de esta región" (Uribe Piedrahita, *Esquema* 153).

- 33 Cueto ("Introducción" 19-20) ha señalado la estrecha relación entre los discursos sanitaristas y los esfuerzos políticos de renovación nacionalista. La salud tuvo un papel importante debido a la necesidad de darle continuidad y seguridad al comercio de exportación, la inmigración europea y al crecimiento de las ciudades, poniendo la salud pública al servicio de las élites ciudadanas: "La salud fue considerada como un instrumento de las élites para subordinar a otros grupos sociales y para imponer a los trabajadores una disciplina compulsiva y asfixiante y la conformidad con el orden social establecido. Según esta perspectiva, las políticas de salud estaban articuladas por los intereses económicos y políticos de las clases dominantes que buscaban aumentar la productividad de la fuerza de trabajo a través de la protección de la salud del trabajador" (24).

La enfermedad histórica del Estado: salud pública y el diagnóstico de la patología latinoamericanista

“Pido a los que no tengan las retinas cubiertas de pomadas y ungüentos europeos que digan si nuestros campesinos no son pura tierra, resecos por nuestros soles, deformados por la brega contra el suelo rocoso, el río cargado de oro y de muerte y el socavón estrecho o el organal que los obliga a penetrar el lecho aurífero, como entran las raíces en terreno pedregoso.”

César Uribe Piedrahita, “Comentarios a ‘Un repique insonoro’” (1938)

“Esquema” comienza clarificando que la investigación no pretende “establecer la noción de una patología independiente y autóctona” (150), sino estudiar las costumbres de los aborígenes y la biología en relación con los procesos patológicos. Señala que, debido a las características del programa del congreso, se resolvió “presentar [la ponencia] como un derrotero para investigaciones más profundas y detalladas sobre antropología, etnología, nutrición, metabolismo, etc.” (151). Estas observaciones introductorias permiten proponer un desplazamiento relevante en la ponencia, ya no solo porque explícitamente se posiciona en contra de los preceptos de la geografía médica tradicional al prescindir de la noción “independiente y autóctona” asociada a las patologías tropicales, sino porque además invita a sus oyentes a que las consideren anexadas a “la paradoja de la acción civilizadora” (156) —vuelvo sobre esto más adelante—. Dicha paradoja está estrechamente ligada a una serie de factores de orden sociopolítico y económico, como la profesionalización de la salud pública latinoamericana y el ejercicio de la medicina, sobre todo la referida a las regiones tropicales.³⁴ No obstan-

34 Según Cueto, entre 1920-1940 se dieron tres cambios significativos en la salud pública latinoamericana: “Los dos primeros fueron la formación de los ministerios de salud y la organización de los seguros sociales. El tercero hizo más evidente la transición de un campo vagamente llamado ‘medicina tropical’ hacia la salud internacional. A diferencia de Europa la medicina tropical nunca llegó a consolidarse como un campo académico en las Américas. Ello significó el inicio de una red de

te, la misma paradoja anunciada por Uribe Piedrahita también resalta una ambivalencia en su discurso, crítico al respecto del intervencionismo extranjero-colonial y la acción civilizadora, pero reiterativo tanto de una intervención heredada del sistema colonial en términos de la higienización sistemática de las regiones selváticas, como del llamado mejoramiento de las condiciones de los indígenas a través de la asimilación de la técnica y la ciencia occidental:

El magno problema del parasitismo intestinal verminoso y protozoico, sería motivo de un estudio extensísimo que no podría emprenderse sin el concurso de numerosos investigadores y exploradores con el que aún no contamos [...] Si al daño que causan los helmintos añadimos las pésimas condiciones higiénicas de todo orden, la desnutrición progresiva y el uso de tóxicos, no es de extrañar que la generalidad de los individuos que quedan como restos de antiguas colectividades numerosas, sean sólo escombros de humanidad y que sus hijos sigan por el mismo camino si el Estado no toma medidas inmediatas y directas, asumiendo la responsabilidad sin delegarla en manos de instituciones coloniales extrañas e incapacitadas para asumirlas (“Esquema” 154-155).

El discurso de Uribe Piedrahita apela a la intervención del Estado colombiano —tanto en materia de recursos humanos y económicos como sanitarios— para asegurar la supervivencia del indígena, afectado por distintas patologías.³⁵ Es un reclamo llamativo, puesto que una de las funciones del Estado, como noté en mi análisis de *Toá*, es la de subyugar las regiones selváticas donde moran las comunidades indígenas

instituciones dedicadas a la salud internacional entre las cuales tuvieron una influencia perdurable aquellas que operaron desde los Estados Unidos. Entre estas instituciones destacaron la Oficina Sanitaria Panamericana creada en 1902 y la Fundación Rockefeller que empezó a actuar en la región en 1914” (“Introducción” 20).

35 En la conclusión de su intervención, Uribe Piedrahita afirma que “Diversos factores de orden constitucional concordatario, impiden que el Estado colombiano pueda ejercer una acción directa y positiva en todos los graves problemas que plantea esta comunicación. Sólo después de que los tratados vigentes sean modificados substancialmente, podremos remediar tan graves irregularidades que interrumpen la acción autorizada del Estado” (“Esquema” 165).

a la productividad económica de la zona extractiva. Esa contradicción operativa que le solicita Uribe Piedrahita al Estado —que fluctúe entre la dinámica capitalista de explotación de la selva en favor del desarrollo nacional y la protección de los nativos históricamente desplazados de dichos territorios para hacer progresar al país— se entrecruza en la ponencia con los hechos históricos precolombinos y coloniales que presentan a las diezmadas comunidades indígenas como “restos de antiguas colectividades numerosas”, unos “escombros de humanidad”. Leído así, el discurso del médico colombiano se ancla en la efectividad retórica de entrelazar la idea del Estado como un organismo eficiente que garantice tanto el desarrollo económico del país como la calidad de vida de sus ciudadanos, con el recurso histórico e identitario del indígena y las selvas como parte esencial del sujeto y del territorio americano.

Este recurso retórico que tiene resonancias con la concepción del Estado liberal colombiano de los años 1934-1938, también se interpreta sustentado en una crítica de cariz histórico y político a la dependencia y sumisión estatal bajo los dictámenes de higiene provenientes del extranjero.³⁶ La crítica que hace Uribe Piedrahita en su ponencia se asocia al subtexto histórico referente a la constitución disciplinaria de la medicina tropical y su intervención en las regiones selváticas latinoamericanas como campos de experimentación biopolítica.³⁷ Al poner en evidencia la vulnerabilidad del Estado por delegar la salud pública a “instituciones coloniales extrañas e incapacitadas para asumirlas” (“Esquema” 155), se lee en el texto una articulación discursiva que vincula la enfermedad del indígena con la enfermedad del Estado. Es decir, establece lo que

36 Véase Leys Stepan (158-171) para un contexto general sobre la influencia ejercida por naciones e imperios europeos, como Francia y Reino Unido, sobre el ejercicio y el estudio de la medicina en distintas colonias americanas, africanas y asiáticas del siglo XIX. Véase Cueto (“The Cycles”; “Introducción”) para un repaso sobre la sustitución de la influencia francesa por la estadounidense en el estudio de la medicina y en la creación de los sistemas de salud pública y ministerios de salud en América Latina durante el siglo XX.

37 Sobre biopolítica en la Colombia de 1910-1930, véase Castro Gómez (9-19). Para un contexto general sobre biopolítica y Latinoamérica, véanse Giorgi (11-40) y Yelin (15-25).

entiendo como una dialéctica entre las numerosas patologías que identifica el médico en sus visitas a las regiones de provincia con el desinterés sociohistórico y político de un Estado que no facilita recursos para erradicar las enfermedades y que cede continuamente a la influencia extranjera. En ese sentido, ya no solo resulta relevante en la ponencia la referencia a la intervención colonial, sino su condición extraña y extranjera, incapacitada para identificar, interpretar y tratar efectivamente las patologías nativas americanas. Visto de esta manera, hasta el título de la ponencia, “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia”, resalta su doble sentido: alusivo tanto al conjunto de síntomas que afecta a los aborígenes colombianos como a la identificación metafórica de una patología nativa; es decir, de una enfermedad histórica e *indígena*, propia del país. A partir de esto identifico en la ponencia la transcendencia de un problema que en el discurso es tan urgente como la erradicación de las enfermedades que afectan a los pueblos originarios: atender la enfermedad histórica que subyace en la formación del Estado y que, entre otras cosas, ha supuesto la aniquilación de las “antiguas colectividades numerosas”.

Frente a esa coyuntura, continúa la ponencia de Uribe Piedrahita, solo se mantienen ajenos y sanos algunos grupos minoritarios de aborígenes, aislados del contacto con extranjeros. El dato no es menor y resulta retóricamente determinante para la efectividad de la ponencia del médico, puesto que apunta a la dimensión nacional e internacional de la circulación de enfermedades. Es decir, da a entender que, a excepción de un par de comunidades reclusas, las enfermedades que se detallan en la ponencia, sobre todo las referidas al aparato circulatorio —paludismo y sífilis—, al aparato respiratorio —tuberculosis— y a los males de la piel —lepra—, provienen de un intercambio humano y zoonótico particular, que presenta un peligro potencial para el país y la región en general. Al mismo tiempo, resulta relevante destacar que “Esquema” discurre entre el reporte médico y el ensayo, y que su objetivo haya sido la audiencia internacional que asiste y participa en el Congreso Indigenista Interamericano. Si bien el texto no explicita lo antedicho, su forma híbrida y el contexto en el que fue presentado permite establecer una relacionalidad entre enfermedad, medioambiente y distintas formas de circulación ligadas a las actividades humanas en términos de

una historia transnacional de la ecología-mundo, donde tribus y entornos naturales de la región son “explotados por los monjes, comerciantes y terratenientes” (“Esquema” 159). Esta perspectiva se corrobora cuando Uribe Piedrahita describe el desarrollo de la explotación del capital extractivo en Colombia a través de la historia de los indígenas de la región, los cuales “de bestias de carga pasaron a la esclavitud de las ‘encomiendas’, en las minas y en los servicios domésticos” (161).³⁸

Si bien la ponencia se enfoca en las patologías de los aborígenes colombianos, el autor deja claro que las enfermedades solo pueden entenderse en un contexto más vasto de costumbres y biología (“Esquema” 149, 160), situadas en flujos de circulación donde los intercambios y las relaciones entre razas nativas y extranjeras, entre humanos y no humanos que comparten territorio en las zonas tropicales calientes o en la región amazónica, confluyen y se afectan mutuamente. A lo largo de la ponencia, Uribe Piedrahita deja claro que las patologías que observa en distintas comunidades aborígenes también son padecidas por afrodescendientes que habitan en las regiones cálidas de clima tropical (“Esquema” 153). Estas están estrechamente relacionadas a los movimientos humanos, desde los tiempos de la colonización hasta la actualidad del discurso, resultantes en la transmisión de la sífilis, la tuberculosis o la influenza. Un ejemplo representativo lo da el médico al referirse a la afluencia de tropas peruanas y colombianas en la Amazonía, “después del malhadado conflicto que mi país tuvo con el Perú [la guerra colombo-peruana de 1932-1933] [que] desarrolló

38 La ponencia también hace referencia a distintos eventos de la historia latinoamericana entrelazados con la ecología-mundo y los efectos transformadores del capital extractivo en la región. Por ejemplo, en una digresión histórica que ocupa alrededor de dos páginas, el médico explica el impacto de “la ruta de la coca” (“Esquema” 162) en la cultura, la lengua y la distribución del trabajo en los países andinos. En otro ejemplo, explica que sus expediciones al río Cauca y a las estribaciones selváticas de la Cordillera Occidental siguieron la ruta del conquistador Francisco César, conocido por el mito de la ciudad de los Césares —similar al mito de El Dorado—. Si en aquella época el conquistador español encontraba oro, en la primera mitad del siglo xx el médico colombiano hallaba poblaciones mestizas e indígenas aquejadas por enfermedades dermatológicas de orden endémico y extranjero (152).

una epidemia de influenza que se extendió rápidamente a los grupos aborígenes” (157). De allí que la crítica presente en Uribe Piedrahita y que identifico como una patología latinoamericanista esté, en primer lugar, sustentada por los efectos de las dinámicas y procesos articulados sobre el medioambiente a raíz del capitalismo extractivista y sus distintas formas de desterritorialización y reterritorialización; y, en segundo lugar, avance una crítica que no solo se centra en Colombia, sino que involucra a Latinoamérica —y posiblemente al resto de las Américas— como región aquejada por la misma dolencia:

Creo innecesario insistir sobre la paradoja de la acción civilizadora que debieran ejercer los pueblos más desarrollados sobre sus hermanos más débiles. En todo caso, estamos de acuerdo en que se está cometiendo un crimen y estamos obligados a impedir que se siga cometiendo [...] Este cuadro doloroso que palpamos en su tremenda realidad, debe estimularnos para que todos colaboremos en una obra de redención y de reconstrucción que hemos de continuar para devolver a nuestros hombres lo que otros les quitaron: la salud y la vida (157).

La forma plural a través de la cual Uribe Piedrahita construye su reflexión apunta hacia la noción de integración. La ponencia ilumina la colectividad de los ‘pueblos’, así como la actuación y reacción colectiva —“estamos de acuerdo”, “estamos obligados”, “debe estimularnos”, “todos colaboremos”— que apela tanto al oyente del Congreso como a una comunidad histórica y vernácula, invisible pero intuida en las palabras de la ponencia. Aquí, la retórica del médico es importante para notar cómo la lengua visualiza una integración entre pueblos que “la paradoja de la acción civilizadora” ha resquebrajado históricamente. Ello no quiere decir que el discurso sea apologético de los pueblos “más débiles” y demonice civilización y desarrollo. Al contrario, la propuesta de Uribe Piedrahita no se libra de cierta ambivalencia y es enfática a la hora de proponer soluciones paternalistas para enfrentar el dilema de la salud que aqueja a las comunidades indígenas. Higienizar la selva o permitir que “los pueblos más desarrollados” asistan a sus “hermanos más débiles” sincroniza la propuesta del médico con los proyectos de modernización de las instituciones de

salud pública y los programas de erradicación del paludismo y otras afecciones categorizadas como males tropicales (Cueto, “The Cycles” 226-227). No obstante, la asistencia sanitaria es también “una obra de redención y de reconstrucción” para resolver y redimir el “crimen” socioambiental que las civilizaciones más poderosas, como indica la ponencia, cometen contra las más débiles. Asimismo, el discurso de Uribe Piedrahita no criminaliza al nosotros integrado de los ‘pueblos’. En cambio, es reiterativa la estrategia retórica a través de la cual el texto presenta la historia compartida de (neo)colonización en Latinoamérica para distinguir al pueblo americano del europeo y del estadounidense, diagnosticando de esa manera el “cuadro doloroso” que se experimenta tanto en las regiones de provincia como en el continente en general.

La ponencia, además, permite notar cómo esa enfermedad que se asocia alegóricamente al Estado influenciado por fuerzas extranjeras es una que también se siente y se experimenta en el propio cuerpo. Es decir, el discurso invita a incorporar la historia de la región, sentir los estímulos y palpar la ‘tremenda realidad’ de los crímenes y vejámenes cometidos —como le ocurría a Orrantía en distintos pasajes de la novela—. “Para devolver a nuestros hermanos lo que otros les quitaron” se precisa poner el cuerpo y sentir la historia, la enfermedad y la misma tierra. Dicho con otras palabras, a través de la recurrencia a lo háptico en la ponencia, especialmente por medio del uso del verbo ‘palpar’ conjugado en la primera persona del plural, se ilumina en el texto una sensibilidad experiencial, asociada al sentir físico que las expediciones a los biomas regionales del Caquetá, del Putumayo y del Yarí, a la Orinoquia y al Alto Guainía, al Urabá y al Cauca ofrecen al cuerpo para redimir lo que se ha perdido en el camino hacia la civilización.

De ese modo, en esta patología latinoamericanista de la ponencia de Uribe Piedrahita se reescriben los contornos del Estado-nación a través de un acercamiento profundo a la región. La ponencia trasciende la idea aislada y reduccionista de la región de provincia como un espacio que debe civilizarse para conferir un regionalismo continental, en términos de integración y colaboración entre pueblos latinoamericanos, que evalúe su historia y ‘sienta’ la realidad de la tierra enferma. De esa manera, como indica Amanda Smith, si las novelas y distintos documentos que representaron y registraron la selva se pueden

entender como “spatial recovery projects that imperfectly attempt to record and rescue the textures of a region threatened by the kinds of institutional flattening initiated with the rubber boom” (6), la ponencia de Uribe Piedrahita ante el Congreso Indigenista Interamericano aporta otra dimensión a esos registros a través de la extensión de las enfermedades en consonancia con la expansión modernizadora del Estado-nación. Esto es, el texto traza las coordenadas patológicas de las distintas afecciones autóctonas y extranjeras que diezman a las comunidades indígenas, al tiempo que evalúa y diagnostica la ‘salud’ del Estado en su relación histórica con la protección del pueblo y la tierra.

Tanto en *Toá* como en “Esquema”, Uribe Piedrahita no solo se dedica “al rescate del patrimonio cultural prehispánico colombiano con el fin de mostrar la vigencia de esas culturas y su relación con el pasado” (Escobar Mesa, *Lectura* 53). Además, ambos textos permiten identificar una forma de repensar la historia nacional desde las periferias regionales y su inserción en las dinámicas de la ecología-mundo. Bien sea a través de la conversión de la selva en zona de extracción de caucho y siringa, en escenario bélico o en el mapa de las patologías indígenas, la reacción político-cultural del diagnóstico de la patología latinoamericanista resulta en otra lectura de la idea de lo regional y en el reconocimiento de una historia de dimensiones socioambientales. En ese caso, la región, ya no entendida en su condición de representación textual como espacio exótico y ajeno, emerge en la ponencia como un espacio palpable y cargado de estímulos, donde la relación entre el pueblo, la biología, el entorno y la actividad económica iluminan las paradojas que atañen a la acción civilizadora.

Intoxicar la historia: el devenir-indígena como ensamblaje del humano, la coca y el yagé

La última sección de “Esquema” lleva por título “Enfermedades por carencia. Tóxicos” y se enfoca tanto en la “decadencia biológica atribuibles a deficiencias nutritivas” (158) como en los efectos que tiene en el organismo humano el consumo de “bebidas embriagantes, en las yerbas que adormecen, en los bejucos alucinantes y tóxicos” (160).

Me interesa concretamente el segundo grupo que describe el médico y propongo leer la intoxicación como otra forma de ensamblaje entre humanos y plantas. Aquí, intoxicarse no solo tiene connotaciones nocivas, sino que también puede ser estimulante y habilitante, una forma de tratamiento y de cura para devenir indígena. Empleo el vocablo 'indígena' más allá de su referencialidad como sinónimo de las poblaciones y culturas originarias colombianas. Mi interpretación toma en cuenta la definición etimológica de la palabra, entendiendo por 'indígena' aquello que es originario del país de que se trata. En ese sentido, devenir indígena es el establecimiento de una relacionalidad humana-vegetal propia de la tierra amazónica colombiana. A diferencia del devenir hombres cardón discutido en el capítulo 1, esta otra forma de devenir se pone de relieve en el ensamblaje tóxico propiciado por la ingesta de la hoja de coca y del enteógeno del yagé en los contextos de la explotación capitalista y de las tradiciones místicas-religiosas.³⁹

Más que la presentación de un reporte médico que detalla los efectos curativos o nocivos de estas plantas, la última sección de la ponencia resalta la relevancia de la coca y el yagé para repensar la historia, donde la intoxicación humana-vegetal ofrece otra configuración de lo común, aunque ello no esté necesariamente explicitado en el texto. A partir de ello, el devenir indígena ilumina lo vegetal como parte esencial de la configuración de una historia regional atravesada por el capitalismo y por la nación, al tiempo que desplaza discursivamente la aproximación racionalista del orden médico occidental por una de carácter especulativo y animista ligado a la tradición amazónica (Pizarro, *Amazonía* 222-230; Duchesne Winter, *Plant Theory*: 9-54)⁴⁰ y al

39 La *Banisteriopsis caapi*, nombre científico del yagé o ayahuasca, es una especie botánica de liana, del género *Banisteriopsis*, de la familia de las malpigiáceas. La palabra yagé también se refiere al enteógeno preparado por los indígenas amazónicos de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil y Venezuela, que se bebe en distintos rituales de curación, chamánicos, espirituales y religiosos. La ingesta del brebaje, de propiedades psicotrópicas, provoca un estado modificado de conciencia (Pizarro, *Amazonía* 222-223).

40 Los pueblos amazónicos poseen una importante tradición animista que considera a las plantas como organismos sintientes, con agencia e inteligencia.

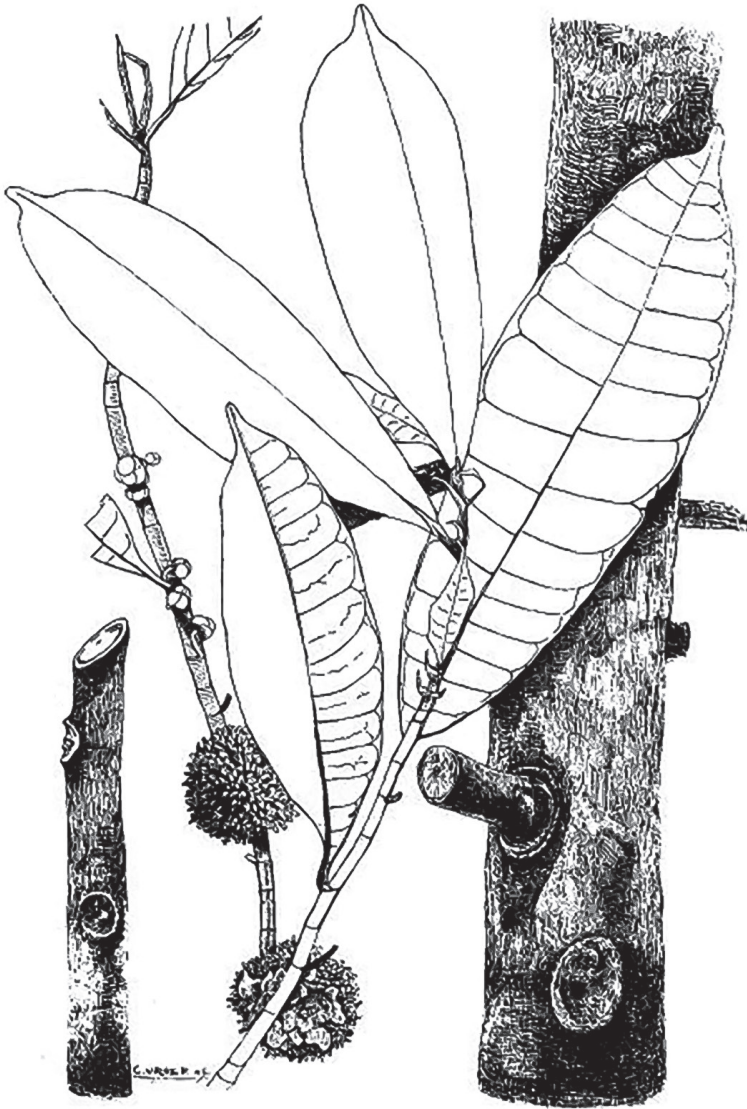


Imagen 7. César Uribe Piedrahita, “Pacurú Niaara”, dibujo (1945). César Uribe Piedrahita y Kalman Mezey (1945): “Niaara: un veneno de flecha. Primer estudio farmacodinámico”. *Revista Trimestral de Cultura Moderna*, vol. 3, p. 180.

anudamiento entre mundos indígenas y no indígenas (De la Cadena, *Earth Beings*).

En “Esquema”, la atención que presta Uribe Piedrahita a la planta de coca y al yagé es fundamental para comprender la intrincada relación socioambiental entre vegetales y seres humanos. La aproximación que hace el médico es desde el punto de vista de un fisiólogo e investigador, que mira la realidad conforme la comprensión que le otorga la ciencia moderna. En ese sentido, cada una de las plantas descritas, que el médico además detalla reproduciendo el formato de las farmacopeas —es decir, precisa su composición y las propiedades medicinales positivas o negativas, probadas empíricamente o supuestas—, son destacadas como un subterfugio, en muchas ocasiones fútil, al que recurren las comunidades amerindias para paliar los efectos de una ración alimenticia cada vez más precaria, las endemias tropicales y las enfermedades introducidas por los extranjeros. No obstante, en su intento por situar históricamente las plantas referidas, la ponencia también enfatiza el modo en el que estas se encuentran intrínsecamente ligadas a la cultura, la economía local-global y a las formas de vida en la Amazonía. Al respecto de esto, el médico se detiene prolijamente en la coca, sobre la cual observa:

Debido a la falta de alimentación y viéndose obligados a trabajar un poco, o a caminar largos trechos a veces cargados como acémilas, los indígenas apelan a las hojas secas de la coca. Este hábito ancestral introducido desde Bolivia y Perú a lo largo de las cordilleras andinas y de los grandes ríos de nuestra Amazonía Orinoquia, está profundamente

Véanse al respecto Coccia (3-6) y su aproximación a los seres y objetos que habitan el planeta como subproductos de un mundo hecho por las plantas, así como Gargliano, Ryan y Vieira (vii-xxxiv) sobre la influencia de las plantas, tanto en un sentido literal como representacional, en las ciencias, la filosofía y la literatura. En estos estudios, las plantas ocupan un papel actante y determinante para la vida planetaria que asocio a la ponencia de Uribe Piedrahita. Véase también la noción de la poética de las plantas de Wylie: “plants are imbued with a political edge in Spanish American culture and have been fundamental to the formulation of countercultural forms and expression” (*The Poetics of Plants* 7).

arraigada en la mayoría de nuestros indígenas y de muchos de los pseudocivilizados, semi-esclavos que viven en las regiones del Sur vecinas al Ecuador (160-161).

La exposición de los hechos fluctúa implícitamente del consumo de coca como hábito cultural y ancestral andino a la dependencia del alcaloide por sus cualidades calmantes. El discurso señala de manera explícita una concatenación de hechos que reflejan cómo la ingesta viciosa de coca se enraizó a través de una costumbre de dimensiones transnacionales, de la cordillera andina a los ríos amazónicos, y que toca todos los estratos y jerarquías socioeconómicas de los aborígenes. En ese sentido, señala el médico, se podría decir que los amerindios ‘apelan’ a las hojas de la planta porque están culturalmente predispuestos a ello.⁴¹ Sin embargo, el discurso también establece de manera tácita que la ligadura del consumo de coca como práctica cultural —una costumbre ancestral y precolombina, que trasciende regiones y naciones— y el consumo de coca como una necesidad fisiológico-química —dependencia de la planta como analgésico— está intrínsecamente ligada a la emergencia del registro histórico del capitalismo como proyecto ecológico (Moore, *Capitalism 3*) y a la relacionalidad entre el humano, el entorno y el vegetal:

41 Este apunte también le permite a Uribe Piedrahita una digresión histórica y antropológica. Al respecto de la influencia cultural de la coca y la migración indígena, tanto en tiempos precolombinos como durante la América colonial y esclavista: “es indudable que los nombres geográficos de claro origen quechua, indican que la influencia incásica penetró profundamente en el Sur de Colombia [...] La ruta de la coca parece remontarse a épocas muy lejanas. En las estatuas monumentales de San Agustín en el Alto Magdalena, Colombia, se ven las estatuas de los hombres mostrando uno o dos abultamientos en los carrillos, lo que claramente representa el bocado de coca. Así mismo hemos visto cabecitas en cerámica de la costa Sur de Colombia —en su vecindad con la antigua civilización de Esmeralda—, en las cuales se representa el bocado de coca. [...] Nos ha llamado la atención la similitud de los nombres con que se denomina el calabacito con la cal o concha molida. [...] No nos atrevemos a sugerir cuáles fueron las relaciones que hubo entre los quechuas del Perú y los arhuacos de Sierra Nevada de Santa Marta” (161-162).

Los conquistadores primero y los misioneros después, introdujeron a nuestro país, innumerables rebaños de esclavos de lengua quechua. De bestias de carga pasaron a la esclavitud en las “encomiendas”, en las minas y en los servicios domésticos, de allí el gran número de voces quechuas que se usan en la agricultura, minería y en los menesteres de la casa.

Es muy explicable que el hábito de mascar coca con bases alcalinas está tan extendido entre los indígenas del Sur de Colombia. En la actualidad este vicio se fomenta por los terratenientes —la ración de coca está establecida como moneda de salario—; gran parte del jornal se paga en manotadas de hojas de coca cultivadas en las haciendas. También es explicable la ruta de la coca a lo largo de las cordilleras y de los grandes ríos donde las razas autóctonas recibieron de sus hermanos del Sur y de los amos extranjeros esta funesta costumbre, destructora de la ambición y de la vida (“Esquema” 161).

Si bien el pasaje referido no hace posible determinar que el consumo de coca como analgésico se haya incrementado debido a la instalación del capitalismo, la ligadura histórica entre la subyugación humana y del medioambiente a los designios del proyecto capitalista resultan obvios. La referencia a los conquistadores, misioneros y terratenientes, así como al desarrollo y perfeccionamiento de sistemas y mecanismos de producción y explotación humana y no humana como la agricultura, la esclavitud, la encomienda, la minería, el servicio doméstico y la “ruta de la coca”⁴² son de importancia para iluminar el uso del alcaloide como herramienta ancilar dentro de la proyección histórica del capitalismo y su conceptualización de la naturaleza como un elemento externo que puede ser fragmentado, cuantificado y racionalizado para servir al crecimiento social y económico. En su eva-

42 No me detengo en la ruta de la coca, pero cabe destacar el valor histórico que acompaña a la expresión y su alusión al establecimiento de la ruta comercial de la plata entre América, Europa y Asia para la transferencia del metal extraído en México durante la dominación imperial y colonial española entre los siglos xvi-xviii. Véase Topik, Marichal y Frank (1-24) para un contexto general de la historia de los *commodities* en América Latina desde una perspectiva de las cadenas de producción y exportación.

luación química de la planta, Uribe Piedrahita destaca cualidades que permiten interpretar el uso de la coca como un instrumento del terrateniente que doblega a la naturaleza y al hombre, una potencialidad material para sostener la dinámica productiva: “la anestesia obtenida [de la coca] aplaca la sed, embota el apetito y mitiga el hambre” (“Esquema” 163). De ese modo, la idea del capitalismo como proyecto se entronca con el hábito ancestral de mascar coca y evidencia la práctica como un ‘vicio’ fomentado y puesto al servicio de la producción y la ‘degradación’ del individuo, intoxicándolo hasta el punto de anular sus necesidades fisiológicas para favorecer su prestación laboral, mientras diezma su ‘ambición’ y su ‘vida’.

También se puede destacar cómo la intoxicación entre el humano y la coca operacionaliza, como ocurre con Orrantía y el consumo de brebajes vegetales en la novela, un ensamblaje que mantiene con vida al ser humano esclavizado. En ese sentido, en su descripción de la coca como un vicio histórico trasplantado en la Amazonía desde los Andes, Uribe Piedrahita reconoce un caso que tacha como curioso. Relata el médico que su colega Antonio García, durante una estancia en las provincias de Imbabura y Carchi, en Ecuador, observó que la comunidad de los otavalos no sufre los efectos nocivos de la intoxicación por coca “porque no la usan porque su mayor desarrollo económico no se los exige” (“Esquema” 161). La diferencia entre el ‘vicio’ de los indígenas colombianos de la Amazonía y el consumo recreativo por parte de los otavalos redirige la atención sobre la tergiversación del uso de la planta por la práctica capitalista. La descripción de la historia de la coca en la ponencia ilumina entonces el rol de la planta, la cual desempeña una doble función en tanto que forma parte activa de un proceso donde las comunidades amerindias esclavizadas y sus dominadores encuentran en ella una aliada inesperada. En ensamblaje con el organismo humano, la coca le permite al indígena esclavizado sobrevivir mientras labora y le proporciona al terrateniente una herramienta de dominación sobre la mano de obra esclava para que mantenga en marcha el ciclo de producción. De allí que la interpretación que hace Uribe Piedrahita sobre el consumo de la planta como una “costumbre funesta, destructora de la ambición y de la vida” pueda pensarse no solo en términos de un ‘vicio’ o una práctica cultural y

ancestral adquirida, sino también como parte de un proceso histórico que destaca las funciones múltiples de la coca en la intervención capitalista de la Amazonía colombiana.

Por otra parte, la descripción del caso del yagé ofrece otro punto de vista para pensar más concretamente el devenir indígena. La planta es analizada por el médico en consonancia con una apreciación sesgada de los rituales —“de carácter mágico demoníaco [que] ocurren con frecuencia en las numerosas fiestas de la Yuca, el Tapir, el Jaguar, etc.” (“Esquema” 164)— y se destaca de esta sus propiedades alucinógenas y estupefacientes. El mismo Uribe Piedrahita describe en la ponencia que después de participar en una toma del enteógeno sintió una “sensación angustiosa producida por la taquicardia, un estado anhelante precursor de la embriaguez, silbidos y otras confusas alucinaciones auditivas [,] luminosas amorfas o apenas bosquejadas en sombras antropomorfas” (165). En el próximo fragmento, identifico un viraje del discurso médico y racional a uno de orden especulativo e irracional, una reinterpretación del entrecruzamiento histórico de dos discursos ontológicamente encontrados, sobre todo en América Latina, como lo son el de la medicina occidental y el de la medicina tradicional con anclaje en las prácticas de sanación de diversas comunidades amerindias:⁴³

Bien pronto empiezan a revelarse los síntomas de la intoxicación: marcha vacilante, mirada vaga, hondos suspiros, voz balbuceante, sudor

43 Bunge (19-42) ha señalado que la diferencia entre la medicina occidental y las llamadas medicinas tradicionales de las Américas, Asia y el Medio Oriente radica en la distinción entre las prácticas científicas y las mágico-religiosas, que en algunos casos poseen vasos comunicantes entre ellas. Por otra parte, como señala Cueto al respecto de la intervención de la Fundación Rockefeller en las campañas de salud pública latinoamericanas de principios del siglo xx, el Estado y las organizaciones médicas extranjeras presionaron arduamente para suprimir las prácticas de curandería y medicina tradicional de especial arraigo en las regiones de provincia: “Both the RF [Rockefeller Foundation] and native physicians condemned native healers and domestic medicine as primitive. The refusal to understand and engage with popular beliefs or to enlist non-Western practitioners contributed to the typical cultural resistance to public health modernization” (“The Cycles” 226).

profuso. Pasado ese período los bebedores entran en una excitación desordenada: rugen, ríen y tratan de ejecutar movimientos de danza, pero vacilan y caen. Luego gritan y remedan los silbidos de aves y de monos y los rugidos y clamores de la selva. Cada cual —por un desdoblamiento de su yo personal—, procura imitar a su tótem o segundo yo [...] Durante este período pre-comatoso, el hechicero se comunica con los moanes o duendes del río y con el espíritu de sus antepasados y al despertar, jura según los amuletos que vio en su estupor o vaticinio de acuerdo con los consejos escuchados en el interior de su cerebro enloquecido. A fines del siglo pasado, en la época de las grandes caucherías amazónicas, el uso del Yajé [sic] se extendió entre los traficantes caucheros, quienes exageraron los efectos alucinantes de este endemoniado brebaje hasta el punto de atribuirle cualidades telepáticas (164).

Al reconocerse en la ponencia la interacción humana de los hechiceros con entidades como los “moanes” y los “espíritus de los antepasados”, así como el “desdoblamiento del yo” y la imitación totémica que desencadena la intoxicación del hombre con el yagé, el discurso señala una fractura del sentido racional que la ponencia construye desde sus primeras líneas en torno a la idea del reporte médico sobre las patologías indígenas en Colombia. La irrupción de lo chamánico, el desdoblamiento del yo y lo totémico son las prácticas por medio de las cuales el discurso evidencia la pérdida de la certeza empírica moderna y dicotómica cuando el médico se interna en las regiones selváticas del país. A través del consumo del enteógeno del yagé, la referencia al “cerebro enloquecido” por la intoxicación permite pensar la ponencia como un discurso que, a pesar de asumir posturas de orden paternalista y en ocasiones racista, deja filtrar otro tipo de sensibilidad para experimentar y pensar el mundo en ensamblaje con la planta.

Interpretado desde la cosmología amerindia, la potencia del yagé no puede ser comprendida por la episteme dualista occidental debido a que las plantas son entendidas por las comunidades amazónicas como seres pensantes que deben ser tratadas como tales. Según explica Duchesne Winter, si bien para las sociedades amerindias las plantas son una fuente alimenticia y artefactual, no son valoradas “[not] just because they are resources, nor even for their specific healing properties, but mainly because they are teachers, auxiliaries in connecting to

the sensible and suprasensible world” (*Plant Theory* 40). En ese sentido, la ponencia de Uribe Piedrahita también se deja subvertir por el yagé en un sentido metafórico al intentar describir la nueva experiencia sensible que habilita el ensamblaje entre el humano y la planta. Si bien el texto mantiene su estructura racional y empírica que puede observarse en su organización como un diagnóstico médico —esto es, se listan síntomas, se emplean terminologías de la medicina, se dan explicaciones racionales a la experiencia de la intoxicación—, la inclusión de experiencias psicotrópicas y místicas que no pueden comprobarse científicamente son de importancia para apreciar el reconocimiento de que en la selva hay otra forma de experiencia sintiente, temporal y espacial que no está necesariamente correlacionada con la idea moderna que intenta introducir la civilización sanitaria del Estado.

Desde esta perspectiva, tanto la ponencia como *Toá* ponen de relieve en la exposición de los hechos y la narración del relato la potencia de la intoxicación humana/no humana en la formación de ensamblajes en los espacios regionales. Hay en estos trabajos de Uribe Piedrahita una lectura implícita que tensiona los modelos de pensamiento occidental, asociados al ideal civilizador moderno criticado en “Esquema” y en las narraciones de caucherías referidas a los proyectos de extracción del látex en *Toá*. Como he señalado hasta ahora, la relevancia de las zonas periféricas y extractivas colombianas radica justamente en que proporcionan una dimensión política al ensamblaje, realzando el valor de lo regional no en términos de explotación o asimilación nacional, sino con su propio acervo histórico y cultural.

Un ejemplo final resulta importante para corroborar lo anterior. En las últimas dos páginas de la ponencia, Uribe Piedrahita se refiere a una creencia compartida por aborígenes y caucheros al respecto de las “propiedades telepáticas” asociadas al consumo del yagé. Si bien el médico descalifica las cualidades telepáticas del yagé como una “propiedad imaginativa” (“Esquema” 165), el texto remarca en sí la potencia del brebaje de la planta como un organismo lo suficientemente válido como para articular, en el ensamblaje tóxico con los seres humanos, ideas alternativas del mundo. Dicho con otras palabras, que el discurso científico de Uribe Piedrahita describa el desdoblamiento del yo personal como un síntoma de la toma del yagé, se asocia a un des-

centramiento del ideal antropocéntrico, configurando una identidad ensamblada entre ser humano y planta. De este modo, aclimatarse a la Amazonía a través de la intoxicación humano-yagé es precisamente devenir indígena, es ser lo que se origina en un territorio en particular y reconocer la contigüidad de seres en una vinculación heterogénea y por tanto contraria a la determinación ontológica de las dicotomías binarias.

Finalmente, en adición a la relectura de lo común y la nación a través de la incorporación explícita de lo regional como ocurre en los casos de Núñez y Lyra, en la ponencia de Uribe Piedrahita se identifica la reconfiguración de lo común desde el impacto que posee la incorporación de las plantas de coca y yagé como agentes activos en la configuración histórica de la región y la nación. En ese sentido, aunque el discurso sanitario, como brazo médico de la modernidad, intenta aplacar el impacto histórico de lo no humano a través de la activación de programas de erradicación de enfermedades y reportes médicos, los efectos transformativos de las plantas descritas en la ponencia actúan como una ruptura retórica con la historia oficial de la modernidad: su intoxicación a través del ensamblaje que ilumina la capacidad actante de los vegetales para incidir efectivamente en el curso de la historia. En ese sentido, la ponencia adquiere el valor de un escrito revelador para la configuración de una historia socioecológica en la que humanos, vegetales y el medioambiente desempeñan un rol desequilibrado pero activo en la formación del mundo. Partiendo de ello, la coca y el yagé, dos plantas regionales de los Andes y la Amazonía que no logran ser explicadas en su totalidad por el reporte médico y la historia nacional desestabilizan los dualismos antropocéntricos a través de la intoxicación con el humano, iluminando la existencia de otros agentes activos dentro del proyecto sistematizador del capitalismo. Así, la región es una reescritura simbólica de la nación en un movimiento contrario al de la tipificación tradicional del regionalismo, donde ya no es el hombre moderno y civilizador el que trae la intención del cambio o del progreso, sino la planta andina y amazónica que en ensamblaje con el primero reescribe la historia.

Conclusión

La ecología política del regionalismo ensamblado

A lo largo de estas páginas, con *regionalismo ensamblado* traté de subrayar el modo en el que, más que limitarse a representar determinados espacios geográficos y comunicar formas de identidad ligadas a los ambientes regionales de Venezuela, Costa Rica y Colombia, las distintas prácticas discursivas y culturales aquí analizadas participaron de una ecología política más vasta, a través de la cual se percibe una idea ampliada y ensamblada de región. Si bien Enrique Bernardo Núñez, Carmen Lyra y César Uribe Piedrahita no son considerados integrantes prototípicos del llamado canon literario regionalista latinoamericano, su relativa marginalidad en la historia cultural continental —que no nacional— es representativa de otra forma de registrar y comunicar las coyunturas socioecológicas que tomaron forma en las regiones extractivas durante la primera mitad del siglo xx.

Esta reconceptualización del regionalismo y su dimensión cultural como forma de ecología política no pretendió anclar, bajo paradigmas teóricos y conceptuales contemporáneos, los dilemas y problemas del presente en el pasado. Matizando el riesgo de incurrir en anacronismos, la propuesta explora la configuración discursiva de la región

en un momento político y cultural particular en Latinoamérica. La década de 1930-1940 fue un período histórico de intensos debates sobre nacionalismo y modernización en el continente, alimentados por la expansión económica interna durante los años de entreguerras europea y que, sin embargo, a raíz del colapso financiero mundial en 1929-1930, puso en peligro la cristalización de los proyectos modernizadores que empezaban a tomar forma desde finales del siglo XIX y principios del XX. La aceleración de las prácticas de explotación extractiva de la naturaleza en paralelo con la fluctuación de los proyectos de desarrollo del Estado, el afianzamiento de la modernidad eurocéntrica como visión de mundo y las distintas crisis derivadas de estos procesos, dieron paso a formas de reacción político-cultural que cuestionaron en distintos niveles la abstracción del Estado-nación.

La atención sobre la región, al menos en sus diversos registros en los trabajos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita, emerge en una dinámica de tensión con los mecanismos de abstracción del Estado-nación. En sus prácticas discursivas y culturales, esta tensión no implica un revés o su contrario. La región exige prestar atención a las innumerables ecologías que constituyen la vida de los individuos y sus comunidades. Su multiplicidad en ensamblaje no reclama nombrar estas relaciones para codificarlas en una lógica fija y cohesiva —como ha sido tipificado tradicionalmente el regionalismo a través de dicotomías, identidades y espacios delimitados por el discurso moderno de la formación de la nación—. En cambio, la multiplicidad de ecologías regionales, vinculadas de forma esencial a los organismos que la habitan, desbarajusta los mecanismos abstractos de poder que operan a través de dinámicas de inclusión y exclusión. Hay otra forma de comprender el regionalismo.

La ecología política del *regionalismo ensamblado*, además de estar intrínsecamente relacionada con los aspectos temáticos y formales analizados en la producción discursiva de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita, se entiende también en el marco de una crítica ambivalente en términos de la relación que estos establecieron entre sus ideas, implícitas y explícitas, sobre biología, cultura, economía, medioambiente y política. Esta ambivalencia viene marcada por un pensamiento que, aunque consciente y crítico al respecto del modelo civilizatorio

occidental y del capitalismo en sus distintas versiones y facetas, está arraigado en las tensiones entre la región, la nación y sus fronteras territoriales, y por lo tanto no logra desligarse completamente de los paradigmas y tecnologías discursivas del desarrollo y el progreso nacional.

A través de esta ambivalencia, los trabajos de Núñez, Lyra y Uribe Piedrahita reiteraron la necesidad de reimaginar la nación prestando mayor atención a las ecologías amazónicas y caribeñas y su inserción en los regímenes de acumulación vigentes. La operatividad de sus prácticas discursivas y de medios como la novela, el ensayo, la crónica, el reportaje periodístico y el artículo científico y político, fue la de facilitar una plataforma para pensar alternativas que entiendo más en términos de ‘reacción’ que de ‘subversión’. Este apunte no es menor y resulta determinante considerarlo en el marco de las transformaciones económicas y sociales más amplias en tiempos de crisis financiera, así como del colapso, al menos en apariencia, de los ideales del progreso liberal.

La atención sobre la idea de una reacción político-cultural, en términos de lo que leí históricamente como una forma de ecología política, vehiculiza otra propiedad de las prácticas culturales: en el ensayo de Núñez, el opúsculo y los artículos periodísticos de Lyra y la ponencia etnográfico-médica de Uribe Piedrahita, las líneas temáticas, las preocupaciones y los estilos discursivos se refractan al leerlos desde la tensión entre modernización y medioambiente que documentan y representan. Los discursos sobre la región de Núñez —que describí en términos geosensibles como ‘Latinoamérica telúrica’—, Lyra —que llamé ‘regionalismo-comunista’— y Uribe Piedrahita —que caractericé como el diagnóstico de una ‘patología latinoamericanista’ y ‘devenir indígena’—, están intrínsecamente relacionados con la situación histórica del capitalismo extractivista y agrario en Venezuela, Costa Rica y Colombia. El cuestionamiento de la “mente capitalista”, como Núñez y Lyra denominaron al problema de dimensiones civilizatorias, en resonancia con la “paradoja de la acción civilizadora” discutida por Uribe Piedrahita, permean sus discursos e inscriben ópticas y epistemologías contestarias: en el caso de Núñez, partiendo de una visión geosensible, como el devenir de los hombres-cardón o el pensamiento

de la tierra ligado a la extracción hidro-carbonífera; en Lyra, desde el materialismo histórico y su vocabulario atento a las combinaciones vascularizadas en el entorno de los enclaves de monocultivo cafetero y bananero; y en Uribe Piedrahita, a través del diagnóstico de una patología latinoamericana y de la intoxicación histórica que pone en perspectiva la ecología política de los ensamblajes entre plantas y seres humanos en las selvas amazónicas.

En ese sentido, si bien las transformaciones vertiginosas de Venezuela resultaron más evidentes y explícitas en las representaciones socioambientales de los textos de Núñez gracias al impulso de la renta petrolera y a un impacto financiero comedido durante la Gran Depresión; en el caso del capitalismo agrario de plantaciones en Costa Rica y de la extracción cauchera y el rol de las plantas en los proyectos modernizadores en Colombia, los textos de Lyra y Uribe Piedrahita permiten apreciar otras formas de entender las relaciones humanas con el medioambiente que no deben pasar desapercibidas. Los diferentes modos de explorar los ensamblajes discursivos tanto en Núñez como en Lyra y Uribe Piedrahita son representativos de las realidades regionales y socioecológicas de Venezuela, Costa Rica y Colombia. Más allá de tomar estas realidades históricas y de representación como una diferencia irreconciliable, estas forman parte del continuo histórico latinoamericano: una experiencia común que documenta los modos de apropiación, explotación y alteración de lo no humano y lo humano bajo paradigmas civilizatorios y económicos capitalistas.

Finalmente, hay en las obras de estos autores un mensaje revolucionario y antiimperialista connotado y ligado a las características de los ensamblajes que toman forma en las ecologías regionales reterritorializadas como zonas de extracción. Con ello no quiero decir que estas reacciones estéticas y políticas estén exentas de posicionamientos por momentos conservadores, desarrollistas, colonialistas y racistas. Aquí lo revolucionario no está exactamente emparejado al discurso racionalista de las narraciones comprometidas, sino que exalta un grado de ambivalencia que lo contiene y define. Lo importante con esto es el potencial que indica. Más allá de su toma de posición ideológica explícita bajo el marco interpretativo del antiimperialismo, el comunismo y el latinoamericanismo, buena parte de las obras de Núñez,

Lyra y Uribe Piedrahita no se presentan a priori como textos con una inclinación ecologista o conservacionista. A diferencia de las denuncias socioambientales que sí quedan explicitadas en sus trabajos de ficción, los ensayos, reportajes y obras científicas fluctúan entre el discurso subversivo —reaccionario— y no contestatario, como indiqué particularmente en el capítulo 2. A partir de esa fluctuación retórica entre denuncia explícita y consideración política, económica, social y natural de la ecología, se ilumina el valor documental, reflexivo y especulativo de los trabajos aquí analizados. Esto ya no solo para entender la mediación cultural y literaria en la construcción simbólica, estética e histórica de las relaciones socioambientales o su influjo en las aproximaciones discursivas sobre las condiciones materiales y ecológicas de la transformación del territorio dentro de la dinámica de reorganización capitalista global. Su aporte radica, quizá tan o más urgente que lo antedicho, en la densidad histórica que le proporciona a la idea de región o esa contigüidad geográfica que se revela como un ensamblaje complejo de materialidades.

Bibliografía

- ACEVEDO, Claudia, *et al.* (2004): *César Uribe Piedrahita. Aproximación a su vida y obra literaria*. Medellín: Sílabo.
- ACOSTA, Alberto (2013): “Extractivism and Neoextractivism: Two Sides of the Same Curse”, en Miriam Lang y Dunia Mokrani (eds.), *Beyond Development: Alternative Visions from Latin America*. Quito/Amsterdam: Fundación Rosa Luxemburgo/Transnational Institute, pp. 61-86.
- AÍNSA, Fernando (2003): “¿Jardín del Edén o infierno verde? Naturaleza y paisaje en la novela de la selva”, en *América: Cahiers du CRICCAL*, vol. 29, pp. 21-37.
- ALARCÓN, Víctor (2012): “El símbolo de lo fantástico. *Cubagua* como novela de transgresión”, en *Mitologías Hoy*, vol. 5, pp. 96-106.
- ALIMONDA, Héctor (2002): “Introducción: política, utopía, naturaleza”, en Héctor Alimonda (comp.), *Ecología política: naturaleza, sociedad y utopía*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 7-14.
- (2007): “La ecología política de Mariátegui: buscando una herencia en Lima”, en *Tareas*, n.º 125, pp. 75-87.
- (2011): “La naturaleza colonizada. Una aproximación a la ecología política latinoamericana”, en Héctor Alimonda (coord.), *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*.

- Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 21-58.
- ALIMONDA, Héctor, TORO PÉREZ, Catalina y MARTÍN, Facundo (coords.) (2017a): *Ecología política latinoamericana: pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica*. Vol. I. Buenos Aires/Ciudad de México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana/Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad.
- (coords.) (2017b): *Ecología política latinoamericana: pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica*. Vol. II. Buenos Aires/Ciudad de México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana/Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad.
- ALONSO, Carlos J. (1990): *The Spanish American Regional Novel. Modernity and Autochthony*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1998): *The Burden of Modernity. The Rhetoric of Cultural Discourse in Spanish America*. Oxford: Oxford University Press.
- ALONSO LOREA, José Ramón (2016): *A la memoria de José Gómez Sicre en su centenario*. Miami: EstudiosCulturales2003.
- (2018): *Ducos: Mario Carreño*. Miami: EstudiosCulturales2003.
- ALTEZ, Rogelio (2021): “La desruralización”, en Inés Quintero (coord.), *La sociedad en el siglo xx venezolano. Tomo 2*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, pp. 18-44.
- AMATYA, Alok y DAWSON, Ashley (2020): “Literature in an Age of Extraction: An Introduction”, en *MSF Modern Fiction Studies*, vol. 66, n.º 1, pp. 1-19.
- ANDERMANN, Jens (2011): “Tesis sobre la metamorfosis”, en *Aletria: Revista de Estudios Literarios*, vol. 21, n.º 3, pp. 155-164.
- (2018a): *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- (2018b): “Introduction”, en Jens Andermann, Lisa Blackmore y Dayron Carrillo Morell (eds.), *Natura. Environmental Aesthetics After Landscape*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 7-16.
- ANDERSON, Mark y BORA, Zélia (eds.) (2016): *Ecological Crisis and Cultural Representation in Latin America: Ecocritical Perspectives on Art, Film, and Literature*. London: Lexington Books.

- APPADURAI, Arjun (1986): "Introduction: Commodities and the Politics of Value", en Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3-63.
- ARANGO CORREA, Catalina (2019): *Un mundo terráneo. El regionalismo postnaturalista en Colombia (1924-1947)*. New York: New York University, tesis doctoral.
- ARAUJO, Orlando (1972): "Ensayo sobre la obra literaria de Enrique Bernardo Núñez", en Enrique Bernardo Núñez, *Cacao*. Caracas: Banco Central de Venezuela, pp. 21-103.
- ARAYA SOLANO, Seidy y OVARES RAMÍREZ, Flora (1985): "Las manifestaciones intertextuales de *Bananos y hombres* de Carmen Lyra", en *Káñina. Revista de Artes y Letras*, vol. 9, n.º 2, pp. 103-108.
- ARBOLEDA, Martín (2020): *Planetary Mine: Territories of Extraction under Late Capitalism*. London: Verso.
- ARIAS MORA, Dennis (2008): "Carmen Lyra: escenarios políticos, culturales y subjetivos en la era antifascista", en *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 120, pp. 65-79.
- (2013): *Criaturas de lo heroico y lo monstruoso. Metáforas del saber biopolítico y sus cuerpos (Costa Rica, 1900-1946)*. Berlin: Freie Universität Berlin, tesis doctoral.
- (2014): "Las obsesiones corporales de Carmen Lyra entre la mirada biopolítica, el saber literario y las metáforas del poder", en *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, vol. 11, n.º 1, pp. 103-125.
- ARRÁIZ LUCCA, Rafael (2007): *Venezuela: 1830 a nuestros días. Breve historia política*. Caracas: Alfa.
- BAPTISTA, Asdrúbal (2005): "El capitalismo rentístico: elementos cuantitativos de la economía venezolana", en *Cuadernos del CENDES*, vol. 22, n.º 60, pp. 95-111.
- BARBAS-RHODEN, Laura (2011): *Ecological Imaginations in Latin American Fiction*. Gainesville: University Press of Florida.
- BARBARICH, María F. y SUÁREZ, María E. (2018): "Los guardianes silenciosos de la Quebrada de Humahuaca: etnobotánica del 'cardón' (*Trichocereus atacamensis*, Cactaceae) entre pobladores origi-

- narios en el Departamento Tilcara, Jujuy, Argentina”, en *Bonplandia*, vol. 27, n.º 1, pp. 59-80.
- BECKMAN, Ericka (2013): *Capital Fictions: The Literature of Latin America's Export Age*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BENNETT, Jane (2010): *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- BENNETT, Tony y JOYCE, Patrick (2010): “Material Power”, en Tony Bennett y Patrick Joyce (eds.), *Material Powers: Cultural Studies, History and the Material Turn*. London/New York: Routledge, pp. 1-21.
- BEST, Beverley (2024): *The Automatic Fetish: The Law of Value in Marx's Capital*. London: Verso.
- BETANCOURT, Rómulo (2007): *Venezuela: política y petróleo*. 1979. Caracas: Academia de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Católica Andrés Bello/Fundación Rómulo Betancourt.
- BINNS, Niall (2004): “Acercamientos ecocríticos a la literatura hispanoamericana”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 33, pp. 7-14.
- BOBBETTE, Adam y DONOVAN, Amy (2019): “Political Geology: An Introduction”, en Adam Bobbette y Amy Donovan (eds.), *Political Geology: Active Stratigraphies and the Making of Life*. Cham: Palgrave MacMillan, pp. 1-34.
- BOHÓRQUEZ, Douglas (1990): *Escritura, memoria y utopía en Enrique Bernardo Núñez*. Caracas: La Casa de Bello.
- BORGES, Trino (2018): “Enrique Bernardo Núñez: su actitud con los árboles”, en Enrique Bernardo Núñez, *Árboles. Crónicas de una ausencia*. Caracas: El Perro y la Rana, pp. 11-21.
- BOURGOIS, Philippe I. (1989): *Ethnicity at Work. Divided Labor on a Central American Banana Plantation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- BRAIDOTTI, Rosi y BIGNALL, Simone (eds.) (2019): *Posthuman Ecologies: Complexity and Process after Deleuze*. London: Rowman & Littlefield.
- BRICEÑO-RUIZ, José y RIVAROLA PUNTIGLIANO, Andrés (2021): “Resilience and Acquis in Latin American Regionalism”, en José Briceño-Ruiz y Andrés Rivarola Puntigliano (eds.), *Regionalism in*

- Latin America: Agents, Systems and Resilience*. New York/London: Routledge, pp. 13-30.
- BRUSHWOOD, John S. (1975): *The Spanish American Novel: A Twentieth-Century Survey*. Austin: University of Texas Press.
- BRUZUAL, Alejandro (2006): *Narrativas contaminadas. Tres novelas latinoamericanas: El tungsteno, Parque industrial y Cubagua*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, tesis doctoral.
- (2010): “Naturaleza, historia y neocolonialismo en *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez”, en *Revista Iberoamericana*, vol. 76, n.º 233-233, pp. 807-819.
- (2014a): “Neocolonialismo y escritura: una visión genética de *Cubagua*”, en *Revista Iberoamericana*, vol. 80, n.º 246, pp. 111-131.
- (2014b): “Piratas imperiales, escritura y territorio nacional”, en Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, *Documentos de Trabajo*, n.º 3, https://biblioteca.clacso.edu.ar/Venezuela/celarg/20170102043455/pdf_361.pdf [consultado 14/06/2024].
- (2017): “Las crónicas norteamericanas de Enrique Bernardo Núñez”, en Enrique Bernardo Núñez, *Viaje por el país de las máquinas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. vii-xxx.
- (2019): “La renovación narrativa de Enrique Bernardo Núñez”, en Enrique Bernardo Núñez, *Obras narrativas: Don Pablos en América. Cubagua. La galera de Tiberio*. Caracas: El Cardón, pp. 7-23.
- (comp.) (2021): *Cubagua ante la crítica*. Caracas: Monte Ávila.
- BUCHELI, Marcelo y SÁENZ, Luis Felipe (2014): “Export Protectionism and the Great Depression: Multinational Corporations, Domestic Elite, and Export Policies in Colombia”, en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), *The Great Depression in Latin America*. Durham: Duke University Press, pp. 129-159.
- BUNGE, Mario (2016): *Filosofía para médicos*. Ciudad de México: Gedisa.
- BRIDGE, Gavin, MCCARTHY, James y PERRAULT, Tom (2015): “Editor’s Introduction”, en Tom Perreault, Gavin Bridge y James McCarthy (eds.), *The Routledge Handbook of Political Ecology*. New York/London: Routledge, pp. 3-18.

- CAMACHO ALFARO, Marianela (2019): “Nota de la editora”, en Carmen Lyra, *Narrativa de Carmen Lyra*. San José: Costa Rica, s/p.
- CAMPBELL, Chris y NIBLETT, Michael (2016): “Critical Environments: World-Ecology, World-Literature, and the Caribbean”, en Chris Campbell y Michael Niblett (eds.), *The Caribbean: Aesthetics, World-Ecology, Politics*. Liverpool: Liverpool University Press, pp. 1-15.
- CÂNDIDO, Antônio (1989): “Literatura e subdesenvolvimento”, en Antônio Cândido, *A educação pela noite & outros ensaios*. São Paulo: Ática, pp. 140-162.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago (2009): *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá, 1910-1930*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- CHANDLER, David (2019): “Materialisms”, en Jeff Diamanti, Andrew Pendakis e Imre Szeman (eds.), *The Bloomsbury Companion to Marx*. London: Bloomsbury, pp. 563-568.
- CHAKRABARTY, Dipesh (2009): “The Climate of History: Four Theses”, en *Critical Inquiry*, vol. 35, n.º 2, pp. 197-222.
- COCCIA, Emanuele (2019): *The Life of Plants. A Metaphysics of Mixture*. London: Polity Press.
- CORONIL, Fernando (2000): “Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 87-111.
- (2013): *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. 1997. Caracas: Alfa.
- (2019): “Transculturation and the Politics of Theory: Countering the Center, Cuban Counterpoint”, en Julie Skurski, Gary Wilder, Laurent Dubois, Paul Eiss, Edward Murphy, Mariana Coronil y David Pedersen, *The Fernando Coronil Reader. The Struggle for Life is the Matter*. Durham: Duke University Press, pp. 69-117.
- CUBILLO PANIAGUA, Ruth (2011): “Los ensayos políticos de Carmen Lyra en *Repertorio Americano*”, en *Repertorio Americano. Segunda Época*, vol. 21, pp. 183-194.
- CUETO, Marcos (1995): “The Cycles of Eradication: the Rockefeller Foundation and Latin American Public Health, 1918-1940”, en

- Paul Weindling (ed.), *International Health and Welfare Organizations between the First and Second World Wars*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 222-243.
- (1996): “Introducción”, en Marcos Cueto (ed.), *Salud, cultura y sociedad en América Latina: nuevas perspectivas históricas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Organización Panamericana de Salud, pp. 13-30.
- CUNILL GRAU, Pedro (1999): “Hacia una geohistoria ambiental de Venezuela”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXXII, octubre-noviembre-diciembre, n.º 328, pp. 6-22.
- (2007): *Geohistoria de la sensibilidad venezolana. Tomos 1 y 2*. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- DE LA CADENA, Marisol (2015): *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Durham: Duke University Press.
- DECKARD, Sharae, (2024): “Registering Capitalist Nature: Conjectures on World-Ecological Literature”, en Sharae Deckard, Michael Niblett y Stephen Shapiro, *Tracking Capital: World-Systems, World-Ecology, World-Culture*. Albany: SUNY Press, pp. 73-117.
- DECKARD, Sharae, NIBLETT, Michael y SHAPIRO, Stephen (2024): “Introduction”, en Sharae Deckard, Michael Niblett y Stephen Shapiro, *Tracking Capital: World-Systems, World-Ecology, World-Culture*. Albany: State University New York Press, pp. 1-6.
- DEGIOVANNI, Fernando (2018): *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (2002): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. 1980. Traducido por José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta. Valencia: Pretextos.
- DELGADO RAMOS, Gian Carlo (2013): “¿Por qué es importante la ecología política?”, en *Nueva Sociedad*, n.º 244, pp. 47-60.
- DESCOLA, Philippe (2012): *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu.
- DEVRIES, Scott M. (2015): *A History of Ecology and Environmentalism in Spanish American Literature*. Lewisburg: Bucknell University Press.

- DIAMANTI, Jeff y SZEMAN, Imre (2020): “Nine Principles for a Critical Theory of Energy”, en *Polygraph: An International Journal of Culture & Politics*, vol. 28, pp. 137-159.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón (1965): *Paisaje histórico de la cultura venezolana*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- DRINOT, Paulo (2014): “Introduction”, en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), *The Great Depression in Latin America*. Durham: Duke University Press, pp. 1-21.
- DOLPHIJN, Rick y VAN DER TUIN, Iris (eds.) (2012): *New Materialism: Interviews & Cartographies*. Ann Arbor: University of Michigan Library/Open Humanities Press.
- DUCCA, Isabel (2011): “Carmen Lyra y el imaginario oficial”, en *Repertorio Americano. Segunda nueva época*, vol. 21, pp. 9-34.
- (2019): “Prólogo. Una invitación para leer a Carmen Lyra”, en Carmen Lyra, *Narrativa de Carmen Lyra*. San José: Editorial Costa Rica, s/p.
- DUCHESNE WINTER, Juan (2015): *Caribe, Caribana: cosmografías literarias*. San Juan: Callejón.
- (2019): *Plant Theory in Amazonian Literature*. London: Palgrave Macmillan.
- DUNO-GOTTBERG, Luis (2010): “El relato de las ruinas. Enrique Bernardo Núñez y su imaginario contracolonial caribeño”, en Silvia Valero (ed.), *Entre las “ruinas” y la descolonización: reflexiones desde la literatura del Gran Caribe*, número especial de *Tinkuy*, vol. 13, pp. 13-24.
- ERNSTSON, Henrik y SWYNGEDOUW, Erik (2018): “Politicizing the environment in the urban century”, en Henrik Ernstson y Erik Swyngedouw (eds.), *Urban Political Ecology in the Anthropo-obscene. Interruptions and Possibilities*. New York/London: Routledge, pp. 3-21.
- ESCOBAR, Arturo (2005a): “Depois da Natureza – Passos para uma Ecologia Política antiessencialista”, en Clélia Parreira y Héctor Alimonda (eds.), *Políticas públicas ambientais latinoamericanas*. Brasília: Abaré/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 17-64.
- (2005b): *Más allá del Tercer Mundo: globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- (2012): “Cultura y diferencia: la ontología política del campo de Cultura y Desarrollo”, en *Wale'keru. Revista de Investigación en Cultura y Desarrollo*, vol. 2, pp. 1-10.
- ESCOBAR MESA, Augusto (1993): *Naturaleza y realidad social en César Uribe Piedrahita*. Medellín: Consejo de Medellín.
- (1996): “Prólogo. Una voluntad de poder al servicio del hombre y de la libertad César Uribe Piedrahita (1896-1951)”, en César Uribe Piedrahita, *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. xi-xlvi.
- (2014): “Vida y obra de César Uribe Piedrahita: el científico y médico humanista”, en Claudia Patricia Acevedo Gaviria, Edwin Carvajal Córdoba, Augusto Escobar Mesa, Juan Fernando Tabor-da Sánchez y Andrés Vergara Aguirre (eds.), *César Uribe Piedrahita: aproximaciones a su vida y obra literaria*. Medellín: Sílabo, pp. 17-66.
- (2017): *Lectura crítica de Toá y Mancha de aceite. Búsqueda identitaria en César Uribe Piedrahita*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2018): “Presentación. Lo viviente en las artes visuales y verbales latinoamericanas contemporáneas. Un debate sobre el Antropoceno”, en *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, vol. 8, n.º 2: s/p.
- FEDERICI, Silvia (2013): *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- FLYS JUNQUERA, Carmen, MARRERO HENRÍQUEZ, José Manuel y BARELLA VIGAL, Julia (eds.) (2010): *Ecocrítica: literatura y medio ambiente*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- FORNS-BROGGI, Roberto (2012): *Nudos como estrellas. ABC de la imaginación ecológica en nuestras Américas*. Lima: Nido de Cuervos.
- FOSTER, John Bellamy (1999): “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, en *American Journal of Sociology*, vol. 105, n.º 2, pp. 366-405.
- (2000): *Marx’s Ecology: Materialism and Nature*. New York: Monthly Review Press.
- FOSTER, John Bellamy y CLARK, Brett (2020): *The Robbery of Nature: Capitalism and the Ecological Rift*. New York: Monthly Review Press.

- FRANK, Zephyr y MUSACCHIO, Aldo (2006): “Brazil in the International Rubber Trade, 1870-1930”, en Steven Topik, Carlos Mariachal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine. Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*. Durham: Duke University Press, pp. 271-299.
- FREIRE, Paulo (1987): *Pedagogia do oprimido*. 1970. São Paulo: Paz e Terra.
- FRENCH, Jennifer L. (2002): “A Geographical Inquiry into Historical Experience: The Misiones Stories of Horacio Quiroga”, en *Latin American Literary Review*, vol. 30, n.º 59, pp. 79-99.
- (2005): *Nature, Neo-colonialism, and the Spanish American Regional Writers*. Lebanon: Dartmouth College Press.
- (2012): “Voices in the Wilderness: Environment, Colonialism, and Coloniality in Latin American Literature”, en *Review: Literature and Arts of the Americas*, vol. 45, n.º 2, pp. 157-166.
- FRENCH, Jennifer L. y HEFFES, Gisela (2020a): “Genealogies of Latin American Environmental Culture”, en Jennifer L. French y Gisela Heffes (eds.), *The Latin American Ecocultural Reader*. Evanston: Northwestern University Press, pp. 3-14.
- (2020b): “Regionalism and the Export Boom”, en Jennifer L. French y Gisela Heffes (eds.), *The Latin American Ecocultural Reader*. Evanston: Northwestern University Press, pp. 123-128.
- FUNES MONZOTE, Reinaldo (2013): “El Gran Caribe. De las plantaciones al turismo”, en *Rachel Carson Center Perspectives, Nuevas Historias Ambientales en América Latina y el Caribe*, vol. 7, pp. 17-24.
- (2019): “El Gran Caribe en la metamorfosis de la tropicalidad”, en Claudia Leal, John Soluri y José Augusto Pádua (eds.), *Un pasado vivo. Dos siglos de historia ambiental latinoamericana*. Bogotá/Ciudad de México: Universidad de Los Andes/Fondo de Cultura Económica, pp. 57-79.
- (2020): “Revolución azucarera y cambio socioambiental en Cuba en tiempos de la segunda esclavitud”, en *Revista da Universidade Federal de Minas Gerais*, vol. 27, n.º 1, pp. 124-161.
- GALLINI, Stefania (2012): “La naturaleza cultural de la historia ambiental y su rematerialización”, en Max S. Hering Torres y Amada

- Carolina Pérez Benavides (eds.), *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Universidad Nacional de Colombia, pp. 377-397.
- GARGLIANO, Mónica, *et al.* (2017): "Introduction", en Mónica Gargliano, John C. Ryan y Patrícia Vieira, *The Language of Plants: Science, Philosophy, Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. vii-xxxiv.
- GIORGI, Gabriel (2014): *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- GIRAUDO, Laura y MARTIN-SÁNCHEZ, Juan (2011): "Introducción: Acotando el indigenismo en su historia", en Laura Giraudo y Juan Martin-Sánchez (eds.), *La ambivalente historia del indigenismo: campo interamericano y trayectorias nacionales, 1940-1970*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- GOEBEL MC DERMOTT, Anthony (2013): *Los bosques del "progreso". Explotación forestal y régimen ambiental en Costa Rica: 1883-1955*. San José: Nuevas Perspectivas.
- GONZÁLEZ, Luisa y SÁENZ, Carlos Luis (1977): *Carmen Lyra (María Isabel Carvajal)*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto (1985): *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Spanish American Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1998): *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*. Durham: Duke University Press.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (1995): *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y Sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila.
- GÓMEZ-BARRIS, Macarena (2017): *The Extractive Zone: Social Ecologies and Decolonial Perspectives*. Durham: Duke University Press.
- GRINBERG PLA, Valeria y MACKENBACH, Werner (2006): "Banana novel revis(it)ed: etnia, género y espacio en la novela bananera centroamericana. El caso de *Mamita Yunai*", en *Iberoamericana. América Latina. España. Portugal*, vol. 6, n.º 23, pp. 161-176.
- GUDYNAS, Eduardo (2004): *Ecología, economía y ética del desarrollo sostenible*. Montevideo: Coscoroba.

- HALPERIN DONGHI, Tulio (2013): *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- HARAWAY, Donna (2015): “Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin”, en *Environmental Humanities*, vol. 6, n.º 1: 159-165.
- HARVEY, David (2000): *Spaces of Hope*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- HEFFES, Gisela (2014): “Introducción. Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 40, n.º 79, pp. 11-34.
- HERRERA-ZÚÑIGA, Roberto (2020): “Filosofía de la Historia en Carmen Lyra y Rodolfo Cerdas Cruz”, en *InterSedes*, vol. 43, n.º 21, pp. 103-130.
- HIRSHBEIN, Cesia (2004): “El ensayo literario en Venezuela. Enrique Bernardo Núñez, ensayista, historiador y cronista de la ciudad de Caracas”, en Isaías Lerner, Roberto Nival y Alejandro Alonso (coords.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, vol. 4: Literatura hispanoamericana*. Newark: Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, pp. 245-251.
- HORAN, Elizabeth (2000): *The Subversive Voice of Carmen Lyra. Selected Works*. Gainesville: University of Florida Press.
- HOYOS, Héctor (2016): “La cultura material en las literaturas y culturas iberoamericanas de hoy”, en *Cuadernos de Literatura*, vol. 20, n.º 40, pp. 254-261.
- (2019): *Things with a History. Transcultural Materialism and the Literatures of Extraction in Contemporary Latin America*. New York: Columbia University Press.
- INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO (1948): “Acta Final del Primer Congreso Indigenista Interamericano”, en *Boletín Indigenista*, pp. 1-35, www.pueblos-originarios.ucb.edu.bo/digital/106000093.pdf [consultado 15/09/2021].
- IOVINO, Serenella y OPPERMAN, Serpil (2014): “Introduction: Stories Come to Matter”, en Serenella Iovino y Serpil Oppermann (eds.), *Material Ecocriticism*. Bloomington: Indiana University Press, pp. 1-18.

- JAMESON, Fredric (1981): *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*. New York: Cornell University Press.
- KNIGHT, Alan (2014): "The Great Depression in Latin America: An Overview", en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), *The Great Depression in Latin America*. Durham: Duke University Press, pp. 276-339.
- KOHN, Eduardo (2013): *How Forests Think. Towards an Anthropology Beyond the Human*. Berkeley: University of California Press.
- KUSCH, Rodolfo (2007): "Geocultura del hombre americano", en *Obras completas. Tomo III*. Rosario: Fundación A. Ross, pp. 243-263.
- LANDER, Edgardo (ed.) (2000): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- LATOUR, Bruno (2005): *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ, Osvaldo (1971): "Hacia Enrique Bernardo Núñez", en Enrique Bernardo Núñez, *La tierra roja y heroica. Ensayos escogidos*. Caracas: Monte Ávila, pp. 7-12.
- (1987): "Prólogo. Enrique Bernardo Núñez: la novela como reflexión e interpretación histórica", en Enrique Bernardo Núñez, *Novelas y ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. ix-xxxvii.
- LASARTE VALCÁRCCEL, Francisco Javier (2005): *Al filo de la lectura. Usos de la escritura/figuras de escritor en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Cecilia Acosta/Universidad Simón Bolívar.
- (2020): "¿Narración transculturada? *Cubagua* desde *Doña Bárbara*", en Francisco Javier Lasarte Valcárcel, *Aires de cambio. Cultura y narrativa en la Venezuela del gomecismo y el postgomecismo (1908-1953)*, pp. 133-147, www.academia.edu/43151234/AIRES_DE_CAMBIO_Cultura_y_narrativa_en_la_Venezuela_del_gomecismo_y_el_postgomecismo_1908_1953 [consultado 18/08/2021].
- LEFF, Enrique (2003): "La Ecología Política en América Latina. Un campo en construcción", en *Polis*, vol. 5, pp. 1-16.
- LEMENAGER, Stephanie (2012): "The Aesthetics of Petroleum, after Oil!", en *American Literary History*, vol. 24, n.º 1, pp. 59-86.

- LEYS STEPAN, Nancy (2001): *Picturing Tropical Nature*. London: Reaktion Books.
- LYRA, Carmen (1932): “Reflexiones al margen del rapto del niño de Lindbergh”, en *Trabajo*, 13 de marzo de 1932, p. 3, www.archivo-rebelde.org/pages/5e8278102a9f1a16ad649b6b?search%5Badvanced%5D=false&search%5Bnames%5D%5B%5D=Trabajo&search%5Btext%5D=lindbergh [consultado 07/03/2021].
- (1933): *El grano de oro y el peón*. San José: Publicaciones Partido Comunista.
- (1935a): “El régimen capitalista es el pasado. El Comunismo cuenta con el futuro y el presente también está de su parte”, en *Trabajo*, 29 de julio de 1935, p. 3, www.sinabi.go.cr/ver/biblioteca%20digital/articulos/lyra%20carmen/El%20regimen%20capitalista%20es%20el%20pasado.pdf#.X9olx9hKhPY [consultado 16/03/2021].
- (1935b): “La ciudad de San José vista a través de una conciencia”, en *Trabajo*, 22 de diciembre de 1935, p. 3, www.sinabi.go.cr/ver/biblioteca%20digital/articulos/lyra%20carmen/La%20ciudad%20de%20San%20Jose%20vista%20a%20traves%20de%20una%20conciencia.pdf [consultado 07/03/2021].
- (1935c): “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?”, en *Liberación. Revista Centroamericana de Vanguardia*, vol. 1, pp. 25-28.
- (1936): “Todavía los grandes inventos del genio humano están en poder de los millonarios que los usan para difundir las mentiras en que se asientan sus privilegios”, en *Trabajo*, 29 de agosto de 1936, p. 2, www.sinabi.go.cr/ver/biblioteca%20digital/articulos/lyra%20carmen/Todavia%20los%20grandes%20inventos%20del%20genio.pdf#.X_hK2OhKhPY [consultado 10/03/2021].
- (1944): “Tierra de promisión al otro lado del cerro de la muerte”, en *Trabajo*, 16 de diciembre de 1944, p. 3, www.sinabi.go.cr/ver/biblioteca%20digital/articulos/lyra%20carmen/tierra%20de%20promision%20al%20otro%20lado%20del%20cerro.pdf#.YALIo-hKhPY [consultado 23/03/2021].
- (1977): “Bananos y hombres”. 1931. En Alfonso Chase (ed.), *Relatos escogidos*. San José: Editorial Costa Rica, pp. 371-387.

- LUPI, Juan Pablo (2019): “Los fantasmas de *Cubagua*”, en *Trópico Absoluto. Revista de Crítica, Pensamiento e Ideas*, www.tropicoabsoluto.com/2019/10/14/los-fantasmas-de-cubagua/ [consultado 12/11/2020].
- MALM, Andreas (2020): *The Progress of this Storm: Nature and Society in a Warming Planet*. London: Verso.
- MARCONI, Jorge (1998): “De retorno a lo natural: *La serpiente de oro*, la ‘novela de la selva’ y la crítica ecológica”, en *Hispania*, vol. 81, n.º 2, pp. 299-308.
- (2000): “Jungle Fever. Primitivism in Environmentalism: Rómulo Gallegos’s *Canaima* and the Romance of the Jungle”, en Erik Camayd-Freixas y José Eduardo González (eds.), *Primitivism and Identity in Latin America. Essays on Art, Literature, and Culture*. Tucson: University of Arizona Press, pp. 157-172.
- (2007): “Fiebre de la selva: ecología de la desilusión en la literatura hispanoamericana”, en *Programa de conferencias del Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo*. Washington D. C.: Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 1-36.
- (2013): “Latin American Literature at the Rise of Environmentalism: Urban Ecological Thinking in José María Arguedas’s *The Foxes*”, en *Comparative Literature Studies*, vol. 50, n.º 1, pp. 64-86.
- MARTÍNEZ-ALIER, Joan (2010): *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- MARTÍNEZ-PINZÓN, Felipe (2014): “La voz de los árboles: fiebre, higiene y poesía en *La vorágine*”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 91, n.º 2, pp. 163-181.
- (2016a): *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- (2016b): “La potencia bélica del clima: representaciones de la Amazonía en la Guerra con Perú (1932-1934)”, en Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.), *Entre el humo y la niebla: guerra y cultura en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 217-241.
- MARTÍNEZ-PINZÓN, Felipe y URIARTE, Javier (2016c): “Entre el humo y la niebla: guerra y cultura en América Latina”, en Felipe Mar-

- tínez-Pinzón y Javier Uriarte, *Entre el humo y la niebla: guerra y cultura en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 5-30.
- MARX, Karl (1990): *El capital: crítica de la economía política. Tomo I. El proceso de producción del capital*. 1890. Moscú: Editorial Progreso.
- (2003): *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. 1852. Madrid: Fundación Federico Engels.
- MCBETH, B. S. (1983): *Juan Vicente Gómez and the Oil Companies in Venezuela, 1908-1935*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MERLINSKY, Gabriela y SERAFINI, Paula (2020): “Introducción”, en Gabriela Merlinsky y Paula Serafini, *Arte y ecología política*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 11-26.
- MIGNOLO, Walter (2011): *The Darker Side of Western Modernities. Global Futures, Decolonial Options*. Durham: Duke University Press.
- MIRES, Fernando (1994): “La nueva ecología. El sentido político de la ecología en América Latina”, en *Estructura Social y Estrategia de Desarrollo*, vol. 7, pp. 49-58.
- MIRÓ-QUESADA, FRANCISCO (1993): “La filosofía de lo americano: treinta años después”, en Leopoldo Zea (comp.), *Fuentes de la cultura latinoamericana, vol. III*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 31-40.
- MOLINA JIMÉNEZ, Iván (1999): “Un pasado comunista por recuperar. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas en la década de 1930”, en Iván Molina Jiménez, *Ensayos políticos. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas*. San José: Universidad de Costa Rica, pp. 9-72.
- MONDOL, Mijaíl (2019): “Prólogo. La Lyra militante”, en Carmen Lyra, *Bananos y hombres y otros relatos*. San José: Secretaría de Relaciones Exteriores/Gato Negro, pp. 5-19.
- MONTALDO, Graciela (2018): “Modernity and Modernization: The Geopolitical Relocation of Latin America”, en Yolanda Martínez San-Miguel, Ben Sifuentes-Jáuregui y Marisa Belausteguigoitia (eds.), *Critical Terms in Caribbean and Latin American Thought. Historical and Institutional Trajectories*. London: Palgrave Macmillan, pp. 153-164.
- MOORE, Jason W. (2015): *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*. London: Verso.

- (2017a): “The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis”, en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 44, n.º 3, pp. 594-630.
- (2017b): “The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy”, en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 45, n.º 2, pp. 237-279.
- (2017c): “Metabolic Rift or Metabolic Shift? Dialectics, Nature, and the World-Historical Method”, en *Theory and Society*, vol. 46, n.º 4, pp. 285-318.
- MORREO, Carlos Eduardo (2021): “Colonialidad, tiempo y claros de sentido en *Cubagua*”, en Alejandro Bruzual (comp.), *Cubagua ante la crítica*. Caracas: Monte Ávila, pp. 471-494.
- MORTON, Timothy (2007): *Ecology without Nature. Rethinking Environmental Aesthetics*. Cambridge: Harvard University Press.
- MUNIZ DE ALBUQUERQUE JR., Durval (2014): *The Invention of the Brazilian Northeast*. 1999. Traducido por Natalie F. Smith. Durham: Duke University Press.
- NIEMEYER, Katharina (2000): “Novela y modernidad venezolana entre 1920 y 1940”, en *Iberoamericana*, vol. 24, n.º 2/3 (78/79), pp. 139-163.
- NIXON, Rob (2011): *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge: Harvard University Press.
- NOUZEILLES, Gabriela (2002): “Introducción”, en Gabriela Nouzeilles (ed.), *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Barcelona: Paidós, pp. 11-38.
- NÚÑEZ, Enrique Bernardo (1920): *Después de Ayacucho*. Caracas: Tipografía Vargas.
- (1947a): *Cubagua. Orinoco*. 1931. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.
- (1947b): “Orinoco (capítulo de una historia de este río)”, en *Cubagua. Orinoco*. 1943. Caracas: Ministerio de Educación Nacional, pp. 117-147.
- (1949): *Una ojeada al mapa de Venezuela (lectura ante un auditorio ausente, un día cualquiera del año)*. 1939. Caracas: Ávila Gráfica.
- (1953): *El hombre de la levita gris*. 1943. Caracas: Edime.

- (1962): *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana: el incidente del Yuruan; Cleveland y la doctrina Monroe*. 1945. Caracas: Imprenta Nacional.
 - (1963): *Bajo el Samán*. Caracas: Tipografía Vargas.
 - (1971): *La tierra roja y heroica. Ensayos escogidos*. Caracas: Monte Ávila.
 - (1987a): *Novelas y ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
 - (1987b): *Huellas en el agua: artículos periodísticos, 1933-1961*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
 - (1987c): “La galera de Tiberio: Crónica del canal de Panamá”, en *Novelas y ensayos*. 1938. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 68-142.
 - (1988): *La ciudad de los techos rojos: calles y esquinas de Caracas*. 1947. Caracas: Monte Ávila.
 - (1989a): *Relieves. Tomo 1*. Caracas: Congreso de la República.
 - (1989b): *Relieves. Tomo 2*. Caracas: Congreso de la República.
 - (2014): *1936: crónicas de El Heraldito*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes.
 - (2017): *Viaje por el país de las máquinas*. 1954. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
 - (2018): *Árboles. Crónicas de una ausencia*. Compilado por Trino Borges. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
 - (2019): *Obras narrativas: Don Pablos en América. Cubagua. La galera de Tiberio*. Caracas: El Cardón.
- ORREGO ARISMENDI, Juan Carlos (2012): “La crítica de la novela indigenista colombiana: objeto y problemas”, en *Estudios de Literatura Colombiana*, vol. 30, pp. 31-54.
- ORTIZ, Fernando (1978): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. 1940. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- OTTE, Enrique (1977): *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*. Caracas: Fundación John Boulton.
- OVIDO, José Miguel (2001): *Historia de la literatura hispanoamericana. 3. Postmodernismo, Vanguardia, Regionalismo*. Madrid: Alianza.
- PACHECO, Carlos (2000): “El secreto de la isla: ‘Cubagua’ como crítica de la Historia y la Novela”, en *Iberoamericana*, vol. 2/3, n.º 78/79, pp. 187-205.

- PARIKKA, Jussi (2015): *A Geology of Media*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- PATEL, Raj y MOORE, Jason W. (2020): *A History of the World in Seven Cheap Things. A Guide to Capitalism, Nature, and the Future of the Planet*. London: Verso.
- PICÓN SALAS, Mariano (1984): *Proceso y formación de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- PINEDA, Roberto (2012): “El Congreso Indigenista de Pátzcuaro, 1940, una nueva apertura en la política indigenista de las Américas”, en *Baukara. Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina*, vol. 2, pp. 10-28.
- PIZARRO, Ana (2005): “Imaginario y discurso: la Amazonía”, en *Revisita de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 31, n.º 61, pp. 59-74.
- (2009): *Amazonía: el río tiene voces. Imaginario y modernización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- POBLETE, Juan (ed.) (2003): *Critical Latin American and Latino Studies*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- PORTO-GONÇALVES, Carlos Walter (2002): “De la geografía a las geografías. Un mundo en busca de nuevas territorialidades”, en *Cuadernos de Trabajo*, n.º 10. Xalapa: Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales/Universidad Veracruzana.
- PRATT, Mary Louise (1990): “Women, Literature, and National Brotherhood”, en Seminar on Feminism and Culture in Latin America (eds.), *Women, Culture, and Politics in Latin America*. Berkely: University of California Press, pp. 48-72.
- (1991): “Arts of the Contact Zone”, en *Profession*, pp. 33-40.
- (2007): *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York/London: Routledge.
- QUIJANO, Aníbal (2014): “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. 2000. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 201-246.
- QUINTERO, Rodolfo (2018): *La cultura del petróleo. Ensayos sobre estilos de vida de grupos sociales en Venezuela*. Caracas: El Perro y la Rana.
- RAMA, Ángel (1981): “La tecnificación narrativa”, en *Hispamerica*, vol. 10, n.º 30, pp. 29-82.

- (1998): *La ciudad letrada*. 1984. Montevideo: Arca.
- (2008a): *Transculturación narrativa en América Latina*. 1982. Buenos Aires: El Andariego.
- (2008b): “Medio siglo de narrativa latinoamericana (1922-1972)”, en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. 1982. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, pp. 115-226.
- RAMOS, Julio (2003): *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. 1989. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- RANCIÈRE, Jacques (2004): *The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible*. London: Continuum.
- RÍOS, Alicia (2004): “Forerunners”, en Ana Del Sarto, Alicia Ríos y Abril Trigo (eds.), *The Latin American Cultural Studies Reader*. Durham: Duke University Press, pp. 15-34.
- ROBBINS, Paul (2004): *Political Ecology: A Critical Introduction*. London: Blackwell.
- RODRÍGUEZ, Ileana (1997): “Naturaleza/nación: lo salvaje/civil. Escribiendo Amazonia”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 23, n.º 45, pp. 27-42.
- (2009): “Perspectivas eco-críticas latinoamericanas: conocimientos transpuestos recuperados”, en *LASA Forum*, vol. 40, n.º I, pp. 30-33.
- (2011): *Hombres de empresa, saber y poder en Centroamérica. Identidades regionales/modernidades periféricas*. Managua: Universidad Centroamericana.
- RODRÍGUEZ, Luis C. (1997): “Acerca de César Uribe Piedrahita: aproximación a un genio”, en *IATREIA*, vol. 10, n.º 1, pp. 7-17.
- RODRÍGUEZ ECHAVARRÍA, Tania, OBANDO CAMPOS, Alexa y ACUÑA ALVARADO, Marylaura (2018): “Entender el extractivismo en regiones fronterizas. Monocultivos y despojo en las fronteras de Costa Rica”, en *Sociedad y Ambiente*, vol. 17, pp. 165-200.
- ROGERS, Charlotte (2012): *Jungle Fever: Exploring Madness and Medicine in Twentieth-Century Tropical Narratives*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- ROHLAND, Eleonora (2020): *Historia entrelazada y el medio ambiente: Transformaciones socioambientales en el Caribe, 1492-1800*. Bielefeld: Kipu-Verlag.

- ROJAS, Arístides (1907): *Obras escogidas*. París: Garnier Hermanos.
- RUSSOTTO, Margara (2019): “Una ráfaga de oro. *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez”, en Susanna Regazzoni y Fabiola Cecere (eds.), *América: il racconto di un continente | América: el relato de un continente*, número especial de *Biblioteca di Ressegna iberistica*, vol. 14, pp. 257-268.
- SÁ, Lucía (2004): *Rain Forest Literatures. Amazonian Texts and Latin American Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- SAGOT, Montserrat y DÍAZ ARIAS, David (2019): “Presentación”, en Montserrat Sagot y David Díaz Arias (coords.), *Antología del pensamiento crítico costarricense contemporáneo*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 11-21.
- SÁNCHEZ VEGA, Rosaura (2008): “El relato intrahistórico en *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez”, en *Omnia*, vol. 14, n.º 2, pp. 55-69.
- SANTIAGO, Myrna (2019): “Desde el fondo de la tierra: Trabajadores, naturaleza y comunidades en las industrias minera y petrolera”, en Claudia Leal, John Soluri y José Augusto Pádua (eds.), *Un pasado vivo. Dos siglos de historia ambiental latinoamericana*. Bogotá/Ciudad de México: Universidad de Los Andes/Fondo de Cultura Económica, pp. 223-245.
- SALAZAR BRAVO, Grecia (2017): *Los buscadores de perlas: Historia y vida cotidiana en Nueva Esparta 1900-1950*. Caracas: Fundación Centro Nacional de Estudios Históricos.
- SARAMAGO, Victoria (2020): *Fictional Environments: Mimesis, Deforestation, and Development in Latin America*. Evanston: Northwestern University Press.
- SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (2012): “Regionalismo abstracto y representación simbólica de la nación en la literatura latinoamericana de la región”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 130, pp. 115-127.
- SEJENOVICH, Héctor, SLUTZKY, Beatriz y CABRERA, Sonia (2012): *Rescatando la historia perdida. El pensamiento ambiental latinoamericano a la luz de las contradicciones actuales del desarrollo*. Buenos Aires: Gobernanza Ambiental en América Latina y el Caribe.
- SELGAS, Gianfranco (2022): “Archivos de la mina planetaria: arte, ecología política y geología de medios en Chile y Venezuela”, en

- Daniel Escandell Montiel, Vega Sánchez Aparicio y Juan Carlos Cruz Suárez (eds.), *Arte, política y activismo: acciones digitales en la América contemporánea*, número especial de *Diálogos Latinoamericanos*, vol. 31, pp. 110-125.
- (2023): “*El secreto de la tierra: Entangled Poetics and the Venezuelan Amazon in Una ojeada al mapa de Venezuela (1939) by Enrique Bernardo Núñez*”, en Patricia Vieira, *The Amazon River Basin: Extractivism, Aesthetics and Indigenous Perspectives*, número especial de *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 32, n.º 2, pp. 1-16.
- (2024): “Otra cartografía del espacio tropical: escritura geocultural, regionalismo y urgencia de mapa nuevo en Brasil y Venezuela (1930-1940)”, en *El uso de los mapas. Cartografiar en América Latina (siglos XIX-XXI)*, número especial de *América. Cahiers du CRICCAL*, vol. 2, n.º 57, pp. 180-192.
- SERJE, Margarita (2005): *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- SHEA, Maureen (2009): “Del apogeo al desaliento: la audacia de la escritora frente a su comunidad centroamericana entre 1880 y 1950”, en Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque-Baldovinos (eds.), *Hacia una historia de las Literaturas Centroamericanas, II. Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo*. Ciudad de Guatemala: F&G, pp. 283-313.
- SILVA-FERRER, Manuel (2022): “Petroficciones: naturaleza y literatura en los paisajes del petróleo”, en Elmar Schmidt y Monika Wehrheim (eds.), *Imaginario ecológico en América Latina: crónicas coloniales, ensayos, novelas, cine y prácticas culturales*. Göttingen: V&R Unipress, pp. 77-99.
- SISKIND, Mariano (2014): *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America*. Evanston: Northwestern University Press.
- SLATER, Candace (2002): *Entangled Edens: Visions of the Amazon*. Berkeley: University of California Press.
- SMITH, Amanda M. (2021): *Mapping the Amazon: Literary Geography after the Rubber Boom*. Liverpool: Liverpool University Press.
- SOCORRO, Milagros (2015): “El gran Enrique Bernardo Núñez en el Palacio de Miraflores”, en *Archivo de Fotografía Urbana*, 4 de oc-

- tubre, fotourbana.org/milagros-socorro/el-gran-enrique-bernardonunez-en-el-palacio-de-miraflores/ [consultado 19/07/2020].
- SOLIMANO, Andrés (2020): *A History of Big Recessions in the Long Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SOLURI, John (2013): *Culturas bananeras: Producción, consumo y transformaciones socioambientales*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- SOLURI, John, LEAL, Claudia y PÁDUA, José Augusto (2019): “Introducción. Lo ‘latinoamericano’ en la historia ambiental de América Latina”, en Claudia Leal, John Soluri y José Augusto Pádua (eds.), *Un pasado vivo. Dos siglos de historia ambiental latinoamericana*. Bogotá/Ciudad de México: Universidad de Los Andes/Fondo de Cultura Económica, pp. 11-32.
- SOMMER, Doris (1993): *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- SORIANO SALKJELSVIK, Kari (2016): “Geografía militar y humana: la Guerra de Castas en *Cecilio-Chí*, de José Severo del Castillo”, en Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.), *Entre el humo y la niebla: guerra y cultura en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 31-56.
- SVAMPA, Maristella (2019): *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Guadalajara/Bielefeld: Universidad de Guadalajara/Bielefeld University Press/Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados.
- (2021): “El Antropoceno como diagnóstico y paradigma: lecturas globales desde el Sur”, en Pabel López y Milson Betancourt, *Conflictos territoriales y territorialidades en disputa. Re-existencias y horizontes societales frente al capital en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 71-100.
- SZEMAN, Imre y BOYER, Dominic (eds.) (2017): “Introduction: On the Energy Humanities”, en Imre Szeman y Dominic Boyer (eds.), *Energy Humanities: An Anthology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 1-13.
- (2018): “Dimensions of Citizenship - Region”, en *e-flux*, <https://www.e-flux.com/architecture/dimensions-of-citizenship/178284/on-the-politics-of-region/> [consultado 07/08/2022].

- TAYLOR KANE, Adrian (ed.) (2010): *The Natural World in Latin American Literatures. Ecocritical Essays on Twentieth-Century Writings*. Jefferson: McFarland.
- TERÁN MANTOVANI, Emiliano (2014): *El fantasma de la Gran Venezuela: un estudio del mito del desarrollo y los dilemas del petro-Estado en la Revolución Bolivariana*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- (2016): “Las nuevas fronteras de las commodities en Venezuela: extractivismo, crisis histórica y disputas territoriales”, en *Ciencia Política*, vol. 11, n.º 21, pp. 251-285.
- TERCERO, Dorothy M. (1940): “The First Inter-American Congress on Indian Life”, en *Bulletin of the Pan American Union*, vol. 74, n.º 10, pp. 702-712.
- TINKER SALAS, Miguel (2009): *The Enduring Legacy: Oil, Culture, and Society in Venezuela*. Durham: Duke University Press.
- TOPIK, Steven, MARICHAL, Carlos y FRANK, Zephyr (2006): “Introduction: Commodity Chains in Theory and in Latin American History”, en Steven Topik, Carlos Marichal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine: Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*. Durham: Duke University Press, pp. 1-24.
- TORRES IRIARTE, Alexander (2006a): *Pasión de actualidad. La visión del país y la concepción de la historia en Enrique Bernardo Núñez*. Caracas: Instituto de Previsión y Asistencia Social para el Personal del Ministerio de Educación.
- (2006b): “De la razón poderosa al afán de libertad (Notas sobre la concepción de la Historia en Enrique Bernardo Núñez)”, en *Montalbán*, vol. 39, pp. 105-134.
- TRAVERSO, ENZO (2016): *Left-Wing Melancholia: Marxism, History, and Memory*. New York: Columbia University Press.
- TROYAN, Brett (2008): “Re-imagining the ‘Indian’ and the State: Indigenismo in Colombia, 1926-1947”, en *Human Security*, número especial de *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 33, n.º 65, pp. 81-106.
- TSING, Anna (2021): *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton: Princeton University Press.

- URIARTE, JAVIER (2019): *The Desertmakers. Travel, War, and the State in Latin America*. New York/London: Routledge.
- URIARTE, JAVIER y MARTÍNEZ-PINZÓN, FELIPE (2022): “Introduction: Intimate Frontiers: A Literary Geography of the Amazon”, en Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.), *Intimate Frontiers: A Literary Geography of the Amazon*. Liverpool: Liverpool University Press, pp. 1-22.
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR (1931): *Expedición al Caquetá 1930-1931*. Dirección y producción César Uribe Piedrahita.
- (1936): *Mancha de aceite*. Bogotá: Renacimiento.
- (1996a): “Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia”. 1940. *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 149-166.
- (1996b): “Comentarios a un ‘Repique insonoro’”. 1938. *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 114-119.
- (1996c): “Carlos Correa, pintor de la vida”. 1938. *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 120-122.
- (1996d): “Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá”. 1920. *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá y otros escritos*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 1-81.
- (2013): *Todá: narraciones de caucherías*. 1933. Medellín: Universidad CES.
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR y MEZEY, KALMAN (1945): “‘Niaara’. Un veneno de flecha. Primer estudio farmacodinámico”, en *Revista Trimestral de Cultura Moderna*, vol. 3, pp. 177-247.
- USLAR PIETRI, ARTURO (2005): “Sembrar el petróleo”, en *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, n.º 12, pp. 231-233.
- VIALES HURTADO, RONNY (1998): *Después del enclave 1927-1950: un estudio de la región atlántica costarricense*. San José: Universidad de Costa Rica.
- (2016): “La región Atlántico-Caribe de Costa Rica: las imágenes de la construcción regional”, en *Memorias. Revista Digital de His-*

- toria y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, vol. 12, n.º 3, pp. 219-233.
- VIALES HURTADO, Ronny y MONTERO MORA, Andrea María (2010): *La construcción sociohistórica de la calidad del café y el banano en Costa Rica (1890-1950)*. San José: Alma Mater.
- VIEIRA, Patrícia (2015): “Phytographia: Literature as Plant Writing”, en *Environmental Philosophy*, vol. 12, n.º 2, pp. 205-220.
- VICARIO, Niko (2020): *Hemispheric Integration. Materiality, Mobility, and the Making of Latin American Art*. Berkeley: University of California Press.
- VILLEGAS, Álvaro Andrés (2006): “Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana”, en *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, vol. 20, n.º 37, pp. 11-26.
- VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo (2013): *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- WAGNER, Lucrecia (2020): “Extractivismo (América Latina 2000-2020)”, en José Muzlera y Alejandra Salomón (eds.), *Diccionario del Agro Iberoamericano*. 2.ª edición. Buenos Aires: TesseoPress, pp. 513-521.
- WICKBERG, Adam y GÄRDEBO, Johan (2023): “Editors’ Introduction: What are Environing Media?”, en Adam Wickberg y Johan Gärdebo (eds.), *Environing Media*. New York/London: Routledge, pp. 1-12.
- WILLIAMS, Raymond (1977): *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- (1980): *Problems in Materialism and Culture: Selected Essays*. London: Verso.
- WYLIE, Lesley (2009): *Colonial Tropes and Postcolonial Tricks: Rewriting the Tropics in the “novela de la selva”*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2010): “Frontier Fictions: The Place of Amazonia in César Uribe Piedrahíta’s *Toá*”, en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 87, n.º 7, pp. 959-974.
- (2013): *Colombia’s Forgotten Frontier: A Literary Geography of the Putumayo*. Liverpool: Liverpool University Press.

- (2020): *The Poetics of Plants in Spanish American Literature*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- YARRINGTON, Doug (2014): “Political Transition in an Age of Extremes: Venezuela in the 1930s”, en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), *The Great Depression in Latin America*. Durham: Duke University Press, pp. 160-187.
- YELIN, Julieta (2020): *Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario latinoamericano ante la cuestión animal*. Pittsburgh: Latin American Commons.

Índice analítico

- Acosta, Alberto 123, 235
Alianza Revolucionaria Americana
 APRA 158
Alimonda, Héctor 19, 20, 33, 35, 50
 52, 93, 127, 141, 235, 236, 242 ,
Alonso, Carlos J. 11, 15, 19, 28, 30, 36
 103, 138, 139, 189, 236 ,
Alvarado, Lisandro 88
Andermann, Jens 11, 14, 30, 32, 37, 38
 64, 70, 156, 186, 236 ,
Antropoceno 23, 243, 257
Antropo-obsceno 24
Appadurai, Arjun 134, 135, 237
Arboleda, Martín 20, 237
Arráiz Lucca, Rafael 59, 237
Baptista, Asdrúbal 59, 74, 75, 77, 237
Beckman, Ericka 27, 38, 103, 170
 199, 238 ,
Bennett, Jane 39, 238
Bennett, Tony 29, 238
Best, Beverley 46, 238
bienes comunes 25, 27, 43, 50, 54, 73
 81, 87 ,
biopoder 127, 156
 biopolítica 124, 127, 149, 212, 237,
 240, 245
Boyer, Dominic 48, 68, 257
brecha metabólica 20, 25, 33, 38, 42,
 55, 120, 121, 122, 141, 147, 154,
 157, 166
Bridge, Gavin 49, 239
Bruzual, Alejandro 61, 62, 63, 64, 66,
 77, 89, 90, 104, 105, 109, 114, 169,
 239, 251
Buarque de Holanda, Sérgio 31
Campbell, Chris 26, 28, 240
Canal Feijóo, Bernardo 32
Cândido, Antônio 19, 240
capitalismo 17, 20, 23, 24, 26, 29,
 32, 33, 37, 39, 40, 41, 42, 45, 46,
 49, 51, 53, 55, 56, 59, 62, 64, 73,
 75, 91, 93, 95, 98, 117, 122, 124,
 126, 129, 137, 151, 154, 156,
 163, 164, 168, 173, 207, 215,
 218, 221, 222, 227, 231, 232,
 237, 240
 agrario 17, 23, 24, 41, 117, 124,
 126, 137, 151, 156, 157, 163,
 173, 232

- hidro-carbonífero 41
 rentístico 54, 59, 73, 237
 Capitaloceno 23, 33
 Carpentier, Alejo 53, 142
 Carreño, Mario 17, 20, 21, 22, 24, 38, 236
 Carvajal, María Isabel 118
 Castro Gómez, Santiago 176, 182, 212, 240
 Chakrabarty, Dipesh 23, 240
 Clark, Brett 20, 46, 243
 colonialidad 18, 19, 20, 21, 49, 53, 61, 81, 127, 147, 240, 247, 253
 colonialismo 24, 35
 de la naturaleza 19, 20, 21, 49, 53, 81, 147
 commodity 27, 48, 72, 73, 81
 commodities 26, 27, 62, 63, 65, 68, 85, 87, 134, 135, 172, 183, 222, 258
 comunismo 43, 49, 118, 124, 149, 150, 152, 153, 165, 170, 232
 Coronil, Fernando 18, 35, 50, 59, 68, 73, 74, 75, 103, 121, 123, 165, 240
 Cunill Grau, Pedro 19, 93, 94, 241
 Deckard, Sharae 27, 28, 32, 46, 241
 decolonialidad 35, 50, 61, 62
 De la Cadena, Marisol 220
 Deleuze, Gilles 29, 84, 129, 181, 187, 192, 241
 Delgado Ramos, Gian Carlo 50, 241
 De Queiroz, Rachel 32
 desterritorialización 56, 129, 183, 187, 188, 191, 193, 194, 195, 196, 215
 devenir 14, 56, 83, 84, 86, 87, 107, 109, 111, 113, 114, 115, 116, 205, 206, 209, 217, 218, 224, 227, 231
 Diamanti, Jeff 20, 240, 242
 Díaz Sánchez, Ramón 73, 242
 Di Lullo, Orestes 32
 Drinot, Paulo 27, 42, 239, 242, 247, 261
 Duchesne Winter, Juan 62, 66, 82, 83, 84, 218, 225, 242
 Duno-Gottberg, Luis 61, 242
 ecología-mundo 42, 45, 46, 48, 49, 51, 52, 56, 120, 137, 147, 162, 214, 217
 Ernstson, Henrik 12, 24, 242
 Escobar, Arturo 35, 50, 51, 242
 extractivismo vascularizado 14, 41, 55, 122, 123, 135
 Federici, Silvia 133, 243
 fetichismo de la mercancía
 el carácter fetichista 54, 64
 el valor fetichizado 65, 69
 Foster, John Bellamy 20, 46, 121, 243
 Frank, Zephyr 172, 176, 222, 244, 258
 Freire, Paulo 152, 244
 French, Jennifer L. 11, 14, 30, 33, 34, 35, 37, 53, 112, 244
 Freyre, Gilberto 31, 94
 Funes Monzote, Reinaldo 21, 47, 124, 130, 244
 Gallegos, Rómulo 32, 38, 63, 142, 205, 239, 249, 258
 Gallini, Stefania 23, 244
 García Monge, Joaquín 118, 149
 Gärdebo, Johan 40, 41, 180, 260
 geocultura 28, 93, 94, 247, 256
 geohistoria 19, 82, 89, 93, 94, 241
 geosensibilidad 54, 90, 94, 97, 99, 100, 101, 103, 109, 231
 Gil Fortoul, José 88
 Giorgi, Gabriel 11, 14, 30, 109, 112, 127, 128, 212, 245
 Gómez-Barris, Macarena 183, 245
 González Echevarría, Roberto 18, 30, 142, 245
 González-Stephan, Beatriz 196, 245
 Good Neighbor Policy 26

- Gran Depresión 25, 38, 42, 43, 45, 46, 53, 118, 232
- Guattari, Félix 29, 84, 129, 181, 187, 192, 241
- Gudynas, Eduardo 34, 245
- Guimarães Rosa, João 32, 53
- Halperin Donghi, Tulio 26, 43, 118, 246
- Haraway, Donna 24, 246
- Harvey, David 139, 246
- Haya de la Torre, Raúl 158
- Heffes, Gisela 11, 14, 30, 34, 35, 37, 244, 246
- Hoyos, Héctor 14, 30, 41, 71, 121, 123, 246
- indigenismo 18, 103, 207, 208, 245
- Instituto Indigenista Interamericano 207, 246
- Iovino, Serenella 39, 40, 246
- Jameson, Fredric 32, 247
- Joyce, Patrick 29, 238
- Kohn, Eduardo 181, 247
- Kusch, Rodolfo 93, 94, 247
- Lander, Edgardo 62, 240, 247
- Latour, Bruno 30, 247
- Leal, Claudia 31, 244, 255, 257
- Leff, Enrique 35, 51, 247
- LeMenager, Stephanie 67, 247
- lenguajes de valoración 71, 76, 106, 249
- Lispector, Clarice 53
- López Méndez, Luis 88
- Lynch, Benito 53
- Lyra, Carmen 14, 25, 30, 31, 32, 33, 39, 41, 42, 43, 45, 49, 52, 53, 55, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 154, 155, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 187, 227, 229, 230, 231, 232, 233, 237, 240, 242, 245, 246, 248, 250
- Malm, Andreas 39, 46, 72, 249
- Marcone, Jorge 11, 14, 30, 37, 83, 208, 249
- Mariátegui, José Carlos 52, 235
- Marichal, Carlos 172, 222, 244, 258
- Martínez-Alier, Joan 49, 71, 249
- Martínez-Pinzón, Felipe 11, 47, 96, 176, 177, 188, 190, 191, 193, 195, 197, 199, 249, 250, 257, 259
- Martín, Facundo 35, 236
- marxismo 54, 55, 95, 164, 168
crítica cultural marxista 31
crítica ecológica marxista 33, 46, 121
- Marx, Karl 20, 42, 64, 76, 121, 158, 238, 240, 243, 250
- materialismo histórico 39, 71, 121, 232
- McCarthy, James 49, 239
- McDermott, Goebel 131, 140, 158, 245
- mercantilización 25, 47, 50, 65, 66, 67, 80, 100, 121, 124, 127, 133, 137, 177, 190
- Merlinsky, Gabriela 50, 51, 250
- Mignolo, Walter 18, 35, 250
- Mires, Fernando 35, 250
- modernidad 14, 18, 19, 35, 36, 48, 52, 61, 68, 73, 83, 92, 99, 101, 105, 109, 114, 139, 140, 142, 156, 157, 165, 171, 191, 227, 230, 240, 251, 254, 256
- Molina Jiménez, Iván 118, 129, 148, 149, 151, 153, 161, 168, 169, 250
- Moore, Jason W. 23, 24, 35, 45, 46, 121, 133, 250, 253

- Morton, Timothy 186, 251
 Muniz de Albuquerque Jr., Durval 91, 149, 169, 251
 Niblett, Michael 26, 28, 32, 46, 240, 241
 Nixon, Rob 122, 251
 nuevos materialismos 39, 71
 Núñez, Enrique Bernardo 14, 25, 30, 31, 32, 33, 39, 41, 42, 43, 45, 49, 52, 53, 54, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 69, 70, 71, 73, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 172, 187, 227, 229, 230, 231, 232, 237, 238, 239, 242, 246, 247, 251, 255, 256, 258
 Oppermann, Serpil 39, 40, 246
 Ortiz, Fernando 21, 24, 103, 117, 252
 otherness. *Véase* alterity
 Oviedo, José Miguel 18, 36, 62, 169, 252
 Pádua, José Augusto 31, 244, 255, 257
 Parikka, Jussi 180, 253
 Partido Comunista de Costa Rica 44, 48, 118, 119, 159
 PCCR 119, 120, 158, 160, 161
 Patel, Raj 24, 35, 133, 253
 Pérez Guevara, Ada 32
 Perrault, Tom 49, 50, 239
 petromodernidad 67, 68, 73
 Picón Salas, Mariano 88, 109, 253
 Plantacionoceno 23
 Porto-Gonçalves, Carlos Walter 35, 253
 poscolonialismo 13, 50, 90, 98, 198, 199
 Pratt, Mary Louise 35, 44, 123, 253
 Quijano, Aníbal 18, 35, 62, 253
 Quintero, Rodolfo 59, 73, 253
 Quiroga, Horacio 32, 53, 244
 Rama, Ángel 27, 30, 34, 36, 37, 44, 198, 199, 253
 Ramos, Graciliano 32
 Ramos, Julio 18, 254
 Rancière, Jacques 28, 254
 Rivera, José Eustasio 32, 38, 53, 189
 Robbins, Paul 49, 254
 Robouchon, Eugene 178, 198, 199
 Rodó, José Enrique 103
 Rogers, Charlotte 197, 254
 Rohland, Eleonora 23, 254
 Royal Dutch-Shell 68, 171
 Rulfo, Juan 53
 Salazar Arrué, Salvador (Salarrué) 161
 Saramago, Victoria 33, 37, 53, 255
 Schmidt-Welle, Friedhelm 11, 18, 255
 semiosis de la extracción 14, 42, 56, 181, 206
 Serafini, Paula 50, 51, 250
 Serje, Margarita 47, 177, 191, 256
 Shapiro, Stephen 32, 46, 241
 Smith, Amanda 187, 216, 256
 Solimano, Andrés 26, 257
 Soluri, John 31, 47, 244, 255, 257
 Standard Oil Company 67, 68, 76, 171
 Svampa, Maristella 24, 35, 257
 Swyngedouw, Erik 24, 242
 Szeman, Imre 20, 29, 48, 68, 240, 242, 257
 Terán Mantovani, Emiliano 12, 50, 59, 258
 Tinker Salas, Miguel 59, 73, 258
 Topik, Steven 172, 222, 244, 258
 Toro Pérez, Catalina 35, 236
 Torres, Gumersindo 73
 trance extractivo 14, 41, 54, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 73, 75, 76, 77, 79, 80, 82, 83, 84, 86, 93, 106, 122
 transculturación 61, 90, 92, 103, 123, 130

- Traverso, Enzo 167, 258
Tsing, Anna 24, 29, 258
Unión Panamericana 207
United Fruit Company 47, 119, 129,
130, 133, 138, 140, 145, 146, 149,
150, 164, 172
Uriarte, Javier 96, 188, 191, 193, 195,
196, 249, 250, 257, 259
Uribe Piedrahita, César 14, 25, 30, 31,
32, 33, 39, 42, 43, 44, 52, 53, 55,
56, 84, 132, 172, 177, 178, 179,
180, 182, 183, 185, 186, 187, 189,
194, 195, 197, 199, 202, 205, 206,
207, 208, 209, 210, 211, 212, 213,
214, 215, 216, 217, 219, 220, 221,
223, 224, 226, 227, 229, 230, 231,
232, 233, 235, 243, 254, 259, 260
Uslar Pietri, Arturo 63, 73, 259
valor
 de cambio 74, 75, 76, 78, 135,
 136, 140
 de uso 65, 136, 140
Vargas Llosa, Mario 53
Viales Hurtado, Ronny 129, 130, 132,
138, 140, 141, 153, 259, 260
Viveiros de Castro, Eduardo 30, 260
Wagner, Lucrecia 26, 123, 260
Wickberg, Adam 40, 41, 180, 260
Williams, Raymond 31, 186, 260
Wylie, Lesley 47, 79, 110, 177, 179,
182, 184, 185, 190, 194, 220, 260
Zea, Leopoldo 103, 250
zona extractiva 32, 51, 54, 70, 72, 80,
91, 93, 106, 140, 172, 204, 212

Combinando la ecología política latinoamericana con la crítica ecológica marxista, *Regionalismo ensamblado* explora la producción literaria y discursiva regionalista durante la Gran Depresión (1930-1940), entendiéndola como una forma precursora de conocimiento socioecológico y ecología política. El libro examina la manera en la que intelectuales latinoamericanos desarrollaron modos de escribir y pensar la brecha metabólica y el impacto social y cultural de la colonización de la naturaleza, avanzando una historia natural del Capitaloceno.

GIANFRANCO SELGAS es British Academy Postdoctoral Fellow y profesor de Estudios Latinoamericanos en University College London. Su investigación se centra en las humanidades ambientales, energéticas y la ecología política y cultural del extractivismo en América Latina y el Caribe.

